



MIGUEL DE SANTIAGO
ANTOLOGIA
DE POESIA MISTICA
ESPAÑOLA

VERON | *editores*



MIGUEL DE SANTIAGO

Licenciado en Teología
por la Universidad Pontificia de Comillas

Licenciado en Ciencias de la Información
por la Universidad Complutense de Madrid

**ANTOLOGIA
DE POESIA MISTICA
ESPAÑOLA**

Realización:

Introducción y recopilación:

Miguel de Santiago

Licenciado en Teología

Licenciado en Ciencias de la Información

Diseño y portada:

Estudio F. Bas

Coordinación y edición:

Montserrat Verón Jané

Licenciada en Filosofía y Letras

© 1998 VERÓN/editores - La Torre, 17 - Bajos 1ª
08006 Barcelona - España

Edición en rústica:

ISBN 84-7255-230-6

Primera edición: julio 1998

Depósito Legal B - 29.970 - 1998

Impreso en España - Printed in Spain

Fotocomposición: Novograph - Independencia, 903

Santo Domingo - República Dominicana

Impresión: Gràfiques 92, S.A. - Avda. Can Sucarrats, 91

08191 Rubí (Barcelona)

Las generaciones educadas en la vieja escolástica saben que es fundamental sentar las bases, clarificar las nociones, definir los conceptos, antes de elaborar cualquier discurso o razonamiento. Por ello, a la hora de elaborar una antología de poesía mística, hay que plantear qué entendemos y comprendemos con cada uno de los conceptos del enunciado.

Una antología es siempre una selección de textos y supone, por tanto, escoger lo mejor de una determinada producción literaria; de ahí que cuanto más amplia sea esa producción mayor puede ser la selección de la misma.

Cuando hablamos de poesía entendemos la creación artística por medio de la palabra sujeta a unas medidas y cadencias rítmicas que conforman los versos. (En el tratado *De lo sublime*, escrito hace diecinueve siglos, su autor, Longino, valora el poema de acuerdo con el grado de éxtasis o elevación que sea capaz de generar en el espíritu del lector. Esta concepción, que adquirió gran celebridad a finales del siglo XVII, contribuyó a la formación de las doctrinas sobre el origen común de la poesía y de la religión y a la consideración de la poesía como un lenguaje básicamente emocional y subjetivo).

Sin entrar en estos momentos a considerar —o reconsiderar— aquella afirmación de Dámaso Alonso, en la que dice que “*toda poesía es religiosa*”, tendremos que detenernos para tratar de aclarar qué se entiende por mística y, más en concreto, por poesía mística.

La etimología de la palabra *mística* no nos ofrece un concepto claro de lo que teológicamente se entiende por tal. Proviene del verbo griego *myein* o *myeiszai*, que significa *cerrar, cerrar la boca*. Tiene, por tanto, que ver con *misterio*, lo que nos da idea de un vago sentido de *oculto*, de *secreto*, de algo que tiene relación con lo arcano.

Si nos fijamos sólo en esta pobre, aunque significativa, definición etimológica podemos pensar que lo místico sería una especie de vida espiritual secreta y distinta de la ordinaria de los cristianos. Pero fueron los Santos Padres, en los primeros siglos del cristianismo, quienes utilizaron la palabra *mística* en un sentido más amplio y la emplearon para designar el conjunto de vidas espirituales, lo mismo las comunes que las más extraordinarias de santificación. Se dice que el término *mística* fue consagrado de modo definitivo ya en el siglo V por el Pseudo Dionisio, quien en su *Teología mística* definió el término en cuestión como la experiencia de las realidades divinas.

Mística, en lenguaje teológico, sería la experiencia interior, elevada y difícil de definir, por misteriosa, que tiene una persona acerca de las realidades divinas. Como adelanto resumido de lo que diremos más tarde, podemos definir la experiencia mística como un encuentro con la divinidad en el interior del alma, infundido gratuitamente por Dios, aunque el hombre puede aproximarse a ese encuentro gradualmente mediante la ascesis.

Era Jerónimo Seisdedos quien apuntaba que la palabra *mística* debería aplicarse estrictamente para designar *“las relaciones sobrenaturales, secretas, por las cuales eleva Dios a la criatura sobre las limitaciones de su naturaleza y la hace conocer un mundo superior, al que es imposible llegar por las fuerzas naturales ni por las ordinarias de la Gracia”*.

El proceso místico

El hombre se mueve en una dimensión contemplativa, de profundidad; puede ir penetrando cada vez más en las esferas

que le sumergen en la transcendencia. Contempla la historia en toda su complejidad; contempla la naturaleza creada por Dios, en la que se desarrolla su existencia y la de los demás seres vivos; contempla y medita la Palabra; contempla y llega a vivir la vida de Dios.

Todo este proceso—en el que el hombre, criatura de Dios, tiene ansias de cercanía, hambre de Dios— nos da a entender que cualquier contexto es bueno para cultivar la amistad con Dios, Padre y Creador. Esa cercanía se muestra y se demuestra en la oración, en el abrazo con la cruz de Cristo y en la vivencia de la radicalidad del mensaje evangélico. Pero el hombre es un ser siempre en camino, un peregrino hacia la unidad plena e indisoluble en el Amor. En esta vida nunca alcanzará la plenitud o perfección absoluta; sin embargo, caminará tras ella sin desmayo. Los tratadistas de la vida espiritual subrayan el proceso de búsqueda, de tensión, y hablan de *pasos, movimientos* o *momentos sucesivos* y los comparan con el itinerario esforzado de quien *escala* la cumbre de una montaña, o se *sumerge* en el valle de la humildad y el anonadamiento, o se *consume* en la oblación de sí mismo al servicio de los demás.

Clases de mística: doctrinal y experimental

Esta distinción entre mística doctrinal y mística experimental es conveniente. Pero, en el trabajo que abordamos en estas páginas, es incluso necesaria.

Un gran estudioso del misticismo, Pedro Sáinz Rodríguez, es el autor de los párrafos que siguen: *“El misticismo es un estado psicológico producido por un don de Dios, y al cual puede llegarse previos ejercicios espirituales y oraciones nacidos de la voluntad del hombre, o de repente y exclusivamente por la voluntad de Dios. Tal ocurre, por ejemplo, en la aparición a Saulo en el camino de Damasco. Las obras de aquellos místicos en que se relatan las experiencias de su estado místico personal o las noticias históricas de hechos de esta índole forman lo que se denomina la Mística experimental. En cambio, la Mística doctrinal es una parte de la*

*Teología, pues, así como ésta tiene por objeto el estudio del modo de conocer a Dios el común de los hombres, la Mística doctrinal estudia cómo lo conocen los místicos, determinando la índole de contemplación, los grados por que pasa, las pruebas que han sufrido generalmente los favorecidos con ese don, etc., etc., la mística doctrinal es asequible a la voluntad y al entendimiento humanos, lo mismo que cualquier otra ciencia o disciplina, en tanto que la Mística experimental es un estado espiritual cuya consecución no depende exclusivamente de nosotros, sino de la voluntad de Dios". (Pedro Sáinz Rodríguez, *Introducción a la historia de la literatura mística en España*. Ed. Voluntad, Madrid, 1927; pp 22-23).*

Otras clases de mística

Estamos hablando, lógicamente, de la mística teísta, pues estamos inmersos en una cultura cristiana. Pero no conviene olvidar que existe una mística del budismo, que, para entendernos, sería una mística de liberación, es decir, aquella que redime al hombre de las condiciones limitadas de la existencia, y una mística hindú y del neoplatonismo, que sería una mística de la identidad, o sea, aquella que sitúa al hombre en pos de una unión tan íntima con el Uno que termina identificándose con él.

Pero, como apuntábamos, vamos a hablar de la mística teísta, la que es propia de las grandes religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islamismo). Y, más en concreto, de la mística cristiana. Esta mística es aquella en la que el hombre aspira a la unión con el Dios transcendente —un Dios diverso en todo de las cosas creadas—, pero no por sus solas fuerzas humanas sino en virtud de una gracia especial.

Pero, llegados a este punto, conviene apuntar que es lícito hablar también de una mística natural y de otra mística sobrenatural. La primera —la mística natural— es aquella que podemos denominar como tal por analogía, en tanto en cuanto proporciona al hombre unas vivencias análogas a las de la verdadera mística; la segunda —la mística sobrenatural— es aquella que puede

tener lugar aun fuera de la Iglesia, siempre que el hombre viva vinculado a la fe en Dios, a la esperanza de salvación y a la caridad para con el prójimo.

La vivencia intensa del amor entre el Creador y criatura, la expansión de la gracia derramada sobre el hombre y la elevación de su espíritu hacia Dios tiene tres etapas, según los expertos en el tema. El hombre que busca a Dios y continúa anhelando la perfección es quien arriesga en ese compromiso hacia la santificación. Aunque se marquen tres etapas, no son perfectamente delimitables, ya que se supone que en cada una de ellas el hombre remonta la vulgaridad de la llanura, donde pacen las pasiones, concupiscencias e intereses mezquinos.

Etapas del proceso místico

Toda la tradición teológica ha reconocido tres grandes etapas en el proceso místico y, más en general, en la vida espiritual; en lenguaje llano y no excesivamente científico se habla de la primera etapa que hacen los que empiezan, de la segunda a la que acceden los que van aprovechando y de la tercera etapa en la que se encuentran los perfectos.

Se debe al Pseudo Dionisio, aunque es de raíz platónica y ya fue sugerida por Orígenes, esa clasificación de la vida espiritual que ha hecho fortuna a lo largo de los siglos: la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva. Parece que el primero que identificó o ensambó grados y vías fue el cartujo Hugo de Balmey en su *De triplici via ad sapientiam*, obra de finales del siglo XIII, que fue editada en el XIX con el nombre de *Theologia mystica* entre las obras de san Buenaventura.

Los grados de que habla santa Teresa de Jesús son cuatro:

1.- Quietud, en que el espíritu descansa, aunque no esté libre de toda distracción;

2.- Estado unitivo, en el que es vivo el sentimiento de la continua presencia de Dios y desaparece la distracción;

3.- Éxtasis, como cese de la actividad de los sentidos;

4.- Mística esponsal, en la que el alma empieza a saborear la presencia de Dios implicando también al cuerpo, en un acto entre conocimiento y visión beatífica inmediata de Dios, que se expresa como irrupción amorosa.

Así pues, y con riesgos de imprecisiones, aunque resulta pedagógicamente claro, estas son las etapas de la vida mística:

1.- Etapa incipiente o de iniciación

Esta etapa arranca con un cierto sentido de conversión (a Dios, a la verdad, a los auténticos valores humanos) e implica el posterior despegue de afectos terrenos y egoístas. En esta fase el hombre busca desasirse de sí mismo y olvidar vanaglorias, suelta amarras para dar libertad al espíritu y dejarle subir a empaparse con la amistad de Dios y dejarle bajar después a compartir gratuita y generosamente con el prójimo amores y fidelidades. Es el momento del despegue desde una situación de distanciamiento de Dios hacia la cercanía y la proximidad. Es ésta la etapa más ardua, la más larga, la que exige más prueba, la que provoca que muchos desistan en el empeño de conversión decidida a Dios. Esta etapa es propiamente la que corresponde a la ascética (*askein*: ejercitarse, luchar). Recibe también el nombre de *purgatio* en los tratados clásicos de espiritualidad. Consiste, por lo que llevamos dicho, en ir librándose poco a poco el hombre del imperio de las pasiones, purificándose de sus vicios y pecados por medio de la oración y la mortificación, para poder adquirir la libertad de los hijos de Dios, mediante la práctica de las virtudes morales infusas, así como de las teologales, pero de un modo ordinario y humano; es la etapa del comienzo de un camino por la senda de la virtud progresando en el camino de la perfección cristiana.

2.- Etapa de progreso o de media altura en la escalada.

Esta etapa sitúa al hombre, liberado ya de muchos, no de todos, lazos terrenos, ya cerca de Dios, con quien frecuenta el trato y

alcanza momentos de intimidad. El alma ve ampliarse el horizonte del amor; el corazón herido se inflama; el caminar a oscuras con el Amado acrecienta las ansias de entrega. Esta etapa recibe en los tratados de vida espiritual el nombre de *iluminatio*. Aquí lo característico ya no es la oración y la meditación, la mortificación del *hombre viejo*, sino la contemplación con un cierto carácter intuitivo. Aquí empieza, pues, a darse el *desposorio espiritual*, del que habla santa Teresa. Corresponde a aquella fase en la que el alma, libre ya de sus anteriores defectos y apetitos terrenales, comienza a participar, sin cooperación por su parte, de los dones del Espíritu Santo y a ser iluminada por la consideración de los bienes eternos y de la pasión y redención de Cristo.

3.- Etapa de perfección o de movimiento en proximidad en la cumbre.

La tercera y última etapa coloca al hombre cerca de la cumbre tras las jornadas de amor apasionado a Dios y a sus criaturas. El alma ha brillado en virtudes heroicas y ha tenido en poco sus valores, se ha abierto totalmente a la voluntad de Dios abandonándose en sus manos. Ha llegado a la participación de la visión beatífica y hay una unión transformante o *matrimonio espiritual*. Es el momento del éxtasis místico, de la consumación del amor. "Que ya sólo en amar es mi ejercicio" dirá san Juan de la Cruz. Y santa Teresa de Jesús: "De esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras". El alma humana, transformada en cierto modo en Dios, realiza locuras de amor hasta aceptar en silencio el sufrimiento injustamente infligido y poner en peligro la propia vida. Nada extraña que sea incapaz de decir con palabras lo inefable, que no pueda expresar la experiencia en las normas corrientes del lenguaje humano. Y es que su vivir es un vivir a lo divino. Los tratadistas de vida espiritual denominan a esta etapa *unio* y, como es lógico, corresponde a la fase de íntima unión con Dios, cuando el mundo ya no significa nada y el alma queda a solas con la Divinidad en absoluta entrega amorosa y gozosa pasividad. Pero esto no es quietismo; el misticismo ortodoxo está caracterizado por su activismo: los efectos del matrimonio espiritual son muy variados, como el abandono en Dios, la paz,

la inocencia, la desaparición de los éxtasis, el fortalecimiento espiritual, la transverberación o llaga de amor...

Características del misticismo

Para abordar esta cuestión es obligado acudir a la obra ya citada de Pedro Sáinz Rodríguez (pp. 56-59). Con criterios tomados de la psicología, este autor —uno de los clásicos obligados en el tema— habla de cuatro características fundamentales: inefabilidad, intuición, inestabilidad y pasividad. Pero ya es hora de apuntar que quien hizo esta sistematización de las cualidades que caracterizan los estados místicos de conciencia no fue Pedro Sáinz Rodríguez sino William James, como puede comprobarse en su obra *The varieties of religious experience*, que data de 1902.

1.- Inefabilidad es la imposibilidad de expresar exactamente las sensaciones percibidas durante el estado místico. Si queremos expresar en qué consiste la inefabilidad de los estados místicos tendremos que acudir por semejanza a esa sensación de dificultad que nos asalta para expresar y, sobre todo, para hacer comprender en qué consisten ciertos estados de ánimo a quienes nunca han pasado por ellos, pongamos por caso, los estados de ánimo derivados de la anestesia o del enamoramiento. Es decir, si esa dificultad de exposición existe aun para aquellos estados de conciencia que se dan en el hombre con relativa frecuencia (decíamos: anestesia, enamoramiento), y casi llega a la imposibilidad de ser expresados y mucho más de ser comprendidos, cuando nos refiramos al éxtasis místico tendremos que acudir al empleo de alusiones que permitan en cierto modo comprender aquellas sensaciones que son siempre inusitadas y casi siempre inimaginables. *“Ni el entendimiento lo sabe entender”* escribe santa Teresa de Jesús (*Moradas*, V,1). Y san Juan de la Cruz: *“¿Quién podrá escribir lo que a las almas amorosas donde Él mora hace entender? ¿Y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden;*

porque esta la causa porque con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten y de la abundancia del espíritu vienen secretos y misterios, que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón, según es de ver en los divinos Cantares de Salomón y en otros libros de la Escritura divina, donde, no pudiendo el Espíritu Santo dar a entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas”. Habrá que describir por comparaciones y referencias, y, por eso, la Mística se expresa siempre con un lenguaje peculiar, metafórico, simbólico, preferentemente erótico; esto ha contribuido a difundir la idea de que el misticismo puede explicarse por desviaciones patológicas del instinto sexual.

2.- Intuición, que es también un cauce para lograr el conocimiento. La mística no sólo puede lograrla el entendimiento humano sino también la intuición, una iluminación súbita, una especie de adivinación inspirada en que la inteligencia alcanza las cumbres de la certidumbre, inmediatamente y sin esfuerzo continuo y prolongado de la razón. Por intuición se han propuesto soluciones para diversos problemas filosóficos y religiosos y se ha creado en torno una especie de sistema.

3.- Inestabilidad, ya que los estados místicos no pueden ser muy duraderos. La experiencia mística de las diversas procedencias reconoce que al cabo de un rato el estado anímico desaparece para volver a recuperar su imperio el estado normal de la conciencia.

4.- Pasividad, puesto que el misticismo es un estado de gracia extraordinario otorgado por la voluntad de Dios. El hombre puede llegar por su propia voluntad al estado de perfección ascética; puede, por la vía purgativa, colocarse en lo que un escolástico llamaría *potencia propinqua* para el estado místico; pero, en definitiva, no es su voluntad la que puede lograrlo. Y no ha de confundirse con estados morbosos que esgrime el materialismo médico, pues en éstos el fenómeno no deja huellas en la memoria

ni influye sobre la conciencia normal, mientras que en los estados místicos propiamente dichos no se interrumpe nunca enteramente la continuidad del pensamiento, dejan algún recuerdo e influyen en la vida espiritual normal del sujeto.

La tercera etapa sería la más genuinamente mística, la primera sería la que corresponde a lo que comúnmente entendemos por ascética. Ascética es el esfuerzo personal encaminado a lograr la máxima perfección del espíritu mediante la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones. Aunque la literatura ascética alcanza su punto culminante en el siglo XVI, como resultado de la Contrarreforma, conviene no perder de vista puntos de referencia obligada. El ascetismo tiene mucho que ver con la tradición estoica y con la filosofía senequista. En lengua castellana los primeros síntomas de ascetismo aparecen en los escritos de Alfonso X el Sabio y del canciller Pedro López de Ayala. Aspectos moralizantes salpican algunas obras de la picaresca, como *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán. Y alcanzará también a la obra de Baltasar Gracián. Pero, ateniéndonos a la decantación religiosa del ascetismo, que es lo que nos ocupa en estas páginas, la ascética abarca las dos primeras etapas de la vida espiritual: la purgativa y la iluminativa. Estas fases son obligadas para acceder a la tercera, la unitiva, correspondiente estrictamente a la mística. La literatura de la segunda mitad del siglo XVI, en plena euforia contrarreformista elabora guías de conducta, tratados de moral, obras plagadas de consejos para despojar al alma de sus ataduras terrenales. De esta época son los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, el *Libro de la oración y meditación* de fray Luis de Granada, el *Epistolario espiritual para todos los estados* de san Juan de Ávila, etc., por citar sólo las obras fundamentales.

La mística, por su parte, aspira a fin más alto: la íntima unión del alma con Dios, anticipando en lo posible la absoluta beatitud y felicidad, que sólo se alcanza plenamente en la otra vida. En esta fase final ya no valen los esfuerzos humanos, sino que todo depende de la voluntad divina sobre el alma debidamente dispuesta.

Elementos integrantes de la mística

Los estudiosos señalan cinco elementos como integrantes de los tres estados o vías de la mística. Estas vías son, como hemos dicho ya con reiteración, la purgativa, la iluminativa y la unitiva. Y los elementos que las integran son estos cinco: el divino llamamiento a la perfección, el deseo amoroso del alma en correspondencia con ese llamamiento, las pruebas, el ilapso interior y el éxtasis o raptó.

Aunque las expresiones que acabamos de utilizar resultan precisas y técnicas, conviene explicar que, a través de ellas, se está describiendo un proceso. Este proceso se inicia con una iniciativa divina, una gracia previa, que consiste en la llamada que hace Dios al hombre, criatura suya; el hombre que escucha esa llamada puede responder o no y, en caso de responder, puede hacerlo de un modo o de otro; si el hombre decide finalmente acudir a esa llamada que Dios le hace no va a encontrar caminos fáciles, ya que las tentaciones exteriores e interiores y un sinfín de dificultades le van a someter a duras pruebas; superadas esas pruebas, que siempre existirán, aunque variarán las dificultades, el hombre podrá vivir ese momento penúltimo que denominábamos ilapso, es decir, una especie de éxtasis contemplativo durante el cual se suspenden las sensaciones exteriores, quedando el espíritu en un estado de quietud y arrobamiento; por último, se producirá el raptó total en las manos de Dios y el correspondiente éxtasis del alma que no sabe expresar sus sentimientos cuando ya ha alcanzado la unión con Dios y vive tal plenitud de gozo que le hace perder los sentidos.

Los primeros asomos de la mística en España

Una mística imbuida de franciscanismo y con antecedentes en la mística oriental es la que aparece en unas páginas casi perdidas en la obra de Ramón Llull. Y que hemos querido reproducir extensamente para general conocimiento. Y es que, a pesar de que este autor tiene poemas religiosos, lo más netamente místico se encuentra en un apartado del libro *Blanquerna*.

Pletórico de aromas franciscanos, Ramón Llull recoge sus experiencias de ermitaño por los lugares mallorquines de Randa, La Real y Miramar y hace el más cumplido elogio de la soledad. Las descripciones de la naturaleza tienen gran hechizo y le dan pie al autor para trazar un plan completo para la reforma de la Iglesia, de la vida monástica y de la sociedad. Es en la obra *Blanquerna* donde se comprueban los primeros arrebatos místicos de Ramón Llull, fruto de sus experiencias en los lugares mencionados.

Un ardor de apostolado y de renovación le lleva al Doctor Iluminado a redactar *Blanquerna*, un libro tan humano como divino, tan sereno como apasionado. Cabe apuntar, llegado este punto, que fue Cisneros quien le calificó de *Iluminado*: "*Tengo grande afición a todas las obras del doctor Raimundo Lulio, doctor iluminadísimo, pues son de gran doctrina y utilidad*". La obra *Blanquerna* es una síntesis maravillosa donde late el espíritu de un ermitaño y reformador ascético y de un poeta soñador y místico. Hay en este libro un inserto, que recibe el título *Llibre de amic e Amat*, una joya literaria que nos sitúa ante los primeros asomos místicos de la literatura española. Un amor franciscano hacia la naturaleza perfuma estos versículos en prosa de Ramón Llull. La vida relajada del autor, que pasó su juventud entre fiestas y amoríos, están en la base del conocimiento y de la experiencia reflejados en unas páginas bellísimas sobre la relación del alma con Dios, del Amado y del amigo. Son unos versículos que quintaesencian la visión ascético-mística de Ramón Llull.

Menéndez Pelayo, quien decía que era una joya de la poesía mística digna de ponerse al lado de los angélicos cánticos de san Juan de la Cruz, ya advirtió que Ramón Llull es un gran poeta en su escritos en prosa mucho más que en sus versos. De hecho lo que antologamos aquí es el texto de *Llibre de amic y Amat* y no sus versos de *Horas de Nuestra Señora* y *Llanto de la Virgen*. Las retóricas palabras del polígrafo Menendez Pelayo son éstas: "*Admirable poesía, que junta como un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano, y realza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de mayo y de alborada, de vergeles y pájaros cantores, casando por extraña manera a Giraldo Borneil con Hugo de san Víctor*".

Poesía religiosa didáctica y no experiencial

Hay después, en los siglos XIV y XV, hitos varios de literatura religiosa, pero no expresamente experiencial, sino más bien de corte didáctico. Baste citar, por ejemplo, los poemas del *Cancionero* del franciscano Ambrosio de Montesino, quizá el poemario más significativo y destacado de la literatura religiosa de la época. En muchas ocasiones la excesiva preocupación didáctica o apolo-gética destinada a la predicación hace que los autores (no es el caso de Montesino) abandonen las calidades literarias.

No tardará en llegar el momento en que surjan los esplendores del Renacimiento. Las figuras de Boscán y Garcilaso empezarán a refulgir con luz propia en el firmamento poético español después de que las fórmulas italianas sean asumidas por su genio creador.

Sebastián de Córdoba y su "versión a lo divino"

Pero como en el pueblo español sigue latiendo la fuerza del sentimiento religioso, parecele a muchos que la literatura camina por derroteros excesivamente profanos. Es el momento en que encontrarán acogida las llamadas "versiones a lo divino". Cabe detenerse aquí en lo que supuso la obra de Sebastián de Córdoba, pues será la referencia obligada para cuantos quieran estudiar en profundidad a nuestro gran místico san Juan de la Cruz, sobre todo al abordar el poema *El Pastorcico*.

Sebastián de Córdoba es un poeta español del que no se saben muchas cosas. Fue vecino de Úbeda (Jaén) y vivió en la segunda mitad del siglo XVI. Su obra conocida y que le dio fama fue *Las obras de Boscán y Garcilaso trasladadas en materias cristianas y religiosas*, publicada en Granada en 1575. Este libro responde al gusto de la época por las divinizaciónes de los textos profanos. Quiso Sebastián de Córdoba, como moralista, eliminar de la obra de ambos poetas del Renacimiento todos aquellos rasgos sensuales y lascivos y a la vez salvar en lo posible la calidad poética de sus originales. La tarea emprendida era difícil en exceso. Por lo

general, procuró ser fiel al texto base, modificando alguna palabra; pero, en bastantes casos, se observa cómo se vio obligado a refundir íntegramente el original. Para un lector que vea esta tarea desde la perspectiva actual la labor de Sebastián de Córdoba apenas tiene sentido. Sin embargo, no lo entendieron ni lo estimaron así sus contemporáneos, puesto que *Las obras de Boscán y Garcilaso trasladadas en materias cristianas y religiosas* se volvió a reeditar en Zaragoza en 1577. Algún erudito, como Dámaso Alonso, supone —en su estudio de 1942 sobre san Juan de la Cruz— que fue el *Garcilaso de Córdoba* el que influyó en el gran místico abulense, y no el Garcilaso original. Esta tesis de Dámaso Alonso —aunque discutida por Alisson Peers— no parece tan peregrina y está muy justificada por el profesor español.

Fray Luis de León, un místico doctrinal

Cuando queremos saber qué piensa fray Luis de León sobre la mística y, más en concreto, sobre su mística, resulta conveniente y obligado releer un breve texto suyo. Esto es lo que escribe el agustino: “¿Quién puede hablar, como es justo, de Ti? Luce, pues, oh solo verdadero sol, en mi alma, y luce con tan gran abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente, mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, por lo menos como puedes de nosotros ser entendido”.

Escalar a las cumbres divinas exige la ayuda de la gracia, un impulso exterior al ser humano para que su entendimiento y su voluntad le acerquen a la luz plena que permite la visión de Dios y, gozando de su cercanía, le ame y comunique su alegría pregorando a los demás su experiencia.

Ante las altas cumbres de la mística española no cabe duda de que nos encontramos con lo más genuino de la mística. Pero, ante fray Luis de León, algunos se preguntaron si era en realidad un místico. Y, admitido que lo es, tratan de distinguir entre un místico doctrinal o experimental. No está suficientemente explícito que sea un místico experimental en sentido estricto, pues el

mismo autor agustino afirma en varios pasajes de sus escritos que no gozó del éxtasis y arrobos místicos. Pero lo que sí está claro es que se trata de un místico doctrinal. Con todo, en la *Exposición del Salmo XXVI*, hecha en la cárcel de la Inquisición, parece dejar entrever algo más que un simple fervor de oración. Y algunos pasajes de *Los nombres de Cristo* nos hacen un poco más difícil creer plenamente tal afirmación. Fray Luis de León nos habla de *Explanatio in Canticum Canticorum* de un fenómeno místico, al que él llama *ilapso*.

El *ilapso* parece ser un fenómeno místico o inicial del mismo. En realidad este solo bastaría para poder hablar con conocimiento de causa de los restantes estados místicos, de los que en cierto sentido participa. *Ilapso* son los éxtasis, los arrobos; su traducción podría ser *deliquio*. Dios se hace presente de un modo especial al alma y la inunda de gozo inefable después de los trabajos de las *noches* o pruebas. *Ilapso* es, pues, *hacerse Dios presente al alma*, y con presencia amorosa y regalada; así como las *noches* o pruebas es *hacerse Dios ausente* con todas las consecuencias que ello trae consigo. El *ilapso* causa éxtasis, la inflamación y arrebatos del alma, privándola del uso de los sentidos, llegando hasta el desfallecimiento interior e incluso exterior. Hay un éxtasis intelectual consistente en la enajenación o suspensión de las potencias internas y en la ilustración de las verdades de la fe interna. Hay otro éxtasis en el que predomina el elemento afectivo o de unión, y que consiste en lo que fray Luis llama *inflamación*.

También emplea fray Luis de León, para designar el rapto o éxtasis, los nombres de *descanso*, *quietud*, *ocio* y otros por el estilo, que, al propio tiempo que revelan el carácter pasivo de estas gracias o mercedes, nos colocan en la última fase de la vida mística o matrimonio espiritual, cuyas características son la paz, el *sosiego* y el *gozo reposado*, como ampliamente y con gran lujo de detalles describe santa Teresa. Insiste fray Luis de León en que el éxtasis propiamente dicho consta de dos elementos inseparables: luz y amor, esto es, una gran infusión de verdades y conocimientos divinos y una infusión inmensa de amor divino.

Pero lo original del teólogo agustino es que no reserva el *ilapso* para los perfectos, sino que lo admite también para los principiantes, con lo cual se separa de la tradición constante de todos los

intérpretes del *Cantar de los Cantares*. Para fray Luis el éxtasis o raptó es un elemento común a los tres grados de la vida espiritual, como lo son también los demás; en el principiante es una inflamación, en el aprovechado el alma está revestida de las más altas gracias de conocimiento y amor divino, y en el perfecto es el trato íntimo con Dios sin temor a ser despreciado por estar unido en íntimo matrimonio con Cristo.

Precisamente por lo que acabamos de decir está justificada esta antología de poesía mística, que a muchos puede parecer excesivamente generosa, ya que habitualmente sólo se ha tendido a considerar como poetas místicos a los escritores carmelitas de Ávila y a algunos más.

Como muy pocos poetas, el autor de *Vida retirada* ha sentido el ansia de Dios, tras pasar por la dura experiencia de la cárcel y del destierro en este valle hondo, oscuro, en soledad y llanto. Por eso, cuando le han nacido alas al alma, el poeta vuela y se remonta hacia Dios para adentrarse en su seno y hallar todas las cosas revestidas de claridad y hermosura.

Otros poemas que incluimos en esta antología dan idea de las ansias de quien se siente hombre, pecador y alejado del cielo, como en una cárcel, y aspira a huir del mundo y llegar hasta Dios. En ocasiones los versos de fray Luis de León son la voz del naufrago que clama con angustia en medio de zozobras; en otros momentos nos sumergen en la belleza no caduca de la música para hacernos escuchar otra música imperecedera y ver al gran maestro que dirige la inmensa orquesta del universo.

Se ha dicho que el poeta agustino ha humanizado el misticismo, habla de lo divino en lenguaje humano. Quizá el mayor grado de misticismo frayluisiano haya que buscarlo en la segunda oda *A Felipe Ruiz*, aquella que empieza *Cuándo será que pueda*, por el feliz acierto por conjugar el anhelo del cielo, el deseo de libertad, la rotura de las prisiones corpóreas y el ansia de contemplar cara a cara, sin velo, la verdad pura y eterna.

Fray Luis de León sostiene que el estado místico es sustancialmente uno, difiriendo sólo en grados, de luz y amor, de modo que el segundo grado, o desposorio espiritual, es el mismo primero redoblado en gracia, luz y amor, y consiguientemente en sus efectos sobrenaturales; y lo mismo el tercero respecto del segundo, que es el sumo de la perfección y transformación en Dios, que

se llama matrimonio. La mística siempre ha hablado de tres grados: principiantes, proficientes o aprovechados y perfectos, que se corresponden con las tres vías: purgativa, iluminativa y unificativa, según hemos expuesto anteriormente.

La mística del profesor agustino está enraizada en la teología y en la Sagrada Escritura, como no podía ser menos. La mística es, así, como la flor y el fruto de ambas, es el ápice del saber humano y divino. Profesor de Sagradas Escrituras, fray Luis se inspira en el *Cántico* de Salomón, cuya letra y espíritu es, para él, fuente inagotable de aciertos y de sugerencias maravillosas. Desde san Bernardo el *Cantar de los Cantares* se había convertido en lectura obligada y guión de todos los místicos experimentales; en ese texto bíblico se halla la expresión más exacta y luminosa de todos los fenómenos de la vida sobrenatural.

Francisco Marcos del Río, en un artículo publicado en 1928 sobre la doctrina mística de Fray Luis de León, sostiene que si este autor no es un tratadista místico, es, sin duda alguna, un escritor místico, no sólo por la doctrina que enseña, sino por la índole de la mayoría de sus escritos. Y cuenta F. Marcos del Río, para apoyar su tesis, que fray Luis escribió una obra titulada *De triplici coniunctione fidelium cum Christo* y que debió de perecer en el transcurso del incendio que arrasó en 1744 el convento agustino de Salamanca, y que, a juzgar por el título, debía de ser un tratado de ascética y mística cristianas. Y no conviene perder de vista también que fray Luis fue comisionado por el Real Consejo para examinar las obras de santa Teresa porque estaba considerado de gran competencia en los asuntos místicos y porque fue el primer editor de las obras de la Santa en 1588.

Santa Teresa, mística por excelencia

La mística española alcanzó la plenitud con santa Teresa de Jesús y con san Juan de la Cruz, sobre todo con la primera. La prosa de la Santa, fundamentalmente en *Moradas del Castillo interior*, alcanza cimas no igualadas, hasta el punto de que toda la teoría mística que se elabore debe deducirse de la experiencia

narrada por Teresa de Jesús. Todo este libro describe los apartados del alma bajo la alegoría de un castillo, donde tienen significado propio los fosos, adarves, murallas, cercas y arrabales, hasta el alcázar y torreón, donde tiene el Señor su alcoba personal, desde la cual gobierna a toda la gente del castillo. En las *Moradas* se encuentra el análisis más minucioso que la Santa hizo de la textura natural del espíritu.

Pero, si estamos hablando de poesía, tendremos que reconocer que ésta se encuentra en un nivel más bajo de calidad literaria que su prosa y también en un nivel más bajo de intensidades místicas que las que aparecen en las *Moradas*, *Camino de Perfección* y *Meditaciones sobre los Cantares*.

La doctrina propiamente mística se halla en las cuatro últimas *moradas*; la mística experimental que es santa Teresa traza una especie de preámbulo —las tres primeras *moradas*— en el que define las diferencias entre los contentos naturales y los consue- los sobrenaturales. Aquí, en este libro fundamental de la ascética-mística, *Moradas del Castillo interior*, es donde está la única doctrina clara de las diferencias entre la ascética y la mística. Los goces naturales salen de nosotros mismos y acaban en Dios; los otros nacen de Dios y redundan en nosotros. Aquéllos —los goces naturales— son adquiridos y como conquistados por el ejercicio de nuestras potencias, si bien ayudados del auxilio divino. Y como nacen de la obra virtuosa parecen ganados con nuestro trabajo. Los goces sobrenaturales son producidos inmediata y exclusivamente por Dios, con gran quietud, sin que las potencias intervengan en ello con su actividad propia. El desposorio místico se celebra en estado de arrobamiento de los sentidos; sin ese estado de arrobamiento, es decir, en el uso cabal de los sentidos, no es posible soportar sin morir la contemplación tan cercana de Dios.

Este arrobamiento o éxtasis puede ser de dos clases: éxtasis ordinario, en que las potencias están absortas y como muertas, los sentidos lo mismo; pero, a pesar de esto, los sentidos ven (por visión imaginaria o intelectual) cosas y misterios del cielo, según quiere Dios mostrárselas. La segunda clase de éxtasis es el que llama la Santa de Ávila *vuelo del espíritu*, y otros autores *rapto*. Se diferencia del anterior solamente en la *intensidad*, como un fuego más fuerte de otro más débil. El éxtasis ordinario es la unión simple por el desposorio; el rapto es lo que denomina la Santa

levantamiento en la unión. Así comienza el capítulo V de la *morada sexta*: “*Otra manera de arrobamientos hay, u vuelo del espíritu le llamo yo —que aunque todo es uno en la sustancia, en el interior se siente muy diferente—, porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial a los principios*”. Y en la *morada séptima* se efectúa ya el *matrimonio espiritual*. La unión perfecta no se logra mientras dure la vida. Lo más que se consigue es la anticipación de lo que ha de ser, y por esto el alma se siente desterrada de su *morada* última, en tanto se ve obligada a morar en el cuerpo. En la última jornada el alma es introducida por el Señor en la mansión en que Él mora y la une consigo, no anegándose y perdiéndose todas las potencias en el Sumo Bien, sino “*quitándole las escamas de los ojos*” para que entienda por visión intelectual esta última merced.

Santa Teresa tuvo fama de ser buena *trazadora de versos*. En muchas ocasiones la carmelita componía sus poesías para recreaciones en sus conventos y salpicar con sonrisas la dureza de las jornadas andariegas de fundación en fundación. Los acontecimientos conventuales, sobre todo en torno a las fechas de Navidad, fueron festejados por la inspiración versificadora de la Madre Teresa. El P. Andrés de la Encarnación, a mediados del siglo XVIII, se dedicó a recopilar poesías que parecían provenir de la pluma de la Santa. Lo cierto es que se hace difícil discernir cuáles pueden deberse directamente a santa Teresa y cuáles a otras compañeras suyas del Carmelo que también eran buenas *trazadoras de versos*, como María de san José.

Toda la creación literaria que camina por los derroteros de la mística siempre ha tenido en cuenta los grandes símbolos utilizados con perfección suma por Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. El símbolo más logrado para expresar la unión amorosa con Dios está tomado del bíblico *Cantar de los Cantares*. Fue san Bernardo de Claraval quien, apoyándose en el libro mencionado, puso de moda la *mística nupcial* ya iniciada por Orígenes. El poema bíblico pasó a convertirse en obra de lectura obligada y guión de todos los místicos experimentales; en él se encuentra la expresión más exacta y luminosa de todos los fenómenos de la vida sobrenatural.

Todo cuanto hemos dicho hasta aquí, refiriéndonos a lo más genuino de la mística, conviene tenerlo en cuenta a la hora de leer los escritos de quien es la más alta cima de la mística española y diríamos también universal. (En otro lugar —Estudio crítico y edición de la Obra poética de san Juan de la Cruz, publicado por Libros Río Nuevo, de Ed. 29, Barcelona, 1981— hemos abordado exhaustivamente los símbolos de cada uno de los poemas mayores del místico carmelita. A esa obra nos remitimos para mayor información.)

La obra de san Juan de la Cruz es breve. Muy pocas páginas le han bastado para ser considerado como uno de los más grandes escritores de todas las latitudes en todos los tiempos. Incluso lo poco que escribió y que constituye el núcleo fundamental de su obra, como son los comentarios a los poemas mayores, lo deja sin concluir. La explicación a esta brevedad podríamos encontrarla en la funcionalidad que el reformador del Carmelo dio a sus escritos; éstos son doctrinales y él considera que ya ha dicho cuanto tiene que decir. De hecho los comentarios a sus poemas los escribe por encargo, y las poesías vienen a ser —en palabras de Federico Ruiz Salvador— “*quintaesencia de su mensaje espiritual*”.

Los comentarios surgen, lógicamente, *a posteriori*. Lo mejor de la obra poética de san Juan de la Cruz surge, como en tantos otros autores, en un clima adverso cual es el carcelario, o como consecuencia de él. Y es prodigiosa la creación de este altísimo escritor por su contenido, con influencias de la Sagrada Escritura que, como teólogo, conoce y por su técnica que, lejos de ser improvisada, asume la tradición popular y la culta del ambiente y del período histórico en que vive.

Sería injusto, por valorar cual se merecen los tres poemas que fueron objeto de comentario por parte del autor —*Cántico espiritual*, *Noche oscura* y *Llama de amor viva*—, dejar en la penumbra al resto de composiciones sanjuanistas. Tanto una como otras son una forma de experiencia —la mística— y un medio de transmisión de la misma.

La mística se ha valido siempre de símbolos y alegorías para

acercar sus emociones y comunicar sus sentimientos. En toda la hagiografía ha predominado siempre una alegoría que expresa de la forma más aproximada las interioridades del misterio de la unión con Dios. Estamos aludiendo a la alegoría nupcial, una de las más frecuentes en la tradición cristiana, y a la que recurren constantemente los autores místicos para exponer el inefable amor de Dios y verter en conceptos inteligibles su propias experiencias místicas.

Salta a la vista que san Juan de la Cruz es uno de los poetas que más recurren al símbolo. Hay tres símbolos dominantes en las obras del doctor místico: la noche, el matrimonio y la llama. Dicen los teóricos que en el símbolo se dan tres elementos: percepción sensorial y espiritual fuerte de la realidad creada, experiencia y percepción fuerte de la realidad divina y rigurosa vinculación entre una y otra, que hace que la primera sirva para expresar la segunda y acercarnos a ella.

El símbolo de la noche oscura es quizá la máxima creación en el orden místico y en el orden literario, por la gran fuerza expresiva y por las innumerables ramificaciones que puede tomar. Otro símbolo recurrente también es el del matrimonio espiritual, con todas las fases de realización. Y el símbolo de la llama es el broche y coronación de los fervores del amor consumado y es la perfecta iluminación gradual de la noche oscura.

El poeta carmelita sabe que el lenguaje poético es insuficiente para adecuar la experiencia y su expresión; sabe también que el lenguaje poético tiene un enorme poder para expresar las más cercanas experiencias. Por eso, se lanza a utilizar con todas sus posibilidades el lenguaje poético en la mística. San Juan de la Cruz eleva la poesía mística a la más íntima y sublime expresión a que ha llegado el misticismo de todos los tiempos. La mística refleja en estos versos en qué consiste la íntima unión del alma con Dios, anticipando en lo posible la absoluta beatitud y felicidad, que sólo se alcanza plenamente en la otra vida. La poesía y la prosa sanjuanista están estrechamente unidas, pues los comentarios son el resultado de aclarar su poesía mística, cuyo hermetismo la hacía incomprendible para los no iniciados. Fueron los tres poemas mayores —el *Cántico*, la *Noche*, y la *Llama*— los que, a ruego de personas devotas, comentó. Así dice san Juan de la Cruz al comienzo de *Llama de amor viva*: “*Alguna repugnancia*

he tenido, muy noble y devota señora, en declarar estas cuatro canciones que vuestra merced me ha pedido, por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comúnmente falta lenguaje". Y en el *Cántico espiritual* dice: "Sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística, cuales son los de las presentes canciones, con alguna manera de palabras se puedan bien explicar".

El grado de experiencia mística de los poemas de san Juan de la Cruz es de una inigualada e inigualable intensidad y perfección. Por ejemplo, con sólo cuatro estrofas el poema *Llama de amor viva* produce una singular destilación que obtiene su simbólico desarrollo a base del fuego. Usa alternativamente los elementos naturales —agua, aire, fuego— en un canto de júbilo y serenidad gloriosa.

Y nada digamos del *Cántico espiritual*, una de las obras más bellas de la lírica universal. Estúdiense esa factura poética, en la que observamos la ausencia total de adjetivos en los 78 versos primeros para indicar el ritmo veloz del alma en busca del Amado sin detenerse a adjetivar las cosas; cuando encuentra al Esposo estalla en la más espléndida sinfonía de adjetivos que se haya orquestado nunca, incluso con adjetivos contradictorios, trastrocados, que son reflejos del terremoto sensorial producido en el alma. Ya todo lo saborea, lo huele, lo pesa, lo palpa gozosamente recobrado en Dios. Cuando iba en su busca todos los sustantivos le parecían pocos, porque todos podían ser su imagen; ahora que le ha hallado todos los adjetivos le parecen poco porque todos son su resplandor. Es decir, tenemos aquí todo un ritmo sintáctico perfectamente adecuado a un ritmo de contemplación.

Y no conviene dejar de destacar el poema conocido como *La Fonte* y que se titula *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe*, una poesía única en la literatura española, escrita por un místico que pretende consolarse a sí mismo y consolar a aquellos que no son místicos, mostrándoles el gran tesoro de la fe y el modo de hallar a Dios, escondido en las interioridades del alma de cada cual y en los signos del sacramento de la eucaristía.

En las fronteras del iluminismo

El soneto a Jesús crucificado, de autor anónimo, y que arranca con el conocido verso *No me mueve, mi Dios, para quererte*, es, en palabras de Marcel Bataillon, el más ilustre de la literatura española. Su factura literaria, con rimas muy pobres, deja mucho que desear al lado de otras producciones escritas en el mismo metro por aquellos años del Siglo de Oro de nuestras letras. El hecho de que haya calado en la memoria de todos los siglos posteriores se ha debido sobre todo al acierto del contenido ascético que en él se expresa: amar a Cristo al margen del deseo del cielo y del temor al infierno. Quizá este extremo de amor cristiano que refleja el poema se tornara peligroso en una época en la que proliferaban los alumbrados.

Lo dicho nos da pie para detenernos, aunque sea brevemente, en el fenómeno de los alumbrados, también llamado iluminismo. Se trata de un movimiento espiritual, que surge en España en el siglo XVI. Para conocer esta corriente espiritual de carácter heterodoxo hay que acudir al Edicto de 1525 contra los alumbrados o *dexados*, a la Censura de Melchor Cano, a los Comentarios de Carranza y a algunos procesos inquisitoriales.

Ocurría que en ciertos círculos seculares, con numerosa presencia de mujeres y al margen de todo orden sacerdotal jerárquico, se intensificaba el contacto del pueblo con la Sagrada Escritura. Lo que, en principio, podía ser bueno corría un gran peligro porque se rechazaba toda exégesis auténtica y todo se confiaba a la iluminación particular. Esta espiritualidad, como se deduce fácilmente, bebía en las fuentes de la Reforma protestante. No es cierto, como se ha dicho alguna vez, que el iluminismo surgiera por una voluntad de laxismo moral y otras turbias intenciones. Las aberraciones de carácter sexual de los alumbrados de Llerena (referencia obligada son los escritos de Gregorio Marañón sobre el tema y la posterior ilustración llevada a cabo por la obra dramática *Diálogos de la herejía* (1964) de Agustín Gómez-Arcos), aun siendo innegables, no retratan la esencia del iluminismo, pues éste movimiento —al menos en Castilla— predicaba la mortificación y el vencimiento de las pasiones.

Los iluministas tenían una absoluta repulsa del formalismo

religioso y del culto externo; sus opiniones y juicios eran reticentes sobre la vida monástica, las bulas, los ayunos, las abstinencias y la confesión. Se entregaban de lleno a la oración mental, a la que consideraban como el único camino para la vivencia del llamado *sábado espiritual*. Se consideraban varones espirituales, se daban por liberados de cualquier precepto positivo, ya que Dios, según los iluministas, sólo bendice las obras interiores que su mismo Espíritu obra en su fieles.

Se ha atribuido el éxito del iluminismo en la España del siglo XVI al carácter optimista que aportaba a la espiritualidad y que era como una reacción ética renacentista contra la cristiandad medieval.

Por todo lo apuntado anteriormente, nada extraña que el autor del soneto a Jesús crucificado celara la firma. Se supone que el poema fue escrito entre los siglos XVI y XVII y se ha adjudicado a santa Teresa, a san Juan de la Cruz, a fray Luis de León, a Lope de Vega, a san Ignacio de Loyola, a san Francisco Javier, a Pedro de los Reyes, e incluso fue atribuido por Henríquez Ureña al monje mexicano fray Miguel de Guevara... Lo cierto es que nada se puede afirmar respecto a la autoría; sólo se sabe que fue dado a conocer por Antonio de Rojas en su obra de 1628 titulada *Vida del espíritu para saber tener oración con Dios*.

Una corriente de poesía sacra

Hay una corriente de poesía sacra en estos siglos, cuyos máximos representantes son Lope de Vega, José de Valdivielso y Francisco Aldana. De este último se cita, sobre todo, su larga *Epístola para Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos della*.

Aldana se muestra conocedor de las corrientes místicas del momento y desarrolla conocimientos e intuiciones en un larguísimo poema de tercetos encadenados, donde el pulso poético, como es lógico en una composición de tales características, es muy desigual. No obstante, en esta antología hemos querido reproducir íntegro el poema, porque resulta de imposible acceso

para el lector medio, a no ser que acuda a las obras completas de su autor.

Félix Lope de Vega y Carpio, con una técnica similar a la de san Juan de la Cruz, escribió unos poemas, a los que posteriormente acompañó de un comentario en prosa ampliando los conceptos que los versos dicen. Nos referimos a los *Soliloquios amorosos de un alma a Dios*, subtitulados *Llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un crucifijo pidiendo a Dios perdón de sus pecados después de haber recibido el hábito de la tercera orden de penitencia del seráfico Francisco*. Pero no queremos equiparar los poemas y comentarios del místico carmelita con los poemas sacros y sus respectivos comentarios que hizo Lope de Vega. Las prosas que comentan los poemas de éste son insistencias carentes del interés que proporcionan sus versos y que no ahondan en las profundidades de los símbolos de la mística.

En muchas composiciones poéticas de Lope de Vega éste deja constancia de su desconcertante comportamiento cristiano: una fe muy arraigada, llena de esperanza en el amor misericordioso de Dios, desbocada en múltiples fracasos tras sus buenos propósitos. Estamos sin duda ante la poesía de más alta intimidad contrita; sus *Soliloquios* son una de las obras más sinceras de la historia de la literatura universal: en ellos aparecen las íntimas convicciones del poeta en su más radical desnudez.

Los *Soliloquios* de Lope de Vega nos ponen en contacto con los sentimientos que sólo un cristiano, a quien tanto se le ha perdonado, puede hacer brotar de su generoso agradecimiento. En ellos hay un *dolor de amor*, auténticos requiebros de arrepentimiento y amor a Cristo, muy emparentados con los deliquios de amor del bíblico *Cantar de los Cantares*. Eran sentimientos sinceros que surgían del hondón de un corazón enamorado y que sabía, por propia experiencia, mucho de amores. Lope de Vega era, pues, un hombre de fe profunda y sólida, en la que arraigaba fuertemente una esperanza de salvación gracias a la misericordia de Dios, capaz de perdonar sus debilidades y caídas.

El *Fénix de los ingenios* fue el cantor del amor humano del que tanto sabía y conocía. Y fue también el cantor que se dejó atrapar por el Amor. Quien ama las cosas y los seres creados y sabe que ama a esas criaturas de Dios está amando al Creador y viviendo la intimidad de quien es y se manifiesta constantemente como

puro Amor. A Lope de Vega le resulta, pues, muy fácil pasar del amor humano al divino. Por otra parte, había una tradición de *poesía a lo divino*, que él también cultivó, y de mística de preciados quilates. El coloquio de amor divino se asiste de las mismas presiones que se emplean para el amor humano; recuérdense, al respecto, las composiciones de los trovadores medievales que cantaban con las mismas deliciosas ternezas y con el mismo ardor a la señora de sus amores que a la Virgen María.

La frialdad de los siglos XVIII y XIX

El racionalismo dominante en el período de la Ilustración no es nada propicio ni para la creación poética ni para los postulados religiosos. Si resulta casi imposible estudiar y antologar la poesía del siglo XVIII, por escasa en número y por baja calidad si la comparamos con la de otros siglos, el problema se acentúa en el caso que nos ocupa, dado que lo religioso en general y lo místico en particular no encuentran acomodo en pleno auge de la Ilustración y el Enciclopedismo.

(Conviene recordar que con el término Ilustración se pretende incluir lo que en el ámbito de la política se llama Despotismo, en el ámbito de las artes Neoclasicismo y Siglo de la Razón o de las Luces en el ámbito de la filosofía).

Por Enciclopedismo entendemos la ideología que los filósofos ilustrados franceses, colaboradores de *La Enciclopedia* (1751-72), impusieron a su obra. La principal característica es la primacía de la razón, que, como valor supremo, conduce al descubrimiento de verdades simples y evidentes y es, junto con la experiencia, la única fuente válida de conocimientos. Este principio llevó a unos al deísmo y a otros al materialismo ateo. Unos concluyen que la razón indica la existencia de un Ser Supremo, inteligencia ordenadora, todopoderoso y omnisciente, y se impone el optimismo antropológico, puesto que el Ser Supremo es bueno y vivimos en el mejor de los mundos posibles. Otros concluyen que la creencia en el Ser Supremo condiciona la existencia de leyes inmutables, establecidas por aquél, y que el hombre debe conocer; el estudio

de la naturaleza es indispensable para reencontrar aquellas verdades eternas, veladas durante siglos por las fuerzas de la opresión y la ignorancia: religión natural, derecho natural, política natural, moral natural, etc., que deben ser redescubiertas a la luz de la razón y de la experiencia, y los sentidos nos dicen que debemos buscar el placer, la felicidad, poniendo en ello el fundamento de la moral natural. Con estas bases, nada extraña la ausencia de una literatura religiosa de carácter místico.

Si avanzamos en la lectura de los poetas posteriores nos encontraremos con que la calidad literaria resurge en el Romanticismo. Pero no encontramos tampoco la vivencia de lo religioso, reflejada en el quehacer de los poetas del siglo XIX. Lo cual resulta paradójico, dadas las características de la filosofía romántica. Sin perder de vista lo que hemos escrito en las páginas anteriores no deja de sorprender la escasa temática religiosa del romanticismo poético español toda vez que el espíritu romántico se siente atraído por lo inconmesurable e irracional, por la fusión de los contrarios en una síntesis última y absolutizadora, por el pasado histórico en tanto que misterioso, por lo patético frente a lo racional, por lo trágico frente a lo cómico, por lo imprevisible y oculto frente a lo manifiesto y explícito...

El romántico siente la tragedia profunda que se desprende de la continua tensión entre la propia finitud y el anhelo infinito de realización total. Por ello, el romanticismo alemán se fue gestando a partir de las doctrinas místicas y pietistas del siglo XVIII, siendo directamente prefigurado por el subjetivismo del *Sturm und Drang*. Los versos de Novalis, por ejemplo, poetizan la vida mediante la fusión de espíritu y naturaleza, finitud e infinitud, pasado y presente. Nuestros Bécquer, Espronceda, Zorrilla, Rosalía de Castro o el Duque de Rivas no tienen nada que ver con el tipo de poesía que aquí y ahora nos ocupa.

El siglo XX, una poesía cargada de inquietud religiosa

Cuando abordábamos la figura eminente de fray Luis de León apuntamos que lo que él denomina *ilapso* no está reservado en

exclusiva para los perfectos, para la vía unitiva, sino que lo admite incluso para los principiantes, para la vía purgativa y, por supuesto, para los aprovechados, para la vía iluminativa. La gracia del conocimiento de Dios, la inflamación de amor divino y el trato íntimo con Él forman parte del proceso místico. De ahí que en esta antología demos entrada a aquellos poemas que, de una u otra forma, inciden en estos ámbitos.

Estas actitudes y situaciones religiosas se encontrarán en el siglo XX, tiempo de inquietudes y dificultades existenciales. El poeta de nuestro siglo —como le ocurriera siglos atrás a fray Luis de León— gemirá cautivo y lanzará un grito desgarrador hasta el cielo y suspirará por la verdadera libertad que no acaba y por el aire puro de las alturas y por la luz cegadora que viene del cielo. Los suspiros, ansias y anhelos por lo que se muestra como inaccesible es lo que une a fray Luis de León, a santa Teresa de Jesús, a san Juan de la Cruz... y a nuestros poetas del siglo XX.

Los poetas contemporáneos aspiran muchas veces a conocer los secretos del universo más que a gozarlos. La condición humana, finita, hace que nunca se logren las aspiraciones. Un cierto estoicismo lleva al desprendimiento de las cosas caducas y, por tanto, de un cierto ascetismo que sitúa al hombre en el buen camino de lo cristiano; condición previa para salvarse es la liberación total, el desprendimiento de las cosas de este mundo, la muerte al pecado.

Nuestros poetas más cercanos en el tiempo se encontrarán casi siempre —hablando de la mística— en la fase más humana, en la de los iniciados o principiantes, en la de la negatividad ascética. Pero, en medio de los sufrimientos personales y sociales, buscan la autenticidad y, al sentirse solos y abandonados, admiten su radical insuficiencia y aspiran a saciarse en lo permanente, en la divinidad. Los creyentes buscan caminos que den sentido a su existencia, rompen con el mundo en tanto les impida seguir la senda que les lleve a Dios. Sus versos, a veces, gritan en la búsqueda y, llegado el encuentro —si es que llega—, enmudecen para saciarse en el Ser Supremo o cantan la dicha de gozar de las moradas eternas.

Los poetas del siglo XX, como hemos apuntado, han vivido una enorme tensión existencial por múltiples circunstancias externas e internas; baste recordar la España del 98 y la del segundo tercio

del siglo XX, marcado por una guerra civil, con sus trágicos antecedentes y sus no menos trágicas consecuencias. Los poetas de este siglo han tenido en fray Luis de León, en santa Teresa y en san Juan de la Cruz —los grandes poetas que hubieron de soportar *tiempos recios*— los mejores antecedentes de su producción ascético-mística. Ha sido la poesía arraigada y comprometida la que ha llenado la mejor producción poética de este siglo que se ha dado en llamar, no sin razón, la Edad de Plata de la poesía española. Cuando el hombre lucha por superar las dificultades y conseguir metas cada vez más altas de perfección crea una poesía que no aliena, sino que compromete, salva y realiza. La poesía entonces supera las coyunturas del espacio y del tiempo y se eleva a categorías universales interpretando al hombre, al mundo y a Dios.

Tendremos que ampliar el concepto de poesía mística. Es verdad que el místico se sitúa en el plano de lo divino para contemplar la realidad simbólica con la que comunica sus experiencias inefables. Pero no menos cierto es que en derroteros de la mística se sitúa el poeta que parte de la naturaleza creada —el mundo, el hombre— para anticipar desiderativamente las realidades superiores que aún no puede disfrutar. El hombre de hoy, que obviamente no goza de las mismas experiencias místicas que los santos carmelitas del siglo XVI, ha de utilizar la angustia y el desgarramiento que le sirve su interior condición humana, marcada por experiencias circundantes, para elevarse al plano divino del místico.

El resurgir de inquietudes que trae la Generación del 98

En ese afán de periodización generacional, que tan útil es para estudiar la historia de la literatura española, una de las generaciones más significativas es la del 98. Se la llama también de *crisis de fin de siglo*. En efecto, la característica noventayochista se repite en sus escritores, casi siempre nacidos en la periferia peninsular y afincados en tierras del interior. Encontramos en ellos la preocupación apasionada por España, el culto por la sencillez, el desdén

por los refinamientos estéticos y —para nuestro interés en estos momentos— la proliferación de temas introspectivos, entre los que se encuentra la transcendencia y la religiosidad. Sin entrar en mayores precisiones, apuntamos dentro de este apartado observaciones referidas a algunos autores que empiezan a escribir en los comienzos del presente siglo.

Miguel de Unamuno es el hombre de la “agonía” —en sentido etimológico—, de la lucha. Su preocupación religiosa, teológica o intelectual sobre todo, expresa de una forma hiriente y angustiosa su búsqueda de Dios. Es quizá el autor más sensible al misterio. Se siente torturado por las mil tentaciones que le brinda la razón. Su filosofía existencial le coarta las intuiciones poéticas y le lleva a expresiones literarias de ritmos quebrados y ásperos. La preocupación por los contenidos le hace olvidar la calidad de las formas poéticas en muchas ocasiones; baste citar un poema de carácter religioso-transcendente como es *El Cristo de Velázquez*, donde la dureza de los ritmos y cadencias se debe a otra preocupación mayor del poeta, como es la de expresar la sinceridad de su fe y de sus dudas.

Puede decirse que ésta es una constante para hombres inquietos. Porque tres cuartos de lo mismo ocurre a Antonio Machado. Diluido en una niebla de sueños, el poeta sevillano entabla un diálogo con Dios pleno de humanidad y cercanía adivinada e imprecisa. Hay un Dios vagamente intuido, una vaga idea de inquietudes profundas en el alma, teñidas de comunión con la naturaleza que retrata su espíritu o estado del alma. La religiosidad de Antonio, comparada con la de su hermano Manuel, es, no obstante, más humana y profunda, más radical; la de Manuel Machado se fija casi exclusivamente en el aspecto exterior de la típica devoción andaluza a sus enojadas imágenes de la Virgen y al folklore de las procesiones de Semana Santa.

Juan Ramón Jiménez —quizá como consecuencia de su contacto con la mística oriental y con la literatura de Rabindranath Tagore, al que tradujo al castellano en colaboración con su esposa Zenobia Camprubí— aporta una religiosidad en ocasiones confusa, en cierto modo panteísta, cargada de egolatría y de un culto exacerbado al yo. Juan Ramón Jiménez acaba endiosándose y divinizándose a su manera, sobre todo en libros como *Dios deseado y deseante* y *Animal de fondo*. Ernestina de Champour-

cin, que conoció y trató a J.R.J., dice que la pasión juanramoniana por el trabajo depurado y perfeccionado puede proceder de un sentimiento religioso, de una especie de deuda que le impulsa a devolver en creación, en *Obra* con mayúscula, el don poético recibido: “*Viene un gorrión a la ventana abierta.../ Pienso en Dios/ y trabajo*”. Pero transcribimos la opinión del propio poeta con respecto a esa contemplación que le lleva a intuir lo divino y a descubrir los límites de la finitud de su ser terrestre y temporal. “*Para mí —escribe el Premio Nobel de Literatura— la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con toda mi existencia, y no ha sido poesía objetiva casi nunca. Y ¿cómo no había de estarlo en lo místico panteísta, la forma suprema de lo bello para mí? No que yo haga poesía religiosa usual; al revés, lo poético lo considero como profundamente religioso, es religioso inmanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado*”.

Ha sido la huella de los poetas franceses, como Mallarmé y Valéry, la que se ha dejado sentir en los arranques del presente siglo. Ante el enigma de la propia existencia estos autores llegan a la conciencia de estar luchando con Dios. ¿Acaso no tienen eco en nuestro J.R.J. aquellas palabras de Mallarmé: “*He descendido a la nada por tiempo bastante largo como para poder hablar de ella con certeza. No hay más que la belleza... y ésta no tiene más que una expresión perfecta: la poesía*”? Es cierto, no obstante, que este ataque directo a toda idea religiosa no es frecuente en la poesía española. Los nuestros interrogan, buscan, dudan, se estremecen ante lo inabarcable, quizá se quedan en la encrucijada..., pero no niegan explícitamente. Sin duda alguna pesaba un ambiente de tradición en Machado, Unamuno, Juan Ramón Jiménez..., Blas de Otero.

¿Una Generación sin Dios?

A los poetas líricos nacidos en torno al 1900 —aunque Pedro Salinas y Jorge Guillén son de 1891 y 1893, respectivamente— ha venido agrupándoseles en la llamada Generación del 27. Como ya es conocido, la fecha de referencia tuvo que ver con la celebración

del tercer centenario de la muerte de Luis de Góngora. No hicieron fortuna otras nomenclaturas, como Generación de la Dictadura, Generación de profesores y otras.

Se ha dicho en alguna ocasión que la Generación del 27 fue una generación sin Dios. No parece ajustarse del todo a la realidad, aunque es cierto que la temática religiosa no se encuentra en los cauces de religiosidad tradicional.

No puede olvidarse que, como en todos los órdenes de la vida, la religiosidad tiene innumerables matices, muy amplios y muy flexibles. Hay poesía religiosa, transcendente, de inquietud, de búsqueda... Dios siempre fue tema de inspiración, incluso en las civilizaciones primitivas. Las artes plásticas y la literatura de todos los tiempos dan buena cuenta de ello. En todas las épocas ha habido poetas que han cantado a Dios en forma de alabanza, de plegaria, de simple manifestación de amor o expresándole su inquietud más radical. Pero así como no es mística toda la poesía que nombra a Dios, sí puede ser mística una poesía que no lo nombre. La inconformidad —tan frecuente en los poetas del siglo XX— sí puede tener algunas de las características de la poesía religiosa en general y de la mística en particular.

La Generación del 27, compuesta por muchos poetas, de abundante producción y de muy alta calidad, deja constancia del acendrado catolicismo de Gerardo Diego, de la elevada —aunque muy *sui generis*— religiosidad de Emilio Prados y, por supuesto, de Manuel Altolaguirre y de Ernestina de Champourcin.

Luis Cernuda apunta alguna inquietud religiosa de búsqueda, dolorosa y rebelde, aunque predominan las dudas y rechazos en su poesía. Dios es una presencia oculta entre nubes; y cuando la fe parece estar perdida el poeta suplica amor. En tono más sereno se muestra el canto de Vicente Aleixandre, que nos permite atisbar algo así como una dicha eterna presentida cuando escudriña más allá de una exaltación panteísta del mundo y la belleza. Federico García Lorca capta el sentido religioso andaluz en sus aspectos más superficiales y en sus piropos a la eucaristía habla del inefable misterio y le piropea, aun con algunas imágenes de mal gusto.

Pero el poeta más original en su trato con Dios es Dámaso Alonso. Este, aunque perteneciente a la Generación del 27, es

traído aquí por sus libros aparecidos en 1944 (*Oscura noticia e Hijos de la ira*) y en 1955 (*Hombre y Dios*). En otro lugar (*Arbor*, nº 359, de noviembre de 1975) hemos estudiado el tema de Dios en la poesía de Dámaso Alonso. No conviene olvidar que en 1942 publicó un interesantísimo estudio sobre la poesía de nuestro gran místico, san Juan de la Cruz. En el arranque de la inspiración poética de Dámaso Alonso está el hombre, el mismo hombre que es la meta de su penetrante intuición. Pero su obra gira como una elipse en torno a dos polos: el hombre y Dios. La existencia se le puede aparecer como absurda, “monstruosa” por desconocida, como absurdo se presenta cuanto afecta a la misma: el ser, el vivir, Dios... Ante la interrogación existencial, y ante el silencio de Dios sólo queda el monólogo, el grito del *solitario garlador*, el autoimproperio, agarrarse a sus *dos alas*: la madre y la Virgen María. Pero ante la angustia aparece la muerte como solución. Sin embargo, los contrastes hacen, más incomprensible el misterio: existencia agónica frente a los *muertos nítidos*, envidia a los muertos y temor a la muerte, ésta como solución a la angustia pero al tiempo causante de la misma, en la muerte se alcanza la perennidad pero surge constantemente el instinto de conservación...

Si en los libros de Dámaso Alonso, aparecidos en 1944, teníamos al hombre sin Dios, en el libro de 1955 —*Hombre y Dios*— ya el título refleja cómo ambos polos de la elipse lírica se encuentran en relación copulativa. Con *Gozos de la vista* el poeta llegó a dejarse empapar por el Creador, aquella *dulce Incógnita*, que ahora le devuelve la vida gozosa por la fiesta de los sentidos, aunque ello conlleve la amargura de la fugacidad. Pero el vitalismo de raíz religiosa que abría aquí una nueva visión de la existencia y le llevaba al poeta a componer un himno variado y multicolor del multicolor y variado cosmos tornaría de nuevo a la noche oscura de los orígenes en su último libro *Duda y amor sobre el Ser Supremo*. Surge en estos poemas finales la desesperante dialéctica del hombre que es incapaz de franquear las puertas del misterio: el poeta tiene hambre de Dios, hambre de inmortalidad y le alimenta la duda. “Señor omnipotente, me presento *tristísimo*” clamará en estos versos. Pero el último de todos será la rúbrica mejor: “*Amor, no sé si existes. Tuyo, te amo*”.

Creíamos necesaria esta digresión sobre la poesía de Dámaso

Alonso, pues pensamos que presenta las claves necesarias para entender la producción poética del siglo XX, tanto por sus contenidos, como por sus formas, aunque no sean éstas el tema que ahora nos ocupa. Con Dámaso Alonso, como luego con Blas de Otero y algunos otros poetas que también incluimos en esta antología, sigue siendo verdad la tesis bergsoniana de que la fe es la capacidad de soportar dudas. Y de esclarecerlas, añadiríamos. El poeta que hace varios decenios escribió "*la muerte es la luz*" desarrolló, en preciosa intuición poética, las claves de su mística: "*morir es aspirar una flor nueva*".

La Generación del 36

Fue el bibliógrafo Homero Serís quien acuñó ya en 1945 el término de Generación del 36. Esta es la generación formada por aquellos hombres y mujeres que, tengan la edad que tengan, vieron cómo su obra quedó afectada por el trauma de la guerra civil de 1936-1939; *la generación destruida, en palabras de Guillermo Díaz Plaja*. Está caracterizada por un proceso de rehumanización y, a veces, de politización de las formas vanguardistas. Pero lo que caracteriza, en general, a este grupo de escritores es su carácter moral y, en particular, su religiosidad. Ya se ha visto que la Generación del 98 y la del 27 contaron sólo con escasas excepciones en este sentido, pues estaban imbuidas por el ambiente krausista y laicista de sus respectivos momentos.

La perspectiva trascendente no quedó oscurecida ni siquiera en aquellos escritores que se afiliaron a posiciones políticas cercanas al materialismo dialéctico.

Leopoldo Panero dice su poesía desde muy adentro, con emoción vigorosa que no se desmelena, con voz ancha, limpia, sin concesiones a modas pasajeras, atento sólo a esa luz interior que lo acecha en la naturaleza y que también brota de él mismo. Luis Rosales tiene un acento afín al de Panero y, en otras ocasiones, hace vibrar sus versos con un gozo especial y una alegría clara que coincide casi siempre con temas donde se enciende un ingenuo y sincero júbilo religioso. De Luis Felipe Vivanco cabe decir que

llega a Dios a través de la fuerza telúrica de la naturaleza contemplada y de la interioridad vivida en el amor de la familia como trampolín para ascender al amor de Dios.

Por último hay que reivindicar —aunque ya se ha hecho en los círculos más iniciados— la poesía de Arturo Serrano Plaja (por cierto, autor de una antología mística, editada en Buenos Aires hace medio siglo). El libro fundamental de Serrano Plaja es *La mano de Dios pasa por este perro*, poesía conmovedora y angustiosamente religiosa y vanguardista, esencialista y existencialista, en la que el autor desarrolla una larga alegoría, donde se ve a sí mismo como un perro humilde ante Dios y monologa ante su Creador.

La Generación del 50

En los poetas pertenecientes a la llamada Generación del 50 hay una recuperación sentimental del pasado cercano. Viven la conciencia de malestar social y político en oposición al régimen del general Franco. Viven la solidaridad a nivel sociopolítico. Pero no asoman las inquietudes más permanentes, preocupados como están por las coyunturales. Se advierte en cierto modo una visión unidimensional de sus preocupaciones, que contrasta, con las actitudes trascendentales y éticas de Blas de Otero, por ejemplo.

Sin embargo, hay una buena y abundante nómina de poetas *sin generación* que dan realce a la poesía de los años 50,60 e incluso 70. Son los que tienen acogida en las páginas de esta antología. Aunque pueda extrañar a algún lector la inclusión de algunos autores, no debe perder de vista que seleccionamos poemas y no poetas; Carlos Bousoño y José María Valverde, por citar dos casos, tienen una poesía profundamente religiosa en sus comienzos, aunque después cambiaran sus rumbos iniciales; y ahí están para demostrarlo o mostrarlo las ediciones de las antologías o de las obras completas por ellos preparadas.

La Generación de los Novísimos —nombre acuñado por José M^a Castellet en 1970 a través de una selección antológica— o Generación de 1968 —debido a Santos Sanz Villanueva— reúne a escritores preocupados por nuevas fórmulas literarias y por un eclecticismo postmoderno; en suma, engendrados de una nueva sensibilidad, nada o muy poco proclive a presupuestos religiosos y ni siquiera a inquietudes trascendentes.

Esta antología

La mística cristiana no es un fenómeno reservado a un reducido número de personas, especialmente dotadas para experiencias extraordinarias. Es, más bien, un don de Dios al ser humano, que alcanza grados muy diversos, entre otras cosas, porque depende de la actitud de *obediencia amorosa* y de receptividad anhelante. Así pues, todo creyente participa en la vida mística a través de los misterios de la vida teologal, actualizada de múltiples maneras en los aspectos concretos de la vida de cada uno, en la fraternidad solidaria, en los sacramentos, en la oración...

Los grandes místicos cristianos son personas que han recibido el carisma de vivir esta comunión de amor con Dios de forma eminente para poder desvelar y, en un modo de balbuceo y canto, proclamar los secretos de este amor y ayudar y, tal vez, suscitar la experiencia en muchos otros.

La poesía está ahí y sólo unos pocos saben expresarse. La mística está ahí y sólo unos pocos pueden vislumbrar el Infinito desde las rendijas de la finitud. El buen poeta místico sabe encontrar el secreto del mundo en el corazón de las cosas, en una inmanencia que revela trascendencia. Dios es como un árbol que está ahí, se ve y no pensamos en su raíz; por eso, para muchos es un reto de búsqueda, para algunos un encuentro y para una minoría una posesión. Los místicos son como los *poseedores poseídos*, los que *han llegado*, pero tienen zonas de oscuridad aunque hayan *visto* el resplandor de la divinidad.

Hay a lo largo de esta antología pruebas suficientes en las diversas direcciones. Casi toda la poesía ha bebido de los símbolos comunes y de las paradojas que nutren los poemas de los grandes místicos del Carmelo. Les sirvieron —símbolos y paradojas— para expresar la realidad experimentada, las vivencias del alma en contacto con el misterio. La realidad que esclarece todas las paradojas (saber/no saber, luz/tinieblas, fuego/agua, presencia/ausencia, soledad/compañía, libertad/prisión, vacío/plenitud, vida/muerte, dolor/gozo...) es el amor. Por eso es frecuente la utilización del símbolo nupcial en el lenguaje místico cristiano y extracristiano. Sin duda tiene su fuente de inspiración en el *Cantar de los Cantares* que resume y compendia todo lenguaje místico y, por ser palabra de Dios, es como una pre-encarnación del Verbo que se haría carne humana, vivida, padecida y glorificada.

Ahora bien, no conviene reservar el origen de la mística nupcial sólo a este libro del Antiguo Testamento, sino a los comentarios que hacen algunos Padres de la Iglesia (Orígenes, san Ambrosio, san Gregorio de Nisa, san Bernardo) a algunos textos bíblicos como Ef 5,25-27 y Ap 21,1-10. Estos textos del Nuevo Testamento hacen referencia, respectivamente, a la unión matrimonial como figura de la unión de Cristo y la Iglesia y al triunfo de Cristo y de la Iglesia al final de los tiempos simbolizado en las bodas del Cordero y de la Esposa.

El aspecto más característico de la mística cristiana es la unión con Dios propuesta y vivida como desposorio o como matrimonio espiritual con Él. Encontró un gran desarrollo en la obra *Las bodas espirituales* del autor medieval J. de Ruysbroeck.

Pero hay otra especie de mística, sobre la que queremos llamar la atención y que abunda en los poemas que aquí hemos recogido. Se trata de una mística profética, entendida no como unión íntima con lo divino sino como presencia intensa y fervorosamente comprometida. El acto profético es el encuentro de una persona con el Dios vivo, como queda patente en el comienzo del escrito del profeta Jeremías, cuándo éste ve algo insignificante como una rama de almendro e, inmerso en la observación, siente que Dios lo llama y le invita a reflexionar... El profeta y Dios no se funden el uno en el otro, sino que hay comunión entre ambos; a diferencia del místico, que tiene una experiencia individual, el profeta busca

guiar al pueblo para que se salve. Al fin y al cabo el poeta presta su voz, canta aquello que los demás cantarían si llevaran un poeta dentro. Poeta-profeta.

Hacer una antología es elegir. Y elegir es rechazar. O, al menos, descartar. Una empresa de este calado en la historia de la literatura acarrea siempre incomprendimientos, porque no se puede elegir todo lo que uno quisiera y porque los lectores tienen criterios diferentes que no coinciden con los del antólogo.

Incluir mayor número de poemas de un autor determinado no implica necesariamente considerarlo de mayor calidad, sino sólo dar a entender que tiene mayor producción poética del tema que nos ocupa. Un solo poema de san Juan de la Cruz vale por todos los demás que se incluyen en esta antología.

Sobre gustos hay mucho escrito, y cada seleccionador o antólogo tiene el suyo: tantas personas, tantos pareceres. Aquí, como en muchas otras cosas, entra en juego la subjetividad, el gusto personal, y la objetividad pretendida queda condicionada por otras preferencias.

El orden de los poetas incluidos en la antología es el estrictamente cronológico, aunque pueda extrañar que santa Teresa de Jesús vaya por delante de fray Luis de León, siendo aquélla una figura de la mística cuya vida corre pareja en tantas cosas con la de san Juan de la Cruz. A cada autor acompaña una biografía elemental, en la que se incluye la relación de bastantes de sus libros poéticos. Después transcribimos aquellos poemas que hemos considerado adecuados para ser incluidos en una antología de poesía mística española, teniendo en cuenta las tesis expuestas al comienzo de esta introducción.

Si nos asomamos a las fechas de nacimiento de los autores que aquí aparecen veremos que se producen algunas lagunas en determinados periodos o siglos. Obedece a que la lírica castellana no siempre ha brillado con la misma fuerza.

El Siglo —o Siglos de Oro— acogió la mejor lírica; luego hubo que esperar tiempos de esplendor y muchos, no sin razón, han denominado al siglo XX la Edad de Plata de la lírica española.

Esto que, por sí solo, es condicionante para un antólogo de la literatura en general, se acentúa cuando la antología a realizar aborda el tema religioso, y mucho más si la selección se circunscribe a lo religioso ascético-místico. Esos cortes que se producen

en la lírica española tienen su punto más notorio en el siglo XVIII; es en ese momento cuando las preocupaciones son más intelectuales y filosóficas que líricas y cuando el racionalismo prosaico y la labor crítica postergan la actividad artística de creación literaria.

No queda, pues, cercenado un período de nuestra lírica. No resulta significativo para explicar la evolución, porque no se puede hablar en estos términos, sino más bien de vuelta a lo religioso. La Edad de Oro de la poesía española es muy amplia y va desde Jorge Manrique hasta Francisco de Quevedo. Y luego se produce un descenso en la calidad de nuestra lírica para alcanzar cotas dignísimas en el siglo XX con el Modernismo, la Generación del 98, la del 27 y otros autores más recientes. Sólo España puede ofrecer un plantel de poetas como Manrique, Garcilaso, fray Luis, san Juan de la Cruz, Lope de Vega, Góngora, Quevedo; y sólo España ofrece un plantel como el de Antonio Machado, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Dámaso Alonso, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, etc.

Los temas religiosos han estado demasiado ausentes en los últimos tiempos, quizá como consecuencia de un laicismo dominante en el ambiente; no obstante, las almas más sensibles, como son casi siempre los poetas, han seguido cantando la trascendencia. Estos poetas no han sido coreados por los críticos "oficiales" y por los medios de comunicación.

Pero es constatable un renacer en ciertos sectores y algunos premios especializados han propiciado esta creación de poesía mística. Cabe aquí recordar lo que ha supuesto en los últimos lustros el premio de poesía mística Fernando Rielo. Su interés en provocar y estimular la creación de una poesía mística ha dado algunos frutos en los últimos años, como en el caso de la poetisa Pino Ojeda con *El salmo del rocío*, y de otros autores extranjeros, como María Assumpta Schenkl, Laureano Albán, Drutmar Cremer.

La inclusión en la *Liturgia de las Horas* de himnos tomados de nuestros clásicos ha puesto a los religiosos que han de rezar el *Oficio divino* en contacto con la mejor literatura religiosa; se han tomado poesías de Alfonso X el Sabio, el Arcipreste de Hita, Juan

del Encina, Jorge Manrique, Gómez Manrique, fray Ambrosio de Montesino, fray Íñigo de Mendoza, san Juan de la Cruz, fray Luis de León, santa Teresa de Jesús, Lope de Vega, José de Valdivielso, Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca..., y de autores posteriores, como Alberto Lista y Jacinto Verdaguer, llegando incluso a los del siglo XX, como Gerardo Diego, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, Miguel de Unamuno, José María Pemán, Ernestina de Champourcin, Emilio Prados, Jorge Blajot, Juan Bautista Bertrán, Cristina de Arteaga, etc.

Al mismo tiempo, la Comisión Episcopal de Liturgia propició en los años 70 la creación de himnos expresamente compuestos para formar parte del rezo de la *Liturgia de las Horas*; a este segundo grupo pertenecen obras de José Luis Blanco Vega, Bernardo Velado Graña, José Luis Martín Descalzo, Francisco Malgosa y Rufino Grández.

Miguel de Santiago

Antología de Poesía Mística

Nació en Palma de Mallorca en 1233 ó 1235 y murió en 1315 ó 1316 a consecuencia de la lapidación sufrida en Bujía, a donde había acudido en lo que iba a ser su último viaje misionero a tierras islámicas. Su familia, perteneciente a la aristocracia de Barcelona, llegó a Mallorca con Jaime I el Conquistador. Ramón Llull tuvo una juventud bastante disipada. Tras una experiencia íntima muy fuerte, acaecida en 1263, se retiró de la vida que llevaba y se adentró por los caminos de la ascética. Se dedicó al estudio, sobre todo de la filosofía y teología cristiana, por consejo de Ramón de Peñafort. Sintió la vocación misionera e ingresó en la Orden franciscana; en esta clave ha de entenderse toda su producción literaria. Era racionalista por temperamento y estaba convencido de que sus argumentaciones podían ser el instrumento eficaz para la conversión de los musulmanes al mostrarles que la parte positiva de su filosofía y de su religión debía conducirlos al cristianismo. Está considerado como uno de los padres de la literatura catalana, pues en esta lengua escribió la mayor parte de su producción filosófica, novelística o poética. He aquí la relación de algunas de las obras de R. Llull: Libre de contemplació en Déu (1272), Libre del gentil e dels tres savis (1272), Ars Generalis o Ars Magna (1273), Liber reprobationis aliquorum errorum Averrois (1310), De naturali modo intelligendi (1310), Arbor scientiae (1296), Lo desconhort (1295), Cant de Ramon (1299), Blanquerna (1283-1285). Para el tema que nos ocupa hay que destacar su obra mística Libre de amic e Amat (1282-87).

Que trata de los diálogos y cánticos de amor que son entre los dos, los cuales son ejemplos abreviados y en parábolas (que necesitan de exposición) por las cuales el entendimiento sube más alto en la contemplación y devoción y amor de su Amado y por esta causa son tantos como hay días en el año, y cada cual basta para contemplar todo un día según el Arte de Contemplación. El Amado es nuestro Señor Dios, como Creador y Recreador y último fin de cuanto tiene ser; el amigo es cualquier devoto y fiel cristiano, puesto en contemplación y servicio de Aquél. Amor es la caridad y benevolencia con que se aman el amigo y el Amado; y los tres (hablando en Dios simpliciter) son una misma cosa; y en todos modos se distinguen entre sí.

1. Preguntó el amor a su Amado si había quedado en él alguna cosa que amar. Respondióle el Amado que aquello por lo cual el amor del amigo podía multiplicar, se restaba aún por amar.

2. Las sendas por donde el amigo busca a su Amado, largas son y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, e iluminadas de amores.

3. Juntáronse muchos amadores para amar a un Amado, quien les abundaba a todos de amores; y cada uno de ellos tenía por joya y caudal a su Amado, de quien concebía agradables pensamientos, por los cuales sentía gustosas tribulaciones.

4. Lloraba el amigo y decía: "¿Cuándo llegará el tiempo en que cesarán en el mundo las tinieblas y los caminos del infierno para que cesen las carreras infernales? Y ¿cuándo llegará la hora en que el agua que acostumbra correr hacia abajo, tomará la inclinación y la naturaleza de subir hacia arriba? Y ¿cuándo serán más los inocentes que los culpables? ¡Ah, cuándo se gloriará el amigo de morir por su Amado! Y ¡cuándo verá el Amado a su amigo enfermar por Amor!".

5. El amigo dijo a su Amado: "Tú que llenas al sol de resplandor, llena mi corazón de amor". Respondióle el Amado: "A no estar tú lleno de amor, no derramarían lágrimas tus ojos, ni te habrías tú venido a este lugar para ver a tu Amado".

6. Tentó el Amado a su amigo para ver si le amaba perfectamente, y le preguntó de dónde nacía la diferencia que hay entre la presencia y la ausencia del Amado. Respondió el amigo, que de la ignorancia y del olvido, del conocimiento y del recuerdo.

7. Preguntó el Amado a su amigo: "¿Te acuerdas de cosa alguna que yo te haya remunerado, para que tú quieras amarme?". "Sí —respondió el amigo—, pues entre los trabajos y placeres que me das no hago diferencia".

8. "Dime, amigo —preguntó el Amado—, ¿tendrás paciencia si te doblo tus dolencias?". "Sí —respondió el amigo—, con tal que dobles mis amores".

9. Preguntó el Amado al amigo: "¿Sabes aún lo que es el amor?". Respondió el amigo: "Si no supiere qué cosa es amor, sabría qué cosa es trabajo, tristeza y dolor".

10. Preguntaron al amigo: "¿Por qué no respondes a tu Amado, que te llama?". Respondió el amigo: "Ya me ofrezco a padecer grandes peligros porque Él venga, y le hablo ya deseando sus honras".

11. "Amigo insensato: ¿por qué acabas tu cuerpo, gastas tu dinero, y andas despreciado de las gentes?". Respondió el amigo: "Para honrar los honores de mi Amado, el cual es desamado y deshonorado por más hombres que amado y honrado".

12. "Dime, fatuo por amor, ¿cuál es cosa más visible: el Amado o el amigo, o el amigo en el Amado?". Respondió el amigo, y dijo: "Que el Amado es visto por amores y el amigo por suspiros, llantos, trabajos y dolores".

13. Buscaba el amigo quien dijese a su Amado, leyendo en un libro, en dónde estaban escritas todas las enfermedades que el amor le daba por su Amado y todos los agradecimientos que de ello había el Amado.

14. La Reina del Cielo presentó a su Hijo al amigo para que le besase el pie, y que escribiese en su libro las virtudes de la Madre de su Amado.

15. "Pajarillo que cantas, dime, ¿te pusiste al resguardo de tu Amado, para que te defienda de desamor y que multiplique en ti el amor?". Respondió el pájaro: "Y quién me hace cantar, sino sólo el Señor de amor, quien no tiene el amor a deshonor?".

16. Entre temor y esperanza hizo el amor su hospicio, en donde vive por pensamientos y muere por olvido, cuyos fundamentos distan mucho de los deleites y placeres de este mundo.

17. Cuestión hubo entre los ojos y la memoria del amigo, porque los ojos decían que más valía ver al Amado que rememorarle, y la memoria decía que por la recordación suben las lágrimas a los ojos y el corazón se inflama de amor.

18. El amigo preguntó al entendimiento y a la voluntad cuál de los dos era más cercano de su Amado. Y corrieron los dos, y el entendimiento llegó mucho más presto a su Amado que no la voluntad.

19. Contienda hubo entre el amigo y el Amado; y lo vio otro amigo, el cual lloró muy largo tiempo, hasta que se hizo la paz entre el Amado y el amigo.

20. Los suspiros y los llantos vinieron al Tribunal del Amado, y preguntáronle por quién de los dos se sentía más fuertemente amado. El Amado sentenció que los suspiros están más cerca al amor, y el llanto a los ojos.

21. Vino el amigo a beber en la fuente en donde quien no ama, bebiendo se enamora, y después de haber bebido se le doblaron sus langores; y vino el Amado a beber en la misma fuente para redoblar a su amigo sus amores en los cuales le doblasen sus langores.

22. Enfermó el amigo, y estaba en éxtasis y exceso de pensamientos; el Amado le cuidaba: de mérito le alimentaba, de amor le abrevaba, en la paciencia le recostaba, de humildad le vestía y con verdad le curaba.

23. Preguntaron al amigo en dónde era su Amado: Quien respondió diciendo: "Vedle ahí en una casa más noble que todas

las demás noblezas creadas, y vedle ahí en mis amores, en mis langores y en mis llantos".

24. Preguntaron al amigo: "¿A dónde vas?". Y respondió: "Vengo de mi Amado". "¿De dónde vienes?". "Voy a mi Amado". "¿Cuándo volverás?". "Me estaré con mi Amado". "¿Qué tiempo estarás con tu Amado?". "Todo el tiempo que serán en Él mis pensamientos".

25. Cantaban los pájaros al alba, y despertóse el amigo, que es alba; y los pájaros acabaron su canto y el amigo murió en el alba por su Amado.

26. Cantaba el pájaro en el vergel del Amado; vino el amigo y dijo al pájaro: "Si no nos entendemos por el habla, entendámonos por amor; porque en tu canto se representa a mis ojos mi Amado".

27. Tuvo sueño el amigo, quien había trabajado mucho en buscar a su Amado y temió que no se le olvidase su Amado; lloró para no dormirse, y para que no se le olvidase su Amado.

28. Encontráronse el amigo y el Amado, y dijo el Amado a su amigo: "No hay necesidad de que me hables; mas hazme señas con tus ojos, que son palabras a mi corazón, que dé lo que me pides".

29. Desobedeció el amigo a su Amado, y lloró el amigo y el Amado vino a morir con el vestido de su amigo, para que el amigo recobrase lo que había perdido, y dióle mayor don que el que había perdido.

30. Prendaba el Amado a su amigo y no le dolía su desfallecimiento para que fuese de Él más fuerte amado, y en el mayor desfallecimiento encontró al amigo mayor.

31. Dijo el amigo: "Los secretos de mi Amado me atormentan, y cuando mis obras no los revelan, y porque mi boca los tiene secretos y no los revela a las gentes".

32. Las condiciones del amor son: que el amigo sea sufrido, paciente, humilde, temeroso, solícito, confiado, y que se arriesgue a grandes peligros por honrar a su Amado; y las condiciones de su Amado son: que es verdadero, liberal, piadoso y justo para su amigo.

33. Buscaba el amigo devoción en los montes y en los llanos para ver si su Amado era servido, y en todos estos lugares halló falta; y por esto cavó en tierra por ver si en el fondo encontraría cumplimiento, puesto que sobre la haz de la tierra había falta de devoción.

34. "Dime, pájaro que cantas de amor, ¿por qué mi Amado me atormenta con amor, puesto que me ha recibido para servidor suyo?". Respondió el pájaro: "Si por amor no padecías trabajos ¿con qué amarías a tu Amado?".

35. Pensativo iba el amigo por las sendas de su Amado y resbaló y cayó entre espinas, las cuales le parecieron rosas y flores, y que fueron cama de amores.

36. Preguntaron al amigo si cambiaría a su Amado por otro alguno. Y respondió diciendo: ¿Cuál otro es mejor, ni más noble que el Soberano bien, eterno e infinito en grandeza, poder, sabiduría, amor y perfección?".

37. Lloraba y cantaba el amigo cánticos de su Amado, y decía que más pronta y más viva cosa es el amor en el corazón del amante, que el relámpago en el resplandor, ni el trueno en el oír; y más viva cosa es el agua en los llantos, que el viento en la fluctuación del mar; y que más cercano es el suspiro al Amado, que el candor a la nieve.

38. Preguntaron al amigo: "¿Por qué su Amado era glorioso?", y respondió: "Porque es gloria". Dijéronle: "¿Por qué era poderoso?". "Porque es poder." "Y ¿por qué es sabio?". "Porque es sabiduría". Y "por qué es amable?". "Porque es Amor".

39. Madrugó el amigo e iba buscando a su Amado y encontró gente que iba por los caminos, y les preguntó si habían visto a su Amado. Y respondiéronle diciendo: "¿Cuándo fue la hora en que tu Amado estuvo ausente de tus mentales ojos?". Respondió el amigo: "Después que yo vi a mi Amado en mis pensamientos, nunca jamás estuvo ausente de mis ojos corporales, porque todas las cosas visibles me presentan a mi Amado".

40. Con los ojos de pensamientos, langores, suspiros y llantos miraba el amigo al Amado; y con ojos de justicia, gracia, piedad, misericordia, liberalidad, remiraba el Amado a su amigo; y un pájaro cantaba el sobredicho placentero aspecto.

41. Las llaves de las puertas del amor son sobredoradas de consideraciones, deseos, suspiros y llantos; y en el cordón de ellas es de conciencia, contrición, devoción, y satisfacción por obra; y el portero es justicia, misericordia y piedad.

42. Llamaba el amigo a las puertas de su Amado con aldabadas de amor, y el Amado oía los toques del amigo con humildad, piedad, paciencia y caridad. Abriéronse las puertas de la Divinidad y de la Humanidad y entró el amigo a ver a su Amado.

43. Propio y común se encontraron y entre sí se mezclaron para que hubiese benevolencia y amistad entre el amigo y el Amado.

44. Dos son los fuegos que calientan el amor del amigo: el uno es de deseos, placeres y pensamientos; el otro se compone de temor, desmayos, lágrimas y llantos.

45. Deseaba soledad el amigo, y fuese a vivir solo, para lograr la compañía de su Amado, sin el cual se hallaba solitario entre las gentes.

46. Solo estaba el amigo a la sombra de un bello árbol, y pasando varios hombres por aquel paraje, le preguntaron por qué estaba solo. Respondioles el amigo: "Ahora estoy solo, que os he visto y oído; pues antes tenía la compañía de mi Amado".

47. Con señas de amor se hablaban el amigo y el Amado; y con temor, pensamientos, lágrimas y llantos refería el amigo a su Amado las angustias de su corazón.

48. Dudó el amigo si su Amado le faltaría en sus mayores necesidades, y el Amado desenamoró al amigo; mas el amigo tuvo contrición y penitencia en su corazón, y el Amado restituyó al corazón de su amigo la esperanza y la caridad y a sus ojos, lágrimas y llantos, para que volviese en el amigo el amor.

49. La misma proporción tiene la cercanía entre el amigo y el Amado, que la distancia, porque, como mezcla de vino y agua, se mezclan los amores del amigo y del Amado; y como claridad y resplandor se eslabonan sus amores y como esencia y ser se acercan y se convienen.

50. Dijo el amigo a su Amado: "En Ti está mi salud y mi dolencia; cuando más perfectamente me sanas, crece más mi langor, y cuando más me enfermas, más salud me das".

51. Suspiraba el amigo y decía: "¡Oh, y qué cosa es mi amor!". Respondió el Amado: "Tu amor es sello que imprime y sella amor cuando manifiestas a las gentes mis honores".

52. Veíase el amigo apresar y atar, herir y matar por amor de su Amado y los que le atormentaban preguntánbale: ¿Adónde está tu Amado?. Respondióle el amigo: "Helo aquí en la multiplicación de mis amores y en la tolerancia que me da en mis tormentos".

53. Dijo el amigo al Amado: "Yo jamás me excusé ni me aparté de amarte desde que te conocí, pues por Ti, en Ti y Contigo estuve donde quiera que me hallase". Respondió el Amado: "Ni yo, desde que tú me conociste y amaste, te he olvidado, ni jamás te engañé ni te he faltado".

54. Iba el amigo como un loco por cierta ciudad cantando de su Amado, y preguntóle la gente si había perdido el seso. Respondió "que su Amado le había robado la voluntad y que él le había entregado el entendimiento; y por esto le había quedado sólo la memoria con que se acordaba de su Amado".

55. Dijo el Amado: "Milagro es contra el Amor del amigo, que éste se duerma olvidando su Amado". Respondió el amigo: "Milagro es también y contra el amor del Amado si éste no despierta al amigo, pues que le ha deseado".

56. Subióse el corazón del amigo en las alturas de su Amado, porque no tuviese embarazo de amarle en el abismo de este mundo, y cuando estuvo con su Amado, quedó contemplándole con dulzura y placer. Pero el Amado le hizo bajar a este mundo para que le contemplara con tribulaciones y penas que da el amor.

57. Al amigo preguntaron: "¿Cuáles son tus riquezas?". Respondióle: "Las pobreza que por mi Amado padezco". "Y ¿cuál es tu descanso?". "El desfallecimiento que por amor me da". "Y ¿quién es tu médico?". "La confianza que tengo de mi Amado". "Y ¿quién es tu maestro?". Respondió "que las significaciones que las criaturas le dan de su Amado".

58. Cantaba una avecilla en un ramo lleno de hojas y flores y el viento movía las hojas y esparcía el olor de las flores. Preguntaba el amigo al avecilla "qué significaba aquel movimiento de las hojas y el oler de las flores". Respondió "que las hojas en su movimiento significan obediencia, y el olor de las flores el tolerar tribulaciones y angustias".

59. Iba el amigo deseando a su Amado, y encontróse con dos amigos, quienes con amor y llanto se saludaron, se abrazaron y se besaron. Desmayóse el amigo, pues tan vivamente le hicieron los dos amigos memoria de su Amado.

60. Pensó el amigo en la muerte, y temióla, hasta que se acordó de su Amado, y con voz alta dijo a los que tenía presentes: "¡Oh!, señores, amad mucho, para que no temáis la muerte, ni los peligros en honrar y servir a mi Amado".

61. Preguntaron al amigo "en dónde tuvieron el primer principio sus amores". Y respondió "que en la nobleza de su Amado, y de aquel principio se inclinó a amar a su Amado, a sí mismo, y al prójimo; y a desamar al engaño y a la falsedad".

62. "Dime, insensato por amor, si tu Amado te desamara, ¿qué harías?". Respondió y dijo: "Amariale para no morir, puesto que el desamor, es muerte y el amor es vida".

63. Preguntaron al amigo qué cosa era perseverancia. Y respondió "que era bienaventuranza y tribulación en el amigo que persevera en el amar, honrar y servir a su Amado con fortaleza, paciencia y esperanza".

64. Dijo el amigo a su Amado que le diese la paga del tiempo que le había servido. Tomó el Amado en cuenta sus pensamientos, deseos, llantos, peligros y trabajos que por su amor había

padecido el amigo, y añadió el Amado a la cuenta la eterna bienaventuranza y se dio a sí mismo en paga a su amigo.

65. Preguntaron al amigo qué cosa era bienaventuranza. Y respondió "que tribulación padecida por amor".

66. Mas preguntaron al amigo qué cosa era miseria. Y respondió el amigo: "Cumplir en este mundo sus deseos, puesto que a deleites brevísimos se siguen perpetuos tormentos en el infierno".

67. "Dime, loco, ¿qué cosa es tribulación?". Respondió "que memoria de los desacatos que se hacen a mi Amado digno de toda honra".

68. Volvió el amigo a mirar un lugar, en donde había visto a su Amado y dijo: "¡Oh lugar, que me haces presentes las bellas costumbres de mi Amado dirásle que yo por su amor padezco trabajos y fatigas!". Respondió el lugar: "Cuando en mí estaba tu Amado, padecía por tu Amor mayores trabajos y tribulaciones mayores que todas las que pueda dar a sus siervos el amor".

69. Decía el amigo a su Amado: "Tú eres todo, y por todo y en todo y con todo. A Ti quiero entregarme todo para tenerte todo". Respondió el Amado: "No puedes tenerme si no eres mío. Respondió el Amado: "Si tú me tienes todo, ¿qué tendrá tu hijo, tu hermano, tu padre?". Dijo el amigo: "Tal todo eres Tú, que puedes abundar y ser todo de cada uno que a Ti se entregue todo".

70. Entró el amigo en un delicioso prado y vio muchas jóvenes que perseguían muchedumbre de mariposas, y hollaban las flores, y cuanto más porfiaban en agarrarlas, tanto más alto volaban las mariposas. De que discurrió el amigo que tales son aquellos que con curiosas sutilezas piensan comprender a su Amado, quien abre las puertas a los simples y las cierra a los sutiles; y la Fe muestra aquél en sus secretos por la ventana del amor.

71. Extendió y dilató el amigo sus pensamientos en la grandeza y duración de su Amado, y no halló en Él principio, ni medio, ni fin; y dijo el Amado: "Mentecato, ¿qué es lo que mides?". Respondió el amigo: "Mido el mayor con el amor, el cumplimiento con la falta, la infinidad con la cantidad y con el temporal la eternidad, a fin que

la humildad, la paciencia, la fe, la esperanza y la caridad sean más vivas en mi memoria".

72. Preguntaron al amigo qué hombres le parecían más enfermos. Respondió: "Que los ciegos que oyen a los médicos del Amado, y, viendo a ellos, no los reciben para su propia curación; puesto que es suma felicidad ver a mi Amado y pena horrible no poderle ver".

73. Las sendas del amor son largas y breves, porque el amor es claro, puro, limpio, verdadero, sutil; siempre fuerte, diligente, resplandeciente y abundante de nuevos pensamientos y de anti-guos recuerdos.

74. Preguntaron al amigo cuáles eran los frutos de amor. Y respondió "que placeres, pensamientos, deseos, suspiros, ansias, trabajos, peligros, tormentos y dolencias, puesto que sin estos frutos no se deja tocar el amor de sus servidores".

75. Muchas gentes estaban en presencia del amigo, quien se quejaba a su Amado porque no aumentaba sus amores; y quejábale del amor, porque le daba trabajos y dolores. Excusábase el Amado diciendo: "Que los trabajos y dolores de que acusaba al amor era multiplicación de amores".

76. "Dime, fatuo, ¿cómo no hablas? ¿Y qué es esto en que estás turbado y pensativo?". Respondió: "Pienso en las bellezas de mi Amado y en la semejanza de las felicidades y dolores que traen y dan los amores".

77. Al insensato de amor preguntaron en dónde comenzó primero su amor: si en los secretos de su Amado o si en revelarlos a las gentes. Respondió "que el amor, siendo perfecto, no hace en esto diferencia, porque con secreto tiene secreto el amigo los secretos de su Amado, y revélalos con secreto y en la misma revelación los tiene secretos".

78. Secreto de amor sin revelación da pena y sentimiento y revelar el amor da temor y fervor; y por eso el amigo en cualquiera manera desfallece.

79. Llamó el amor a sus amantes y dijoles que le pidiesen los dones más deseables; y ellos pidieron al amor les vistiese y adornase de sus facciones, para que fuesen al Amado más aceptos y agradables.

80. Llamó el amigo con voz alta a las gentes y dijoles que amor mandaba que amasen caminando, estando sentados, velando y durmiendo, hablando y callando, comprando y vendiendo, llorando y riendo, ganando y perdiendo, en placeres y cenas; y que en cualquiera cosa que hiciesen amasen en todas, que así lo mandaba el amor.

81. "Dime, hombre sin seso, ¿cuándo vino en ti el amor?". Respondió "que en aquel tiempo, cuando me enriqueció y pobló mi corazón de pensamientos, deseos, suspiros y desfallecimientos y llenó mis ojos de lágrimas y llantos". "¿Qué te trajo amor?". "Hermosas facciones, honores, y valores de mi Amado". "¿En dónde vinieron?". "En la memoria y en el entendimiento". "¿Con qué los recibiste?". "Con caridad y esperanza". "¿Con qué las guardas?". "Con justicia, fortaleza y templanza".

82. Cantaba el Amado, diciendo "que poco sabía el amigo de amor si se avergonzaba de alabar a su Amado, y se temía honrarle en aquel lugar en donde es más deshonorado; y poco sabe amar quien se enfada de tribulaciones y quien desconfía de su Amado, y quien no hace concordancia de amor y esperanza".

83. Envió el amigo sus cartas a su Amado, en que le decía "si había otro amante que le ayudase a llevar a sufrir los grandes afanes que padece por su amor". Y el Amado respondió a su amigo: "que no había en él con que le pudiese hacer injuria ni falta".

84. Al Amado preguntaron por el amor de su amigo. Y respondió "que el amor de su amigo es una mezcla de gozo y tribulación, de temor y confianza". Al amigo le preguntaron por el amor de su Amado. Respondió "que el amor de su Amado es influencia de infinita Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Caridad y Perfección, la que influye el Amado a su amigo".

85. "Díme, fatuo por amor, ¿qué cosa es maravilla?". Respondió "que amar más las cosas ausentes que las presentes, y amar más las cosas visibles corruptibles que las invisibles e incorruptibles".

86. Buscando el amigo a su Amado, encontró a un hombre que moría sin amor y dijo: "¡Ah, qué daño tan grande es que los hombres de cualquiera suerte que mueran, mueran sin amor!". Por esto dijo el amigo al moribundo: "Díme, hombre, ¿por qué mueres sin amor?". Respondió: "Porque sin amor vivía".

87. Preguntó el amigo a su Amado "¿cuál era mayor: o amor, o amar?". Respondió el Amado "que en la criatura, amor era el árbol, y amar era su fruto, y los trabajos y fatigas son las hojas y las flores. Pero que en Dios, amor y amar eran una misma cosa, sin algún trabajo o pena".

88. Estaba el amigo lánguido y triste a causa de la superabundancia de pensamientos, y por esto envió a rogar a su Amado le permitiese algún libro donde estuviesen escritas sus bellezas para que le diese algún remedio. Remitió el Amado a su amigo el libro, y se le doblaron sus enfermedades y trabajos.

89. Enfermó de amor el amigo y entró a visitarle un médico, quien aumentó sus dolencias y sus pensamientos, y el amigo en aquella misma hora sanó.

90. El amigo y el amor salieron a recrearse hablando del Amado, quien se les hizo presente. Lloró el amigo y quedó en éxtasis, y el amor se anonadó en el desmayo del amigo. Hizo volver en sí el Amado a su amigo, haciéndole memoria de sus bellezas y facciones.

91. Decía el amigo al Amado que venía a su corazón por muchas sendas, y por muchas se le hacía presente a sus ojos, y que con muchos nombres le nombraba su habla. Mas que el amor con que le vivificaba y mortificaba no era más que uno solo.

92. Enseñóse a su amigo el Amado vestido de vestiduras nuevas y encarnadas, y extendió sus brazos para que le abrazase,

e inclinó su cabeza para que, besándole, le diese ósculo de paz, y está en alto para que le pueda encontrar.

93. Ausentóse el Amado de su amigo, y buscaba el amigo a su Amado con su memoria y entendimiento para poderle amar. Halló el amigo a su Amado, y preguntóle adónde había estado. Respondióle “ que en la ausencia de su recuerdo, y en la ignorancia de su inteligencia”.

94. “Dime, insensato por amor, ¿te avergüenzas de las gentes cuando te ven llorar por tu Amado?”. Respondió “que vergüenza sin pecado es por falta de amor en quien no sabe amar”.

95. Sembró el Amado en el corazón del amigo deseos, suspiros, virtudes y amores. Regó el amigo aquellas semillas con lágrimas y llantos, y sembraba el Amado en el cuerpo del amigo trabajos, tribulaciones y enfermedades. Sanaba el amigo a su cuerpo con esperanza, devoción, paciencia y consuelo.

96. En una pomposa fiesta tuvo el Amado grande concurso de muy honrados varones; hizoles espléndidos convites, y dióles grandes dones. Vino en aquella corte el amigo, y preguntóle el Amado: “¿Quién te ha llamado para que vinieras a mi corte?”. Respondióle el amigo: “Necesidad y amor me han obligado a que viniese a ver tus bellas facciones, tu gracioso gesto, tus adornos y tu gloria”.

97. Preguntaron al amigo de quién era. Respondióles que del amor. “¿De qué eres?”. “De amor”. “¿Quién te engendró?”. “Amor”. “¿En dónde naciste?”. “En amor.” “¿Quién te crió?”. “Amor”. “¿De dónde vienes?”. “De amor”. “¿A dónde vas?”. “A amor”. “¿En dónde habitas?”. “En amor”. Preguntáronle más: “¿Tienes otra cosa más que amor?”. Respondió: “Sí: injurias, culpas y pecados contra mi Amado”. “¿En tu Amado hay perdón?”. Dijo el amigo “que en su Amado había misericordia y justicia, y por esto su hospicio era entre temor y esperanza; porque la misericordia le obligaba a esperar, y la justicia, a temer”.

98. Ausentóse de su amigo el Amado. Buscóle el amigo con sus pensamientos y con lenguaje de amor preguntaba por Él entre los hombres.

99. Encontró el amigo a su Amado despreciado entre las gentes, y díjole “que grande agravio se hacía a sus honores”. Respondióle el Amado “que padecía agravios por falta de siervos y amantes devotos”. Lloró el amigo, y se le aumentó su dolor; y el Amado le consolaba enseñándole sus acatamientos, su semblante y magnificencia.

100. La luz del aposento del Amado vino a iluminar el aposento del amigo para expeler las tinieblas y llenarle de placeres, desfallecimientos y pensamientos de amor. Y el amigo echó fuera de su aposento todas las cosas, para que descansase en él su Amado.

101. Preguntaron al amigo qué empresa llevaba en su estancia el Amado. Respondió el amigo “que de un hombre muerto”. Dijéronle llevaba tal empresa. Respondió: “Porque Él fue hombre muerto y crucificado por amor, para que los que se glorian de amantes le sigan”.

102. Vino el Amado a hospedarse en casa de su amigo, y el mayordomo le pidió la paga del hospedaje; mas díjole el amigo que su Amado debía ser acogido graciosamente, y aun con donativo, porque mucho tiempo ha que el Amado pagó el precio de todos los hombres.

103. Juntáronse la memoria y la voluntad, y subieron a la montaña del Amado, para que el entendimiento se exaltase y el error del amigo se duplicase en amar a su Amado.

104. Cada día los suspiros y los llantos son mensajeros entre el amigo y el Amado, para que haya entre los dos consuelo y compañía, amistad y benevolencia.

105. Deseaba el amigo a su Amado viéndose lejos de Él, y remitióle sus pensamientos para que le trajesen la bienaventuranza de su Amado, en la cual por largo tiempo se había entretenido.

106. El Amado dio a su amigo el don de lágrimas, suspiros, penas, pensamientos y dolores, con cuyo beneficio servía el amigo a su Amado.

107. Rogaba el amigo a su Amado le diese libertad, paz y honra en este mundo; y el Amado enseñó sus bellezas a la memoria y al entendimiento del amigo, y dióse por objeto a su voluntad.

108. Preguntaron al amigo en qué consistía el honor. Respondió "que en entender y amar a su Amado". Preguntáronle en qué estaba el deshonor. Y respondió "que en olvidar y no amar a su Amado".

109. Amado mío, el amor me atormentaba, hasta que le dije que Tú estabas presente en mis tormentos; y entonces el amor mitigó sus dolencias, y Tú ¡oh Amado!, en premio, multiplicaste mi amor, quien me dobló los tormentos.

110. El amigo en la senda de amor encontró al amante que no hablaba; mas con llanto, tribulaciones y macilento rostro acusaba y reñía al amor. Este se excusaba con la lealtad, esperanza, sabiduría, devoción, paciencia, fortaleza, templanza y bienaventuranza; y por eso reprendió al amante, que se quejaba del amor, mientras que tan nobles dones les había dado.

111. Iba el amigo a una tierra extraña, en donde pensaba encontrar a su Amado, y por el camino le embistieron dos leones. El amigo temió la muerte, pues deseaba vivir para servir a su Amado, y envió su recuerdo a su Amado, para que amor asistiese a su tránsito, y con él pudiese mejor padecer la muerte. Mientras que el amigo se acordaba de su Amado, vinieron con mansedumbre los leones al amigo, a quienes lamieron las lágrimas de sus llorosos ojos y le besaron las manos y los pies; y el amigo prosiguió en paz su camino en busca de su Amado.

112. Andaba el amigo por montes y llanos, y no podía encontrar puerta por donde pudiese salir de la cárcel del amor, que largo tiempo le había tenido encarcelado el cuerpo, sus pensamientos, sus deseos y placeres. Mientras que el amigo iba así ansioso, encontró a un ermitaño que dormía cerca de una hermosa fuente. Despertó el amigo al ermitaño a quien preguntó si soñando le había visto a su Amado. Respondióle éste "que igualmente encarcelados estaban sus pensamientos en la cárcel del amor, velando y durmiendo". Mucho gustó al amigo encontrar compa-

ñero en cárcel; y lloraron mucho los dos, porque no tenía el Amado muchos de estos amadores.

113. Preguntaron al amigo cuál era la fuente de amor. Respondió "que aquella donde el Amado nos ha limpiado de nuestras culpas, y en la cual da de balde agua viva, de la cual, quien bebe, logra vida eterna en amor sin fin".

114. No hay en el Amado cosa alguna en que el amigo no tenga sus ansias y tribulaciones, ni tiene el amigo en sí cosa alguna en que el Amado no tenga placer y señorío; y por esto el amor del Amado está en acción, y el amigo, por amor, está en dolores y pasiones.

115. En un ramo cantaba un avecilla, diciendo "que daría un nuevo pensamiento de amor a quien le diese dos". Dio el ave el nuevo pensamiento al amigo, y éste le dio dos al ave, para que le prolongase sus tormentos; y el amigo sintió multiplicados sus dolores.

116. Encontráronse el Amado y el amigo, y de su encuentro fueron testigos las salutations, abrazos y ósculos, las lágrimas y llanto. Preguntó el Amado al amigo por su estado, y quedó confuso y tumbado el amigo en presencia de su Amado.

117. Lucharon entre sí el amigo y el Amado, y pusieronlos en paz sus amores, y fue cuestión: ¿cuál puso entre ellos mayor amistad?

118. Amaba el amigo a todos los que temían a su Amado, y temía a todos los que no le temían; y de aquí resultó esa duda: ¿cuál era mayor en el amigo, amor o temor?

119. Creía el amigo seguir a su Amado, y pasaba por un camino, en donde había un león muy fiero, que mataba a cuantos pasaban por allá perezosamente y sin devoción; y decía el amigo: "Al que no teme a mi Amado, le conviene que todo lo tema; y quien le teme, conviene que en todo tenga osadía y ardimiento".

120. Preguntaron al amigo qué cosa sea ocasión, y respondió "que ocasión es placer en penitencia, entendimiento en conciencia, esperanza en paciencia, santidad en abstinencia, consolación en reminiscencia, amor en diligencia, lealtad en vergüenza, riqueza en pobreza, paz en obediencia y guerra en malevolencia".

121. Iluminó el amor el nublado que media entre el amigo y el Amado, e hizole así claro y resplandeciente como la luna en la noche, como la aurora en la alborada, como el sol en el día y como el entendimiento en la voluntad, y por aquella nube así resplandeciente y clara se hablaban el amigo y el Amado.

122. Preguntaron al amigo cuáles eran las mayores tinieblas. Respondió "que la ausencia de su Amado"; y preguntado cuál era el resplandor mayor y dijo "que la presencia de su Amado".

123. Las señas del Amado aprende el amigo quien por amor se halla en tribulaciones, suspiros, llantos, pensamientos y desprecios de las gentes.

124. Escribía el amigo estas palabras: "Alegrase mi Amado porque le envió mis pensamientos, y por Él lloran y están en continuas lágrimas mis ojos, y siento langores, y sin Él ni vivo, ni toco, ni veo, ni oigo, ni huelo".

125. "¡Oh, entendimiento y voluntad, gritad y despertad los perros grandes que duermen olvidando a mi Amado! ¡Oh, ojos, llorad! ¡Oh, corazón, suspira! ¡Oh, memoria, acuérdate del deshonor grande que a mi Amado hacen aquellos a quienes Él tanto ha honrado en ese mundo!".

126. Aumentóse la enemistad que hay entre las gentes y mi Amado. Mas no por eso deja mi Amado de prometerles dones y retribucion, y con justicia y sabiduría amenaza a la memoria y voluntad de aquellos que desprecian sus promesas y sus amenazas no estiman; y de aquí es que su miseria y su mal les viene por su culpa, no por mi Amado.

Nació en Huete (Cuenca) hacia 1448 y murió en Madrid en 1513. Franciscano, confesor de Isabel la Católica, que fue quien fundó el convento de san Juan de los Reyes de Toledo, donde él vivía. En 1512 fue nombrado obispo de Cerdeña, pero al final de sus días sirvió al lado del cardenal Cisneros. Traductor y revisor de textos ascéticos y espirituales, destacó también por su rigor crítico y por la presentación didáctica de los mismos. Destacó como predicador y como poeta. Su Cancionero no se publicó hasta 1508 en Toledo. Se advierte que sus poemas tienen intención didáctica y apostólica sin menoscabo de la calidad literaria. Nada extraña que vulgarice temas teológicos utilizando formas de la poesía popular en tonos sencillos. Destacan sus Coplas sobre diversas devociones y misterios de nuestra "sancta fe catholica".

In Nativitate Christi

¿Si dormís esposo
De mí más amado?
—No; que de tu gloria
Estoy desvelado.

Josef

¿Quién puede dormir,
Oh Reina del Cielo,
Viendo ya venir
Ángeles en vuelo
¡Ay! a te servir
Tendidos por el suelo?

Porque sola eres
Del cielo traslado.
¿Si dormís, esposo?

Yo no dormiría
En este momento
Porque, Esposa mía,
Tengo sentimiento
Que viene ya el día
Del gran nacimiento
Del Rey que sostiene
Tu vientre sagrado.

Tú tienes, Señora
Tan linda la cara,
Que el sol por ahora
No se te compara
E a Dios enamora
Tu gloria tan clara,
Que tus resplandores
Me tienen turbado.

Tu gran refulgencia
No hay sol que la mida,
Ni de tu presencia
Quien se te despida,
Porque tu excelencia,
Señora, convida
A que cielo y tierra
Te sirvan de grado.

¿Qué habedes sentido
En noche tan fría?
Señora, sonido
De dulce armonía,
Y el aire vestido
De tan claro día
Que de los abismos
Se han alumbrado.

María

A mi parecer,
Esposo leal,

Ya quiere nacer
El Rey Eternal;
Así debe ser,
Pues que este portal
Claro paraíso
Se nos ha tornado.

Josef

Y vos, la mi Esposa,
¿En qué conocéis
Que nace la rosa
De vos, que Dios es?

María

Esposo, no es cosa
Que saber podéis
Si de sólo Dios
No os fuese mostrado.

Autor

Hablaban en esto,
Y nació el Infante,
Más claro, más presto
Que sol radiante;
Bien muestra su gesto
Ser solo bastante
Para ser el mundo
Por él remediado.

María

El gozo e lindeza
Tan grande que siento,

Y la ligereza
Con mi nuevo aliento,
me dicen que cerca
Ya su nacimiento,
De todos los siglos
Muy más deseado.

Autor

Así que nacido,
Estaba, de espanto,
En tierra caído
El Esposo santo;
Y más cuando vido
Alzar dulce canto
A las hierarquías
En son concertado.

María

Jesús, ¡qué desmayos,
Esposo fiel!
Catad que esos rayos
Del niño doncel
No son sino ensayos
De la gloria dél,
De la cual seréis
Después informado.

Autor

Nacido el Infante
Que el cielo rescata,
Más que diamante,
Ni sol ni que plata,
Con fe muy constante
Su Madre lo trata,
Puesto en un pesebre
Medio derrocado.

Con tal fe lo acata,
En el heno estante,
Que se le relata
El ser gigante
Que a la muerte mata,
Y aun será adelante
Abridor del cielo,
Que cerró el pecado.

Sirvan los mortales
al Infante, y sigan,
Pues dos animales
Lo adoran y abrigan,
Por cuyos pañales
Ya se nos mitigan
Los grandes furoros
De su Padre airado.

¡Oh qué alumbramientos,
Señora, te rigen!
¡Oh qué pensamientos
De ser madre y virgen!
Y si fríos vientos,
Mi Reina, te afligen,
Con estos alientos
Te habrás consolado.

Así quien desdeña
Nuestras presunciones,
Al frío sin pena
Ni consolaciones,
Y así nos enseña
Con tales lecciones
Que el que menos tiene
Es mejor librado.

Su voz la primera
Fue lamentación,
Porque se le espera
Por mi salvación
La cruz lastimera
De cruda pasión,
Según que de tiempos
Fue profetizado.

La Madre lo acalla
Con leche del cielo,
Con la cual se halla
El Niño novelo
Para la batalla
Que le da recelo,
Alegre y contento
Y muy esforzado.

La tu deidad,
Mi Hijo, te vala;
Que mi pobredad
No tiene otra sala
Para tu beldad,
Ni buena ni mala,
Sino diversorio
Abierto y helado.

Fin

Callad, paraíso
De fuentes manantes,
La vida que quiso
Dar nunca Dios, antes
Que su gesto liso
Más que de diamantes
Se vista de heno
Por lindo brocado.

Ya son vivos nuestros tiempos
y muertos nuestros temores;
de otro sol se sirve el mundo,
la luna de otros colores;
de la noche hacen día
los cielos con resplandores;
despierte el seso turbado
con tan divinas labores;
que nascida es ya en Betleem
la luz de los pecadores
para reparar la culpa
de nuestros antecesores.

Este es el Rey de los reyes
y Señor de los señores,
concebido como flor
y nascido sin dolores:
de dentro consiste Dios,
sin tener superiores,
de fuera padesce frío
de muy ásperos rigores;
fueron de su nacimiento
ángeles albriciadores;
do servían serafines
de muy suaves cantores:
diciendo: *Gloria in excelsis*,
con tiples y con tenores;
mas oíd las contrabajas
de armonía no menores;
que el Príncipe por quien cantan
lloró con bajos clamores
por ensayarse en el heno
a otros plantos mayores,
con los cuales dio su alma
en la cruz por mis errores.

Vestido de alegres luces
un ángel de los mejores,
revelando este misterio:
esto dijo a los pastores:
“La Virgen, llave del cielo,
corona de emperadores,
hoy es parida de un hijo
más hermoso que las flores,
excelente más que el cielo,
más que todos sus primores;
los reyes le son captivos,
los ángeles servidores;
las estrellas todas cuenta
sin arte de contadores;
el mundo soporta entero
sin segundos valedores;
en todas sus partes mora
sin verlo los moradores;
con todas las cosas cumple
por cien mil gobernadores;
mas de tanta majestad
no cures de haber pavores,
que todo es vena de vida
y cordero sin furores.

“Id a Betleem de Judea,
como diestros corredores,
y serés deste tesoro
los primeros inventores
y verésle envuelto en paños,
no en brocados cobertores;
su Madre lo está adorando
cubierta de resplandores,
y de verlo Dios y hombre
váansele y vienen colores”.

Las pastores desta nueva
no fueron despreciadores.
A Betleem van, y lo hallan

sin ricos aparadores,
sin brasero, sin cortinas,
sin duques por servidores,
sin bastón e sin corona
de labor de esmaltadores,
sin estoque, sin celada,
sin grandes embajadores;
mas hállanlo fajadito,
encogido de temblores;
un pesebre era su trono,
dos bestias sus valedores;
heno se viste por oro,
no ropa de brosladores;
un portal son sus posadas,
no labrado de pintores,
común a los cuatro vientos
y a todos los labradores.
¡Oh, Dios mío, quién te viera
en tan bajos desfavores!

Adoran luego al Niño
con reverendos honores,
espantados de su Madre,
más sabia que los doctores,
que daba leche al Infante
con ojos contempladores.
¡Oh flaca naturaleza,
qué buen par de intercesores
te puso Dios en el mundo
para que en el cielo mores!
Pues buen tiempo es ya, mi alma,
que lo sirvas y lo adores;
que tú, Virgen pía y Madre,
por el *Montesino* implores
fray *Ambrosio*, de la orden
muy tuya de los Menores.

No desmaye mi sentido
De secreto tan subido.
En tal alto Sacramento
No desmaye el pensamiento,
Más vuele el entendimiento,
Y en él haga su nido.
Cuanto natural escuela,
Vivo Pan, no te revela,
La fe por alto te vuela,
Porque seas Dios creído.
Regálese el corazón,
Que en esta consagración,
El dador se torna don
Por amor muy desmedido.
Cuando te nos das así,
No te conviertes en mí,
Más yo me transformo en ti,
Del mundo y de mi partido.
Ya por este Pan de gloria
Que es de tu pasión memoria,
De corona de victoria,
Pecador, no me despido.
Por tal Pan el pecho humano
Se hace, de flaco y vano,
Templo vivo y soberano,
Do huelga Dios retraído.
Es esta dulzura nueva
Mejor que el frutal de Eva
Mayormente a quien la prueba
Lloroso y arrepentido.
Los ángeles me semejan,
Según, Hostia, te festejan,
Abejas cuando voltean
Sobre naranjal florido.

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila en 1515. Fue educada con las religiosas agustinas. A los veinte años ingresó en el convento de las carmelitas de la Encarnación en su ciudad natal. Fue en 1557 cuando se inició su grande y profunda transformación espiritual con la ayuda de sus directores espirituales Francisco de Borja y Pedro de Alcántara y con las visiones y experiencias místicas; decidió iniciar la reforma del Carmelo según la Regla primitiva. En 1567 comenzó a fundar conventos reformados en Medina del Campo; tuvo la ayuda del también carmelita Juan de la Cruz. Andariega por los caminos de España, fue de un lugar a otro fundando conventos. Surgieron problemas en torno a la jurisdicción y el definidor provincial de la Orden le prohibió nuevas fundaciones y la confinó por un año en Toledo (1576-77), tiempo en el que escribió Las moradas. En 1580 los carmelitas descalzos fueron erigidos en Provincia independiente y continuó la expansión de la reforma. Murió en Alba de Tormes (Salamanca) en 1582. Fue beatificada en 1614 por Paulo V y canonizada en 1622 por Gregorio XV (junto con otros españoles insignes: san Isidro, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier). Pablo VI la declaró doctora de la Iglesia en 1970.

Fue fray Luis de León quien preparó la edición de las obras de santa Teresa de Jesús en 1588. Es una de las cumbres de la mística, sobre todo en sus obras en prosa. En la introducción general hemos detallado su doctrina mística y la relación de obras en esa línea de espiritualidad.

Muero porque no muero

*Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.*

*Vivo ya fuera de mí
Después que muero de amor,
Porque vivo en el Señor
Que me quiso para Sí.
Cuando el corazón le di
Puso en él este letrado:
Que muero porque no muero.*

*Esta divina prisión
Del amor con que yo vivo
Hace a mi Dios mi cautivo
Y libre mi corazón;
Y causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.*

*¡Ay, qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.*

*¡Ay, qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quítame Dios esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.*

*Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza,
Muerte do el vivir se alcanza,
No tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.*

*Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que sólo te resta
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.*

*Aquella vida de arriba,
Que es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no seas esquiva;
Viva muriendo primero,
Que muero porque no muero.*

*Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Si no es perderte a ti
Para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues a Él solo es al que quiero.
Que muero porque no muero.*

*Estando ausente de Ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.*

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece;
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Que muero porque no muero?

Cuando me empiezo a aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar.
Todo es para más penar
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor.
Viviendo con tanto pavor
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte
Y vivir sin Ti no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero?

Vuestra soy

*Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?*

Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena al alma mía,
Dios, alteza, un ser, bondad,
La gran vileza mirad
Que hoy os canta amor así.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes;
Vuestra, pues me redimistes;
Vuestra, pues que me sufristes;
Vuestra, pues que me llamastes;
Vuestra, pues me conservastes;
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Que mandáis, pues, buen Señor,
Que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz cumplida,
Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo diré que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad,
Si abundancia y devoción,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
Sólo hallo paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor ignorancia.
Dadme años de abundancia
O de hambre y carestía,
Dad tiniebla o claro día,
Revolvedme aquí o allí
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
Quiero por amor holgar,
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, dónde, cómo y cuándo.
Decid, dulce Amor, decid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea viña fructuosa
O estéril, si cumple ansí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas
O de Egipto Adelantado,
O David sufriendo penas,
O ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Esté callando o hablando
Haga fruto o no le haga.
Muéstreme la Ley mi llaga
Goce de Evangelio blando,
Esté penando o gozando,
Sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

*Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?*

Corazón feliz

Dichoso el corazón enamorado
Que en sólo Dios ha puesto el pensamiento:
Por Él renuncia todo lo criado,
Y en Él halla su gloria y su contento;
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

Loas a la cruz

*Cruz, descanso sabroso de mi vida,
Vos seáis la bienvenida.*

¡Oh bandera, en cuyo amparo
El más flaco será fuerte!
¡Oh, vida de nuestra muerte,
Qué bien la has resucitado!
Al león has amansado,
Pues por ti perdió la vida.
Vos seáis la bienvenida.

Quien no os ama está cautivo
Y ajeno de libertad;
Quien a vos quiere allegar
No tendrá en nada desvío,
¡Oh dichoso poderío!
Donde el mal no halla cabida!
Vos seáis la bienvenida.

Vos fuisteis la libertad
De nuestro gran cautiverio;
Por vos se reparó mi mal
Con tan costoso remedio,
Para con Dios fuiste medio
De alegría conseguida.
Vos seáis la bienvenida.

Buena ventura

¿Quién os trajo acá doncella
Del valle de la tristura?
Dios y mi buena ventura.

Ayes del destierro

*¡Cuán triste es Dios mío,
La vida sin ti!
Ansiosa de verte
Deseo morir.*

Carrera muy larga
Es la de este suelo,
Morada penosa,
Muy duro destierro.
¡Oh dueño adorado,
Sácame de aquí!
*Ansiosa de verte
Deseo morir.*

Lúgubre es la vida,
Amarga en extremo;
Que no vive el alma
Que está de ti lejos.
¡Oh dulce bien mío,
Que soy infeliz!
*Ansiosa de verte
Deseo morir.*

¡Oh muerte benigna,
Socorre mis penas!
Tus golpes son dulces,
Que el alma libertan.
¡Qué dicha, oh mi amado,
Estar junto a Ti!
*Ansiosa de verte
Deseo morir.*

El amor mundano
Apega a esta vida;
El amor divino
Por la otra suspira.
Sin ti, Dios eterno,
¿Quién puede vivir?
*Ansiosa de verte
Deseo morir.*

La vida terrena
Es continuo duelo;
Vida verdadera
La hay sólo en el cielo.
Permite, Dios mío,
Que viva yo allí.
Ansiosa de verte
Deseo morir.

¿Quién es el que teme
La muerte del cuerpo,
Si con ella logra
Un placer inmenso?
¡Oh, sí, el de amarte,
Dios mío, sin fin!
Ansiosa de verte
Deseo morir.

Mi alma afligida
Gime y desfallece.
¡Ay! ¿Quién de su amado
Puede estar ausente?
Acabe ya, acabe
Aqueste sufrir.
Ansiosa de verte
Deseo morir.

El barbo cogido
En doloso anzuelo
Encuentra en la muerte
El fin del tormento.
¡Ay!, también yo sufro,
Bien mío, sin ti.
Y ansiosa de verte
Deseo morir.

En vano mi alma
Te busca, ¡oh mi dueño!;
Tú siempre invisible
No alivias su anhelo.

¡Ay!, esto la inflama
Hasta prorrumpir:
Ansiosa de verte
Deseo morir.

¡Ay!, cuando te dignas
Entrar en mi pecho,
Dios mío, al instante
El perderte temo.
Tal pena me aflige
Y me hace decir:
Ansiosa de verte
Deseo morir.

Haz, Señor, que acabe
Tan larga agonía,
Socorre a tu sierva
Que por ti suspira.
Rompe aquestos hierros
Y sea feliz.
Ansiosa de verte
Deseo morir.

Mas no, dueño amado,
Que es justo padezca;
Que expíe mis yerros,
Mis culpas inmensas.
¡Ay!, logren mis lágrimas
Te dignes oír
Que ansiosa de verte
Deseo morir.

*Alma, buscarte has en Mí,
Y a Mí buscarte has en ti.*

De tal suerte pudo amor,
Alma, en Mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.
Fuiste por amor criada
Hermosa, bella y así
En mis entrañas pintada,
Si te pierdes, mi amada,
Alma, buscarte has en Mí.

Que Yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada
Y tal al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás
Viéndote tan bien pintada.
Y si acaso no supieres
Dónde me hallarás en Mí,
No andes de aquí para allí.
Sino, si hallarme quisieres
A Mí, buscarte has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.
Fuera de ti no hay buscarte,
Porque para hallarme a Mí,
Bastará sólo llamarme,
Que a ti iré sin tardarme
Y a Mí buscarte has en ti.

*Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.*

Eleva el pensamiento,
Al cielo sube,
Por nada te acongojes,
Nada te turbe.

A Jesucristo sigue
Con pecho grande,
Y, venga lo que venga,
Nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo?
Es gloria vana;
Nada tiene de estable,
Todo se pasa.

Aspira a lo celeste,
Que siempre dura;
Fiel y rico en promesas,
Dios no se muda.

Ámala cual merece
Bondad inmensa;
Pero no hay amor fino
Sin la paciencia.

Confianza y fe viva
Mantenga el alma,
Que quien cree y espera
Todo lo alcanza.

Del infierno acosado
Aunque se viere,
Burlará sus furores
Quien a Dios tiene.

Vénganle desamparos,
Cruces, desgracias;
Siendo Dios su tesoro,
Nada le falta.

Id, pues, bienes del mundo;
Id, dichas vanas;
Aunque todo lo pierda,
Sólo Dios basta.

Traspasada

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da la vida?
Si da vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere
Y se ve con Él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfal del lance,
Obrando grandes hazañas.

En una profesión

¡Oh, qué bien tan sin segundo!
¡Oh casamiento sagrado!
Que el Rey de la Majestad,
Haya sido el desposado.

¡Oh, qué venturosa suerte
Os estaba aparejada,
Que os quiere Dios por amada,
Y haos ganado con su muerte!
En servirle estad muy fuerte,
Pues que lo habéis profesado,
Que el Rey de la Majestad,
Es ya vuestro desposado.

Ricas joyas os dará
Este Esposo, Rey del cielo,
Daros ha mucho consuelo,
Que nadie os lo quitará,
Y sobre todo os dará
Un espíritu humillado.
Es Rey y bien lo podrá,
Pues quiere hoy ser desposado.

Mas os dará este Señor,
Un amor tan santo y puro,
Que podréis, yo os lo aseguro,
Perder al mundo el temor,
Y al demonio muy mejor
Porque hoy queda maniatado;
Que el Rey de la Majestad
Ha sido hoy el desposado.

El velo

*Hermanas, por que veléis
Os han dado hoy este velo,
Y no os va menos que el cielo,
Por eso no os descuidéis.*

*Aquese velo gracioso
Os dice que estéis en vela,
Guardando la centinela
Hasta que venga el Esposo,
Que como ladrón famoso
Vendrá cuando no penséis:
Por eso no os descuidéis.*

*No sabe nadie a cuál hora,
Si en la vigilia primera
O en la segunda o tercera,
Todo cristiano lo ignora.
Pues velad, velad, hermana,
No os roben lo que tenéis;
Por eso no os descuidéis.*

*En vuestra mano encendida
Tened siempre una candela,
Y estad con el velo en vela,
Las renes muy bien ceñidas.
No estéis siempre amodorrada,
Catad que peligraréis;
Por eso no os descuidéis.*

*Tened olio en la aceitera
De obras y merecer,
Para poder proveer
La lámpara, no se muera;
Porque quedaréis de fuera
Si entonces no lo tenéis;
Por eso no os descuidéis.*

*Nadie os le dará prestado.
Y si lo vais a comprar
Podríaseos tardar
Y el Esposo haber entrado;
Y desde una vez cerrado
No hay entrar aunque llaméis;
Por eso no os descuidéis.*

*Tened continuo cuidado
De cumplir con alma fuerte
Hasta el día de la muerte
Lo que habéis hoy profesado;
Porque habiendo así velado
Con el Esposo entraréis;
Por eso no os descuidéis.*

Hermosura de Dios

*¡Oh, Hermosura que excedéis
A todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis,
Y sin dolor deshacéis
El amor de las criaturas.
¡Oh, fiudo que así juntáis
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatáis,
Pues atado fuerza dais
A tener por bien los males.
Juntáis quien no tiene ser
Con el Ser que no se acaba:
Sin acabar acabáis,
Sin tener que amar amáis,
Engrandéceis vuestra nada.*

A la gala gala

*Pues que nuestro Esposo
Nos quiere en prisión,
A la gala gala
De la religión.*

*¡Oh, qué ricas bodas
Ordenó Jesús!
Quiérenos a todas
Y danos la luz;
Sigamos la Cruz
Con gran perfección:
A la gala gala
De la religión.*

*Este es el estado
De Dios escogido,
Con que del pecado
Nos ha defendido;
Hanos prometido
La consolación,
Si nos alegramos
En esta prisión.*

*Darnos ha grandezas
En la eterna gloria,
Si por sus riquezas
Dejamos la escoria
Que hay en este mundo
Y su perdición,
A la gala gala
De la religión.*

*¡Oh, qué cautiverio
De gran libertad!
Venturosa vida
Para eternidad;
No quiero librar
Ya mi corazón,
A la gala gala
De la religión.*

La cruz

*En la cruz está la vida
Y el consuelo,
Y ella sola es el camino
Para el cielo.*

*En la cruz está el Señor
De cielo y tierra
Y el gozar de mucha paz,
Aunque haya guerra,
Todos los males destierra
En este suelo,
Y ella sola es el camino
Para el cielo.*

*De la cruz dice la Esposa
A su Querido
Que es una palma preciosa
Donde ha subido,
Y su fruto le ha sabido
A Dios del cielo,
Y ella sola es el camino
Para el cielo.*

*Es una oliva preciosa
La santa cruz,
Que con su aceite nos unta
Y nos da luz.
Toma, alma mía, la cruz
Con gran consuelo,
Que ella sola es el camino
Para el cielo.*

*Es la cruz el árbol verde
Y deseado
De la Esposa que a su sombra
Se ha sentado
Para gozar de su Amado,
El Rey del cielo,
Y ella sola es el camino
Para el cielo.*

El alma que a Dios está
Toda rendida,
Y muy de veras del mundo
Desasida
La cruz le es árbol de vida
Y de consuelo,
Y un camino deleitoso
Para el cielo.

Después que se puso en cruz
El Salvador,
En la cruz está la gloria
Y el honor,
Y en el padecer dolor
Vida y consuelo,
Y el camino más seguro
Para el cielo.

Coloquio de amor

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo;
Decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?

—Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—Y ¿qué temes más de ti?
—Lo que más temo es perderte.

Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.

Un alma en Dios ascondida,
¿Qué tiene que desear
Sino amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo a amar?

Decid, cielos y tierras

Decid, cielos y tierras; decid, mares;
Decid, montes y valles y collados;
Decid, viñas y mieses y olivares;
Decid, hierbas y flores; decid, prados:
Decidme dónde está
Aquel que hermosura y ser os da.

Ángeles que mirándole gozáis,
Ánimas que le amáis y poseéis,
Esposas que este Esposo deseáis
Y sus abrazos dulces pretendéis:
Decidme dónde está
Aquél que hermosura y ser os da.

¡Ay! Nada me responde, todo calla;
Porque, callando Vos, todo está mudo;
Mi alma en sí le busca y no le halla,
Mi corazón de todo está desnudo.

¡Ay! Si se levanta en mí batalla,
¿Quién será mi defensa, quién mi escudo?
¡Ay, gozo de mi alma y gloria mía!
¿Cómo en tal ausencia habré buen día?

¡Ay! ¿Dónde os habéis ido, amado Esposo?
¿Por qué dejáis a solas al que os ama?
¿Dónde están vuestros rayos, sol hermoso?
¿Por qué habéis escondido vuestra llama?

Si tras el pecador andáis ansioso,
¿Por qué no repondéis a quien os ama?
¿Por qué escondéis el rostro, dulce amigo?
¿Por qué me reputáis como enemigo?

¿Por qué sin me hablar quisisteis iros?
¿Por qué no me hablasteis al partir?
Muévanos, dulce Amado, los suspiros
Que envío hasta veros yo venir.

O venid o mandad poder seguimos.
O, si no, me mandad, Señor, morir.
No me mandéis vivir sin tener vida,
No viva yo sin ver vuestra venida.

Si estáis, Amado mío, en las alturas,
Dadme alas con que suba adonde estáis.
Si moráis en las almas que son puras,
¿Por qué esta pobre alma no apuráis?

Si tenéis aposento en las criaturas,
Mostradme en cuáles de ella reposáis,
Dó está vuestro aposento, amor suave,
Porque sin Vos el mundo no me sabe.

Aves que resonáis dulces canciones,
Serpientes, animales y cetáceos:
Decidme si sabéis adónde está
Aquél que hermosura y ser os da.

Aspiraciones

Sea mi gozo en el llanto,
Sobresalto mi reposo,
Mi sosiego doloroso
Y mi bonanza el quebranto;

Entre borrascas mi amor,
Y mi regalo en la herida,
Esté en la muerte mi vida,
Y en desprecios mi favor;

Mis tesoros en pobreza
Y mi triunfo en pelear,
Mi descanso en trabajar
Y mi contento en tristeza.

En la escuridad mi luz,
Mi grandeza en puesto bajo,
De mi camino el atajo
Y mi gloria sea la cruz;

Mi honra el abatimiento
Y mi palma padecer,
En las menguas mi crecer
Y en menoscabos mi aumento;

En el hambre mi hartura,
Mi esperanza en el temor,
Mis regalos en pavor,
Mis gustos en amargura;

En olvido mi memoria,
Mi alteza en humillación,
En bajeza mi opinión,
En afrenta mi victoria,

Mi lauro esté en el desprecio,
En las penas mi afición,
Mi dignidad el rincón,
Y la soledad mi aprecio;

En Cristo mi confianza,
Y de Él solo mi asimiento,
En sus cansancios mi aliento
Y en su imitación mi holganza.

Aquí estriba mi firmeza,
Aquí mi seguridad,
La prueba de mi verdad,
La muestra de mi fineza.

*Ya toda me entregué y di
Y de tal suerte he trocado
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

*Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó herida
En los brazos del amor
Mi alma quedó rendida,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

*Hirióme con una flecha
Enherbolada de amor
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues a mi Dios me he entregado,
Y mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Nació en Belmonte (Cuenca) en 1527. Vivió en Valladolid y en Madrid, ya que su padre era consejero regio. Hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca e ingresó en el convento de los Padres Agustinos de esa ciudad. Obtuvo la licenciatura en Teología y estudió Sagradas Escrituras en la Universidad de Alcalá. Gozó fama de reformador en su Orden, sobre todo después de su intervención contra la vida relajada de la misma en el Capítulo de los agustinos en su convento de Dueñas (Palencia) en 1557. En 1561 ganó la cátedra de santo Tomás frente a seis opositores, uno de ellos patrocinado por los dominicos. Diez años después sufrió la denuncia ante la Inquisición y las consecuencias de la cárcel derivadas de la misma, porque profesores dominicos (por motivos rastrosos y personales) consideraban heréticas algunas doctrinas defendidas por él, una de ellas mantener la primacía del texto hebreo del Antiguo Testamento frente a la versión latina de la Vulgata. En 1575 el Tribunal del Santo Oficio dictó sentencia de no culpabilidad y fue repuesto en todos sus cargos y honores, aunque recibió amonestación verbal para que cuidara el modo de tratar y hablar en público de las Sagradas Escrituras y para que recogiera el cuaderno castellano de la Exposición de El Cantar de los Cantares, traducción y comentario que había realizado para facilitar su lectura a la monja salmantina Isabel de Osorio. Pasó por las cátedras de Filosofía Moral y de Sagrada Escritura en los años posteriores. En 1591 fue elegido vicario general de la Provincia agustiniana de Castilla en Madrigal de las Altas Torres (Ávila), donde once días después —el 23 de agosto— murió.

Es autor de multitud de obras en verso y en prosa. De estas destacan: La perfecta casada, Exposición del libro de Job, De los nombres de Cristo. Su poesía va desde la expresión de la armonía

del mundo creado por Dios hasta las ansias de retiro de lo mundanal y la elevación a la verdadera religiosidad y a la mística, si bien ésta es de raíz intelectual más que vivencial. "Gran místico doctrinal" lo llama Ángel Custodio Vega.

Noche serena

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado:

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos, hechos fuente;
Olarte, y digo al fin con voz doliente:

"Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura:
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel, baja, oscura?

"¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?

"El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando;
y con paso callado
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

"¡Ay!, despertad, mortales.
Mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y solo engaño?

"¡Ay!, levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera:
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

"¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
a aqueste gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

"Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales:

"la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de Amor la sigue reluciente y bella;

"y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado.

"Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro".

¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime, y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento,
está el Amor sagrado
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece:
eterna primavera aquí florece.

¡Oh, campos verdaderos!
¡Oh, prados con verdad dulces y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh, deleitosos senos!
¡Repuestos valles, de mil bienes llenos!

A Nuestra Señora

Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales, luz del cielo,
en quien la piedad es cual la alteza:
los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura,
cercado de tinieblas y tristeza.
Y si mayor bajeza
no conoce, ni igual el juicio humano,
que el estado en que estoy por culpa ajena;
con poderosa mano
quiebra, Reina del cielo, esta cadena.

Virgen, en cuyo seno
halló la Deidad digno reposo,
do fue el rigor en dulce amor trocado:
si blando al riguroso
volviste, bien podrás volver sereno
un corazón de nubes rodeado.
Descubre el deseado
rostro, que admira el cielo, el suelo adora:
las nubes huirán, lucirá el día;
tu luz, alta Señora,
venza esta ciega y triste noche mía.

Virgen y Madre junto,
de tu Hacedor dichosa engendradora,
a cuyos pechos floreció la vida:
mira cómo empeora
y crece mi dolor más cada punto.
El odio cunde, la amistad se olvida;
si no es de ti válida
la justicia y verdad, que tú engendraste,
¿adónde hallarás seguro amparo?
Y pues Madre eres, baste
para contigo el ver mi desamparo.

Virgen, del sol vestida,
de luces eternas coronada,
que huellas con divinos pies la luna:
envidia emponzoñada,
engaño agudo, lengua fementida,
odio cruel, poder sin ley ninguna
me hacen guerra a una;
pues, contra un tal ejército maldito,
¿cuál pobre y desarmado será parte,
si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?

Virgen, por quien vencida
llora su perdición la sierpe fiera
su daño eterno, su burlado intento:
miran de la ribera
seguras muchas gentes mi caída
el agua violenta, el flaco aliento;
los unos con contento,
los otros con espanto, el más piadoso
con lástima la inútil voz fatiga.
Yo, puesto en ti el lloroso
rostro, cortando voy la onda enemiga.

Virgen, del Padre Esposa,
dulce Madre del Hijo, templo santo
del inmortal Amor, del hombre escudo:
no veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;
si la salida, incierta; el favor, mudo;
el enemigo, crudo;
desnuda, la verdad; muy proveída
de valedores y armas, la mentira:
la miserable vida
sólo cuando me vuelvo a ti respira.

Virgen, que al alto ruego
no más humilde "sí" diste que honesto,
en quien los cielos contemplar desean:
como terrero puesto,
los brazos presos, de los ojos ciego,
a cien flechas estoy que me rodean,
que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano;
ni puedo huir, ni me es dado escudarme.
¡Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por ti librarme!

Virgen, lucero amado,
en mar tempestuosa clara guía,
a cuyo santo rayo calla el viento:
mil olas a porfía
hunden en el abismo un desarmado
leño de vela y remo, que sin tiento
el húmedo elemento
corre; la noche carga, el aire truena;
ya por el suelo va, ya el cielo toca;
gime la rota antena.
¡Socorre, antes que embista en cruda roca!

Virgen, no inficionada
de la común mancilla y mal primero,
que al humano linaje contamina:
bien sabes que en ti espero
desde mi tierna edad; y si malvada
fuerza, que me venció, ha hecho indina
de tu guarda divina
mi vida pecadora; tu clemencia
tanto mostrará más su bien crecido,
cuanto es más la dolencia,
yo merezco menos ser valido.

Virgen, el dolor fiero
añuda ya la lengua, y no consiente
que publique la voz cuanto desea.
Mas oye tú al doliente
ánimo, que continuo a ti vocea.

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de Ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay!, nube, envidiosa
aun de este breve gozo. ¿Qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada,
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida,
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro,
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta;
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh, desmayo dichoso!
¡Oh, muerte que das vida! ¡Oh, dulce olvido!
¡Durase en tu reposo,
sin ser restituído
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A aqueste bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh!, suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás amortecidos.

Al salir de la cárcel

Aquí la envidia y la mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

Vida retirada

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera;
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh, campo! ¡Oh, monte! ¡Oh, río!
¡Oh, secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
del que la sangre sube o el dinero.

Despiértente las aves
con su cantar suave, no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo,

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste; y la vajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
fallece: fértil suelo,
productor eterno de consuelo.
De púrpura y de nieve
florida, la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve,
sin onda ni cayado,
el Buen Pastor en ti su hato amado.
El va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, do las paze
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.
Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena.
Y de su esfera, cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando,
de su hato ceñido,
con dulce son deleita el santo oído.
Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa,
y lanza en aquel bien libre de tasa.
¡Oh, son ! ¡Oh, voz! Siquiera
pequeña parte alguna decendiese
en mi sentido, y fuera
de sí la alma pusiese
y toda en ti, ¡oh, Amor!, la convirtiese.
Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo; y desatada
de esta prisión, a donde
padece, a tu manada
viviera junta, sin vagar errada.

¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura, sin velo?

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré, distinto y junto,
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable, eterno asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada;

por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen;
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen;

de dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos;

las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno de dó viene.

¿No ves, cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;

y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente;

la lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

Nació en Cascante (Navarra) hacia el año 1530 y murió en Barcelona en 1589. Es uno de los escritores ascético-místicos más destacados. Profesó en 1567 como agustino en Salamanca, donde tuvo como maestros a fray Juan de Guevara y a fray Luis de León. Malón de Chaide fue maestro de la Orden, prior y docente en diversos lugares de España. Durante su estancia en Huesca, como prior y profesor de Sagradas Escrituras, escribió su obra más conocida, La conversión de la Magdalena (1588), una paráfrasis de los pasajes evangélicos sobre esta santa contemporánea de Jesús. En esta obra "para desempalagar el gusto cansado de la prosa" intercala "costillas de verso". Pero tuvo también fama de poeta en su tiempo por las paráfrasis líricas de algunos Salmos y por las traducciones de clásicos como Virgilio, Ovidio y Juvenal.

Quejas de amor místico

Óyeme, dulce Esposo,
vida del alma que en la tuya vive,
y alienta el congojoso
pecho, do se recibe
la pena que el amor en l'alma escribe.

Perdíte yo, ¡ay pérdida!
Perdí tu corazón junto contigo:
pues di, bien de mi vida,
no estando acá conmigo,
¿cómo podré vivir si no te sigo?

Vuélveme, dulce Amado,
el alma que me llevas con la tuya,
o lleva el cuerpo helado
con ella, pues es suya,
o haz que tu presencia no me huya.

¿Por qué, mi bien, te escondes?
Vuelve a mí que te llamo y te deseo;
mas ¡ay!, que no respondes,
y como no te veo,
el día me es oscuro y el sol feo.

¡Oh luz serena y pura!
¡Oh sol de resplandor, que alegra el cielo!
¡Oh fuente de hermosura!
si pisas nuestro suelo,
véate, y de mis ojos quita el velo;

pero si las estrellas
con inmortales pies mides agora,
atiende a mis querellas,
y al alma que te adora
la lleva para ti, pues en ti mora.

Y mi cuerpo cansado
cerca de tu sepulcro da reposo,
pues si no está a tu lado,
el cielo más hermoso
le será oscuro, triste y congojoso.

¡Oh fuerte piedra, dura,
do se depositó el rico tesoro
de la carne más pura
que vio el sol, por quien lloro!
¿Cómo tan mal guardaste tan fino oro?

¿No viste, mármol crudo,
que cuando te tocó aquel sacrosanto
Cuerpo, de alma desnudo,
pusiste al cielo espanto,
viendo en ti lo que él mismo estima en tanto?

Que si a Dios tiene el cielo,
tú también en tu seno le encerraste;
pues di, mármol de hielo,
¿cómo no te abrasaste
cuando con tanto fuego te abrazaste?

Y ya que le tenías,
¿cómo a tan mal recado le pusiste,
que aun apenas tres días
guardar no lo supiste,
para no ver jamás el bien que viste?

Mas ¡ay! ¿De quién me quejo,
debiéndome quejar de mi cuidado?
Yo soy la que le dejo,
yo la que a mal recado
dejé a mi bien, y así me lo han robado.

Dejé a mi bien, y así me lo han robado,
¡ay ojos! Llorad tanto,
que se ajuste la pena con la causa;
guardad, no hagáis pausa,
si no la hace la causa de mi llanto.

Si no la hace la causa de mi llanto,
no la hagáis, mis ojos;
y vos, alma cansada, encendé el viento
hasta que el sentimiento
acabe de la vida los despojos.

Acabe de la vida los despojos
quien acabó mi gloria;
muerte, ¿por qué detienes el cuchillo?,
que menos es sufrillo,
pues más que tú me mata esta memoria.

Pues más que tú me mata esta memoria,
deshaz esta lazada,
irá el alma a buscar su dulce Esposo.
¡Ay rato congojoso!:
¿qué hará sin su bien l'alma cansada,

¿Qué hará sin su bien l' alma cansada
sino morir viviendo?
¡Oh ángeles: si veis mi dulce Amado,
ora esté recostado
junto a las claras fuentes, o durmiendo
la siesta al mediodía,
allá en la jerarquía
suprema de la gloria
gozando la victoria
que en este oscuro suelo ha merecido,
ora esté de los ángeles ceñido,
ora en aquellos prados celestiales,
de lirios coronado,
veáis que las hermosas flores pisa,
cuando por la divisa
echéis de ver que él es mi dulce Amado;
contadle paso a paso
el fuego en que me abraso,
que nace de su ausencia,
y sola su presencia
puede curar mi mal;
que no me huya,
si no quiere que el alma se destruya.

Poesías

Al cordero que mueve
Con el cándido pie el dorado asiento,
La lana más que nieve,
Cuajada allá en el viento,
En cuya mano va el pendón sangriento.

Hablo de aquel cordero,
En celestiales prados repastado,
Que al lobo horrendo y fiero,
De duro diente armado,
De la garganta le quitó el bocado.

De aquel que abrió los sellos,
Que fue muerto, mas vive eterna vida;
y los misterios dellos
Con su luz sin medida
Mostró, su cerradura ya rompida.

Cércante las esposas,
Con hermosas guirnaldas coronadas,
De jazmines y rosas,
Y a coros concertadas,
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.

En esa luz inmensa,
Hechas unas divinas mariposas,
Arden libres de ofensa;
Y el fuego más hermosas
Vuelve esas almas santas tus esposas.

Y cuando al mediodía
Tienes la siesta junto a las corrientes
Del agua clara y fría,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes

Porque las arrebatada
El dulce olor quel ámbar tuyo espira,
Y el blando amor las ata,
Que en sus pechos aspira,
Pues siempre te ama el que una vez te mira.

Allí tú les repartes
A los esposos premio muy subido,
Y das también sus partes,
Conforme a lo servido,
A las esposas que acá te han seguido.

Andas en medio dellas,
Dando mil resplandores y vislumbres
Como el sol entre estrellas;
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos das tus lumbres.

Digo en los serafines
Que son de la más alta jerarquía;
De allí a los querubines
Tu resplandor envía
El alta ciencia por oculta vía.

Y en los tronos sentado,
Como supremo rey, riges el cielo;
No es asiento estrellado
De cristalino hielo,
Que ése le guarda para los del suelo;

Mas es vivo y estable,
Lleno de resplandor y de hermosura,
Y el ser invariable
De la silla segura
Del gran Padre del cielo es la figura.

Que con su entendimiento
De infinita virtud, con que se entiende
Preñado el pensamiento,
Un resplandor enciende
De aquella luz eterna que en sí atiende.

Y un espejo produce
Sin marcha, que es el Hijo y su cordero,
Imagen do reluce
Todo su ser entero,
Que no le negó el Padre un sólo cero.

Y porque al engendralle
Tuvo el Padre a sí mismo por objeto,
Se nos manda llamalle,
No con nombre de efeto;
Mas su Hijo, su Verbo o su conceto.

Al Hijo le responden
Los querubines, que de ciencia llenos,
Ante el Hijo la esconden,
Como bienes ajenos,
Que de su inmenso más tiene lo menos.

Míranse el Padre y el Hijo,
Y siendo sumo bien, suma belleza,
Con gloria y regocijo,
Amando su pureza,
Producen del amor la suma alteza.

El Espíritu Santo
Aliento, vida, ser, fuente, gobierno
De cuanto cubre el manto
Del cielo, es dulce, es tierno,
Blando, amoroso, al fin es bien eterno.

Lazo del Padre y Hijo,
A quien los serafines amorosos,
Con sumo regocijo,
de tanto bien gozosos,
Representan amando temerosos.

De un temor de respeto,
Y así, cuando acullá los vio Isaías,
Con ser lo más perfeto
Entre las jerarquías,
Según nos consta por diversas vías,

De seis alas ceñidos,
Cantaban aquel Santo, Santo, Santo,
Los rostros escondidos;
Que, aunque es divino el canto,
No igualaba a aquel Dios de tanto espanto.

Ni yo en mi canto digo
De esotras jerarquías que le alaban;
María es buen testigo,
Pues a verla bajaban,
Y allá en la soledad la acompañaban.

Y ella a veces subía,
De la fuerza de amor arrebatada,
Al cielo, adonde vía
Aquella alta morada,
A do de amor quedaba desmayada.

Mas el cuerpo terreno
Le quitaba de presto este reposo;
Y al fin tenía por bueno
Lo que quería su esposo,
Sufriendo este destierro congojoso.

Y aguardaba la muerte,
Que deshaciendo el lazo y cerradura
Del cuerpo, en mejor suerte
Trocarse la ventura
De tan larga vivienda, esquiva y dura.

Procedente de una familia extremeña, nació en la ciudad italiana de Nápoles hacia 1537, donde se encontraba su padre, al servicio de don Pedro Álvarez de Toledo. Tanto Aldana como su familia se movieron entre las armas y las letras. A los veinte años ya era capitán y vivió las experiencias de la guerra en los Países Bajos, donde pasó varios años al servicio del duque de Alba, y en la expedición contra los turcos de 1572, acompañando a don Juan de Austria. Murió en 1578 en la batalla de Alcazarquivir, en el norte de Africa, a donde había acudido enviado por Felipe II para preparar el terreno de la expedición proyectada por el rey Sebastián de Portugal. La poesía de Francisco de Aldana, aun teniendo una impronta muy personal, recibió el influjo italiano y neoplatónico. La refinada educación que recibió explica la exquisitez de sus sonetos eróticos, cuyo modelo inmediato eran los de Petrarca. Pero, al final, el poeta sufre desengaños, reprueba el amor, deja entrever una cierta misoginia y sube a las encumbradas cimas de la mística. Su poesía religiosa recuerda a Fray Luis de León, ya que la filosofía personal de Aldana se inspira en el ideal horaciano de la vida sosegada. Su más célebre composición es la que traemos aquí, Epístola para Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos della. Escrita en tercetos encadenados, va elevándose desde la "humana pesadumbre" que le atormenta. Cae a veces en un cierto prosaísmo por la sobriedad del lenguaje, la expresión coloquial, el equilibrio sintáctico...

Montano, cuyo nombre es la primera
estrellada señal por do camina
el sol el cerco oblicuo de la esfera,

nombrado así por voluntad divina,
para mostrar que en ti comienza Apolo
la luz de su celeste disciplina:

yo soy un hombre desvalido y solo,
expuesto al duro hado cual marchita
hoja al rigor del descortés Eolo;

mi vida temporal anda precita
dentro el infierno del común tráfago
que siempre añade un mal y un bien nos quita.

Oficio militar profeso y hago,
baja condenación de mi ventura
que al alma dos infiernos da por pago.

Los huesos y la sangre que natura
me dio para vivir, no poca parte
dellos y della he dado a la locura,

mientas el pecho al desenvuelto Marte
tan libre di que sin mi daño puede,
hablando la verdad, ser muda el arte.

Y el rico galardón que se concede
a mí (llámola así) ciega porfía
es que por ciego y porfiado quede.

No digo más sobre esto, que podría
cosas decir que un mármol deshiciese
en el piadoso humor que el ojo envía,

y callaré las causas de interese,
no sé si justo o injusto, que en alguno
hubo porque mi mal más largo fuese.

Menos te quiero ser ora importuno
en declarar mi vida y nacimiento,
que tiempo dará Dios más oportuno:

basta decir que cuatro veces ciento
y dos cuarenta vueltas dadas miro
del planeta seteno al firmamento

que en el aire común vivo y respiro,
sin haber hecho más que andar haciendo
yo mismo a mí, cruel, doblado tiro

y con un trasgo a brazos debatiendo
que al cabo, al cabo, ¡ay Dios!, de tan gran rato
mi costoso sudor queda riendo.

Mas ya, ¡merced del cielo!, me desato,
ya rompo a la esperanza lisonjera
el lazo en que me asió con doble trato.

Pienso torcer de la común carrera
que sigue el vulgo y caminar derecho
jornada de mi patria verdadera;

entrarme en el secreto de mi pecho
y platicar en él mi interior hombre,
dó va, dó está, si vive, o qué se ha hecho.

Y porque vano error más no me asombre,
en algún alto y solitario nido
pienso enterrar mi ser, mi vida y nombre

y, como si no hubiera acá nacido,
estarme allá, cual Eco, replicando
al dulce son de Dios, del alma oído.

Y ¿qué debiera ser, bien contemplando,
el alma sino un eco resonante
a la eterna beldad que está llamando

y, desde el cavernoso y vacilante
cuerpo, volver mis réplicas de amores
al sobrecelestial Narciso amante;

rica de sus intrínsecos favores,
con un piadoso escarnio el bajo oficio
burlar de los mundanos amadores?

En tierra o en árbol hoja algún bullicio
no hace que, al moverse, ella no encuentra
en nuevo y para Dios grato ejercicio;

y como el fuego saca y desentendra
oloroso licor por alquitara
del cuerpo de la rosa que en ella entra,

así destilará, de la gran cara
del mundo, inmaterial varia belleza
con el fuego de amor que la prepara;

y pasará de vuelo y tanta alteza
que, volviéndose a ver tan sublimada,
su misma olvidará naturaleza,

cuya capacidad ya dilatada
allá verná do casi ser le toca
en su primera causa transformada.

Ojos, oídos, pies, manos y boca,
hablando, obrando, andando, oyendo y viendo,
serán del mar de Dios cubierta roca;

cual pece dentro el vaso alto, estupendo,
del oceano irá su pensamiento
desde Dios para Dios yendo y viniendo.

Serále allí quietud el movimiento,
cual círculo mental sobre el divino
centro, glorioso origen del contento,

que, pues el alto, esférico camino
del cielo causa en él vida y holganza,
sin que lugar adquiriera peregrino,

llegada el alma al fin de la esperanza,
mejor se moverá para quietarse
dentro el lugar que sobre el mundo alcanza,

do llega en tanto extremo a mejorarse
(tomo decir) que en él se transfigura,
casi el velo mortal sin animarse.

No que del alma la especial natura,
dentro al divino piélago hundida,
cese en el hacedor de ser hechura,

o quede aniquilada y destruida,
cual gota de licor, que el rostro enciende,
del altísimo mar toda absorbida,

mas como el aire, en quien en luz se extiende
el claro sol, que juntos aire y lumbre
ser una misma cosa el ojo entiende.

Es bien verdad que a tan sublime cumbre
suele impedir el venturoso vuelo
del cuerpo la terrena pesadumbre.

Pero, con todo, llega al bajo suelo
la escala de Jacob, por do podemos
al alcázar subir del alto cielo;

que, yendo allá, no dudo que encontremos
favor de más de un ángel diligente
con quien alegre tránsito llevemos.

Puede del sol pequeña fuerza ardiente
desde la tierra alzar graves vapores
a la región del aire allá eminente,

¿y tantos celestiales protectores,
para subir a Dios alma sencilla,
vernán a ejercitar fuerzas menores?

Mas pues, Montano, va mi navecilla
corriendo este gran mar con suelta vela,
hacia la infinidad buscando orilla,

quiero, para tejer tan rica tela,
muy desde atrás decir lo que podría
hacer el alma que a su causa vuela.

Paréceme, Montano, que debería
buscar lugar que al dulce pensamiento,
encaminado a Dios, abra la vía,

a do todo exterior derramamiento
cese, y en su secreto el alma entrada
comience a examinar, con modo atento,

antes que del Señor fuese criada
cómo no fue, ni pudo haber salido
de aquella privación que llaman nada;

ver aquel alto piélago de olvido,
aquel sin hacer pie luengo vacío
tomado tan atrás del no haber sido,

y diga a Dios: "¡Oh causa del ser mío,
cuál me sacaste desa muerte oscura
rica del don de vida y de albedrío!".

Allí, gozosa en la mayor natura,
déjese el alma andar suavemente
con leda admiración de su ventura.

Húndase toda en la divina fuente
y, del vital licor humedecida,
sálgase a ver del tiempo en la corriente:

veráse como línea producida
del punto eterno, en el mortal sujeto
bajada a gobernar la humana vida

dentro la cárcel del corpóreo afeto,
hecha horizonte allí deste alterable
mundo y del otro puro y sin defeto;

donde, a su fin únicamente amable
vuelta, conozca dél ser tan dichosa
forma gentil de vida indeclinable,

y sienta que la mano dadivosa
de Dios cosas crió tantas y tales,
hasta la más suez, mínima cosa,

sin que las calidades principales,
los cielos con su lúcida belleza,
los coros del Impíreo angelicales

consigan facultad de tanta alteza
que lo más bajo y vil que asconde el cieno
puedan criar, ni hay [tal] naturaleza.

Enamórese el alma en ver cuán bueno
es Dios, que un gusanillo le podría
llamar su criador de lleno en lleno,

y poco a poco le amanezca el día
de la contemplación, siempre cobrando
luz y calor que Dios de allá le envía.

Déjese descansar de cuando en cuando
sin procurar subir, porque no rompa
el hilo que el amor queda tramando,

y veráse colmar de alegre pompa,
de divino favor, tan ordenado
cuan libre de desmán que le interrompa.

Torno a decir que el pecho enamorado
la celestial, de allá, rica influencia
espere humilde, atento y reposado,

sin dar ni recibir propia sentencia,
que en tal lugar la lengua más despierta
es de natura error y balbucencia.

Abra de par en par la firme puerta
de su querer, pues no tan presto pasa
el sol por la región del aire abierta,

ni el agua universal con menos tasa
hinchió toda del suelo alta abertura,
bajando a la región de luz escasa,

como aquella mayor, suma natura
hinche de su divino sentimiento
el alma cuando abrir se le procura.

No que de allí le quede atrevimiento
para creer que en sí mérito encierra
con que al supremo obligue entendimiento,

pues la impotencia misma que la tierra
tiene para obligar que le dé el cielo
llovida ambrosia en valle, en llano, o en sierra,

o para producir flores el hielo
y plantas levantar de verde cima
desierto estéril y arenoso suelo,

tiene el alma mejor, de más estima,
para obligar que en ella gracia influya
el bien que a tanta alteza le sublima.

Es don de Dios, manificiencia suya,
divina autoridad que el ser abona,
de nuestra indinidad que no le arguya;

y cuando da de gloria la corona,
es último favor que los ya hechos,
como sus propios méritos, corona.

Así que el alma en los divinos pechos
beba infusión de gracia sin buscalla,
sin gana de sentir nuevos provechos,

que allí la diligencia menos halla
cuanto más busca, y suelen los favores
trocarce en interior, nueva batalla.

No tiene que buscar los resplandores
del sol quien de su luz anda cercado,
ni el rico abril pedir hierbas y flores;

pues no mejor el húmido pescado
dentro el abismo está del oceano,
cubierto del humor grave y salado,

que el alma,alzada sobre el curso humano,
queda, sin ser curiosa o diligente,
de aquel gran mar cubierta ultramundano;

no, como el pece, sólo exteriormente,
mas dentro mucho más que esté en el fuego
el íntimo calor que en él se siente.

Digo que puesta el alma en su sosiego
espere a Dios, cual ojo que cayendo
se va sabrosamente al sueño ciego,

que al que trabaja por quedar durmiendo,
esa misma inquietud destrama el hilo
del sueño, que se da no le pidiendo.

Ella verá, con desusado estilo,
toda regarse, y regalarse junto,
de un salido de Dios sagrado Nilo;

recogida su luz toda en un punto,
aquella mirará de quien es ella
indinamente imagen y trasunto

y, cual de amor la matutina estrella
dentro el abismo del eterno día,
se cubrirá toda luciente y bella.

Como la hermosísima judía
que, llena de doncel, novicio espanto,
viendo Isaac que para sí venía,

dejó cubrir el rostro con el manto,
y decendida presto del camello
recoge humilde al novio casto y santo,

disponga el alma así con Dios hacello
y de su presunción decienda altiva,
cubierto el rostro y reclinado el cuello,

y aquella sacrosanta virtud viva,
única, criadora y redentora,
con profunda humildad en sí reciba.

Mas ¿quién dirá, mas quién decir agora
podrá los peregrinos sentimientos
que el alma en sus potencias atesora:

aquellos ricos amontonamientos
de sobrecelestiales influencias,
dilatados de amor descubrimientos;

aquellas ilustradas advertencias
de las musas de Dios sobreesenciales,
destierro general de contingencias;

aquellos nutrimentos divinales,
de la inmortalidad fomentadores,
que exceden los posibles naturales;

aquellos (¡qué diré!) colmos favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
suma especialidad del bien de amores?

¡Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido a las mundanas vistas!

Mas ¡ay de mí!, que voy hacia el profundo
do no se entiende suelo ni ribera,
y si no vuelvo atrás, me anego y hundo.

No más allá; ni puedo, aunque lo quiera.
Do la vista alcanzó, llegó la mano;
ya se les cierra a entrambos la carrera.

¿Notaste bien, dotísimo Montano,
notaste cuál salí, más atrevido
que del cretense padre el hijo insano?

Tratar en esto es sólo a ti debido,
en quien el cielo sus noticias llueve
para dejar el mundo enriquecido;

por quien de Pindo las hermanas nueve
dejan sus montes, dejan sus amadas
aguas, donde la sed se mata y bebe,

y en el santo Sion ya trasladadas
al profético coro por tu boca
oyendo están, atentas y humilladas.

¡Dichosísimo aquél que estar le toca
contigo en bosque o en monte o en valle umbroso
o encima la más alta, áspera roca!

¡Oh tres y cuatro veces yo dichoso
si fuese Aldino aquél, si aquél yo fuese
que, en orden de vivir tan venturoso,

juntamente contigo estar pudiese,
lejos de error, de engaño y sobresalto,
como si el mundo en sí no me incluyese!

Un monte dicen que hay sublime y alto,
tanto que, al parecer, la excelsa cima
al cielo muestra dar glorioso asalto

y que el pastor, con su ganado, encima,
debajo de sus pies correr el trueno
ve dentro el nublado, helado clima,

y en el puro, vital aire sereno
va respirando allá, libre y exento,
casi nuevo lugar, del mundo ajeno,

sin que le impida el desmandado viento,
el trabado granizo, el suelto rayo,
ni el de la tierra grueso, húmedo aliento.

Todo es tranquilidad de fértil mayo,
purísima del sol templada lumbre,
de hielo o de calor sin triste ensayo.

Pareces tú, Montano, a la gran cumbre
deste gran monte, pues vivir contigo
es muerte de la misma pesadumbre,

es un poner debajo a su enemigo:
de la soberbia el trueno estar mirando
cuál va descomponiendo al más amigo,

las nubes de la invidia descargando
ver, de murmuración duro granizo,
de vanagloria el viento andar soplando,

y de lujuria el rayo contradizo,
de acidia el grueso aliento y de avaricia,
con lo demás que el padre antiguo hizo;

y desta turba vil que el mundo envicia
descargado, gozar cuanto ilustrare
el sol en ti de gloria y de justicia.

El alma que contigo se juntare
cierto reprimirá cualquier deseo
que contra el propio bien la vida encare;

podrá luchar con el terrestre Anteo
de su rebelde cuerpo, aunque le cueste
vencer la lid por fuerza y por rodeo,

y casi vuelta un Hércules celeste,
sompesará de tierra ese imperfecto,
porque el favor no pase della en éste,

tanto que el pie del sensitivo afeto
no la llegue a tocar y el enemigo
al hercúleo valor quede sujeto;

de sí le apartará, junto consigo
domándole, firmado en la potencia
del pecho ejecutor del gran castigo;

serán temor de Dios y penitencia
los brazos, coronada de diadema
la caridad, valor de toda esencia.

Mas para concluir tan largo tema,
quiero el lugar pintar do, con Montano,
deseo llegar de vida al hora extrema.

No busco monte excelso y soberano,
de ventiscosa cumbre, en quien se halle
la triplicada nieve en el verano;

menos profundo, oscuro, húmedo valle
donde las aguas bajan despeñadas
por entre desigual, torcida calle;

las partes medias son más aprobadas
de la natura, siempre fructuosas,
siempre de nuevas flores esmaltadas.

Quiero también, Montano, entre otras cosas,
no lejos descubrir de nuestro nido
el alto mar, con ondas bulliciosas:

dos elementos ver, uno movido
del aéreo desdén, otro fijado,
sobre su mismo peso establecido;

ver uno desigual, otro igualado,
de mil colores éste, aquél mostrando
el claro azul del cielo no añublado.

Bajaremos allá de cuando en cuando,
altas y ponderadas maravillas
en recíproco amor juntos tratando.

Verás por las marítimas orillas
la espumosa resaca entre el arena
bruñir mil blancas conchas y lucillas,

en quien hiriendo el sol con la luz serena,
echan como de sí nuevos resoles
do el rayo visual su curso enfrena.

Verás mil retorcidas caracoles,
mil bucios istriados, con señales
y pintas de lustrosos arreboles:

los unos del color de los corales,
los otros de la luz que el sol represa
en los pintados arcos celestiales,

de varia operación, de varia empresa,
despidiendo de sí como centellas,
en rica mezcla de oro y de turquesa.

Cualquiera especie producir de aquéllas
verás (lo que en la tierra no acontece)
pequeñas en extremo y grandes dellas,

donde el secreto, artificioso pece
pegado está, y en otros despegarse
suele y el mar salir, si le parece,

(por cierto, cosa dina de admirarse
tan menudo animal sin niervo y hueso
encima de tan gran máquina arrastrarse,

criar el agua un cuerpo tan espeso
como la concha, casi fuerte muro
reparador de todo caso avieso,

todo de fuera peñascoso y duro,
liso de dentro, que al salir injuria
no haga a su señor tratable y puro),

el nácar, el almeja y la purpuria
venera, con matices luminosos
que acá y allá del mar siguen la furia.

¡Ver los marinos riscos cavernosos
por alto y bajo en varia forma abiertos,
do encuentran mil embates espumosos;

los peces acudir por sus inciertos
caminos con agalla purpurina,
de escamoso cristal todos cubiertos!

También verás correr por la marina,
con sus airosas tocas, sesga y presta,
la nave, a lejos climas peregrina.

Verás encaramar la comba cresta
del líquido elemento a los extremos
de la helada región, al fuego opuesta;

los salados abismos miraremos
entre dos sierras de agua abrir cañada,
que de temor Carón suelta sus remos.

Veráse luego mansa y reposada
la mar, que por sirena nos figura
la bien regida y sabia edad pasada,

la cual en tal gentil, blanda postura
vista del marinero, se adornece
casi a música voz, suave y pura,

y en tanto el fiero mar se arbola y crece
de modo que, aun despierto, ya cualquiera
remedio de vivir le desfallece.

En fin, Montano, el que temiendo espera
y velandó ama, sólo éste prevale
en la estrecha, de Dios, cierta carrera.

Mas ya parece que mi pluma sale
del término de epístola, escribiendo
a ti, que eres de mí lo que más vale;

a mayor ocasión voy remitiendo,
de nuestra soledad contemplativa,
algún nuevo primor que della entiendo.

Tú, mi Montano, así tu Aldino viva
contigo, en paz dichosa, esto que queda
por consumir de vida fugitiva;

y el cielo, cuando pides, te conceda
que nunca de su todo se desmiembre
ésta tu parte y siempre serlo pueda.

Nuestro Señor en ti su gracia siembre
para coger la gloria que promete.
De Madrid, a los siete de setiembre,
mil y quinientos y setenta y siete.

San Juan de la Cruz

Juan de Yepes nació en Fontiveros (Ávila) en 1542. Vivió en Medina del Campo, donde aprendió varios oficios con los que remediar escaseces. Estudió en el colegio de los jesuitas, protegido por Alfonso Álvarez de Toledo. A los veintiún años tomó el hábito de carmelita con el nombre de Juan de Santo Matía. Estudió en la Universidad de Salamanca y fue ordenado sacerdote en 1567. Conoció a santa Teresa de Jesús, quien le disuadió de ingresar en la Cartuja y le asoció a sus tareas reformadoras en la Orden del Carmen. En 1568 fundó el convento de Duruelo (Ávila), donde residió dos años, hasta que se trasladó a Pastrana, organizando allí el noviciado de la Orden. Más tarde pasó por diversos conventos: Alcalá, Ávila... En 1577 fue detenido, como consecuencia de diversos recelos de los compañeros carmelitas, que querían disuadirle de la continuación de la reforma, y llevado a una mínima y tenebrosa celda del convento de los Calzados de Toledo, de donde se fugó a los nueve meses. Estuvo después en conventos carmelitas de Andalucía, con los cargos de prior de Granada y de vicario provincial de Andalucía. Hizo viajes a Castilla, se asentó en Segovia, pero en 1590 fue enviado a La Peñuela, en Sierra Morena. Al año siguiente marchó enfermo a Úbeda (Jaén), donde murió el 14 de diciembre de ese mismo año, 1591. Fue beatificado en 1675 y canonizado en 1726. Pío IX le declaró en 1926 doctor de la Iglesia universal y Juan Pablo II "patrono ante Dios de los poetas de lengua española" en 1993. El Ministerio de Educación Nacional le nombró en 1952 Patrono de los poetas españoles.

Es el gran autor místico, el místico por excelencia. Ya hemos dejado constancia de ello en la introducción general de todas sus obras, tanto en prosa como en verso. Tendríamos que incluir aquí

prácticamente todas sus poesías, pues, aunque algunas de ellas no obedezcan estrictamente a lo que entendemos por mística, estaría justificada su inclusión con mucha más razón que las que hemos incluido de otros autores.

*Cántico espiritual
(Segunda redacción)*

Canciones entre el alma y el Esposo

Esposa

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado!,
decid si por vosotros ha pasado.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
¡Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo
y todos más me llagan
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que el Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me has robado,
¿por qué así le dejaste
y no tomas el robo que robaste?

¡Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y sólo para ti quiero tenellos!

¡Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia

*de amor, que no se cura
sino por la presencia y la figura!*

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

¡Apártalos, Amado,
que voy de vuelo!

Esposo

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Esposa

Mi Amado las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las insulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,

la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que está ya florida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto
y corran tus olores
y pacerá el Amado entre las flores.

¡Oh ninfas de Judea!,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas
y no quieras decillo;
mas mira las compañías
de la que va por insulas extrañas.

Esposo

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores:

por las amenas liras
y canto de serenitas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis el muro
porque la esposa duerma más seguro.

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado
y a su sabor reposa
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada;
allí te di la mano
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

Esposa

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino:
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que, andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas
haremos las guimarlas
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

Esposo

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido
y en soledad la guía
a sola su querido
también en soledad de amor herido.

Esposa

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosa
al monte y al collado
do mana de agua pura;
entremos más adentro en la espesura,

y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía
y luego me darías
allí tú, ¡vida mía!,
aquello que me diste el otro día:

el aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba;
Aminadab tampoco parecía;
y el cerco sosegaba
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

Noche oscura

*Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto
estado de la perfección que es la unión con Dios por el
camino de la negación espiritual*

En una noche oscura
con ansias de amores inflamada
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada;

a oscuras, y segura
por la secreta escala disfrazada
¡oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa
en secreto que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para Él solo se guardaba,
allí quedó dormido
y yo le regalaba
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena
cuando yo sus cabellos esparcía
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Llama de amor viva

*Canciones del alma en la íntima comunicación de
unión de amor de Dios*

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro,
pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga;
matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras
y es tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!

*Coplas del alma que pena
por ver a Dios*

*Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero
que muero porque no muero.*

En mí yo no vivo ya
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir,
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
¡Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero!

Estando ausente de ti
¿qué vida puedo tener
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
aun de alivio no carece
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale
¿qué muerte habrá que se iguale
a mí vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso a aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
múerome porque no muero.

¡Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero!

Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero?

*Coplas sobre un éxtasis
de harta contemplación*

*Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.*

Yo no supe dónde entraba,
pero, cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

De paz y de piedad
era la ciencia perfecta
en profunda soledad
entendida (vía recta);
era cosa tan secreta
que me quedé balbuciendo,
toda ciencia trascendiendo.

Estaba tan embebido,
tan absorto y ajonado
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo
toda ciencia trascendiendo.

El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece;
cuando sabía primero
mucho bajo le parece
y su ciencia tanto crece
que se queda no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Cuanto más alto se sube
tanto menos se entendía,
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien la sabía
queda siempre no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan emprender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo,
irá siempre trascendiendo.

Y, si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Otras coplas "a lo divino"

*Tras de un amoroso lance,
y no de esperanza falto
volé tan alto tan alto,
que le di a la caza alcance.*

Para que yo alcance diese
a aqueste lance divino
tanto volar me convino
que de vista me perdiese;
y, con todo, en este trance
en el vuelo quedé falto;
mas el amor fue tan alto,
que le di a la caza alcance.

Cuando más alto subía
deslumbróseme la vista
y la más fuerte conquista
en oscuro se hacía;
mas por ser de amor el lance
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto tan alto,
que le di a la caza alcance.

Cuanto más alto llegaba
de este lance tan subido,
tanto más bajo y rendido
y abatido me hallaba;
dije: "¡no habrá quien alcance!";
y abatíme tanto tanto,
que fui tan alto tan alto,
que le di a la caza alcance.

Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera;
esperé sólo este lance
y en esperar no fui falto,
pues fui tan alto tan alto,
que le di a la caza alcance.

*Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y a oscuras viviendo
todo me voy consumiendo.*

Mi alma está desasida
de toda cosa criada
y sobre sí levantada
y en una sabrosa vida
sólo en su Dios arrimada;
por eso ya se dirá
la cosa que más estimo:
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.

Y, aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal,
porque, si de luz carezco,
tengo vida celestial,
porque el amor de tal vida,
cuando más ciego va siendo,
que tiene el alma rendida,
sin luz y a oscuras viviendo.

Hace tal obra el amor
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor
y el alma transforma en sí
y así, en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
apriesa, sin quedar cosa,
todo me voy consumiendo.

*Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura.*

Sabor de bien que es finito
lo más que puede llegar
es cansar el apetito
y estragar el paladar;
y así, por toda dulzura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se halla por ventura.

El corazón generoso
nunca cura de parar
donde se puede pasar
sino en más dificultoso;
nada le causa hartura
y sube tanto su fe
que gusta de un no sé qué
que se halla por ventura.

El que de amor adolece,
del divino ser tocado,
tiene el gusto tan trocado
que a los gustos desfallece,
como el que con calentura
fastidia el manjar que ve,
y apetece un no sé qué
que se halla por ventura.

No os maravilléis de aquesto,
que el gusto se quede tal,
porque es la causa del mal
ajena de todo el resto;
y así toda criatura
enajenada se ve
y gusta de un *no sé qué*
que se halla por ventura.

Que estando la voluntad
de Divinidad tocada
no puede quedar pagada
sino con Divinidad;
mas, por ser tal su hermosura
que sólo se ve por fe
gústala en un *no sé qué*
que se halla por ventura.

Pues de tal enamorado
decidme si habréis dolor,
pues que no tiene sabor
entre todo lo criado;
solo, *sin forma y figura,*
sin hallar arrimo y pie,
gustando allá un *no sé qué*
que se halla por ventura.

No penséis que el interior,
que es de mucha más valía,
halla gozo y alegría
en lo que acá da sabor;
mas sobre toda hermosura
y lo que es y será y fue
gusta de allá un *no sé qué*
que se halla por ventura.

Más emplea su cuidado
quien se quiere aventajar
en lo que está por ganar
que en lo que tiene ganado;
y así, para más altura,
yo siempre me inclinaré
sobre todo a un *no sé qué*
que se halla por ventura.

Por lo que por el sentido
puede acá comprenderse
y todo lo que entenderse,
aunque sea muy subido,
ni por gracia y hermosura
yo nunca me perderé,
sino por un *no sé qué*
que se halla por ventura.

*Cantar del alma que se huelga
de conocer a Dios por fe*

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!

Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo dó tiene su manida,
aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es escurecida
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosos sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

Soneto a Cristo crucificado

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Nació en Toledo alrededor de 1560 y murió en Madrid en 1638. Fue capellán del cardenal Sandoval y Rojas, de la capilla mozárabe de Toledo y del cardenal-infante don Fernando de Austria. Amigo de Lope de Vega, le asistió en el lecho de muerte. También fue amigo de Cervantes, de cuyas obras informó como censor. Además de poeta, Valdivielso destacó como autor de autos sacramentales, en los que abundan fragmentos de alto valor lírico. Es autor del poema Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca y esposo de Nuestra Señora San Joseph (1604), aunque su obra más conocida es Romancero espiritual (1612); se trata de una poesía "a lo divino", que pretende "enseñar deleitando". Otras obras suyas son Sagrario de Toledo (1615), Elogios al Santísimo Sacramento (1630), Doce autos sacramentales. Dos comedias divinas (1622).

Letra al Santísimo Sacramento

Venga con el día
El alegría,
Venido ha el albore,
El Redentore
El alba lozana
Nazca entre arreboles,
Con frente de plata,
Con boca de flores;
Vístanse las nubes
Ricos tomasoles,
Los valles de perlas,
De nácar los montes.

Echen contrapunto
Tiernos rui señores,
Del cristal que corre
Al *Redentore*.
Al Príncipe eterno
Vida de los orbes,
Amor de las almas,
Padre de los pobres;
Al sol que amanece
Y nunca se pone,
Al hombre hecho Dios
Al Dios hecho hombre;
Al rey que madruga
A ver los amores,
Pues si justos ama,
Busca pecadores,
Al *Redentore*.
Que es un manirroto
Se dice en la corte,
Y que está empeñado
Por dar a los hombres;
Que no hay ningún día
Que no se reboce,
Sus ventanas mire
Y sus puertas ronde;
Que anda tan humano
Que mesa les pone,
Que bebe con ellos,
Y con ellos come,
El *Redentore*.
Consigo los sienta,
Sin que se lo estorbe
Saber que le cuestan
No pocos azotes.
En medio de todos
En cuerpo se pone,
Y un tiempo se puso
Entre dos ladrones.
Sábelo su Padre,
Y blando responde,
Que no hay que espantar
De excesos de amores,
El *Redentore*.

Seguidilla

Mi divino amante,
Detrás de ese velo,
Aunque os rebocéis,
Os conozco y veo.
¿Cómo os ausentáis?
—Aunque te parezco,
Alma, que me voy,
Contigo me quedo.
Tal vez de tus puertas
Hago que me ausento,
Y me quedo a ver
Qué es lo que en ti tengo.
De verte llorar
¡Ay, cómo me alegro!
Por ver que me amas,
¡Cómo te merezco!
Siéntate a mi mesa,
y juntos cenemos,
Y mientras cenamos
Te cante mi celo
“*Venga enhorabuena
la flor de mayo,
Venga enhorabuena
La más linda flor;
Venga enhorabuena
La más linda flor
La que es tan hermosa,
La más linda flor;
Morena graciosa
La más linda flor;
La hace Dios el plato.
Venga enhorabuena
La flor de mayo,
Venga enhorabuena
La más linda flor.
Venga del desierto
La más linda flor;*”

De riquezas llena
La más linda flor.
Al Dios que encubierto,
La más linda flor;
Se le da en la cena,
La más linda flor:
De si la enajena
La más linda flor;
Con este bocado.
*Venga enhorabuena
La flor de mayo,
Venga enhorabuena
La más linda flor".*
—Pues que ya os hallé,
Y en mi pecho os tengo,
no os he de dejar
Hasta entrarme al vuestro.
—Vos mi cielo sois.
—Y vos sois mi cielo.
—Vos sois centro mío.
—Y vos sois mi centro.
—¡Ay, Dios lo que os amo!
—Alma, ¡ay cuánto os quiero!
—En vos me transformo.
—Y yo en vos me quedo.
—Tomad mis brazos.
—Y dadme los vuestros.
—¡Ay dulce Jesús!
—¡Ay, Dios que me muero!
Galán de mi alma
*Cercadme de flores;
Que, de amores enferma,
Muero de amores.*
Cuando considero,
Dulce enamorado,
Que en sólo un bocado
Me dais cuanto quiero,
De amores me muero;
*Cercadme de flores;
Que, de amores enferma,
Muero de amores.*

Canción

*Feridas tenéis, mi vida,
Y duélenvos;
¡Tuviéralas yo, y no vos!
¿Quién os puso de esta suerte,
Mi Jesús enamorado?
—¡Ay! ¡Qué caro me ha costado,
Alma, buscarte y quererte!
Mis heridas son de muerte,
Aunque dadas por tu amor.
Feridas tenéis, mi vida
Y duélenvos;
¡Tuviéralas yo, y no vos!*

Fuera yo, Señor, la herida
Si son de muerte las vuestras
—Pues ¿qué dolor de ellas muestras?
Alma, llámalas de vida,
Que no verás en mi herida
Donde vida no te doy.
*Feridas tenéis, mi vida,
Y duélenvos;
¡Tuviéralas yo, y no vos!*

¡Ay, cómo me han lastimado
Las heridas que en vos veo!
—Para lo que yo deseo,
Pocas son las que me han dado;
Que no es buen enamorado
El que no muere de amor.
*Feridas tenéis, mi vida,
Y duélenvos;
¡Tuviéralas yo, y no vos!*

Esposa

Si sabes tú, el corazón
Cuánto es el dolor que siente
Un alma que perdió a Dios
Y en quien todo su bien pierde,

Si sabes qué es bien querer,
alza la voz porque llegue
A sus piadosos oídos,
Y con lo que adoro aciertes.

Pregón

Quien supiere de mi amor
Por mis culpas perdido,
Pues lo deje a la puerta
Cubierto de rocío.

Si no sabéis quién es
El ausente amor mío
Sabed que entre millares
El sólo es escogido.

Más que un jazmín y rosa
Es blanco y encendido;
Su divina cabeza
Es toda de oro fino,

Sus ojos de paloma,
Sus manos de jacintos;
Los labios son dulzuras
De panales nativos.

Respuesta

Alma de amor enferma,
Que con blandos suspiros
Por calles y por plazas
Buscas tu bien perdido:

Sabe que se apacienta
Al sol del medio día
Entre cándidos lirios,
Entre ellos escondido.

En cuerpo le hallarás
Con el blanco pellico
A quien sigue balando
El manso ganadillo.

Ya se pasó el invierno;
La primavera vino;
Escucha que le cantan
Aqueste villancico:

Villancico

Este sí que es rey poderoso,
Que estando en el cielo,
Se está con nosotros.

Este es rey en quien está
Gloria y grandeza infinita,
Que nuestros pechos nos quita,
Porque el suyo abierto está;
A todos todo se da,
Liberal y manirroto.

Este sí que es rey poderoso,
Que estando en el cielo
Se está con nosotros.

Esposa:

Mi divino Amante,
Detrás de ese velo,
Aunque os rebocéis
Os conozco y veo.
¿Cómo os ausentáis?

Esposo:

Aunque te parezco,
Alma, que me voy,
Contigo me quedo.

Tal vez de tus puertas
Hago que me ausento,
Y me quedo a ver
Que es lo que en ti tengo.

De verte llorar
¡Ay, cómo me alegro!
Por ver que me amas
Como te merezco.

Siéntate a mi mesa,
Y juntos cenemos,
Y mientras cenamos
Te cante, mi cielo:

Venga en hora buena
La flor de mayo,
Venga en hora buena
La más linda flor,
Venga en hora buena
La más linda flor.
La que es toda hermosa,
La más linda flor,
La hermosa morena,
La más linda flor,

Morena graciosa,
La más linda flor,
Pues como a su Esposa
La más linda flor,
La hace Dios el plato.
Venga en hora buena
La flor de mayo,
Venga en hora buena
La más linda flor.

Venga del desierto
La más linda flor.
De riqueza llena
La más linda flor.

Al Dios encubierto,
La más linda flor,
Se le da en la cena
La más linda flor.
De sí la enajena
La más linda flor,
Con este bocado.

Venga en hora buena
La flor de mayo,
Venga en hora buena
La más linda flor.

*Aunque más te disfraces,
galán divino,
en lo mucho que has dado
te han conocido.*

Rey enamorado,
que, de amor herido,
vendiste en la sierra
el blanco pelico;
las sienes coronas
de espigas de trigo,
entre ellas mezclados
olorosos lirios.

*Aunque más disfrazado,
galán divino,
en lo mucho que has dado
te han conocido.*

Sacaste un gabán
en Belén al frío
de perlas y estrellas
todo guarnecido;
montera de campo,
de cabellos rizos,
con mil corazones
entre ellos asidos.

*Aunque más disfrazado,
galán divino,
en lo mucho que has dado
te han conocido.*

Quieres en tu mesa
los amantes limpios,
sal de tu palabra,
de dolor cuchillos.

Es tu carne el pan,
es tu sangre el vino,
y en cada bocado
se come infinito.

*Aunque más disfrazado,
galán divino,
en lo mucho que has dado
te han conocido.*

El mismo asunto

Unos ojos bellos
Adoro, Madre;
*Téngolos ausentes,
Verélos tarde.*
Unos ojos bellos,
Que son de paloma,
Donde amor se asoma
A dar vida en ellos;
No hay, madre, sin vellos
Bien que no me falte;
*Téngolos ausentes,
Verélos tarde.*
Son dignos de amar
Pues podéis creer
Que no hay más que ver
Ni que desear.
Hícelos llorar,
Y llorar me hacen;
*Téngolos ausentes,
Verélos tarde.*
Yo sé que me ví,
cuando los miré,
Que en ellos me hallé
Y en mí me perdí;
Ya no vivo en mí,
Sino en ellos, Madre;
*Téngolos ausentes
Vérellos tarde.*

Ahora, con la vida entre los brazos,
venga la muerte ahora, ¡oh poderoso
Señor! Llevadme en paz, Señor, ahora,
según vuestras palabras y promesas
me desatad de la prisión del cuerpo.

Descanse ahora en paz y quietud blanda,
que gozaron mis ojos sus deseos
vuestra salud mirando deseada,
a vuestro Salvador y salud mía,
pues tras verle, Señor, no hay más que vea.

Aquel que destinaste y pusiste
en la presencia de los pueblos todos,
para ser conocido y adorado,
dando noticia de él a todo el mundo.

Al que pusiste como lumbre hermosa
que, descubierta, alegre le alumbrase,
e ilustrase sus gentes y naciones:
al que pusiste por honor y gloria
del pueblo de Israel de Dios querido,
con cuanto podéis darle enriquecido.

Félix Lope de Vega y Carpio nació en Madrid en 1562 y murió en 1635. Estudió con los jesuitas. Participó en la conquista de la isla Terceira en 1583 y, al regreso, empezó una larga carrera de amores y amoríos y altercados derivados de éstos, hasta el punto de ser condenado a cuatro años de destierro de Madrid y dos del reino de Castilla. Sirvió a varios nobles y habitó por ello en varias ciudades españolas. Por influencia del duque de Sessa fue nombrado familiar del Santo Oficio. Y, dispuesto a corregir su vida irregular, ingresó en la Cofradía de Esclavos del Santísimo Sacramento en 1609. Fallecida su esposa y su querido y predilecto hijo Carlos Félix, se ordenó sacerdote en 1614, pero pronto volvió a sus andanzas amorosas. Intervino en fiestas poéticas y el público lo adoraba, como cuando organizó un gran certamen con ocasión de la beatificación de san Isidro. Cultivó todos los géneros literarios con extraordinaria calidad. Fue llamado el "Fénix de los ingenios españoles" y "Monstruo de la naturaleza". Sus obras completas llenan páginas y páginas. Autor de una novela pastoril, La Arcadia (1589), y de obras narrativo-dramáticas al estilo de La Celestina, como La Dorotea (1632). Autor también de poemas épicos como La Dragonteia (1598), Jerusalén conquistada (1609), El Isidro (1599), La corona trágica (1627), La Gatomaquia (1634)... Lope de Vega declaró haber escrito 1.500 piezas dramáticas; se conservan 426 comedias atribuidas a él y 42 autos sacramentales. Aborda en su producción teatral una temática muy variada y puede decirse que a través de sus comedias contribuyó a forjar una conciencia nacional y que interpretó profundamente el alma española (El mejor alcalde el rey, Fuente Ovejuna, Peribáñez y el comendador de Ocaña, El caballero de Olmedo, El villano en su rincón, etc...). Resulta imposible hacer una relación completa de toda su produc-

ción. Pero destaquemos aquí y ahora su poesía lírica: Rimas sacras (1604), Romancero espiritual (1619), Triunfos divinos con otras rimas sacras (1625)..., aparte de otros poemas intercalados en obras en prosa, como en Los pastores de Belén (1612), por citar sólo un caso.

Hoy, para rondar la puerta...

Hoy, para rondar la puerta
de vuestro santo costado,
Señor, un alma ha llegado
de amores de un muerto muerta.

Asomad el corazón,
Cristo, a esa dulce ventana,
oiréis de mi voz humana
una divina canción.

Cuando de Egipto salí
y el mar del mundo pasé,
dulces versos os canté,
mil alabanzas os di.

Mas ahora que en Vos veo
la tierra de promisión,
deciros una canción,
que os enamore, deseo.

Muerto estáis, por eso os pido
el corazón descubierto:
para perdonar, despierto;
para castigar, dormido.

Si decís que está velando,
cuando Vos estáis durmiendo,
¿quién duda que estáis oyendo
a quien os canta llorando?

Y aunque él se duerma, Señor,
el amor vive despierto,
que no es el amor el muerto,
Vos sois el muerto de amor.

Que si la lanza, mi Dios,
el corazón pudo herir,
no pudo el amor morir,
que es tan vida como Vos.

Corazón, de mi esperanza
la puerta tenéis estrecha,
que a otros pintan con flecha
y a Vos os pintan con lanza.

Mas porque la lanza os cuadre,
un enamorado dijo
que, a no haber puerta en el Hijo,
¿por dónde se entrara el Padre?

Anduve de puerta en puerta,
cuando a vos no me atreví;
pero en ninguna pedí
que la hallase tan abierta.

Pues como abierto os he visto,
a Dios quise entrar por Vos,
que nadie se atreve a Dios
sin poner delante a Cristo.

Y aun Ese lleno de heridas,
porque sienta el Padre Eterno
que os cuestan, Cordero tierno,
tanta sangre nuestras vidas.

Vuestra Madre fue mi estrella,
que, siendo huerto cerrado,
a vuestro abierto costado
todos llegamos por Ella.

Ya con ansias del amor
que ese costado me muestra,
para ser estampa vuestra
quiero abrazaros, Señor.

La cabeza imaginé
defendieran las espinas,
y hallé mil flores divinas
con que el desmayo pasé.

Porque ya son mis amores
tan puros y ardientes rayos
que me han de matar desmayos,
si no me cubrís de flores.

Cuando a mi puerta salí
a veros, Esposo mío,
coronada de rocío
toda la cabeza os vi.

Mas hoy que a la vuestra llego,
con tanta sangre salís
que parece que decís:
"Socórreme, que me anego".

Ya voy a vuestros abrazos,
puesto que descalza estoy;
bañada en lágrimas voy;
desclavad, Jesús, los brazos.

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía"!

Y ¡cuántas, Hermosura soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana!

Pastor, que con tus silbos amorosos...

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos;

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres;

espera, pues, y escucha mis cuidados;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro...

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto;
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras.

Con ánimo de hablarle en confianza...

Con ánimo de hablarle en confianza
de su piedad entré en el templo un día,
donde Cristo en la cruz resplandecía
con el perdón que quien le mira alcanza.

Y aunque la fe, el amor y la esperanza
a la lengua pusieron osadía,
acordéme que fue por culpa mía,
y quisiera de mí tomar venganza.

Ya me volvía sin decirle nada,
y como vi la llaga del costado,
paróse el alma en lágrimas bañada:

hablé, lloré y entré por aquel lado,
porque no tiene Dios puerta cerrada
al corazón contrito y humillado.

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado...

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas atrevido,
al mismo precio que me habéis comprado.

Besos de paz os di para ofenderos,
pero si fugitivos de su dueño
hierran cuando los hallan los esclavos,

hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño
y tendréisme seguro con tres clavos.

No sabe qué es amor quien no te ama...

No sabe qué es amor quien no te ama,
celestial hermosura, esposo bello;
tu cabeza es de oro, y tu cabello,
como el cogollo que la palma enrama;

tu boca, como lirio que derrama
licor al alba; de marfil, tu cuello;
tu mano el torno, y en su palma el sello
que el alma por disfraz jacintos llama.

¡Ay Dios!, ¿en qué pensé cuando, dejando
tanta belleza, y las mortales viendo
perdí lo que pudiera estar gozando?

Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
tal prisa me daré, que un hora amando
venza los años que pasé fingiendo.

En señal de la paz que Dios hacía...

En señal de la paz que Dios hacía
con el hombre, templando sus rigores
los cielos dividió con tres colores
el arco hermoso que a la tierra envía:

lo rojo señalaba la alegría,
lo verde paz y lo dorado amores;
secó las aguas, y esmaltaron flores
el pardo limo que su faz cubría.

Vos sois en esa cruz, cordero tierno,
arco de sangre y paz, que satisfizo
los enojos del Padre sempiterno;

vos sois, mi buen Jesús, quien los deshizo;
ya no teman los nombres del infierno,
pues sois el arco que las paces hizo.

Muere la Vida y vivo yo sin vida...

Muere la Vida y vivo yo sin vida
ofendido la vida de mi muerte;
sangre divina de las venas vierte
y mi diamante su dureza olvida.

Está la majestad de Dios tendida
en una dura cruz, y yo de suerte
que soy de sus dolores el más fuerte
y de su cuerpo la mayor herida.

¡Oh duro corazón de mármol frío!
¿Tiene tu Dios abierto el lado izquierdo
y no te vuelves un copioso río?

Morir por él será divino acuerdo;
mas eres tú mi vida, Cristo mío,
y como no la tengo, no la pierdo.

¿Qué ceguedad me trujo a tantos daños?

¿Qué ceguedad me trujo a tantos daños?
¿Por dónde me llevaron desvaríos,
que no traté mis años como míos,
y traté como propios sus engaños?

¡Oh puerto de mis blancos desengaños,
por donde ya mis juveniles bríos
pasaron como el curso de los ríos,
que nos vuelve atrás el de los años!

Hicieron fin mis locos pensamientos:
acomodóse el tiempo a la edad mía,
por ventura en ajenos escarmientos;

que no temer el fin no es valentía,
donde acaban los gustos en tormentos
y el curso de los años en un día.

Cuando me paro a contemplar mi estado...

Cuando me paro a contemplar mi estado
y ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido
a conocer su error haya llegado.

Cuando miro los años que he pasado
la divina razón puesta en olvido
conozco que piedad del cielo ha sido
no haberme en tanto mal precipitado.

Entré por laberinto tan extraño
fiando el débil hilo de la vida
el tarde conocido desengaño:

mas, de tu luz mi oscuridad vencida,
el monstruo muerto de mi ciego engaño
vuelve a la patria, la razón perdida.

Luz de mis ojos, yo juré que había
de celebrar una mortal belleza,
que de mi verde edad la fortaleza
como enlazada yedra consumía.

Si me ha pesado y si llorar querría
lo que canté, con inmortal tristeza,
y si la que tenéis en la cabeza
corona agora de laurel [es] mía,

vos lo sabéis, a quien está presente
el más oculto pensamiento humano,
y que desde hoy con nuevo celo ardiente

cantaré vuestro nombre soberano;
que a la hermosura vuestra eternamente
consagro pluma y voz, ingenio y mano.

Yo me muero de amor, que no sabía...

Yo me muero de amor, que no sabía,
aunque diestro en amar cosas del suelo,
que no pensaba yo que amor del cielo
con tal rigor las almas encendía.

Si llama la moral filosofía
deseo de hermosura a amor, recelo
que con mayores ansias me desvelo
cuanto es más alta la belleza mía.

Amé en la tierra vil, ¡qué necio amante!
¡Oh luz del alma, habiendo que buscaros,
qué tiempo que perdí como ignorante!

Mas yo os prometo agora de pagaros
con mil siglos de amor cualquiera instante
que por amarme a mí dejé de amaros.

*En mi alma el desengaño
tan grande escarmiento ha hecho,
que huyo de mi provecho
con el miedo de mi daño.*

Un desengaño nacido
de los engaños pasados,
buen Jesús, en que he vivido,
hoy a vuestros pies sagrados
con lágrimas me ha traído.
Vuestra cruz en ellas baño;
alzad, Señor, la cabeza,
mirad piadoso mi daño,
para que tenga firmeza
en mi alma el desengaño.

Con sangre, Cordero santo,
por mí a Dios, satisfacéis,
y yo a vos, llorando tanto;
y así, os ruego que juntéis
con vuestra sangre mi llanto.
Ir al infierno derecho
por mis pecados me vi,
y ya voy a vuestro pecho,
porque su temor a mí
tan grande escarmiento ha hecho.

Si anduve loco y altivo
entre perdidos esclavos,
ya no seré fugitivo,
asido de vuestros clavos
y de vuestro amor cautivo.
Aquí llorando deshecho,
pienso vivir y morir;
no digan, pues me habéis hecho,
los que me vieron huir
que huyo de mi provecho.

Mis lágrimas doy en prenda
a vuestra sangre vertida;
desde aquí juro la enmienda;
que a quien dio por mí la vida
no es bien que yo se la venda.
Prometo dejar mi engaño
con el amor de quereros,
y doy con más desengaño
palabra de no ofenderos
con el miedo de mi daño.

Bartolomé Leonardo de Argensola

Nació en Barbastro (Huesca) en 1562 y murió en Zaragoza en 1631. Estudió Derecho en Salamanca y se ordenó sacerdote. Tras una estancia como secretario de su amigo el conde de Lemos, al ser nombrado éste virrey de Nápoles, regresó a Zaragoza, donde ocupó el cargo de cronista de Aragón y canónigo de la catedral. Su obra más importante es la continuación de los Anales de Aragón de Jerónimo Zurita. También lo es la que escribió en 1609 con el título de La conquista de las islas Molucas y que está muy documentada gracias a los informes directos de los conquistadores. Otros títulos son: Las alteraciones populares de Zaragoza en 1591 y Discurso acerca de las cualidades que ha de tener el perfecto cronista. Su obra poética se publicó con el título de Rimas. Elaboró una poética en línea renacentista y antigongorina. Sus sátiras morales de la sociedad de su tiempo y sus epístolas están en la línea de Juvenal y de Horacio. Su poesía amorosa se sitúa en el ámbito de los tópicos de la sensualidad petrarquista. Su poesía religiosa es quizá la parcela más destacada, especialmente sus canciones y las paráfrasis de los salmos. De todos modos no es un poeta de primera línea, pues sus obras fueron casi siempre poesías de circunstancias, escritas para justas poéticas, fiestas y funerales, con la hipoteca que ello conlleva.

Dime, Padre común, pues eres justo...

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que más la reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció, y me dijo:
"¡Ciego!, ¿es la tierra el centro de las almas?".

Alberto Lista

Nació en Sevilla en 1775. Ordenado sacerdote, tuvo una tarea destacada en el campo de la enseñanza, tanto en España como en el exilio. En efecto, ejercía la docencia en el Real Colegio sevillano de San Telmo cuando se produjo la invasión francesa; afrancesado liberal, tuvo que sufrir el exilio más allá de los Pirineos y a su regreso en 1817 vivió en varias ciudades españolas: Bilbao, Pamplona, Madrid, Cádiz y Sevilla. En esta su ciudad natal murió en 1848 siendo canónigo y decano de la Facultad de Filosofía, además de miembro de las Reales Academias Española y de la Historia. Su obra Ensayos literarios y críticos recopila los escritos periodísticos y de crítica literaria. Compaginó su catolicismo con las ideas liberales y la formación clásica con asomos a las corrientes románticas. Tradujo y escribió obras de teatro. Como poeta demuestra un dominio de la técnica; y, aunque lo más original son sus poesías filosóficas o de gran carga ideológica (La bondad natural del hombre, La vida humana), escribió preferentemente poesías amorosas y de tema religioso.

La muerte de Jesús

¿Y eres tú el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Siná? Y el impío bando,

que eleva contra ti la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado,
¡ay!, pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
y a su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena;
amor más poderoso que la muerte;
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes, y el león fuerte
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche polvorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡Quién podrá mirarte,
oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
a tu frente divina
cibió corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
al Santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios, ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guía

y en la sangre os cebáis, verted la mía.
Mas ¡ay! que eres tú solo
la víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido Polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado,
no expiación, fuera pena del pecado.
Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora.
El Sol, amortecida la alba lumbre,
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría.
Y no el ceño indignado
de su semblante descogió al Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
domador de la muerte y del averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cuál clama:
"Padre de amor, por qué me abandonaste?"
Señor, extingue la funesta llama
que en tu furor al mundo derramaste.
De la acerba venganza
que sufre el Justo, nazca la esperanza.
¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime, la fulmínea espada,
suba al solio sagrado,
y el último suspiro del Dios fuerte
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
do vuelva en Padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, oh tierra.

Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
yace el Creador; mas la maldad aterra,
y un grito de furor lanza el profundo.
Muere... Gemid, humanos,
todos en él pusisteis vuestras manos.

Gabriel García Tassara

Nació en Sevilla en 1817 y murió en Ávila en 1875. Fruto de su amistad con el político conservador José Donoso Cortés, se hizo portador de su ideología en muchos de sus poemas. La obra Poesías (1869) de Gabriel García Tassara fue anticipada en periódicos de la época y, por ello, constituye un examen de la sociedad, de la historia, de la política y la religión. García Tassara fue diputado, ministro y embajador de España en Londres y en Washington. Tuvo apasionados amores con la escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda, aunque no abundan sus poesías eróticas. Y, sin embargo, quien tan bien le conocía, la Avellaneda, le llamó "ateo" pese a ser autor del místico Himno al Mesías.

Himno al Mesías

Baja otra vez al mundo,
¡baja otra vez, Mesías!
De nuevo son los días
de tu alta vocación;
y en su dolor profundo
la humanidad entera
el nuevo oriente espera
de un sol de redención.
Corrieron veinte edades
desde el supremo día
que en esta cruz te vía
morir, Jerusalén;

y nuevas tempestades
surgieron y bramaron,
de aquellas que asolaron
el primitivo Edén.
De aquellas que le ocultan
al hombre su camino
con ciego torbellino
de culpa y expiación;
de aquellas que sepultan
en hondos cautiverios
cadáveres de imperios
que fueron y no son.
Serenos está en la esfera
el sol del firmamento:
la tierra en su cimiento,
inconmovible está;
la blanca primavera,
con su gentil abrazo,
fecunda el gran regazo
que flor y fruto da.
Mas, ¡ay!, que de las almas
el sol yace eclipsado;
mas, ¡ay!, que ha vacilado
el polo de la fe;
mas, ¡ay!, que ya tus palmas
se vuelven al desierto;
no crecen, no, en el huerto
del que tu pueblo fue.
Tiniebla es ya la Europa,
ella agotó la ciencia,
maldijo su creencia,
se apacentó con hiel;
y rota ya la copa
en que su fe bebía
se alzaba y te decía:
—¡Señor!, yo soy Luzbel—.
Mas, ¡ay!, que contra el cielo
no tiene el hombre rayo,
y en súbito desmayo
cayó de ayer a hoy;

y en son de desconsuelo,
y en llanto de impotencia,
hoy clama en tu presencia:
—Señor, tu pueblo soy—.
No es, no, la Roma atea
que entre aras derrocadas
despide a carcajadas
los dioses que se van:
es la que humilde reza,
baja a las catacumbas
y palpa entre las tumbas
los tiempos que vendrán.
Todo, Señor, diciendo
está los grandes días
de luto y agonías,
de muerte y orfandad
que, del pecado horrendo
envuelta en el sudario,
pasa por un calvario
la ciega humanidad.
Baja, ¡oh Señor!, no en vano
siglos y siglos vuelan;
los siglos nos revelan
con misteriosa luz
el infinito arcano
y la virtud que encierra,
trono de cielo y tierra;
tu sacrosanta cruz.
Toda la historia humana,
¡Señor!, está en tu nombre:
tú fuiste Dios del hombre,
Dios de la Humanidad.
Tu sangre soberana
es su Calvario eterno;
tu triunfo del infierno
es su inmortalidad.
¿Quién dijo, Dios clemente,
que tú no volverías,
y a horribles gemonías,
y a eterna perdición,

condena a esta doliente
raza del ser humano
que espera de tu mano
su nueva salvación?
Sí, tú vendrás. Vencidos
serán con nuevo ejemplo
los que del santo templo
apartan a tu grey.
Vendrás, y confundidos
caerán con los ateos
los nuevos fariseos
de la caduca ley.
¿Quién sabe si ahora mismo
entre alaridos tantos
de tus profetas santos
la voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
a un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo,
y Dios, ¿no volverá?
¡Señor! En tus juicios
la comprensión se abisma;
mas es siempre la misma
del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
resonarán en vano;
no es el destino humano
la humanidad sin Dios.
Ya pasarán los siglos
de la tremenda prueba;
¡ya nacerás, luz nueva
de la futura edad!
Ya huiréis, ¡negros vestigios
de los antiguos días!
Ya volverás, ¡Mesías!,
en gloria y majestad.

Nació en Folgarolas (Barcelona) en 1845 en el seno de una familia de humildes y modestos campesinos. Ingresó en el Seminario de Vic y, ya sacerdote, fue capellán del buque que cubría la línea Barcelona-La Habana. En 1893 fue confinado al santuario de la Gleba por acudir a una llamada "casa de oración", donde se practicaba el espiritismo. Tras escribir una serie de artículos en la prensa bajo el epígrafe En defensa propia (1895) fue suspendido "a divinis" y ese momento conflictivo en su vida sacerdotal quedó reflejado en poesías de tono místico como Flors del Calvari (1896), Santa Eulària (1899), Eucarístiques (1904) etc. Murió Verdaguer, ya rehabilitado en sus funciones sacerdotales, en Vallvidrera (Barcelona) en 1902. Jacinto Verdaguer es uno de los más destacados poetas en lengua catalana. A los veinte años se dio a conocer en los Juegos Florales de Barcelona. Entre sus obras más destacadas cabe citar L' Atlàntida (1877), ambiciosa versión del descubrimiento de América en tonos épicos de grandiosidad descriptiva; Llegenda pirenayca del temps de la Reconquista, epopeya religiosa sobre el origen de Cataluña, Idil·lis i cants místics (1879), Cançons de Montserrat (1880 y 1889), Oda a Barcelona (1883), Canigó (1886)... Tras un viaje a Tierra Santa escribió Dietari d'un pelegrí a Terra Santa (1889), Jesús infant (1891) y Nazaret-Betlem (1892). Su poesía tiene más intuición expresiva que elaboración intelectual y, por ser muy abundante, se deja notar su desigual calidad.

Los que vais perdidos
por la ingrata tierra,
si es que coméis pan
es de harina negra:
pan es de rollón,
manjar de galeras;
pan es de bellotas,
comida de bestias.
Más que de buen trigo
hay granos de arena;
se encuentran carbones
y astillas de leña:
dijerais que es mugre
de tanto que asquea.

¿Lo queréis mejor?
Yo sé una alacena,
que de pan muy rico
siempre está repleta:
la tiene Jesús
dentro de su Iglesia.
Se amasó en el seno
de virgen doncella,
por manos de Dios
y con flor de jeja
el pan que os ofrezco:
¡ved si es cosa buena!
Cual pella de nieve
este pan blanquea;
es tierno cual hostia;
es miel de colmenas,
con flores del cielo
por ángeles hecha.
Pan es de la gloria:
quien de él se alimenta
vivirá por siempre
en la gloria eterna.

Nuestro Señor Jesucristo
se desposa con la Iglesia,
la amada del corazón
que lo atrajo hasta la tierra.
Vísperas del casamiento
quiere dar una gran cena.
A discípulos y amigos
ha convidado a su mesa:
allá está el traidor de Judas
y Pedro y Tomás más cerca...
San Juan descansa en su pecho
de donde es llave maestra.
La Pascua, en el gran convite,
junto con ellos celebra
un poco antes de partir
a la patria sempiterna.
Cristo es el mismo Cordero
que a los presentes se entrega:
su sangre en lugar de vino,
por manjar su carne bella.

Mientras estaban cenando
suspiraba de tristeza:
—¡Cuánto me duele dejaros,
hijitos míos, mis prendas!
Más me duele abandonar
a ti, ¡mi amada la Iglesia,
esposa de mis amores,
que sobre mi pecho reinas!
Pero por salvar el mundo
ya de morir tengo prisa:
mi Padre me llama al cielo,
¿cómo quedarme en la tierra?
—¡Esposo! ¡Mi dulce Esposo!
¿Cómo solita me dejas?
Si tan solita me quedo

me voy a morir de pena.
—¡Esposa! ¡Mi amada esposa!
Ya en soledad no te quedas;
¿contemplas esta hostia santa?
"Este es mi cuerpo" y mi ofrenda:
con él viviré en tus brazos,
y tú en mí hallarás tu fuerza,
y vivirás con mi vida
hasta que fine la tierra.

Miguel de Unamuno

Nació en Bilbao en 1864 y murió en Salamanca en 1936. Con un gran espíritu inconformista protagonizó la vida sociopolítica e intelectual española. Catedrático de Griego y rector de la Universidad de Salamanca en 1901. En 1914 fue destituido por sus disensiones con el Gobierno. En 1924 fue deportado por el dictador Primo de Rivera a la isla de Fuerteventura, pero sus amigos franceses le ayudaron a refugiarse en Hendaya, cerca de la frontera española, hasta 1930. Reintegrado a su cátedra, Unamuno fue elegido en 1931 diputado a las Cortes Constituyentes una vez proclamada la República. No simpatizó tampoco con la República y el Gobierno de Burgos (es decir, el gobierno de Franco durante la Guerra Civil), lo rehabilitó posteriormente como rector de Salamanca, aunque al poco tiempo lo destituyó tras una discusión pública con el general legionario Millán Astray. Unamuno pasó por grandes crisis religiosas: católico ferviente, perdió la fe y luchó por recuperarla de nuevo; fue tenido por herético y era un alma apasionadamente religiosa; se debatía entre la voluntad de creer y su imposibilidad de concordar razón y fe. Sus libros filosóficos, sus ensayos, sus dramas y sus novelas están plagadas de ideas originales y de asomos líricos cuando hace rememoranza de sus años infantiles. En Poesías (1907) apunta una tendencia por la renovación de la lírica. El Cristo de Velázquez (1920) es un libro de gran religiosidad, aprendida en los místicos del Siglo de Oro, sobre todo en la manera de acercarse en sus nombres a Cristo. Rosario de sonetos líricos (1911), Teresa (1924), De Fuerteventura a París (1925) y Romancero del destierro (1928) son otros títulos de poemarios de Miguel Unamuno. Hasta 1953 no se publicó un diario poético íntimo con el título de Cancionero, y en 1958 aparecieron 50 poemas inéditos.

(Ex 33,20)

Señor, Señor, ¿por qué consientes
que te nieguen ateos?
¿Por qué, Señor, no te nos muestras
sin velos, sin engaños?
¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda,
duda de muerte?
¿Por qué te escondes?
¿Por qué encendiste en nuestro pecho el ansia
de conocerte,
el ansia de que existas,
para velarte así a nuestras miradas?
¿Dónde estás, mi Señor; acaso existes?
¿Eres tú creación de mi congoja,
o lo soy tuya?
¿Por qué, Señor, nos dejas
vagar sin rumbo
buscando nuestro objeto?
¿Por qué hiciste la vida?
¿Qué significa todo, qué sentido
tienen los seres?
¿Cómo del poso eterno de las lágrimas,
del mar de las angustias,
de la herencia de penas y tormentos
no has despertado?
Señor, ¿por qué no existes?
¿Dónde te escondes?
Te buscamos y te hurtas,
te llamamos y callas,
te queremos y Tú, Señor, no quieres
decir: ¡vedme, mis hijos!
Una señal, Señor, una tan sólo,
una que acabe
con todos los ateos de la tierra;
una que dé sentido
a esta sombría vida que arrastramos.

¡Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?
Si Tú, Señor, existes,
¡di por qué y para qué, di tu sentido!
¡Di por qué todo!
¿No pudo bien no haber habido nada,
ni Tú, ni mundo?
Di el porqué del porqué, ¡Dios de silencio!
Está en el aire todo,
no hay cimiento ninguno
y todo vanidad de vanidades.
"Coge el día", nos dice
con mundano saber aquel romano
que buscó la virtud fuera de extremos,
medianía dorada
e ir viviendo... ¿qué vida?
"Coge el día", y nos coge
ese día a nosotros,
y así esclavos del tiempo nos rendimos.
¿Tú, Señor, nos hiciste
para que a ti te hagamos,
o es que te hacemos
para que Tú nos hagas?
¿Dónde está el suelo firme, dónde?
¿Dónde la roca de la vida, dónde?
¿Dónde está lo absoluto?
¡Lo absoluto, lo suelto, lo sin traba
no ha de entrabarse
ni al corazón ni a la cabeza nuestra!
Pero... ¿es qué existe?
¿Dónde hallaré sosiego?
¿Dónde descanso?
¡Fantasma de mi pecho dolorido;
proyección de mi espíritu al remoto
más allá de las últimas estrellas;
mi yo infinito;
sustanciación del eternal anhelo;
sueño de la congoja;
Padre, Hijo del alma;

oh Tú, a quien negamos afirmando
y negando afirmamos,
dinos si eres!
¡Quiero verte, Señor, y morir luego,
morir del todo;
pero verte, Señor, verte la cara,
saber que eres!
¡Saber que vives!
¡Mírame con tus ojos,
ojos que abrazan;
mírame y que te vea!
¡que te vea, Señor, y morir luego!
Si hay un Dios de los hombres,
el más allá, ¿qué nos importa, hermanos?
¡Morir para que Él viva,
para que Él sea!
¡Pero, Señor, "yo soy" dinos tan sólo,
dinos "yo soy" para que en paz muramos,
no en soledad terrible,
sino en tus brazos!
¡Pero dinos que eres,
sácanos de la duda
que mata el alma!
Del Sinaí desgarras las tinieblas
y enciende nuestros rostros
como a Moisés el rostro le encendiste;
baja, Señor, a nuestro tabernáculo,
rompe la nube,
desparrama tu gloria por el mundo
y en ella nos anega;
¡que muramos, Señor, de ver tu cara,
de haberte visto!
"Quien a Dios ve se muere",
dicen que has dicho Tú, Dios de silencio;
¡que muramos de verte
y luego haz de nosotros lo que quieras!
¡Mira, Señor, que va a rayar el alba
y estoy cansado de luchar contigo
como Jacob lo estuvo!

¡Dime tu nombre!
¡Tu nombre, que es tu esencia!
¡Dame consuelo!
¡Dime que eres!
¡Dame, Señor, tu espíritu divino,
para que al fin te vea!
El espíritu todo lo escudriña
aun de Dios lo profundo.
Tú sólo te conoces,
tú sólo sabes que eres.
¡Decir "yo soy"! ¿Quién puede a boca llena
sino Tú solo?
¡Dinos "yo soy", Señor, que te lo oigamos,
sin velo de misterio,
sin enigma ninguno!
Razón del Universo, ¿dónde habitas?
¿Por qué sufrimos?
¿Por qué nacemos?
Ya de tanto buscarte
perdimos el camino de la vida,
el que a ti lleva
si es, ¡oh mi Dios!, que vives.
Erramos sin ventura,
sin sosiego y sin norte,
perdidos en un nudo de tinieblas,
con los pies destrozados,
manando sangre,
desfallecido el pecho,
y en él el corazón pidiendo muerte.
Ve, ya no puedo más, de aquí no paso,
de aquí no sigo,
aquí me quedo;
yo ya no puedo más, ¡oh Dios sin nombre!
Ya no te busco,
ya no puedo moverme, estoy rendido;
aquí, Señor, te espero,
aquí te aguardo,
en el umbral tendido de la puerta
cerrada con tu llave.

Yo te llamé, grité, lloré afligido,
te di mil voces;
llamé y no abriste,
no abriste a mi agonía;
aquí, Señor, me quedo,
sentado en el umbral como mendigo
que aguarda una limosna;
aquí te aguardo.
Tú me abrirás la puerta cuando muera,
la puerta de la muerte,
y entonces la verdad veré de lleno,
sabré si Tú eres
o dormiré en tu tumba.

La oración del ateo

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes

a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi alma endulzóme noches tristes.

¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande

para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de verás.

Hermosura

¡Aguas dormidas,
verdura densa,
piedras de oro,
cielo de plata!

Del agua surge verdura densa;
de la verdura,
como espigas gigantes, las torres
que en el cielo burilan
en plata su oro.
Son cuatro fajas:
la del río, sobre ella la alameda,
la ciudadana torre
y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
fluido cimiento,
agua de siglos,
espejo de hermosura.
La ciudad en el cielo pintada
con luz inmoble;
inmoble se halla todo,
el agua inmoble,
inmóviles los álamos,
quietas las torres en el cielo quieto.
Y es todo el mundo;
detrás no hay nada.
Con la ciudad enfrente me hallo solo
y Dios entero
respira entre ella y yo toda su gloria.
A la gloria de Dios se alzan las torres,
a su gloria los álamos,
a su gloria los cielos
y las aguas descansan a su gloria.
El tiempo se recoge;
desarrolla lo eterno sus entrañas;
se lavan los cuidados y congojas
en las aguas inmobles,
y los inmuebles álamos,
en las torres pintadas en el cielo,
mar de altos mundos.

El reposo reposa en la hermosura
del corazón de Dios que así nos abre
tesoros de su gloria.
Nada deseo,
mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina
de Dios en el regazo su cabeza
y duerme y sueña...
Sueña en descanso
toda aquesta visión de alta hermosura.
¡Hermosura! ¡Hermosura!
Descanso de las almas doloridas,
enfermas de querer sin esperanza.
¡Santa hermosura,
solución del enigma!
Tú matarás la Esfinge,
Tú reposas en ti sin más cimientó.
Gloria de Dios, te bastas.
¿Qué quieren esas torres?
Ese cielo, ¿qué quiere?,
¿qué la verdura?,
¿y qué las aguas?
Nada, no quieren;
su voluntad murióse;
descansan en el seno
de la hermosura eterna;
son palabras de Dios limpias de todo
querer humano.
Son la oración de Dios que se regala
cantándose a sí mismo,
y así mata las penas.
.....
La noche cae; despierto,
me vuelve la congoja,
la espléndida visión se ha derretido,
vuelvo a ser hombre.
Y ahora dime, Señor, dime al oído:
tanta hermosura,
¿matará nuestra muerte?

Libértate, Señor

Dime tú lo que quiero
que no lo sé...
Despoja a mis ansiones de su velo...
Descúbreme mi mar,
mar de lo eterno...
Dime quién soy..., dime quién soy..., que vivo...
Revérame el misterio...
Descúbreme mi mar...
Ábreme mi tesoro,
mi tesoro, ¡Señor!
¡Ciérrame los oídos,
ciérramelos con tu palabra inmensa,
que no oiga los quejidos
de los pobres esclavos de la tierra...!
¡Que al llegar sus murmullos a mi pecho,
al entrar en mi selva,
me rompen la quietud!

Tu palabra no muere, nunca muere...
porque no vive...
No muere tu palabra omnipotente,
porque es la vida misma,
y la vida no vive...
no vive..., vivifica...
Tu palabra no muere..., nunca muere...,
¡nunca puede morir!
Follaje de la vida,
raíces de la muerte...,
¡eso son sus palabras nada más!
Me llegan sus canciones al oído...
estribillos de moda...
¡cantan la libertad!
No canta libertad más que el esclavo,
el pobre esclavo;
el libre canta amor,
te canta a ti, ¡Señor!

Que en mí cante tu selva,
selva de inmensidad.
Que en mí cante tu selva,
la virgen selva libre en que colgaste
al aire libre
mi nido de follaje...
Que en mí cante tu selva,
¡selva de inmensidad!
Allí, en sus jaulas de oro,
fuera del nido,
la cantinela en moda
repiten los esclavos... ¡pobrecillos!
¡Libérta-los!
¡Libérta-los, Señor!
Mira, Señor, que mi alma
jamás ha de ser libre
mientras quede algo esclavo
en el mundo que hiciste,
y mira que si al alma no libiertas,
al alma en que Tú vives,
serás en ella esclavo.
¡Tú, Tú mismo, Señor!
¡Libérta-te!
¡Libérta-te, Señor!
¡Libérta-les,
átales con tu amor!
Libérta-te.
¡Libérta-te en tu amor!
Libérta-me.
¡Libérta-me, Señor!

No me muestres sendero,
no me muestres camino;
no me lo muestres,
que no lo sigo...
Déjame descansar en tu reposo,

en el reposo vivo,
y en su dulce regazo,
en tu seno dormido,
guárda-me, ¡Señor!
Guárdame tranquilo,
guárdame en tu mar,
mar del olvido...
mar de lo eterno...
guárda-me, ¡Señor!
No me muestres camino,
no me muestres sendero,
que no lo sigo...,
¡no puedo andar!
A las demás renuncio
si sigo una vereda...;
quiero perderme,
perderme sin senderos en la selva,
selva de vida;
quiero tenerla abierta...,
las sendas me la cierran...,
guárda-me,
guárda-me, ¡Señor!

Callaron los esclavos...
Están durmiendo...
Callaron los esclavos...
En silencio te rezan sin saberlo...
Mientras duermen te rezan,
es oración su sueño...
No los despiertes...
Libérta-los.
¡Libérta-los, Señor!
Áta-les con el sueño...
Libérta-los.
¡Libérta-los, Señor!
Mientras quede algo esclavo

no será mi alma libre,
ni Tú, Señor,
ni Tú que en ella vives...
Serás tú mismo esclavo...
Libérta-me,
libérta-me, ¡Señor!
Libérta-te,
libérta-te, ¡Señor!
¡Libérta-te!

Eucaristía

Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;
hombre de la palabra creadora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.
Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,
¡oh Cordero de Dios!, manjar que te quiere,
quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua:
que no es gozar en Ti: es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.
Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso nos repites:
“¡Venid, comed, tomad: éste es mi cuerpo!”.
Carne de Dios, Verbo encarnado, encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti.

A una pajarita de papel

¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Ya está hablando!
El Hijo del Hombre, el Verbo
encarnado
se hizo Dios en una cuna
con el canto
de la niñez campesina
canto alado...
¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Hable tu papel, mi pájaro!
Háblale al niño que sabe
voz del alto,
la voz que se hace silencio
sobre el fango...
Háblale al niño que vive
en su pecho a Dios criando...
Tú eres la paloma mística,
tú el Santo
Espíritu que hizo el hombre
con sus manos...
Habla a los niños, que el reino
tan soñado
de los cielos es del niño
soberano;
del niño, rey de los sueños,
¡corazón de lo creado!
¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Ya está hablando!...

Morir soñando, sí...

"Au fait, se disait-il à lui-même, il paraît
desin est de mourir en rêvant".

Stendhal, *Le Rouge, et le Noir*, LXX

Morir soñando, sí; mas si se sueña
morir, la muerte es un sueño; una ventana
hacia el vacío; no soñar; nirvana;
del tiempo al fin la eternidad se adueña.

Vivir el día de hoy bajo la enseña
del ayer deshaciéndose en mañana;
vivir encadenado a la desgana,
¿es acaso vivir? ¿Y esto que enseña?

¿Soñar la muerte no es matar el sueño?
¿Vivir el sueño no es matar la vida?
¿A qué poner en ello tanto empeño,

aprender lo que al punto al fin se olvida,
escudriñando el implacable ceño
—cielo desierto— del eterno Dueño?

28 día de Inocentes, XII-36

Nació en Sevilla en 1875. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Fue catedrático de francés en Soria, donde se casó con una muchacha de dieciséis años, Leonor Izquierdo, con quien marchó a París y asistió a unos cursos de la Sorbona. En 1912 regresó a Soria, y a la muerte de Leonor, tres años después de su matrimonio, se trasladó a los institutos de Baeza, de Segovia y de Madrid, sucesivamente. Miembro de la Real Academia Española, aunque no llegó a leer su discurso de ingreso en la misma. Durante la guerra civil de 1936-39 residió en Valencia y en Barcelona. En febrero de 1939 salió de España con su madre, su hermano José y su cuñada; el poeta murió el día 22 de ese mes en el pueblecito de Collioure, al sur de Francia, donde está enterrado. Escribió en colaboración con su hermano Manuel varias obras de teatro, pero la faceta más conocida de Antonio Machado es la de poeta. Desde Soledades (1903), libro dentro de la corriente modernista del momento, apunta la calidad de un gran poeta. Luego vendrían Soledades, Galerías, Otros poemas (1907), Campos de Castilla (1912).

Llamó a mi corazón un claro día...

Llamó a mi corazón, un claro día,
con un perfume de jazmín, el viento.
—A cambio de este aroma,
todo el aroma de tus rosas quiero.
—No tengo rosas; flores
en mi jardín no hay ya; todas han muerto.

—Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba...
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

Anoche cuando dormía ...

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas
blanca cera y dulce miel.
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Juan Ramón Jiménez

Nació en Moguer (Huelva) en 1881 y murió en San Juan de Puerto Rico en 1958. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1956. Estudió con los jesuitas. Enviado por sus padres para que estudiara Derecho en Sevilla, fracasó y empezó a dedicarse a la poesía y a la pintura. Entusiasmado por los románticos y los modernistas, comenzó a publicar en 1900; Ninfeas y Almas de violeta son los títulos. La muerte repentina de su padre le ocasionó alarmantes trastornos nerviosos; durante la enfermedad escribió Rimas (1901), Aires tristes (1902). Su libro posterior, Jardines lejanos (1905), cerraría esta primera plenitud del poeta, llena de misterio, de sombras, de delicados matices, de profundo intimismo. Luego aparecieron multitud de libros, que reflejan la fecundidad del autor: Elegías puras (1909), Elegías intermedias (1909), Olvidanzas (1909), Elegías lamentables (1910), Baladas de primavera (1910), La soledad sonora (1909), Poemas mágicas y dolientes (1911), Melancolía (1912), Laberinto (1913), Platero y yo (1917). En Madrid conoció a Zenobia Campubrí Aymar y se casó con ella en Nueva York en 1916. Este acontecimiento le cambió el carácter y la poesía. Durante el viaje de novios Juan Ramón Jiménez escribió Diario de un poeta recién casado (1917), uno de los grandes poemarios de la historia de la literatura. Volvió el poeta a otra etapa de gran fecundidad: Eternidades (1918), Piedra y cielo (1919), Poesía y Belleza (1923) y un largo etcétera. La guerra civil de 1936 le llevó a abandonar España rumbo a los Estados Unidos, Puerto Rico y Cuba. De este período destacan Romances de Coral Gables (1948), Animal de fondo (1949), Dios deseado y deseante (1949). El contacto con la naturaleza le proporcionó símbolos, le llevó a una identidad entre creador y creación poética, le acercó a Dios por el camino de la creación, lo sintió en ella hasta hacerle huésped de su alma.

Amaneceres

Brisas primaverales
embriagan mi estancia
de una áspera fragancia
de hojas verdes, con agua, de rosales.
Aún no da el sol en el papel, escrito
con mano firme y pura,
mientras el noble corazón contrito
trocaba, blando, su amargura
en dulzura...

¡Qué paz y qué ventura!
Amanece, riendo, en lo infinito.
La fronda, ya despierta
y plena de la tropa cristalina
que engarza el alba en un gorjear bendito,
dora su claridad, que aún sueña, oscura;
¡viva esperanza cierta
en que la duda, fúnebre, perdura,
se va a colgar de una expresión divina!...
Canta la codorniz, fresca, allá abajo...
Viene un gorrión a la ventana abierta...
Pienso en Dios...
Y trabajo.

Lo que Vos queráis, Señor

Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.
Si queréis que entre las rosas
ría hacia los matinales
resplandores de la vida,
sea lo que Vos queráis.
Si queréis que, entre los cardos,
sangre hacia las insondables

sombras de la noche eterna,
sea lo que Vos queráis.
Gracias si queréis que mire,
gracias si queréis cegarme;
gracias por todo y por nada;
sea lo que Vos queráis.
Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.

La transparencia, Dios, la transparencia

Dios del venir, te siento entre mis manos;
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.
No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres Dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.
Yo nada tengo que purgar.
Toda mi impedimenta
no es sino fundación para este hoy
en que, al fin, te deseo;
porque estás ya a mi lado,
en mi eléctrica zona,
como está en el amor el amor lleno.
Tú, esencia, eres conciencia; mi conciencia,
y la de otro, la de todos,
con forma suma de conciencia;
que la esencia es lo sumo,
es la forma suprema conseguible;
y tu esencia está en mí, como mi forma.

Los pájaros del aire
se mecen en las ramas de las nubes;
los pájaros del agua
se mecen en las olas de la mar
(y viento, lluvia, espuma, sol en torno),
como yo, Dios, me mezco en los embates
de ola y rama, viento y sol, espuma y lluvia,
de tu conciencia mecedora bienandante.
(¿No es el goce
mayor de lo divino de lo humano,
el dejarse mecer en Dios, en la conciencia
rezagada de Dios, en la inmanencia madreada,
con su vaivén seguro interminable?).
Va y ven, el movimiento
de lo eterno que vuelve, en ello mismo
y en uno mismo;
esa órbita abierta
que no sale de sí nunca; abierta,
y que nunca me libra de sí; abierta,
(porque)
lo cerrado no existe en su infinito,
aunque sea regazo y madre y gloria.

Nació Felipe Camino Galicia —que este era su nombre verdadero— en Tábara (Zamora) en 1884 y pasó su infancia en tierras castellanas. Ejerció la carrera de Farmacia, fue funcionario en Fernando Poo y recorrió España como actor de diversas compañías de teatro. Marchó a ejercer la docencia en universidades de México y de Estados Unidos. Murió en México en 1968. Sus libros más conocidos son Versos y oraciones del caminante (1920), La insignia (1937), Español del éxodo y del llanto (1939), Llamadme publicano (1950), Ganarás la luz (1953), El ciervo y otros poemas (1958), ¡Oh, este viejo y roto violín! (1965) y Antología rota (1947). La recurrencia a la temática de la Biblia y las formas de los salmos le sitúa en multitud de ocasiones en la frontera de las grandes inquietudes trascendentes. Fue un poeta decepcionado e increpante, que clamó a los cuatro vientos su fe, su escepticismo, su protesta, su rebeldía, engendrada muchas veces por su generosidad; y no abandonó su ansiosa búsqueda, estridente en ocasiones, mansa y humilde otras.

Oraciones

Yo te veo, Señor, con un hierro encendido
quemándome la carne hasta los huesos.
Sigue, Señor,
que de ese hierro
han salido
mis alas y mi verso.

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

No conozco este camino.
Y ya no alumbraba mi estrella
y se ha apagado mi amor.
Así..., vacío y a oscuras,
¿adónde voy?
Sin una luz en el cielo
y roto mi corazón...,
¿cómo saber si es el tuyo
este camino, Señor?

Hazme una cruz sencilla,
carpintero...,
sin añadidos
ni ornamentos...,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.
Que no haya ni un solo adorno
que distraiga este gesto:
este equilibrio humano
de los mandamientos...
Sencilla, sencilla...
Hazme una cruz sencilla, carpintero.

Nació en Sevilla en 1895 y murió en Madrid en 1957. Fundó las revistas Grecia, Papel de Aleluyas y Santo y Señá. Renunció en 1947 a ser presentado como candidato a la Real Academia Española por José María Pemán. Su poesía siguió los derroteros del vanguardismo ultraísta y del neopopularismo para pasar a un neobarroquismo conceptista. Esta trayectoria está reflejada en sus libros Primavera portátil (1934), Los gozos del río (1940), Arpa fiel (1941), La Innombrable (1954), Misa del Alba en Fátima y Gozos de San Isidro (1955), Égloga de Gabriel Miró y Fábula del Peñón de Ifach (1957). Veinte años después de su muerte se publicó Obra poética. A su libro de romances Lyra Sacra (1939) pertenece el poema que aquí se recoge.

La Anunciación

Una tarde del año 1933, en la espléndida pinacoteca vaticana, contemplando una maravillosa Anunciación de Fray Angélico sentí el impulso irresistible de besar aquel cuadro. Y cuando me vi aislado, por las siete soledades que Dios me deparó en aquel momento, así lo hice poniendo toda la sangre poética en mis labios. No lo olvidaré jamás... Aquel fue el arranque de mi mejor poesía religiosa...

Los ángeles tocaban,
gozosos, sus salterios,
y el arpa de la lluvia
pulsó en su mano el viento.

San Gabriel Arcángel
ya viene descendiendo
del cielo a Nazaret,
al campo galileo.
Ingrávido, la tierra
depárale un sustento,
y a sus pisadas nuevas
le ofrece un clima nuevo.
Le dan los buenos días
las flores de los huertos,
las ramas de los árboles
movidas por el céfiro.
Como sus alas tienen
raíces en el cielo,
la tierra más florida
le promete un destierro.
Como sus alas llegan
de un planetario inmenso,
la tierra más poblada
le parece un desierto.
Los pájaros se emboban,
revuelan para verlo;
se asoman a los ríos
estrellas y luceros.
Quiere volar el sapo
con las alas del cuervo;
su escala de Jacob
la yedra ofrece al trébol;
lirios y margaritas
quieren subir al cielo;
los peces y las ranas
quieren ir a su encuentro.
San Gabriel les dice:
—Esperad un momento—,
y todo el mundo queda
en Nazaret suspenso.
San Gabriel descende,
apenas pisa el suelo;
sus alas van injertando
al aire nazareno.

Descubre allí a María,
en un rosal tendiendo
la ropa que empapara
sudor de carpintero.
Lavando está María
al pie de un arroyuelo;
el agua se perfuma
sólo al mojar sus dedos.
Si el corazón se afana
para regar el cuerpo,
no riega el de María
sino rubores bellos.
La Anunciación comienza
debajo de un almendro;
las flores, de rodillas,
asisten al Misterio.
¡Arrodilladas flores
de la mano del céfiro,
y arrodilladas nubes
en hombros de los vientos!

—Por Ti vengo, María;
por ti bajé del cielo;
de tu vientre purísimo
ha de nacer el Verbo.—
El río en estiaje
confía en sus veneros;
si por las nubes fuera
ya el río estaba seco.
Y un río de pureza
a Ti baja del cielo
para inundar tu vientre
sin mancillar tu cuerpo.

Se le anegó en pudores
castísimos el pecho,
y le brotó el aroma
de un puro pensamiento:

—¡Si se eligió ese vientre
con santidad de templo,
sin huellas de varones
nazca en el mío el Verbo...!

Cielos de alfombras mágicas...
Davidicos salterios...
Sobre aljibes y dátiles,
sobre montes y pueblos,
 cien nubes beduínas,
con gibas de camellos,
huyen de las cuadrigas
romanas de los vientos.

San Gabriel Arcángel
vuelve otra vez al cielo;
mil pájaros le escoltan,
de la paloma al cuervo,
con su escuadrón de alas
aún no cristiano, hebreo...
Los ángeles tocaban,
gozosos, sus salterios,
y el arpa de la lluvia
volvió a pulsar el viento...

Nació en Santander en 1896 y murió en Madrid en 1987. Miembro de la Real Academia Española. Catedrático de Instituto desde 1920. Pianista, crítico y sobre todo poeta, pertenece a la Generación del 27, aunque su producción ha abarcado diversos estilos y tendencias. Una cuarentena de libros poéticos dan idea de un autor prolífico, que se alistó en la tradición y en las vanguardias con singular acierto. Participó con Juan Larrea y Vicente Huidobro en el movimiento creacionista. Gran perfección formal y exquisita musicalidad se enseñorean por todos sus libros: Manual de espumas (1924), Versos humanos (1925), Fábula de equis y zeda (1932), Ángeles de Compostela (1940), Alondra de Verdad (1941), Amor solo (1958), Canciones a Violante (1959), Mi Santander, mi cuna, mi palabra (1961), Nocturnos de Chopin (1962), La suerte o la muerte (1963), El jándalo (1964), Odas morales (1966), Preludio, aria y coda a Gabriel Fauré (1967)... Abundan las sorpresas en las rimas, las audacias estéticas de los ritmos y sonidos, la arriesgada conjunción de los módulos clásicos con temas y planteamientos vanguardistas, y una mezcla de humor, parodia y trascendencias. En suma, toda una aventura del lenguaje por caminos de libertad estética. Para lo que nos ocupa en estas páginas hay que destacar la abundante temática religiosa en la poesía de Gerardo Diego: Viacrucis (1931), Ángeles de Compostela (1940), Versos divinos (1971).

Transfigúrame.
Señor, transfigúrame.
Traspásame tu rayo rosa y blanco.
Quiero ser vidriera,
tu alta vidriera azul, morada y amarilla
en tu más alta catedral.
Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado.
Quiero poder mirarte sin cegarme,
convertirme en tu luz, tu fuego altísimo
que arde de Ti y no quema ni consume.
¡Oh mi Jesús alzado sobre el trío
—Pedro, Juan y Santiago—
que cerraban sus ojos incapaces
de sostener tu Luz, tu Luz, tu Luz!
Y no cerrar mis párpados
como ellos los cerraban
con tu llaga de luz sustituyéndote
en inconsútil túnica incesante,
y dentro Tú manando faz de Dios.
No, déjame mirarte, contemplarte
a través de mi carne y mi figura,
de historia de mi vida y de mi sueño,
inédito capítulo en tu biblia,
vidriera que en colores me fraccionas
para unirme después en tu luz blanca
al otro lado de tu barlovento.
Si he de transfigurarme hasta tu esencia,
menester fue primero ser ese ser con límites,
hecho vicisitud, camino de figura,
pues sólo la figura
puede transfigurarse.
Toma mis rombos, lava mis losanges,
mis curvas de pecado
justificamelas, compensa y recompensa
mis áreas caprichosas de colores de furia,
mi cristal emplomado y tal frágil,
émulo de tus ángeles traslúcidos,

mi fábula de niño, tu parábola
que esperaba de siempre tu visita de sol.
Pues figura me hiciste y me parezco
a mí mismo en mi vitral naturaleza,
¡oh mi Hermano en María!, transfigúrame.
Pero a mí solo no. Como a los tuyos,
como a Moisés, fuego blanco de zarza;
como a Elías, carro de ardiente aluminio;
cada uno en su tienda, a ti acampados;
purifícame también a todos,
los hijos de tu Padre
que te rezan contigo o te rezaron
o acaso ni una madre tuvieron
que les guiara a balbucir el Padrenuestro.
Purifícame a todos, a todos transfigúralos.
Figúralos primero si aún no alcanzan
ese grado en contornos
y tonos apagados de tapices.
Figúralos, Cristo Jesús; aún no son ellos
y por ellos claman, pían,
huérfanos pajarillos.
Y luego, ya trazados, ya cumplidos
en su tránsito, pávidos de hombres,
hiérellos, acribíllalos,
hazlos flecos de Ti, rayos no ajenos,
ellos siempre aunque en Ti glorificados.
Miro en torno de mí;
no, debajo de mí, en las galerías
los gusanos de luz, casco y piqueta
que afloran luego al aire puro;
mas ya de noche, negros de carbones.
Hazlos diamantes Tú, como a esos astros.
Si acaso no te saben o te dudan
o te blasfeman, límpiales piadoso
como a Ti la Verónica, su frente,
descórreles las densas cataratas de sus ojos,
que te vean, Señor, y te conozcan;
espéjate en su río subterráneo,
dibújate en su alma
sin quitarles la santa libertad
de ser uno por uno tan suyos, tan distintos.

Mira, Jesús, la adúltera, no aquella
de tus palabras con el dedo en tierra;
ésta de hoy aún es más desdichada
y no piedras le arrojan sino aplausos y flores,
y la niega el esposo y vive de ella.
Hazla también mirarse en aguas vivas
y cumplirse en sí misma,
de su virtualidad ascender a virtud,
realidad de figura bañada en paz de gracia,
dispuesta a un recrear transverberado.
Y al violento homicida
y al mal ladrón y al rebelde soberbio
y a la horrenda —¡piedad!— madre desnaturalada
y al teólogo necio que pretende
apresarte en su malla farisea
y al avaro de oídos tupidos y tapiados
y al sacrificador de rebaños humanos.
Y, sobre todo, no abandones
al más abyecto, al repugnante
—perdón ahora para mí, no puedo
remediarlo, pero por él te pido—,
al desagradecido.
Nada me imprime más horror, Dios mío.
Sálvele Tú, despiértale
la confianza, alegría incomparable
de llorar recordando el beneficio
del amigo en que Tú, sí, te escondías.
Allégatele bien, que sienta
su corazón cobarde contra el tuyo,
coincidentes los dos en sólo un ritmo,
un ritmo y del envés ya a flor de flor,
su figura, su rostro limpidísimo.
Que todos puedan en la misma nube,
vestidura de Ti, tan sutilísima
fimbria de luz, despojarse y revestirse
de su figura vieja y en Ti transfigurada.
Y a mí con ellos todos, te lo pido,
la frente prosternada hasta hundirla en el polvo,
a mí también, el último, Señor,
preserva mi figura, transfigúrame.

Adoración al Santísimo Sacramento

Dame, Señor, tu ocio; ocio para adorarte;
ocio de pensamiento si las manos se enfangan;
ocio azul del espíritu mientras cavila el seso;
ocio de Ángel sin tiempo tras cancela de plumas,
de mariposa absorta en el borde del Cáliz
que abre y cierra sus alas, abanicando el éxtasis;
ocio de alta vigilia reclinada en tu sueño.
No tener prisa, no tener prisa, no tener prisa.
Señor, Tú estás presente, Tú eres presente, Tú eres
el Presente.
Déjame despojarme de todo: de mis hábitos,
de mi calzado cómplice oloroso a tomillo,
de mi seda, mi música y mi rosa,
de mi retina y mi pincel abeja.
No quiero antenas; arriame, tómame,
desarbólame, déjame en puro casco
flotante y sin rumbo, oscilando en tu mar.
Aquí me tienes, Señor; ahora ya puedo
acercarme, sumirme en tu inmensa presencia,
todo en Ti convertido, deseado.
Ya sólo existo, soy, para adorarte.
Círculo eres sin fin y sin principio.
En el Pan Tú reposas y de onda en onda creces,
naciendo sin cesar para quererme.
Círculo quiero ser como tu blanco Cuerpo,
como el brocal de oro que se asoma a tu Sangre,
un redondo adorarte, anillo puro.
No hay más absoluto que este amor que nos une.
Cuerpo, Sangre de Cristo, báñame de tus ondas,
aliméntame, fúndame, concéntrate,
¡oh milagro sin víspera y contigo!,
súbito arranque, asombro
de la viña, nueva revelación del trigo,
consejo de María inocente en las bodas.

(Y por Ella me acuerdo.
Grumete azul marino.
Primera Comunión.
Yo niño.

Con mi libro de nácar.
Con mi alma de lirio.
Qué adentro te acunaba.

Tú, Niño.

Estrenaban mis ojos
góticos paraísos;
mis labios, salmos cándidos.

Yo, David, niño.

Te sentía quemándome,
fundirte derretido.

Desmayaba de amores.

Tú, Jesús, Niño.

Sí. Siempre, siempre, siempre.

El aire se ha dormido.

Eterna es la pureza,
amor de niño a niño.)

¡Oh misterio de amor y de rocío!

No hay imaginación que delirarlo pueda,
no hay mente que lo abarque, que lo ciña,
ni labios que lo canten, aunque en su linfa abrevén.

El pan se hizo mil panes;

mil peces de canastos cuajaron un Pez solo;

el agua, vino; el vino se hizo Sangre;

torrentes de amor rojo;

árbol circulatorio de pasión dibujada
por donde ya navega la índole redimida.

Y ahí mismo, en el Sagrario, esclavo, manifiesto,
canta el Pan de la Vida su condición oblata.

Millonaria cosecha para la que no hay trojes
ni castillos de silos, sino hambres consoladas.

Hambre de Dios, Dios mío, tener hambre de Dios.

Pero aún es más prodigio que Dios mismo
tenga y siga teniendo sed de hombres.

Nada hay más absoluto que este amor tan tirano,
desnivel infinito nivelado a la altura
de una Persona en dos naturalezas.

Mas basta ya de palabras, nada dicen.

Hechos quieres, Amor, Cristo abreviado
a la medida de mi indigna vida.

(Amor, Amor, Amor.
Quiero cantarte dentro
de mi pecho.

Quiero ser tu Sagrario
y, orfebre de mí mismo,
abrirte en custodia
que te aloja.

Los Ángeles del ocio
me rodean. Soy jaula.

Canta, canta, Cautivo,
canta.

Canta, mi Melodía,
cantemos al unísono,
que yo te sigo.

Arpégiate, transpórtame.

Sea yo todo tuyo,
tu arrullo.)

Ya no tengo otra cosa que hacer más que escucharte,
Sacramento Santísimo,

Acto, Pacto redondo de eternidad y plazo.

Veo en torno de mí, ¿qué es lo que veo?

¿Dónde fueron los Ángeles?

Ahora son llamas,

bravías llamas que lamerme quieren
con lenguas de oro verde y lacre ardiendo.

Soy el centro visible de no sé qué universo,
soy acaso una pira y en mí se apiña y quema
la alada pesadumbre de una sacra Toledo.

Pero, ¡ay de mí!, soy torpe, incombustible.

De puro amor, mi Rey, mi Verso, mi Recluso,

de puro amor de adoración alzada,
sólo acierto a gloriarme, a transgloriarme
en surtidor de ocio

que sube en lanza y llueve calidísimas lágrimas.

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver

quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y, limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver.

Quiero creer.

Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.

Quiero creer.

Limpia mis ojos cansados,
deślumbrados del cimbel,
lastra de plomo mis párpados
y oscurécemelos bien.

Quiero creer.

Ya todo es sombra y olvido
y abandono de mi ser.
Ponme la venda en los ojos.
Ponme tus manos también.

Quiero creer.

Tú que pusiste en las flores
rocío y debajo miel,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.

Quiero creer.

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
creo en Ti y quiero creer.

Nació en Revilla de Santullán (Palencia) en 1897 y murió en Madrid en 1983. Religioso agustino. Poeta, ensayista y traductor. Muy relacionado con intelectuales y escritores, a los que acompañó a la hora de la muerte. Autor, entre otros, de los libros Palabras interiores (1935), Roto casi el navío (1939), Bajo el dolor de la guerra (1941), El libro de las promesas (1942), Al paso del Señor (1961), Esa luz que me das (1964)...

La tarde se ha desangrado

La tarde se ha desangrado
en celestes claridades,
y un silencio recogido
se apodera de la tarde.
En el indeciso azul
como una lámpara arde
la mirada de una estrella
—temblor de luz y de sangre—,
que hace el silencio más hondo
y la soledad más grande.
¡Cómo la mirada se unge
y se suaviza el aire!
Extática se desangra
en místicas suavidades,
púdica como unos ojos
que no contemplara nadie.
¡Ay estrella! ¡Quien pudiera
tu secreto arrebatarle!

¡Ay, quién pudiera copiar
ese mirífico arte
del goce contemplativo,
del místico desangrarse
en un amor sin palabras,
en una oración sin frases,
en un morirse en silencio
sin que lo supiera nadie!...
¡Ay luz de estrella! ¡Ay amor,
que Dios solamente sabe!...

La samaritana

1

Allí, junto a aquel pozo,
convidaste, Señor, a mi alma herida
con las aguas eternas, que, gustadas,
encienden más la sed del agua viva.
Ella, la pecadora,
del mal de tus ausencias padecía,
y en un instante descubrió los hondos,
los claros manantiales de la dicha.

2

Nueva samaritana,
mi alma se hace, Señor, la encontradiza
en tus caminos interiores.

¡Oye!,
no pases tan de prisa!
¡He aquí el pozo, corazón, el agua,
reposa tu fatiga!
¡Oiga yo tus palabras! ¡Haga un alto
tu amor en mi conquista!
¡He aquí el brocal del corazón! ¡Sentaos
aquí, junto a mi vida!

José María Pemán

Nació en Cádiz en 1898 y murió en 1981. Miembro de la Real Academia Española, de la que fue director. Escritor de amplios registros: dramaturgo, articulista, novelista, cuentista, orador, poeta... Presidió hasta 1969 el Consejo privado del Conde de Barcelona, don Juan de Borbón. De sus obras poéticas destaca, por el escándalo que supuso su adhesión triunfal al régimen de Franco, Poema de la Bestia y el Ángel (1938). Otros libros de poemas, en los que destaca el garbo y la gracia andaluza, son: De la vida sencilla (1923), Señorita del mar (1934), Las flores del bien.(1946).

Señor yo sé de la belleza...

Señor: yo sé de la belleza
Tuya, porque es igual
al hueco que en mi espíritu
tiene escarbada la inquietud sin paz.
Te conozco, Señor, por lo que siento
que me sobra en deseo y en afán:
¡porque el vacío de mi descontento
tiene el tamaño de tu inmensidad!

1

De rebusco va el Amor,
desnudo el pie, por las viñas.
(Con gritos de alondra
lo saluda el día.)
De rebusco va el Amor
por entre las esmeraldas.
(Con cañas de oro
lo saluda el agua.)
De rebusco va el Amor
por la gloria del viñedo.
(Con voces desnudas
lo saluda el viento.)
Por entre mis desamores
de rebusco va el Amor.
(Con risas y lágrimas
lo saludo yo.)

2

En este trueque de amor
lo que yo tengo que dar,
Amado, bien lo sé yo.
No me duelen avaricias
ni regateos en flor.
Tengo mis potencias todas
abiertas para tu sol.
En este trueque de amor
más que la entrega, es difícil,
Amado, la aceptación.
¡Acepta sin un desmayo
todas tus rosas en flor!
¡Acepta sobre mis ojos,
sin temblar, todo tu sol!

En este trueque de amor
no es mi falta, es tu abundancia
la que me asusta, Señor.

3

(En Gracia.)

Por los tejados del alma
mojados de sol y Gracia
me han nacido flores blancas.
Se acuesta el aire en mi altura
en lechos de flor y lluvia.
Se peina de luz mi angustia.
En cada cosa, su ansia:
su sol, su risa, su Gracia.
¡El toque que la hace exacta!
¡Con ese sol que ahora tiene
qué exacta está la hoja verde!
Y yo con mi sol... ¡qué alegre!

4

Yo vi tus ojos: luceros
fugaces en la corriente.
(Desde aquella tarde
mi amistad con el agua verde.)
Yo escuché una madrugada
tu voz, rodando, a lo lejos.
(Desde aquella aurora
mi amistad con el aire y el trueno.)
Yo sentí, en un mediodía,
tu amor deshecho en aroma.
(Desde aquella siesta
mi amistad con el lirio y la rosa.)
En una noche cerrada
en vano te busqué yo.
(Desde aquella noche
mi amistad con un blando dolor.)

Corro hacia Ti temblando entre las sombras,
porque le tengo miedo a Tu llamada:
porque Tu voz es tan desmesurada
que romperá mis huesos si me nombras.

En mi nido de plumas, adormecido,
meció la rama mi ilusión incierta:
y temo que Tu voz, porque la advierta,
se haga viento que rompa pluma y nido.

No me llames, Señor: que sé los modos
que tienes de llamar al que no espera;
y tengo miedo por mi compañera,
por mis hijos... ¡por todos!

Porque yo sé que cuando se ha callado
ante Tu silbo dulce y Tus rabeles,
tienes modos crueles
de recordar: ¿No ves que te he llamado?

Yo sé, Señor, que intentas la dulzura
para llamar; pero también que es dura
tu mano, si no basta, sobre el preso.
Y tengo miedo de esa mordedura
insaciable, que escondes en tu beso.

Deja que me despida de las cosas.
Reviste de paciencia tus minutos divinos.
No seas huracán para mis rosas.
No me busques por todos los caminos.

Sé que desde que el alba vigilante
doró la tierra, buscas mi pobre compañía.
Gracias, Señor. Ya has hecho Tú bastante.
¡Deja que ande yo solo la otra mitad del día!

A veces me pregunto si no pido más cielo
que el cielo de tus ojos en los míos:
si el cielo de mañana no serán estos ríos,
este valle, esta sierra con luz... ¡y este desvelo!

¿Por qué han de ser un velo
el color y el perfil, de otros abismos?
¿No le basta a la Luz, la luz del día?
¿No serán ellos mismos
el cielo de mañana, cuando Dios les sonría?

No me limita el monte
el horizonte a que yo aspiro.
Quiero hacer cielo todo cuanto miro:
¡y el arco de tu voz por horizonte!

Señor: yo soy humilde; solo aguardo
la eternidad de cada aurora.
¡Y en ella el mismo sol que me enamora
sobre esta misma levedad del nardo!

Quiero pensar la muerte de toda esta armonía,
Señor, y no me atrevo.
¿No podrá ser la muerte de mi jardín, un día,
como un seguro florecer de nuevo?

Todo está bien así. Toda está llena
la tierra que pisamos de una clara y serena
seguridad de amigo.
No me robes ni un grano de la arena,
que están pidiendo todos la salvación conmigo.

No varíes los astros ni las rosas,
ni la lluvia, ni el viento, ni el ciclón.
Tú, Señor; y mis ansias... y las cosas...
¡todo en la misma salvación!

He entrado en unidad con la pradera:
camino del magnífico, entregado,
desplome de mi ser en lo divino.

He entrado en unidad con ese bosque
que es todo ruiseñor y es todo pena,
como el bosque que llevo en mis entrañas.

He entrado en unidad con el estío:
y sus turbias raíces del pecado
le han servido de tronco a mi azucena.

Me duelen mis fronteras sensuales,
mis vallados humanos, por vecinos
del incendio de Dios y los amores.

Me duelen como deben de dolerles
a los granos de arena las espumas,
como al fondo del mar, la gran turquesa.

Se llega a Dios por todos mis sentidos.
Se llega a Dios por todas mis heridas.
Se llega a Dios mirándome a los ojos.

Por las acequias rojas de mis venas
va la sangre moviendo el gran molino
de una oración enorme y sin palabras.

Se me ha quedado anoche, junto al alma,
abierto el portoncillo de la pena:
...y Dios estaba, con el sol primero,
sentado, allí, en las flores.

En la nada sin nombre, cuando nada existía,
como el temblor posible de un venidero día,
existía el Amor.

¿Por qué quiso el Señor,
que todo lo tenía,
buscar la compañía
de este hermano menor?
Salirse el río de la fuente;
aceptar este riesgo del "otro"; esta inminente
legada del pecado;
darle nombre y figura al aire despoblado
de perfil y rigor,
sólo pudo ser obra del Amor.
Sólo el Amor podía
plantearse a sí mismo esta querella:
reñir esta porfía,
dar leyes a la estrella,
complacerse en el día
y hacer la libertad para luchar con ella...
¡sólo el Amor podía!
Amor se puso a herrar con su mano encendida
el desbocado potro de la vida.
En todo fue dejando su cifra y poderío:
tú serás la gacela; tú serás el romero;
y tú el mar y tú el río.
Y así fue toda cosa nombre exacto y primero
por obra del Amor.
Y así por la palabra del Señor
fue una mañana el Hombre
y otra mañana la Mujer;
¡oh la primera eucaristía del Nombre
que transubstancia la palabra en ser!
Se casaban el gozo y las querellas,
y la razón y la locura.
Se casaba el Creador con la criatura;
¡se casaba el Amor!

La pasión se casaba con la Idea.
La nada peleaba con el sopro creador.
¡Y de aquella pelea
nacía más Amor!

* * * *

Dios estuvo en los bosques como un sordo terror.
Dios caminó en los ríos con sandalias de luz.
Luego, como en la entrega de un absoluto Amor,
Dios estuvo en la Cruz.
Pero no le bastaba... Quiso estar como pan, como alimento.
Como vida total: en la frontera
de esa indecisa claridad primera
donde el Amor parece Pensamiento.
Y así —¡terrible intento!—
tras el Amor creador que daba vida,
vino el amor del anonadamiento:
el quedarse escondida
la Luz en el racimo y en el pan.
Como la enamorada que busca su galán,
Cristo es el errabundo
de todos los caminos donde nazca una flor.
—"Tanto he querido al mundo
que en pedazos de mundo he escondido el Amor".
Cuando en el alto monte de olivos y de rosas
ascendía hacia el Reino, derrotando calvarios,
y eran las nubes incensarios
y las estrellas eran como esposas:
como un trigal de manos angustiosas,
tiraba de sus pies un mundo de sagrarios.
Quédate con nosotros.
No borres de las horas los minutos divinos.
Y no dejes, Señor, sin montura los potros
que se desbocarán por los caminos.
En busca de la fuente que nos mana en el centro
del alma, iban los ciervos de espumosos ijares.
Pero el Amor venía ya al encuentro
con prisa de molinos y lagares.

Me dormí en el trigal cuando el ocaso
pintaba sus sangrientas maravillas.
Y Ruth venía paso a paso
a acostarse y soñar en mis rodillas.
Toda cosa creada se inauguró divina
por el poder inmenso de tu voz.
El racimo y la harina
ya eran divinos antes de ser Dios.
¿Qué es esto que hemos visto?
El mundo empieza a andar como el ebrio y el harto.
El mundo entero es vocación de Cristo.
La Creación se estremece con dolores de parto.

* * * *

Me dejaré inundar por la pasión
de ola y espuma de esta marea viva.
No soy un corazón
que frente a Dios está a la defensiva.
Ni comparo mi gozo al repicar
de la campana que, al amanecer,
dice al viento las bodas del hombre y la mujer.
Allí tocan a amar.
Aquí tocan a ser.
Porque Él se ha entrado en cada instante
de la vida ofrecida en el encuentro.
Que no es unión bastante
la que no es navegada por el centro
de cada amante por el otro amante.
En esta hora infinita de la verdad de Amor
—palabra del Señor
y codicia que guardo y que no cedo—,
no te canto en las calles floridas de Toledo,
sino en las calles húmedas de mi vida interior.
Ni te canto, Señor, en la salmodia
aromada, litúrgica, serena.
¡Ay Amor sin custodia,
tirado como el sol sobre mi pena!
Es así como quiero

ser yo el Toledo **de tu Eucaristía**.
No te puedo **ofrecer** sino el granero
y la paja que **sabes**, como en tu primer día.
Me resisto a **ese río**
que corre **para todos** por el prado:
caudal intacto, comunal y frío.
Quiero ser balbuceo, pero mío.
Quiero ser un silencio enamorado.
¿Tiene código, acaso, la anarquía
sin precepto ni ley de un gran cariño?
"Hijo, te comería",
dice la madre al niño.
Con palabra imposible que no pesa,
a la orilla de todas las canciones,
yo le diré al Amor, como Teresa,
un mundo de novicias sinrazones.
Es como un disparate hecho de vivos
excesos... ¿No lo es siempre el impulso creador?
¡Qué inesperado mundo de adjetivos
cualquier copla de amor!
¡Qué locura de nombres: príncipe, luz, cordero, flor!
No es que mi canto mengua
al compararse a tu Persona.
Es que al pie de tu torre mi canción desentona.
Y busca su palabra en otra lengua.
¡Ay canción deseada!
¡Ay misterio eucarístico del Nombre!
Poséame la luz de tu mirada
y manda un ángel a enseñar al hombre.
Porque todo es posible
si tú le añades tu terrible
poderío, Señor.
Que no diga el eunuco: "Yo soy un árbol seco".
Porque le queda todo si le queda el dolor.
Toda palabra se desdobla en eco
si la dice el Amor.
Tú conoces mi ruego:
sostén con la voz tuya esta voz que se pierde.
Porque el árbol es leña para el fuego

si no viste armadura de hoja verde.
Mi vida sin tu vida es pura muerte.
Sin tu palabra es flor marchita el Arte.
Si me prestas tu amor, podré quererte.
Si me prestas tu voz, podré cantarte.
Que sólo así, alentados mis alientos,
fortalecido sobre el polvo vano,
prolongado de siete sacramentos,
tendré la gigantesca estatura del cristiano.
¡Y vendrán de la rosa de los vientos
a comer las palomas en mi mano!

Oración

Yo sé que estás conmigo, porque todas
las cosas se me han vuelto claridad:
porque tengo la sed y el agua juntas
en el jardín de mi sereno afán.
Yo sé que estás conmigo, porque he visto
en las cosas tu sombra, que es la paz;
y se me han aclarado las razones
de los hechos humildes, y el andar
por el camino blanco, se me ha hecho
un ejercicio de felicidad.
No he sido arrebatado sobre nubes
ni he sentido tu voz, ni me he salido
del prado verde donde suelo andar...
¡otra vez, como ayer, te he conocido
por la manera de partir el pan.

1

De retorno estoy de todas
las cosas que me tenían.

¡Vengan a la boda los que me decían
que no estaba mi amor para bodas!

—¡Cuándo la boda?

—Cuando a filo de hacha y pena
me acabe dentro la poda.

—¿Dónde la boda?

—Dentro de mí para mí,
para Él en la tierra toda.

—¿Corona? — De lumbre pura.

—¿Arras? — De lágrimas buenas.

—¿Velo? — El de las azucenas.

—¿Regalo? — El de la amargura.

—¿Y la madrina? — Una flor.

—¿Y el amor? — Yo me lo enciendo.

—¿Y el novio?... — ¡Me lo va haciendo,
dentro del alma, el Amor!

2

Si ayer al alba, mi Amada,
fue el casamiento,

¿cómo estás tan regalada
de gozo ya y de contento?

—¡Es que viene tan escasa,
Padre, a la boda,

que Él puso la hacienda toda
y alhajó toda la casa!

Nació en Madrid en 1898 y murió en México en 1960. Casado con la poetisa Ernestina de Champourcin. Al finalizar la Guerra Civil se exilió de España y esto sería un motivo constante en su poesía. Algunos de los títulos de sus libros son: Las interrogaciones del silencio (1918), El tacto fervoroso (1930), Dédalo (1932), Margen (1933), Destierro (1944), Pasión de sombra (1944), Elegías jubilares (1946), Exul umbra (1948), Perpetuo arraigo (1949), La sombra desterrada (1950), El extrañado (1958).

Venimos de la noche, de la sombra...

Venimos de la noche, de la sombra
polvorienta, del odio rescoldado
a fuego lento, por la lenta alfombra
de la ceniza —polvo, triturado

residuo de un pasado que se nombra
con un nombre pretérito y dejado
de Dios, y que, tendido, desescombra
la sombra de su sueño derrumbado.

Venimos de la muerte sobre un resto
de vida que aún arrastra en su caída
su dispersada voluntad sin puesto.

¡Polvo en el polvo del camino, huida
sin fin! Venimos de la muerte en esto
—polvo en el polvo— que llamamos vida.

Estás solo, sin Dios. ¿Has entrevisto lo que es un hombre solo? ¿Cabe tanta soledad en un hombre? ¿No te espanta sentir la vida a solas? Yo —que existo

a medias, porque Dios, visto y no visto, no siempre está en mis ojos, y, en su santa noche, la sombra que yo soy no canta— ya la vida de veras he previsto.

Tras tanta muerte engañadora, asisto en el amanecer, que se levanta antes que el sol, a mi existir, y existo,

porque Dios, que se enciende, pone tanta verdad en mí, que resucita Cristo como un raudal de luz en mi garganta.

Mañana será Dios

Esta yacija, donde se desploma noche a noche el despojo de mí mismo, no es cauce para el sueño, sino abismo al que mi angustia de caer se asoma.

La sábana, que cubre y que no toma la forma de mi cuerpo, en su mutismo, sin un pliegue de amor, dice lo mismo que mi despego y en el mismo idioma.

...Mañana será Dios, y su porfía sacudirá, violenta, al mal dormido con su irrupción de polvo o nuevo día.

Aquí no hay alta noche, y, tras la hora más oscura de un cielo descendido, se enciende el sol, de pronto, sin aurora.

Te busco desde siempre. No te he visto nunca. ¿Voy tras tus huellas? Las rastreo con ansia, con angustia, y no las veo. Sé que no sé buscarte, y no desisto.

¿Qué me induce a seguirte? ¿Por qué insisto en descubrir tu rastro? Mi deseo no sé si es fe. No sé. No sé si creo en algo, ¿en qué? No sé. No sé si existo.

Pero, Señor de mis andanzas, Cristo de mis tinieblas, oye mi jadeo. No sufro ya la vida, ni resisto

la noche. Y si amanece, y yo no veo el alba, no podré decirte: "He visto tu luz, tus pasos en la tierra, y creo".

Dolor humano

Aquí en mi jaula estoy, con mi jauría famélica. El escaso nutrimento de mi carne no sirve de sustento a la voracidad en agonía

de este tropel devorador que ansía mi cotidiano despedazamiento y que ataraza, en busca de alimento, mis huesos triturados noche y día.

Pero no me lamento; no podría dolerme yo, Señor, de mi tormento junto a tu cruz, que blasfemar sería.

Múltiple fue tu compadecimiento —por todos sufrir—... y en mi agonía no cabe más dolor que el que yo siento.

Aquí tienes la vida...

Aquí tienes la vida que me diste.
Te restituí lo que es tuyo. Quiero
ser de verdad en tu verdad. Espero
ver, ya sin ojos, para qué me hiciste.

Si entré en el mundo, porque me metiste
en su vacío de rotundo cero,
quiero zafarme de él, y persevero
en la fe sin medir que me pediste.

...Y viví a medias. Tuve el alma triste
cuando se me salió de tu venero.
Siempre soñé llegar a lo que existe

tras la evidencia. Quiero —ya no inquiereo—
lo que esperé, Señor, y tú me diste:
empezar a vivir cuando me muero.

Yo sé que tu silencio...

Yo sé que tu silencio tiene clara
voz, indistinta voz, para un oído
que percibe tu verbo y su sentido.
¡Quién, tácito Señor, quién te escuchara

por siempre! Tú nos dices, cara a cara,
la verdad. Tú despiertas al dormido,
que vive muerto. Todo lo vivido,
si aún no viviese, en ti resucitara.

Tú no permites que la sombra, vana
voluntad de lo oculto, y el olvido
nos enturbien la vida, siempre clara.

Yo, que he escuchado tu callar, he sido
tu voz. Tú me mandaste que cantara
la gloria ilesa de tu amor herido.

Te devuelvo mi voz...

Te devuelvo mi voz. Tú me la diste.
Hablé de ti y de mí. Voy a callarme
para siempre. Es mi noche. Fui un adarme
de fuego. Fui una lumbre que encendiste.

Y voy a ser silencio. Me escogiste
para hablar y callar. Y, sin negarme,
callo para ser tierra y escucharme
la voz que tuve y donde tú viviste.

Decir adiós —que es ir a Dios— ¿es triste?
Nada de mi existir va abandonarme.
Nada abandono yo. (Cuando te fuiste

nos quedó lo más tuyo). Sé mirarme
en el ser —ya apagado— que me diste
ardiendo y del que quiero no olvidarme.

Los labios tiemblan...

Los labios tiemblan, se desunen... Quieren
cantar. ¡Oh maravilla! Desplegados,
emiten, casi luz, versos alados
hacia Dios. (Que los hombres no se enteren).

Rezan. Ya los sentidos se transfieren
a la oración, y van tan despegados
de su soporte, que, al surcar, rezados,
los aires, viven cosas que no mueren.

Ajeno a todo voy, que me requieren
las cimas de unos montes nunca hollados.
Estoy sobre la luz, con los que quieren

ver del todo y cegar arrebatados.
Como no soy ya un hombre, que no esperen
mi vuelta los que cuidan sus cuidados.

Nació en Madrid en 1898 y murió en 1990. Discípulo de Ramón Menéndez Pidal, fue catedrático de la Universidad Central de Madrid; es el gran maestro de la crítica y la filología españolas. Miembro de la Real Academia Española, de la que fue director. Aunque pertenece a la llamada Generación del 27, lo más relevante de su poesía data de los años de la postguerra. Con Oscura noticia —título tomado de san Juan de la Cruz— comienza una poesía religiosa, si bien discutiblemente ortodoxa. La gravedad de los tonos se acentúa en Hijos de la ira y luego se sosiega ante la presencia de la belleza creada por Dios o se exalta ante el gozo de los sentidos. Su obra poética incluye los siguientes libros: Poemas puros. Poemillas de la ciudad (1921), Oscura noticia (1944), Hijos de la ira (1944), Hombre y Dios (1955), Gozos de la vista (1981) y Duda y amor sobre el Ser Supremo (1985).

Hombre y Dios

Hombre es amor. Hombre es un haz, un centro
donde se anuda el mundo. Si Hombre falla,
otra vez el vacío y la batalla
del primer caos y el Dios que grita "¡Entro!".

Hombre es amor, y Dios habita dentro
de ese pecho y, profundo, en él se acalla;
con esos ojos fisga, tras la valla,
su creación, atónitos de encuentro.

Amor-Hombre, total rijo sistema
yo (mi Universo). ¡Oh Dios, no me aniquiles
tú, flor inmensa que en mi insomnio creces!

Yo soy tu centro para ti, tu tema
de hondo rumiar, tu estancia y tus pensiles.
Si me deshago, tú desapareces.

Y yo, en la creación

Qué soledad: Dios, solo. Solamente
Dios y la Nada. En el no-espacio, ardía
el no-tiempo. Letal monotonía:
el Dios y su vacío, frente a frente.

¡Nada, espanto, aun de Dios!

¡Ah, no!: en su mente,
rosa en botón, la Creación latía.
Todo futuro ser, dentro, bullía.
(Ya Dámaso era allí chispita ardiente).

Fue el espacio. Fluyó, sobre el espacio,
el tiempo, un terco río. Y el palacio
con flotantes antorchas se alumbró.

Siglos...

¡Mi día!: y amo, canto, pienso,
yo, de Dios, ante Dios. Destino inmenso.
El y yo: de hito en hito, Dios y yo.

En la sombra

Sí: tú me buscas.

A veces en la noche yo te siento a mi lado,
que me acechas,
que me quieres palpar,
y el alma se me agita con el terror y el sueño
como una cabritilla, amarrada a una estaca,
que ha sentido la onda sigilosa del tigre
y el fallido zarpazo que no incendió la carne,
que se extinguió en el aire oscuro.

Sí: tú me buscas.

Tú me oteas, escucho tu jadear caliente,
tu revolver de bestia que se hiere en los troncos,
siento en la sombra
tu inmensa mole blanca, sin ojos, que voltea
igual que un iceberg que sin rumor se invierte en el agua salobre.

Sí: me buscas.

Torpemente, furiosamente lleno de amor me buscas.

No me digas que no. No, no me digas
que soy naufrago solo
como esos que de súbito han visto las tinieblas
rasgadas por la brasa de luz de un gran navío,
y el corazón les puja de gozo y de esperanza.
Pero el resuello enorme
pasó, rozó lentísimo, y se alejó en la noche indiferente y sordo.

Dime, di que me buscas.

Tengo miedo de ser naufrago solitario,
miedo de que me ignores
como al naufrago ignoran los vientos que le baten,
las nebulosas últimas, que, sin ver, le contemplan.

Oh Dios,
yo no sabía que tu mar tuviera tempestades,
y primero creí que era mi alma la que bullía, la que se movía,
creí que allá en su fondo volaban agoreras las heces de tantos
[siglos de tristeza humana,
que su propia miseria le hacía hincharse como un tumefacto
Y eras tú. [carbunclo.

Gracias, gracias, Dios mío,
tú has querido poner sordo terror y reverencia en mi alma infantil,
e insomnio agudo donde había sueño.
Y lo has logrado.

Pudiste deshacerme en una llamarada.
Así los pasajeros del avión que el rayo ha herido,
funden en una sola luz vivísima la exhalación que mata y tu
[presencia súbita.
Pero no, tú quisiste mostrarme los escalones, las moradas
[crecientes de tu terrible amor.
Apresura tu obra: ya es muy tarde.

Ya es hora, ya es muy tarde:
Acaba ya tu obra, como el rayo.
Desflécame, desfleca tu marea surgente, aviva, aviva su negro
rómpela en torres de cristal, despícala [plomo,
en broncos maretazos
que socaven los rotos resalseros,
desmantela ciclópeos rompeolas, osados malecones,
rompe, destruye, acaba esta isla ignorante,
ensimismada
en sus flores, en sus palmeras, en su cielo,
en sus aldeas blancas y en sus tiernos caminos,
y barran su cubierta en naufragio tus grandes olas,
tus olas alegres, tus olas juveniles que sin cesar deshacen y
[crean,
tus olas jubilosas que cantan el himno de tu fuerza y de tu
Sí, ámame, abrásame, deshazme. [eternidad.
Y sea yo isla borrada de tu océano.

I

Creación tiene un polo: hombre se llama.
Allí donde hay un hombre se anuda el Universo.
Oh tiranía, oh fuerza del hombre aun a Dios mismo.
En mi cerebro bulle, enorme, misteriosa
(última idea, en último rincón, de última causa)
esta palabra: "Dios".
Todo, todo, sí, aun Dios, el Dios inmenso,
va a centrarse en mi mente.

II

Sagrario de mi mente, con la idea de Dios,
rodeada de un silencio
que ni aun ángeles turban,
ni siquiera una tenue oscilación de llama
votiva.
Oh mi idea
de Dios, inmensa soledad,
a solas con mi Dios, allá en las galerías,
en los oscuros arcos
del cerebro.

III

Tirana mente mía,
mente creada,
único continente capaz de lo increado,
templo de Dios.
Tal si yo encierro,
a través de una lente,
en pequeña caja,
todo el fuego del astro de la vida,
allí se reconcentra, diminuto,
tanto que la materia
arde.

Sí, mi intuición de Dios
es muy pequeña
mas
cuando yo pienso "Dios",
allí, en pequeño foco,
representado está mi Dios inmenso,
y me escuece,
y me abrasa.
La carne se me abrasa
y el alma casi vuela, como un humo
azul hacia el azul.

IV

Oh tiranía.
Oh centro de mi mente.
Oh prisionera imagen de mi Dios...
Aniquíladme, borrad mi inteligencia:
donde "Dios" refulgía sólo habrá un gran vacío.
Para su plenitud Dios necesita al hombre.
En su divina mente le concibió por eso,
para eso.
Así la luz camina velocísima
buscando dónde reflejarse,
así el inacabable lago gris
añora una ribera.

V

Dios es inmenso lago sin orilla,
salvo en un punto tierno,
minúsculo, asustado,
donde se ha complacido limitándose:
yo.
Yo, límite de Dios, voluntad libre
por su divina voluntad.
Yo, ribera de Dios, junto a sus olas grandes.

VI

No, Dios mío, tú, todo: la ola y la ribera.
Yo, sólo, el junco verde que los vientos agitan
en tus orillas grises.
Yo, afirmación delgada
—ah, pero concretísima—, terca en su verde: verde
sobre el gris infinito.
Yo, el Hombre: yo, tu Hombre,
oh tú, mi Dios, mi Dios.

Dedicatoria final

(Las alas)

Ah, pobre Dámaso,
tú, el más miserable, tú el último de los seres,
tú, que con tu fealdad y con el oscuro turbión de tu desorden,
perturbas la sedeña armonía
del mundo,
dime,
ahora que ya se acerca tu momento
(porque no hay ni un presagio que ya en ti no se haya cumplido),
ahora que subirás al Padre,
silencioso y veloz como el alcohol bermejo en los termómetros,
¿cómo has de ir con tus manos estériles?
¿qué le dirás cuando en silencio te pregunte qué has hecho?

Yo le diré: "Señor, te amé. Te amaba
en los montes, cuanto más altos, cuanto más desnudos,
allí donde el silencio erige sus verticales torres sobre la piedra,
donde la nieve aún se arregosta en julio a los canchales,
en el inmenso circo, en la profunda copa, llena de nítido cristal,
un águila en enormes espirales se desliza [en cuyo centro
como una mota que en pausado giro
desciende por el agua
del transparente

vaso:
allí
me sentía más cerca de tu terrible amor, de tu garra de fuego.

Y te amaba en la briznilla más pequeña,
en aquellas florecillas que su mano me daba,
tan diminutas que sólo sus ojos inocentes,
aquellos ojos, anteriores a la maldad y al sueño,
las sabían buscar entre la hierba,
florecillas tal vez equivocadas en nuestro suelo, demasiado
quién sabe si caídas de algún planeta niño. [grande
Ay, yo te amaba aún con más ternura en lo pequeño”.

“Sí —te diré—, yo te he amado, Señor”.
Pero muy pronto
he de ver que no basta, que tú me pides más.
Porque, ¿cómo no amarte, oh Dios mío?
¿Qué ha de hacer el espejo sino volver el rayo que le hostiga?
La dulce luz refleja, ¿quién dice que el espejo la creaba?
Oh, no; no puede ser bastante.
Y como fina lluvia batida por el viento a fines de noviembre,
han de caer sobre mi corazón
las palabras heladas: “Tú, ¿qué has hecho?”.

¿Me atreveré a decirte
que yo he sentido desde niño
brotar en mí, no sé, una dulzura torpe,
una venilla de fluido azul,
de ese matiz en que el azul se hace tristeza,
en que la tristeza se hace música?
La música interior se iba en el aire, se iba a su centro de
Algunas veces (¡ah, muy pocas veces! : [armonía.
cuando apenas salía de la niñez; y luego en el acíbar de la
juventud; y ahora que he sentido los primeros manotazos del
[súbito orangután pardo de mi vejez),

sí, algunas veces
se quedaba flotando la dulce música,
y, flotando, se cuajaba en canción.
Sí: yo cantaba.

“Y aquí —diré—, Señor, te traigo mis canciones.
Es lo que he hecho, lo único que he hecho.
Y no hubo ni un sola
en que el arco y al mismo tiempo el hito
no fueses tú.

Yo no he tenido un hijo,
no he plantado de viña la ladera de casa,
no he conducido a los hombres
a la gloria inmortal o a la muerte sin gloria,
no he hecho más que estas cancioncillas:
pobres y pocas son.

Primero aquellas puras (¡es decir, claras, tersas!)
y aquellas otras de la ciudad donde vivía.
Al vaciarme de mi candor de niño,
yo vertí mi ternura
en el librito aquel, igual
que una copa de cristal diáfano.

Luego dormí en lo oscuro durante muchas horas,
y sólo unos instantes
me desperté
para cantar el viento, para cantar el verso,
los dos seres más puros
del mundo de materia y del mundo de espíritu.

Y al cabo de los años llegó por fin la tarde,
sin que supiera cómo,
en que cual una llama
de un rojo oscuro y ocre,
me vino la noticia,
la lóbrega noticia
de tu belleza y de tu amor.

¡Cantaba!

¡Rezaba, sí!
Entonces
te recé aquel soneto
por la belleza de una niña, aquel

que tanto
te emocionó.
Ay, sólo después supe
—¿es que me respondías?—
que no era en tu poder quitar la muerte
a lo que vive:
ay, ni tú mismo harías que la belleza humana
fuese una viva flor sin su fruto: la muerte.
Pero yo era ignorante, tenía sueño, no sabía
que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad.

Y ahora, Señor, oh dulce Padre,
cuando yo estaba más caído y más triste,
entre amarillo y verde, como un limón no bien maduro,
cuando estaba más lleno de náuseas y de ira,
me has visitado,
y con tu uña,
como impasible médico,
me has partido la bolsa de la bilis,
y he llorado, en furor, mi podredumbre
y la estéril injusticia del mundo,
y he manado en la noche largamente
como un chortal viscoso de miseria.
Ay, hijo de la ira
era mi canto.
Pero ya estoy mejor.
Tenía que cantar para sanarme.

Yo te he rezado mis canciones.
Recíbelas ahora, Padre mío.
Es lo que he hecho.
Lo único que he hecho”.

Así diré.
Me oirá en silencio el Padre,
y ciertamente
que se ha de sonreír.
Sí, se ha de sonreír, en cuanto a su bondad, pero no en cuanto
a su justicia.
Sobre mi corazón,

como
cuando quema los brotes demasiado atrevidos el enero,
caerán estas palabras heladas:
“Más. ¿Qué hiciste?”.

Oh Dios,
comprendo,
yo no he cantado;
yo remedé tu voz cual dicen que los mirlos remedan
la del pastor paciente que lo doma.

...Y he seguido en el sueño que tenía.

Me he visto vacilante,
cual si otra vez pesarán sobre mí
80 kilos de miseria orgánica,
cual si fuera a caer
a través de planetas y luceros,
desde la altura
vertiginosa.

...¡Voy a caer!

Pero el Padre me ha dicho:

“Vas a caerte,
abre las alas”.

¿Qué alas?

Oh portento, bajo los hombros se me abrían
dos alas,

fuertes, inmensas, de inmortal blancura.

Por debajo, ¡cuán lentos navegaban los orbes!

¡Con qué impalpable roce me resbalaba el aire!

Sí, bogaba, bogaba por el espacio, era
ser glorioso, ser que se mueve en las tres dimensiones de la

un ser alado. [dicha,

Eran aquellas alas
lo que ya me bastaba ante el Señor,
lo único grande y bello
que yo había ayudado a crear en el mundo.

Y eran
aquellas alas vuestros dos amores,

vuestros amores, mujer, madre.
Oh vosotras las dos mujeres de mi vida,
seguidme dando siempre vuestro amor,
seguidme sosteniendo,
para que no me caiga,
para que no me hunda en la noche,
para que no me manche,
para que tenga el valor que me falta para seguir viviendo,
para que no me detenga voluntariamente en mi camino,
para que cuando mi Dios quiera gane la inmortalidad a través
para que Dios me ame, [de la muerte,
para que mi gran Dios me reciba en sus brazos,
para que duerma en su recuerdo.

Antes de la gran invención

Animales sombríos erraban. Sigilosos
cortaban aire negro,
o por la opaca tierra se arrastraban ventrudos,
o en corredores últimos de profundas cavernas dormitaban,
o bullían en mares de líquido basalto.

Aún el ojo animal no existía en el mundo.
Lo mismo que una pieza de terciopelo negro,
lóbrega Creación desarrollaba
su espiral.
Qué ciega soledad en cieno opaco.
Qué luz sin luz.

Digo mal: porque falta palabra a mi palabra,
casi concepto a mi concepto.
Digo mal cuando digo "Qué negra soledad".
El tacto ¿es negro, acaso?
¿Lo es el olfato, el gusto?

Oh "negro", triste ausencia
del color, si te nombro,
sólo con eso admito "color", sólo con eso admito
que yo conozco la gloriosa aventura del "color".
(Tal "mudo" implica "voz"; o "calor", "frío").

Se pide un imposible: cerrar, cerrar los ojos,
y olvidar en hondura de raigambre:
olvidar los colores, la luz, su sensación;
olvidar aun la idea de la luz.
Más todavía:
olvidar aun lo negro, olvidar aun la idea
de lobreguez.

Pensar luego un caliente
palpar, un denso, un obstinado
palpar. Los seres vivos
palpaban y roían
(sólo palpaban y roían):
todos palpaban y roían.
Y los silos del tiempo
se henchían grano a grano.

Tal la imagen del mundo
antes de las palabras
divinas:
"Sea inventado el ojo
del animal".

Ojo,
amante receptor de las secretas ondas emanadas,
transformador en gloria, inventor de delicias,
sutilísima cámara, caleidoscópica ilusión,
preciso y delicado juguete del Gran Niño,
del Eterno Inventor de juegos
y de mundos.

He aquí mis ojos,
Dios mío, mis dos ojos,
cine vivo en relieve,
que me contemplan tristes,
desde la luna del espejo.

Emilio Prados

Nació en Málaga en 1899. Perteneció a la Generación del 27. Fundó junto con Manuel Altolaguirre la revista Litoral en 1926. Afectado por una grave enfermedad pulmonar —tuberculosis—, pasó una larga temporada en un sanatorio de Suiza. Estudió en las universidades de Friburgo y de Berlín. Terminada la Guerra Civil se expatrió y fijó su residencia en México, donde murió en 1962. Autor de numerosos libros de poesía, tales como Tiempo (1925), Canciones del farero (1926), Vuelta (1927), Llanto subterráneo (1936), Llanto en la sangre (1937), Memoria del olvido (1940), Jardín cerrado (1946), Circuncisión del sueño (1957), Transparencias (1962), Últimos poemas (1965).

Abril de Dios

“¿Adónde vas, Emilio?”...
(Quien me llama soy yo:
el viento entre los árboles.
¿El viento yo? No; el viento
no conoce, no ve,
no puede hallar mi nombre...)
“¿Adónde vas, Emilio?”.
(Quien me llama soy yo:
una nube en el cielo.
¿Una nube?...
La tierra
está labrada.
¡Llueve!

Siento entrar gota a gota
a la lluvia en mi cuerpo...)
"¿Adónde vas, Emilio?".
(¡Habló la lluvia! ¿No?
Sobre la tierra cae
naturalmente en paz...
¡Llueve sobre el barbecho!)
"¿Adónde vas, Emilio?".
(La piel de mi costado
cruje, gime y se parte.
¡Mi sangre es una herida!
Brotó a mi libertad:
nazco por mis costados...)
"Emilio: ¿Adónde vas?..."
(Un verde diminuto
tierno, tierno, ternísimo,
va subiendo de mí.
Sube y subo: ¡salimos!
Blanquísimo es el pie
que me oculta en la tierra...)
"Emilio: ¿Adónde vas?".
(Quien me llama soy yo.
¡Tal vez existo! Acaso
siempre he sido la tierra,
el cielo y Dios...
¡Su yerba diminuta!)
"¿Adónde vas, Emilio?".
(Levanto mis pestañas
cubiertas de rocío).
"¿Adónde vas, Emilio?".
Oigo en mi voz la yerba...
"¡No llores —dice el viento—,
ya amanece en mis lágrimas:
seremos pronto abril
y en él, los tres, Emilio!..."
(Sale el sol, se va el sol,
viene y se va la luna...)
"¿En dónde estás, Emilio?".
¡Canto otra vez!
¡Y Dios
siempre naciendo!

Sangre de Abel

Fragmentos

I

Cantando estoy, llenando
mis huecos en la muerte.
¿Muerte es mi voz?...

(La muerte,

por mi palabra es muerte).

Vuelvo al cielo mis ojos...

—Las nubes se han perdido—.

Un blanco acorde suena
sobre el cielo sin nubes.

Un sitio. Un cuerpo nuevo.

Una eterna armonía...

Bajo el azul misterio
que vivieron las nubes,

un diminuto sol

comienza por sus llamas...

¡Cruje el tiempo!

(Los huecos
contemplados se prenden.

El sol invade el sitio

de las nubes).

¡Ya es alba!

(¿Contemplo a Dios?...) ¡Escucho

a su espejo en mi alma!

Canta otra vez la sombra
inmóvil en la tierra:

"Hermano, sobre el cielo,

¿soy yo tu mismo canto?

¿He sido yo tu herida,

tu muerte y tu palabra;

la sangre de tu lengua,

tu trabajo y tu cuerpo;

el doloroso exilio

que a tu sueño persigue,
y hoy tu nombre me lleva
bajo sus mismas alas?
¿Ni tú mismo te nombras,
tan sólo por cantarme?
Desnúdame el castigo
de enredarme en tu vuelo.
¡Te quise por cantarme
y tú ya me cantabas!...
Acerca tuz voz: mira
mi sombra que te llama".
Y otra vez reflejado
hacia mí de mí mismo,
vivo el desierto doble
de un sueño abandonado.
Busco el fin de su copla
de la que fui cautivo...
(¿Llego a Dios?...)

¡Me contemplo
en Dios, muerto y cantado!...
Callo y vivo callando,
al seguir en cadena
mi canción, mi rosario
de distancias opuestas.
Ni sé qué mundo vivo,
ni qué mundo me deja
lo eterno en lo infinito
que en mi sangre despierta.
¿Siempre desconocida
dentro de mí o por fuera,
caminaré esta sangre,
sangre mía y ajena?...
Penando bajo el cuerpo
que visito por ellas,
extranjero y errante
de mí soy en mi lengua...
...Y esclavo del silencio
de Dios, vivo en su tierra.

Nació en Lodosa (Navarra) en 1900 y murió en Managua (Nicaragua) en 1971. Sacerdote jesuita, este prolífico autor es representativo de lo que puede denominarse poesía teológica. Poesía contemplativa y mística, al mismo tiempo que desgarrada, brutal y rompedora. Poesía que surge desde lo más íntimo y profundo de su sentimiento religioso y humano. Citamos los siguientes títulos: El mantel de bodas (1931), Sacerdotes (1933), Rosa de un mes (1940), Poema de la ceiba (1941), Río hasta el fin (1942), Ángel en el país del Águila (1950), Cumbre de la memoria (1953), Dios en blancura (1960), El mejor torero (1961), Sonetos irreparables (1964), Vida en naturalidad (1966), Desde el tiempo del hombre (1967).

En gozos de presencia

Saber que siempre estoy en su presencia
—vida de la Verdad de su camino—;
saber que tienes mi presencia en todo
—soy parte de tu Cuerpo reunido—
a punto siempre en todo para lo que dispongas:
saber en todo el gozo de estar así contigo.
Amarte con quien te ama, amarte en todo,
ser Tú sin dejar yo de ser yo mismo.
Y ser porque eres Tú, porque sabemos —todos—
que eres en lo que somos —todos— que te decimos
en lo que Tú nos dices:

estar siempre

sin nada en mí y todo en Ti conmigo.
Saber que todo me eres —como te amo—
y que en todo te soy —como te miro—,
pues sin que Tú me hicieras no podría
verme en Ti, verte en mí y saber que soy Tú mismo,
que es todo mío cuando yo soy tuyo
y es todo tuyo cuando Tú eres mío.
Saber que es siempre estar en tu presencia
llegar al fin —tocar a Dios— andando en el camino.
Saber que así estaré en el que siempre estuve
del todo que en mí pasa al Todo fijo;
saber que tienes mi presencia a punto
y que estando yo en Ti, eres Tú conmigo
y que estando Tú en mí,
yo soy contigo.

Cayendo en tu presencia

Mi conciencia de naufrago te sigue.
Sabe que es mi bajar subir a donde
mi silencio es tu Voz que me responde
con voz de ley que a Libertad me obligue.

Ley del cuerpo que cae, al fin consigue
la altura de su mar, tierra en que ahonde,
con raíz de alma, el cielo en que se esconde
tu centro azul que mi naufragio abrigue.

Cortando el agua el cuerpo, anchos los brazos
que miden con su vuelo mi caída
y elevan su caída con mi vuelo;

cortando el aire el ama, en aletazos
de olvido que es tu Memoria Vida...,
¡me hundo en tu Mar y llego hasta mi cielo!

Coloquio en voz de canto y llanto

Así, con lentitud y andar seguro,
vamos a Ti contigo.
Siempre en la espera de una vida nueva
nuestro canto es el llanto del pasado
y el eco del futuro, ensayo en lágrimas
de la luz que las ha de hacer hermosas
—arco antes y después de la tormenta—,
presagiada alegría
de tu cantar que cantaremos siempre,
y es Tú mismo, cantándote en nosotros.
Para elevarme a Ti de Ti he bajado
y en pura eternidad todo lo he visto
con el eco de luz de tu mañana
que en esta noche de mi ayer clarea.
Quiero ser lo que he visto en tu mirada,
lo que me has hecho por haberme visto
y lo que he sido por haberte visto
entre mis manos y bajo mis besos
con mi ser en tu Ser transfigurado.
Yo, el desecho de todo, mundo a oscuras
—no mundo—,
cuerpo que se corrompe y alma en llamas,
con dolor en los ojos de elevarlos al cielo,
el corazón ahogado de alaridos
y en la tierra clavando mis raíces de estrella
para mirarte en mí transfigurado.
Tú me lo has dado todo,
Señor:
un ser, un nuevo ser y tu palabra.
Un nombre que es oficio. El universo
y el sellado poder, que eres Tú mismo,
de elevarlo hasta Ti, contigo, todo.
Todo lo que me diste
lo encierro en las palabras con que sello
cada día mi vida con tu Vida..
Y al fin poder decir lo que me has dado:

—El canto
con todo lo que diga,
con todo lo que diga en la esperanza
de poder, sin hablar, decirte entero un día.
Tú me lo has dado todo.
Con clara lentitud y paso firme,
porque Tú me lo aplomas,
por la tierra mis pasos van al cielo
hasta caer, subiendo hacia la tierra
para volar en Ti, cielo del cielo.
Si la tierra me llama,
es que el cielo le dio voz a la tierra
para decir, con alas, el destino
de un nombre que en sí mismo es su mensaje,
tu luz y mi destino

—tu eterno sacerdocio—.

Porque mi nombre es ya sólo tu Nombre
clamado en mí sobre la Rosa nueva
de los cuatro horizontes de las almas
por los que anuncia tu palabra el vuelo
de mi palabra en canto:
Tú mismo en mí cantado, en mí muriendo,
en mí resucitado...
y yo contigo, Cristo, Sacerdote.
Y cantar nuevo el canto de mi llanto:
Canto de la corriente de mi llanto,
la fuente oculta que tus aguas guía:
por un oscuro azul me sube al Día
para hacerse en tu luz, luz de mi canto.
Eco profundo de Ti mismo, el santo
silencio en que Tú apagas su armonía,
se hace tu voz en mí, que hace más mía
mi voz en Ti, Tú en luz, libre en tu encanto.
Porque tu callar puro es esta tarde
del día blanco en que tu vida sangra
y sombra de su sol en mi voz arde.
Llora Granada en un lucero rojo
y el cielo en un incendio se desangra,
porque yo en él tu Corazón deshojo.

Por la iluminación de aquel instante

Por la iluminación de aquella hora,
luz de esta noche. O día entre vislumbres
que da en lejano resplandor de cumbres
el que en su luz inaccesible mora.

El que es siempre en su pleno día aurora
de Sí en su Hijo, y su Hijo en muchedumbres
de hijos que a Él van con lumbre de las lumbres
de esta noche de sangre que el sol dora.

Suena en su eternidad la hora anunciada,
y el amor sube en sucesión constante
que es gozo, en cada paso, de llegada

al gozo pleno de un sentir radiante
la inaccesible Luz, luz habitada
por la iluminación de aquel instante.

Pero escondido

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro.

Lope de Vega

Todo, Señor, lo ordenas con medida:
si a mis ojos humanos se mostrara
tu Luz, entre su aurora se apagara
la estrellita oscilante de mi vida.

Tu gloria, de mis manos suspendida,
al abrirse, mi ser aniquilara:
sólo me puede ser tu lumbre clara
bajo esta Forma blanca oscurecida.

Camino hacia tu Ser, pero aún mi sombra
ante Ti proyectada te oscurece:
la sombra de mi cuerpo el tuyo esconde.

Aún te enturbia mi voz cuando te nombra,
pero en la sombra siento que amanece
y que un eco a mi voz en Ti responde.

Ser más

—*Su sacrificio
en Cruz, su Gloria.*

Gloria en dos brazos con el arco en vuelo
de hilos de blanca sangre en enredijo,
siempre volando y para siempre fijo,
de carne en luz, crucificado anhelo.

Sin apoyo en la tierra, es todo el cielo
transparente de un aire en crucifijo
con mirada de amor, del Padre al Hijo,
que fue y aún no es y está en Él tras el velo.

Por mí ya en Ti... Si hui para encontrarme,
ya en tu Sangre mi sangre derramada
la vida es que tu muerte vino a darme:

Forma pura en mi sangre realizada
que en tu Sangre cayó para elevarme
con mi cruz en tu Cruz crucificada.

Luis Cernuda

Nació en Sevilla en 1902. En esa ciudad fue alumno de Pedro Salinas. Trabajó amistad con los poetas de la Generación del 27 y formó parte de ella. Fue profesor de español en Toulouse. Terminada la Guerra Civil, tras la derrota de la causa republicana, por la que había tomado partido afiliándose en 1933 al Partido Comunista, se exilió y ejerció la docencia en las universidades de Glasgow, Cambridge, Londres y otras de los Estados Unidos y de México, donde murió en 1963. Además de poeta destaca por sus libros de ensayo y de crítica y sus traducciones de poetas como Hölderlin y de Shakespeare. Sus once libros de poesía fueron recopilándose en ediciones sucesivas siempre con el título de La realidad y el deseo, obra que está considerada como su biografía espiritual y que es un ejemplo de "poesía moral" sobre los comportamientos humanos y el sentido del mundo. Una dimensión ética de base romántica le lleva a una visión elegíaca de la vida humana. El significativo título de sus poemas es elocuente de la frustración del hombre y recuerda un cierto parentesco con los escritos de Unamuno, Hölderlin, Leopardi, Novalis... Las calidades poéticas de Cernuda quedan patentes en sus libros en prosa Ocnos (1942) y Variaciones sobre un tema mexicano (1952). Pero hay que citar sus poemarios Perfil del aire (1927), Donde habite el olvido (1934), Como quien espera el alba (1947), Desolación de la quimera (1962); todos ellos están reunidos en sucesivas ediciones de La realidad y el deseo.

Pasada se halla ahora la mitad de mi vida.
El cuerpo sigue en pie y las voces aún giran
Y resuenan con encanto marchito en mis oídos,
Mas los días esbeltos ya se marcharon lejos;
Sólo recuerdos pálidos de su amor me han dejado.
Como el labrador al ver su trabajo perdido
Vuelve al cielo los ojos esperando la lluvia,
También quiero esperar en esta hora confusa
Unas lágrimas que aviven mi cosecha.
Pero hondamente fijo queda el desaliento,
Como huésped oscuro de mis sueños.
¿Puedo esperar acaso? Todo se ha dado al hombre
Tal distracción efímera de la existencia;
A nada puede unir esta ansia suya que reclama
Una pausa de amor entre la fuga de las cosas.
Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos perdidos
En aquel gran negocio demoníaco de la guerra.

Estoy en la ciudad alzada para su orgullo por el rico,
Adonde la miseria oculta canta por las esquinas
O expone dibujos que me arrasan de lágrimas los ojos.
Y mordiendo mis puños con tristeza impotente
Aún cuento mentalmente mis monedas escasas,
Porque un trozo de pan aquí y unos vestidos
Suponen un esfuerzo mayor para lograrlos
Que el de los viejos héroes cuando vencían
Monstruos, rompiendo encantos con su lanza.

La revolución renace siempre, como un fénix
Llameante en el pecho de los desdichados.
Esto lo sabe el charlatán bajo los árboles
De las plazas, y su baba argentina, su cascabel sonoro.
Silbando entre las hojas, encanta al pueblo
Robusto y engañado con maligna elocuencia,
Y canciones de sangre acunan su miseria.

Por mi dolor comprendo que otros inmensos sufren
Hombres callados a quienes falta el ocio
Para arrojar al cielo su tormento. Mas no puedo
Copiar su enérgico silencio, que me alivia
Este consuelo de la voz, sin tierra y sin amigo,
En la profunda soledad de quien no tiene
Ya nada entre sus brazos, sino el aire en torno,
Lo mismo que un navío al alejarse sobre el mar.
¿Adónde han ido las viejas compañeras del hombre?
Mis zurcidoras de proyectos, mis tejedoras de esperanzas
Han muerto. Sus agujas y madejas reposan
Con polvo en un rincón, sin la melodía del trabajo.
Como una sombra aislada al filo de los días,
Voy repitiendo gestos y palabras mientras lejos escucho
El inmenso bostezo de los siglos pasados.
El tiempo, ese blanco desierto ilimitado,
Esa nada creadora, amenaza a los hombres
Y con luz inmortal se abre ante los deseos juveniles.
Unos quieren asir locamente su mágico reflejo,
Mas otros le conjuran con un hijo
Ofrecido en los brazos como víctima,
Porque de nueva vida se mantiene su vida
Como el agua del agua llorada por los hombres.

Pero a ti, Dios, ¿con qué te aplacaremos?
Mi sed eras tú, fuiste mi amor perdido,
Mi casa rota, mi vida trabajada, y la casa y la vida
De tantos hombres como yo a la deriva
En el naufragio de un país. Levantados de naipes,
Uno tras otro iban cayendo mis pobres paraísos.
¿Movié tu mano el aire que fuera derribándolos
Y tras ellos, en el profundo abatimiento, en el hondo vacío,
Se alza al fin ante mí la nube que oculta tu presencia?

No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;
Si el amor no eras tú, ¿quién lo será en tu mundo?
Compadécete al fin, escucha este murmullo
Que ascendiendo llega como una ola
Al pie de tu divina indiferencia.
Mira las tristes piedras que llevamos

Ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:
La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán imposible
Tú solo eras capaz de infundir en nosotros.
Si ellas murieran hoy, de la memoria tú te borrarías
Como un sueño remoto de los hombres que fueron.

Cristina de Arteaga

Hija de los Duques del Infantado, nació en Zarauz (Guipúzcoa) en 1902. Doctora en Ciencias históricas por la Universidad de Madrid, ingresó en la Orden de San Jerónimo en 1934 y fue priora de Santa Paula, en Sevilla, convento en el que murió en 1984, siendo priora general de la Orden. Publicó antes de su profesión religiosa el poemario titulado Sembrad (1925).

Amor contra Amor

Me preguntan los hombres: "¿No has dudado?".
¡Cómo pude dudar, pues te sentí!
¡Si fuiste mi tormento exasperado,
si con hierro candente me has sellado
para Ti!

Te combatí las noches y los días,
quise olvidar tu amor; ¡no lo logré!
Después de cada crisis resurgías.
Inexorablemente me decías:
"Sígueme".

Nadie sospechará lo que he sufrido.
¡Tú lo sabes, Señor!
Nunca quieras echar en el olvido
que todo el drama de mi vida ha sido
la lucha del amor contra el Amor.

¡Hazlo Tú todo en mí! Que yo me preste
a tu acción interior, pura y callada.
Hazlo Tú todo en mí, que aunque me cueste
me dejaré labrar sin decir nada.

¡Hazlo Tú todo en mí! Que yo te sienta
ser en mí dirección y disciplina.
Hazlo Tú todo en mí. Que estoy sedienta
de ser canal de tu virtud divina.

Coronas

¿Para qué los timbres de sangre y nobleza?
Nunca los blasones
fueron lenitivo para la tristeza
de nuestras pasiones.
¡No me des corona, Señor, de grandeza!

¿Altivez? ¿Honores? Torres ilusorias
que el tiempo derrumba.
Es coronamiento de todas las glorias
un rincón de tumba.
¡No me des siquiera coronas mortuorias!

No pido el laurel que nimba el talento
ni las voluptuosas
guirnaldas de lujo y alborozamiento.
¡Ni mirtos ni rosas!
¡No me des coronas que se lleva el viento!

Yo quiero la joya de penas divinas
que rasga las sienas.
Es para las almas que Tú predestinas.
Sólo Tú la tienes.
¡Si me das corona, dámela de espinas!

Nació en Vitoria (Álava) en 1905. Estuvo casada con el poeta Juan José Domenchina y en el exilio. Regresó a España en 1966. Pertenece a la Generación del 27. Su larga vida y su dedicación a la creación poética haría largo la relación de sus libros, pero cabe citar: En silencio (1926), Ahora (1928), La voz en el viento (1929), Cántico inútil (1936), Presencia a oscuras (1952), El nombre que me diste (1960), Cárcel de los sentidos (1964), Cartas cerradas (1968), Hai-Kais espirituales (1968), Poemas del ser y del estar (1972), Primer exilio (1978), La pared transparente (1978), Huyeron todas las islas (1988), Del vacío y sus dones (1993)... Una poesía llena de alegría, de luz, de esperanza. Se dirige a Dios en un tono coloquial porque le considera el interlocutor válido de todas sus inquietudes y de todas sus alegrías.

Poemas del ser y del estar

I

Ego hodie genui te (Sal. 2)

Presencia siempre: presencia
sin pasado ni futuro,
sin la angustia de una espera.
Hoy naciendo y hoy estando.
En el poder que te engendra
todo es ahora y es hoy;
y yo entrego las potencias
que me sostienes y diste
a este saberte sin tregua.

Conocimiento perpetuo.
¡Ayúdame Tú a que te encienda
en otros entendimientos
ofuscados por la niebla!
Hoy sin ayer ni mañana.
¡Quién sabría, quién supiera
clamarlo hasta los confines
donde pactan cielo y tierra!
Hoy, ahora. En el momento.
Lo repito y se me llenan
de júbilos nunca sentidos
el alma y la vida entera.
Eternidad comenzada
y vivida. No hay presencia
como la tuya, que invade
las más ocultas fronteras.

II

Y para ser, estar.
Lo que huye no existe.
Lo que pasa fugaz
no será propio nunca,
ni nunca se dará
a lo eterno absoluto.
Para ser de verdad,
estate ahí, en tu sitio,
en tu raíz. ¡Jamás
te disperses en rumbos
que no te acogerán!
—Marta salió al camino;
María aguardó en paz.
Hay días de silencio,
gozosos de esperar,
y días en que el cielo
entero se nos da.
Para ser, entregarse;
para entregarse, estar
en la cena de Pascua,
de pie, sin buscar más.

Y terminan muy pronto...

Y terminan muy pronto
estas horas de estrellas
de luz voluptuosa...
Y después
todo sigue y todo se interrumpe
no hay cruce de caminos
se va derecho al rumbo
a lo alto, a lo bello.
Hay rumor de lo eterno
en la vida que fluye.

Si derribas el muro...

¡Si derribas el muro
qué gozo en todas partes!
¡Qué lazo de palabras
se sentirá en la tierra!
Y todo será nuevo,
como recién nacido...
Si derribas el muro
de todas las mentiras,
¡qué júbilo de amor
abierto sobre el mundo!
¡Qué horizonte sin nubes
en la curva del cielo!

(Primer lugar: combate)

Hay un camino estrecho.
¿Encogerse, escapar?
Posible nacimiento
hacia un ser diferente
o este luchar eterno
que nos deja agotados,
sin rumbo, ni deseos.
Lugar de la batalla.
Ir hacia el punto extremo
o jugárselo todo
hasta quedar maltrecho,
pero nunca vencido.
Lugar del gozo eterno.
Para llegar a él,
quemarse hasta los huesos.

(Segundo lugar: inquietud)

Desazón y cansancio.
La sombra del camino
invita a ir dormitando
a quebrar una rama,
a quedarse varado
a orillas de una fuente,
a caminar despacio
sin el brío primero.
No te estés descuidado,
Señor, si me detengo.
Arráncame del vago
ensueño que me acecha
y devuélveme al largo
sendero que me lleva
al lugar codiciado.

Nació en Málaga en 1905. Pertenece a la Generación del 27. Junto con Emilio Prados fundó la revista Litoral en 1926. Ejerció la carrera de Derecho y desempeñó otras profesiones, como la de impresor. En 1932 se casó con la poetisa Concha Méndez. La Guerra Civil le llevó a expatriarse hacia tierras americanas, sobre todo Cuba y México. Allí ejerció como guionista de cine. Ya de regreso en España, murió en un accidente de automóvil en 1959 en la provincia de Burgos. Además de un libro de memorias titulado El caballo griego, destaca su obra poética, aunque ofrece ciertas desigualdades, con títulos como Las islas invitadas y otros poemas (1926), Poema del agua (1927), Ejemplo (1927), Soledades juntas (1931), La lenta libertad (1936), Nube temporal (1939), Fin de un amor (1949), Poemas de América (1955).

Centro del alma

De ojos que ya nada ven
brotan lágrimas tan negras
que se olvidan de su oficio
de ser en la noche estrellas.
Dolor sin luz. Hoy el alma
se hunde más en sus tinieblas,
porque la vida y la noche
—un mismo mar— hacen que ella
por su propio peso caiga
en oscuridad completa.

Ya su desnudo en la noche
nadie lo ve, que atraviesa
profundidades que sólo
a Dios, su centro, la acercan.
Hace tiempo que no miro
sino hacia adentro. Me llevan
por las calles lazarillos
que me toman y me dejan.
¡Ojalá tenga mi vida
lucos, aunque no las vea!

Soneto a un cántico espiritual

Cruzó el césped tu sombra, y presuroso,
alcé la vista por seguir tu vuelo;
mas la alegría del azul del cielo
me hizo olvidarte, pájaro piadoso;

hasta que arriba comenzó armonioso
tu canto a dar señales de tu celo,
notas tan dulces y amorosas que lo
hicieron ser el centro de un glorioso

ámbito de cristal, donde domina
más que la luz la música extremada.
Alcé la vista para oír tu canto

que en el azul alegre me ilumina.
Sombra y canto movieron mi mirada
y la movieron largamente al llanto.

Nació en San Lorenzo de El Escorial (Madrid) en 1907 y murió en Madrid en 1975. Con una gran formación humanista (arquitecto, crítico de arte, traductor, además de poeta), pertenece a la Generación del 36. Cantos de primavera (1936), su primer libro, contiene una visión del amor desde coordenadas transcendentales; la naturaleza aparece transcendida e impregnada de espiritualidad. Poesía de carácter religioso casi toda la suya: Tiempo de dolor (1940) tiene una dimensión ascética, que considera la soledad y el dolor como elementos purgativos del hombre; Continuación de la vida (1949) hace de la cotidianeidad una clave religiosa; El descampado (1957) tiene una visión franciscana del mundo con matices de júbilo. Los caminos (1974) y Prosas propicias (1976) son otros libros poéticos de Vivanco. Puede considerarse poeta religioso, ya que la belleza de los campos se convierte en él en auténtica oración; "Yo arraigo en los místicos", dijo.

Salmo de elevación

Señor, como la nieve, como el fuego ligero,
secreta en su figura quiso ser mi palabra.
Y hoy que están los alcores palpitantes y vivos
quiero cantar el mundo creado por tus manos,
las criaturas del mundo y el color suficiente.
El azul que preside la inocencia del aire,
y en el aire la luz, y en la luz el silencio.
Quiero cantar los árboles que son himnos erguidos

donde la luz, y el aire, y el color, y el perfume,
tejen tan armoniosa corporeidad profunda.
Quiero cantar los árboles donde nace el sonido
como un vuelo gozado por el ala más suave.
¡Ay, ternura del viento, bendición de la brisa
sobre el trémulo ensueño de un corazón sonoro!
Quiero cantar las aguas infantiles y claras
cuando en la transparencia de su piel luminosa
las almendras adquieren más cándido prestigio.
Quiero cantar las aguas miradas por la altura
cuando en el verde huerto que su humildad recrea
la nieve en flor festeja la paz de la mañana.
Si en mis ojos creyentes y en su mirada sola
tierra y cielo compiten con sus horas más bellas,
canto será mi sangre levantada y unida.
¡Subir como la espiga que madurando logra
el peso que la incline, reverente y granada!
¡Subir como los álamos para ser más frondosos,
no como sube el humo diluyéndose ileso!
Mejorando el sosiego del campo en la distancia,
hay una cumbre erguida sobre el cristal del día
que en su ascensión consigue su resplandor inerme.
¡Ay, quién tuviera siempre toda la carne triste
presente en la plegaria donde acaba el misterio!
Quiero subir mi voz segura en alabanza
y en sus hondas palabras turbada desfallece.
¿Cómo alcanzar la cima del cielo inmaculado
desde este valle estrecho que alberga mis visiones?
¡Ay, rauda golondrina, ay, ruiseñor amante,
ay, alondra en el alba sobre el trigal maduro,
y paloma que habitas el pinar rumoroso,
fortaleced mi dicha con vuestras dulces plumas
hoy que levanto alegre mi verso agradecido!

Tú estás en ese taxi parado, sí, eres Tú
—un bulto en el crepúsculo— junto al bordillo blanco
donde se acaba el campo de enfrente o descampado.
Lo sé, aunque no te he visto (y aunque dentro del taxi
no hay nadie). Está lloviendo con fuerza. Está empezando
a oler en la ciudad a campo de muy lejos...
Y tú estás en el taxi como en una capilla
que fuera entre las hazas ermita solitaria.
(Lo sé, porque esos trigos que se iluminan, lejos...,
y ese río parado, con sus aguas crecidas
de pronto...) Lluve fuerte y estás dentro del taxi
(tal vez junto a ese chófer fatigado al volante).

Sé que dentro del taxi no hay nadie, pero huele
a lluvia de muy lejos. Suena esa lluvia. Y pienso
sin ganas: ser poeta, suspender en el aire
laborioso de un día y otro día unas pocas
palabras necesarias, y quitarse de en medio.
Porque uno —su difícil vivir— ya no hace falta
si quedan las palabras. Ser poeta: orientarse,
como esa luz dudosa cruzando el descampado,
y en vez de una existencia brillante, tener alma.
Por eso, algo me quito de en medio: estoy viviendo
como un taxi parado junto al bordillo blanco
(y hay un cerco de alegres sonrisas y de manos
fieles a sus celestes contactos en la sombra).
Porque Tú, el más activo —y el más ocioso— estabas
aquí, junto al farol de luz verde en la noche.
Tú, sin libros; Tú, libre, con brazos, con miradas,
estabas sin testigos y medias —ocioso—
mis pasos por mi cuarto (donde caben mis años).
Y los trigos en éxtasis de Castilla la Vieja,
los ríos llameantes con sus aguas crecidas,
seguían a lo lejos relevándote (mientras
detrás de mis cristales aparece el retraso
de ese barro, esos charcos del ancho descampado,
¡yo también descampado, desterrado del campo!)

Alabad al Señor, mazorcas de maíz.
Alabadle, gazapos entre el maíz sin lluvia.
Alabadle, laureles, acacias, heliotropos.
Alabad al Señor, lenguas de hierba
y rosales de estío, ya sin rosas.
Alabad al Señor, vientos clarísimos
y arena de las playas.
Alabadle, mañanas,
tarde de luz errante por los montes.
Alabad al Señor, las mareas de agosto.
Alabadle, tropeles cenicientos de nubes
y oleadas de lluvia
sobre la hierba seca amarillenta.
Alabadle, mis años infantiles,
dolorosos de ensueños.
Alabadle, mis años
de intacta adolescencia sin entrar en la vida.
Alabadle, mis años
de juventud rebede y casi mística.
Alabadle, mis años
de madurez católica, a sabiendas
de todo lo que cuesta
ser católico en vez de vitalista.
Alabadle, mis sueños aislados en familia.
Alabadle, cañadas, playitas solitarias
de mi esposa y mi hija.
(Alábale, criatura
suya —y nuestra—, que empiezas
a rozar los helechos que estrechan el sendero
para salir al claro, ya en brazos de tu madre).
Alabadle, rincones de los seres queridos,
los vivos y los muertos,
cada día más fáciles de hallar entre las cosas.
Alabadle, mis años futuros como un árbol
cuyas hojitas tiemblan
sobre el tronco que arruga
patriarcal su corteza hacia la muerte,
hacia la vida eterna.

1

Lo digno es ser contado por Dios de otra manera.
(Como ese rostro apenas distinto de la tierra,
de los surcos que ara, o ese cuerpo —y sus pasos—
que se vuelve de espaldas a un tiempo repetido
para aprender la inédita lección de las distancias,
donde están las cortezas de los árboles:
sus dibujos menudos como sueños).
Lo digno es un desvío, y un desprecio (desde este
sitio, desde estos viejos tejados y esta parra).
Mirar de otra manera —con mirada de uno—
más bien hacia otra parte,
fijarse en los rincones en donde crece el alma,
y aprender... (Y ser libre porque sufro de veras
por cosas verdaderas, y porque tomo en serio,
—¡muy en serio!— las cosas que hay que tomar en serio).

2

No te parezcas nunca, oh aprisionada, oh alma,
más que al valle del Tiétar (y al resol de la Sagra).
Lo digno es ser intacta geografía, ser nombre
de pueblo (o esa recua que pasa entre blasfemias).

No te parezcas nunca, oh alma, oh cañariega,
más que al tronco de un árbol (un nogal o un castaño).
Lo digno es ser olivo después de vareado,
restaurando su copa de cielo con estrellas.

No te parezcas nunca (lejos de las estatuas),
más que al gesto arraigado de este alcornoque, oh alma!
¡mi vocación de suelo con encinas, mi espera
pedregosa de Dios, mi activo cauce seco!

Cuando la luz del monte se cansa de ser piedra
y en la tarde hay un verde lucero melancólico,
cuando la luna roja, cuando los pinos quietos,
cuando la noche grande y el croar de las ranas.

Siempre acuden... (son gritos, veraneantes, radios).
No quieren recibir, sino dar, igualarnos a todos.
Quieren que el pan y el cáñamo, que las coplas que canto,
la ermita solitaria, la sombra del barranco...
Quieren que nadie cierre su ventana y escuche
con atención sonámbula otra Voz en la noche.

Y siempre acuden... (pero acuden en vano),
cuando pisamos juntos la humildad de esta hora,
cuando miramos juntos con regreso en los ojos,
cuando las manos..., cuando la vida y sus raíces,
cuando el amor suspenso y el croar de las ranas.

Nació en Cartagena (Murcia) en 1907 y murió en Madrid en 1996. Fue miembro de la Real Academia Española. Pertenece a la Generación del 36. Ha abordado los géneros de biografía, novela, cuento, teatro infantil, estudios críticos. Pero destaca como poeta ya desde sus primeros poemarios Brocal (1929) y Júbilos (1934). Aunque sus versos recogen la inquietud, la angustia y la desilusión de una época agitada por las guerras y sus dramáticas consecuencias, se atisba siempre una actitud creyente, de búsqueda y de acercamiento a Dios en medio de todas las dificultades. Otros libros suyos son, entre otros muchos, los titulados Pasión del Verbo (1944), Sea la luz (1947), Mujer sin Edén (1947), Mi fin en el viento (1947), Derribado arcángel (1960). A este lado de la eternidad (1970), Corrosión (1975), La noche oscura del cuerpo (1980), Ansia de la gracia (1988). Los libros mencionados son los que fundamentalmente interesan para nuestro objetivo, pero en toda su poesía están presentes los grandes interrogantes metafísicos, la meditación profunda sobre la existencia. Los matices religiosos están más o menos explícitos en todos sus versos, se trate de la pasión amorosa, del intimismo existencial, de la rebeldía o la solidaridad con los que sufren utilizando el lenguaje desgarrado de protesta. Pero quizá las mayores reminiscencias místicas están en su libro Mi fin en el viento; un misticismo desgarrado, en lucha de carne y espíritu, de fe y vacilación, de desaliento y esperanza. Porque aquí estamos ante una poesía radical, profunda y ampliamente religiosa: Dios, lejano, es cantado como un amado, deseado, ansiado.

¡Arder, arder!

En fuego limpio de orillas con ceniza,
quemadura del mundo, sin que una mano
aventara un hilo de polvo oscuramente turbio.

Arder en blanco país de pureza, en domada
pasión de fuego clarísimo.

Llamas en bandadas de lenguas ávidas de cosas
que se funden al sorberlas.

Sí; llamas de bocas frías
y ardientes, devastadoras.

¡Arder, arder, arder, oh mi único ardor!
Nunca impura.

Eso ya fue. Pasó de mí. Lo he vencido.
Serenísima mi sangre, toda mía y sumisa;
mi cuerpo ya no es rito. Mi alma, de Dios.

¡Oh mi alma,
desligada de este pozo de mi cuerpo!

Sin oleajes ni furias, sin aquellas
feroces embestidas a la muerte.
Sigo fuego tuyo, vida; fuego tuyo y sacro
fuego del Señor en hierbas finas y reseca,
desgarrando tejidos de la jugosa
materia que es el mundo que sí arde.

Limpia para mí, que es ser más tuya
la criatura que voy siendo: redimida
con toda mi pasión tallada a golpes
que no acuñan, que resbalan: son de humo.

¡Arderte a Ti; ardernos, oh mi amor hallado
dentro del gran fuego que es mi cuenco frío!

Y si es a Ti a quien busco,
¿por qué no te me ofreces de un sorbo?
¿Por qué de un solo canto no cae tu voz en mí?
¿Por qué no me desborda tu empuje de oceano
y toda te reboso cual cauce a un fiero río
que sale de su madre, y baña las orillas,
se lleva las raíces, las aves y los vientos?
Que si eres Tú mi forma, si vas a ser mi sino,
¿qué tiempo este que pierdo en no ser toda tuya?
¿Acaso mi alegría, mi pena o mi desvelo
serían menos tuyos si Tú los recogieras,
si en Ti se rebujaran, si a Ti se te doblaran
cual frutos de tu tierra que piden que los comas
para alcanzarte a Ti?

¡Ah lejos de los lejos, criatura que no veo!
¿De cuántas sacudidas me puebla desearte!
Quisiera conocerte, oír tu voz violenta,
oler tu áspero cuerpo de fuerza en arrebato.
Poder saber que voy a un día y hacia un tiempo.
Dormirme a Ti doblada, sentirte aquí en mi oído...
Que ya la sangre ahoga de tanto presentirte,
de tanto imaginarte, de ir en busca tuya.
Y si eres Tú mi fin, te pido que me llames
con una voz, la tuya, que sea voz del cielo.
Y, ¡Carmen!, si me llamas, será toda una brasa
que funda tu palabra hasta quedarse muerta.

En Ti, mi Dios,
en Ti quiero estar callada.
Transparentándote.
Resonándote.
Y que todo este enlace de huesos y músculos
huela a tomillo fresco,
sea lo menos visible de la naturaleza:
lo más cándido de cuanto ignoro tuyo.

Nunca más corazón,
cuerpo, voz inútil entre lo efímero
ni entre lo eterno, porque yo, Señor...
¡Déjame pedirte lo que no sé,
lo que no puedo pensar:
una brizna de tu voluntad en mi voluntad,
que al desgajarse de lo que aquí ama,
de no volverlo a hallar,
idéntico, ello otra vez,
te pide le otorgues la misericordia
del no ser absoluto!
He delinquido de tal manera
yéndome sin lograr alas,
sin sacar ángeles de mí ni de otros,
que tendré vergüenza eterna
de mi ruindad.
¿Para qué contar conmigo, luego?
Creo en Ti y en Todo.
Pero déjame, Señor...
¡Déjame con tu perdón, fruta de luz en mis dientes,
más duraderos que los senos
que te latieron a Ti!

Plegaria

Dispones que tus susurros lleguen
a distanciadas memorias.
Estoy más cerca que las montañas,
que los árboles que te buscan,
unida al cielo por istmos de angustia,
y no te oigo venir.
Cuando los huracanes pulsan
largos penachos de selvas,
yo escucho cómo caminan.
Y jadeando pavora por el viento negro,
víctima de su opaca furia,
llamando al que lo creó.

Te hablo con una voz mate,
cortada de la angostura
que es mi amarga verdad.
Soy leño para las lumbres todas,
débil piedra que las hachas quiebran,
pero te amo, Dios mío.
Tengo tu amor entre mis hombros,
una carga de amor sufriente
que abrasar aspira, lo sabes.
¡Oh qué hoguera en tus montes soberbios
la que enciende mi lumbre arrebatada
por Ti y por tu voz!
Acércate sin arcángeles,
no adelantes presencia a mis ojos,
ven contigo sólo. Visítame.
Tu gran cuerpo incandescente y fúlgido
llameará conmigo sobre tus bosques libres,
incorporándome a Ti.

Dios y el mar

Como nadando, abandonada
al agua gruesa del mar.
O mejor que si nadara: flotante
en ondas firmes, en ondas fuertes,
en una inmensa ola azul
que se juntara
con otra inmensa ola azul. Hasta los cielos.
Así, en tu mano.
Igual que en el mar, en la mano tuya:
abierta, infinita mano ilimitada,
que sostiene mi cuerpo sin tensión...
Tú, el mar. El mar, Tú.
La ola, tu mano; la mano, tu ola.
Abandonándome a los dos, ciega
y sorda y vuestra. Con fe.

Este pozo florece sobre el brocal su agua.
Y este unguento es ya noble porque toca tu planta.
Déjame que te beba, dale Tú a mi alma
esa agua que surte de tu hermosa garganta.

El olor de mi cuenco poblado de tu aroma
es memoria de Ti, cuya presencia invoca
el nardo que te pide, que de tu piel se toma
la dulce suavidad que unge lo que toca.

Agua y perfume tuyos, ¡oh Señor del camino!
Pastor y gran labriego del corazón cansino,
al verte y al tocarte, yo toda me ilumino

de la aurora redonda de tu Verbo divino.
Soy fragante mujer, y pecco por amor...
¡Tú lo sabes y hablas conmigo, Tú, Señor!

Nació en San Lorenzo de El Escorial (Madrid) en 1909 y murió en California (Estados Unidos) en 1979. Perteneció a la Generación del 36. Estuvo en el origen de aventuras poéticas como las revistas Hoja Literaria, Octubre, Hora de España. Intelectual republicano en el exilio y alistado en el compromiso solidario hace en su poesía reflexiones de carácter existencialista con gran originalidad expresiva. Títulos de su poesía son: Sombra indecisa (1932), Destierro infinito (1936), El hombre y el trabajo (1938), Versos de guerra y paz (1945), Galope de la suerte (1956) y La mano de Dios pasa por este perro (1965).

Este perro de Dios habla solo

Aquí estoy a tu puerta con mis pulgas
con todas las patadas que me han dado
y las que no me han dado todavía
con algún estacazo
con ese ruido seco que brota como chispa
de encoger el trasero dolorido
cuando me dan un palo
ya lo ves aquí estoy
lleno de mataduras y miseria
mas al fin aquí estoy

ya sé no me lo digas te conozco
tienes mucho trabajo tienes

apenas tiempo para andar de cabeza
cuanto más para echar un rato a perros
mordidos a mordiscos de las buenas
mordeduras que da la perra vida
con su colmillo largo largo largo
cuando hace buena presa y no la suelta
ya lo sé yo no creas
me han enseñado mucho
sé ponerme en dos manos cuando mandan
hacer gracias si quieren
y sé que lo primero es lo primero
menos cuando es lo último

sé levantar la liebre
y sé
que la obligación que no debiera
a juicio de perrísimo cabal
es antes que la liebre
y que la devoción
que no debiera ya lo sé yo no creas
que se me olvide pronto
que bien me lo enseñó en aquel convento
un perro fraile hermano pero poco
al tiempo que me daba
no mendrugos ni sopa
no vayas a creer
sino patadas

por eso te decía
con perdón de la mesa del convento
por mí no te molestes
no vayas a creer que tengo prisa
no
no la tengo y si tengo
pulgas
que rascar y paciencia
y además una vida
toda una larga vida que rascar por delante

para esperar
no verte claro quizás olerte
para esperar siquiera olfatear
el aire que pasó cuando pasaste
para esperar la espera
aquí junto a tu puerta
toda la vida tengo por delante
todo el hambre y mis pulgas por delante
toda la vida enorme
dando diente con diente
toda la vida corta
toda la perra vida
toda la largamente breve y perra vida
efímera o fugaz como mis pulgas
o chispas de miseria
para decir Señor que no te apures
por mí
por lo que importa importa
que lo que yo tengo no es prisa sino hambre
un hambre con perdón
de morder a Dios Hijo para sacar tajada
Padre
y quedarme con hambre
de perdón y de hambre

Ese perro tiene gracia

La gracia es que ese perro
se cree que tiene gracia
puede pecar y peca
vaya gracia

se hundía se hundía
en sus pecados como se hundía
en sus pulgas
la mano de Dios

la mano de Dios
pasa por ese perro
y aunque pasa benigna
pesa más de la cuenta
que ya nõ puede más
pesar lo suyo

(se ve la mano en que peca
el perro
y peca porque le pica
que pecar es morder la mano
que peca por poco fuerte
de dura no peca mucho
se muerde la libertad como se muerde
el rabo
ahí le duele
en el rabo
en la cola de libertad
que eso trae cola
y pasa por ese pese
a quien pese
y en eso se ve la Mano
que pasa por ese perro
y le echa su cadenita
que peca porque no pesa
como Dios manda que debe
pesar y pesar lo suyo)

la mano de Dios
la mano de Dios puede ser
sabe Dios si es un río
pasa por ese perro
lame a ese perro que se lame
su tristeza de perro abandonado
que es muy suya
la mano de Dios
ahí está
ahí lo tienes
pasa por ese perro
ahí se ve la mano de Dios
porque ese perro muerde
ahí donde le veis pues también muerde
la mano de Dios
y no la suelta no que no la suelta
no
lo otro
todo lo que ya no puedo más
y puedo mucho
pasa por ese perro
y ahí se ve la mano de Dios.

En un montón de perros apagados
Lorca

¡Si fuera yo ese perro!
si yo pudiera ser
no el del padre no claro
ni menos todavía el de la madre
ni el del Hijo aún más menos
eso se pasa ya de claro
el perro del cuñado por ejemplo

a ti se te ha subido el hueso a la cabeza

cierto Señor
manías de grandeza que uno tiene
y ganas de monserga
que ya quisiera yo
y bien lo sabes Tú
darme con un canto en los dientes
en estos perros dientes que se han de comer los gusanos
que se han de comer otros gusanos
que se han de comer otros
y así los $n+1$ gusanos de todo el álgebra del
sótano en las tumbas
te digo que quisiera
hablando mal y pronto
que me contentaría
con ser el otro perro
el perro de la tía
del primo del portero
que vive muy cerquita de la casa
donde vive la nuera
ya me basta
ya me diera
con un canto en los dientes

¡Si fuera yo ese perro
el encendido!

Yo confieso Señor que ya sé mucho
por eso estoy hinchado
de viejo
que eso es tener malicia o saber más
latín
que un toro de miura de los buenos
cuando las trae muy malas
y yo sé más latines todavía
y hasta un poco de inglés
si a mano viene
y viene a manos llenas cuando viene
la gracia
para decirte *Dios* como Tú mandas
pero escribirte *GOD* si no te enfadas
y firmar con mi nombre
perro perro
que se dice *DOG DOG*
como quien ladra
de letras no digamos
tengo tantas
tan buenas
tan iguales
a las Tuyas que ya son
de quita y pon
que son letras de cambio
que a veces se me suben al cacumen
por ser letras de cambio
porque una palomilla convertida
en espíritu santo
me susurra
que son letras de cambio
ya vencidas
y pagadas por Ti
pero a mi cuenta
porque Tú eres mi *GOD* para que yo
siquiera sea tu can
tu chucho tu perrillo
tu *DOG DOG*

porque ya sé latín yo lo confieso
ya puedo confesarte bien clarito
que ser perro es lo mismo
es casi lo mismito
que Tú
sólo que a cuatro patas
sólo que solo solo
al revés te lo digo para que lo entiendas
con tres letras de cambio
que son letras
de padre y muy señor mío
de Hijo y más señor mío
de espíritu santo mío
con perdón
con licencia
amén

que ojalá digo yo
que así sea en tus Orejas
oído mi latín de perro hinchado
con espíritu santo
que es lo tuyo
y mis tres letras de cambio
a cuyo vencimiento muy cercano
si no pago en Ti fío.

porque en tu fin principio solamente
mas donde yo me acabo allí comienzas Tú
que si *DOG* lleva *D* como desgracia
por algo tiene *GOD* la *G* como la Gracia
así que tiene gracia
al reverso de Dios es solo un perro
mas hasta en el anverso
de más misero perro juan de mala muerte
se puede ver a Dios
y hasta escrito en inglés
que tiene gracia

que tiene gracia vamos
que el perro sueñe un sueño
de perro con su Amo
la perra vida es sueño
y el sueño es ir con su Dueño
que todo es cuestión de letras
y al pie de la letra *D*
si *GOD* quiere humillarse
a tener sus tres letras como el *DOG* de la esquina
a ser casi lo mismo que un perro puñetero
milagro será milagro
que el perro nada nada
no tenga ni una pizca
lo que se dice
nada
de aquella misma música celeste
de aquella misma música que es la letra
de Dios si así está escrito
y en inglés nada menos Señor mío.

Dentro de la gravedad

Segunda llamada telefónica

y
el
Señor
está
comunicando

Encontrar un teléfono a estas horas
altas horas de la noche
de perros
vaya horas
que son las de dormir según se sabe
me ha costado lo mío
mejor dicho lo Tuyo
que ha sido Dios y ayuda
porque éstas no son horas me decían
de llamar al Señor
total para decirle
que hay alguien que le llama con urgencia
a estas horas
que no son horas éstas de molestar a nadie
y menos al Señor
a buenas horas
a buenas horas se atreve uno a decirle
al Señor
que le llaman para que a lo mejor pregunte
sabe Dios
¿que me llaman a Mí?
¿y quién es el que llama si se puede
saber
quién es el que pregunta por Mí y a tales horas?
y tener que decirle al Señor
Señor
a tales horas
el que está al aparato
pregunta que pregunta que pregunta

por Ti
no es nadie más que un perro
a buenas horas voy
y le digo al Señor que quien pregunta
quien está al aparato
espera que te espera que te espéra
no es nadie más que un perro
a buenas horas

por eso me decían
yo me digo
que habrá sido milagro
que ha sido Dios y ayuda pero dentro
de la gravedad
de estar perdido
de ser perro perdido de su Amo
haber dado con ella con la línea
directa
ha sido suerte que se pasa de la raya
dentro de la gravedad
y lo urgente del caso
perdido
ha sido tener la potra padre
o más la suerte Hijo
el dar con esa línea de conducta
telefónica
interior
para llamar al Amo

es lo mejor
dentro de la gravedad
de estar perdido a todas luces
es lo mejor llamar
pedir auxilio
socorro que se ahoga
ese perro perdido
por su culpa
es lo mejor la línea
directa

dejarse de porteros que no saben
siquiera si el Señor está en su casa
llamar pero llamar al Amo a grito
herido
de una vez
aunque falte saber si no se enfada
el Señor
por haberle llamado por las buenas
líneas directas
encontradas
milagrito será si no es milagro
que aún nos queda por ver
si acaso te conoce
como dices
que no te lo mereces
por haberte perdido
por tu culpa
dentro de la gravedad
menuda suertecita te has calzado
al dar con esa línea de conducta
interior
cuando estabas perdido a todas horas
y eras perro perdido a todas luces
aunque falte saber si el Señor es tu Amo
como juras
y más si quiere perros
y dado que los quiera
que sean negros
y dado que sean negros
que seas uno
y puesto que seas ese
que te dejen
entrar
por eso digo yo
no cabe duda
ha sido Dios y ayuda pero dentro
de la gravedad
no hay más remedio
que coger el teléfono y decir

Señor
aquí estoy por mi culpa
perdido
negro
solo
solo que estoy de vuelta
Señor aquí me tienes
si quieres
a tu perro

No hay duda
no hay remedio
no hay salida
sino sólo teléfono en la vida
y no hay que darle vueltas
lo que tienes que hacer es darle ya
sus vueltas de una vez a ese disquito
de Dios

C de Cabal
R de Regalo
I de Interno
S de Suave
T de Templado
O de Olvido de sí mismo en lo que es Otro

y a ver
a ver qué pasa
a ver lo que sucede con el timbre
que suena que te suena va y me dice
que el Señor ESTÁ
comunicando
¡Cristo!
me ha oído

C de Cruz
R de Retiro
I de Indestructible
S de Salud
T de Temiblemente
O de Oscura

Y el Señor
comunicando

ESTÁ

pero ESTÁ

ya volveré a llamar yo tengo tiempo

y siempre tengo tiempo de morirme

después

de volver a llamar

C de Cruz

R de Regostada

I de Inclinación de incendio

S de Sangre de silencio

T de Tiniebla tan temida

O de Ocúltame a mí de Ti en tu propia sombra

y ya ESTÁ

el Señor siempre

ESTÁ

comunicando

en silencio

esperando en silencio siempre que le llamen

ya volveré a llamar

ya volveré

a llamar

y mi Amo me oirá que por algo Es quien es

mi Amo

Madison, 2-12-1962

Leopoldo Panero

Nació en Astorga (León) en 1909 y murió en Castrillo de las Piedras (León) en 1962. Pertenece a la Generación del 36. El hombre, el amor, la muerte, Dios: éstos son siempre los grandes temas de la literatura; lo son también en la poesía de Leopoldo Panero: la conciencia de la temporalidad, la melancolía que hace aferrarse a la infancia, la duda religiosa y, más tarde y con más intensidad, la trágica experiencia de la guerra civil que afecta radicalmente al autor. En cierto modo, participa del agonismo de Miguel de Unamuno; pero Panero, como hombre de fe, atisba la esperanza. Su trayectoria poética va desde Versos del Guadarrama (1945) y La estancia vacía (1944), hasta Escrito a cada instante (1949) y Canto personal (1953), si bien este último se limita a hacer una defensa de la realidad histórica española, como réplica al Canto general de Pablo Neruda. El tema de Dios adquiere especial fuerza en Escrito a cada instante.

Tú que andas sobre la nieve

Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú,
dime quién eres.

Dime quién eres y qué agua tan limpia tiembla en toda mi alma;
dime quién soy también;

dime quién eres y por qué me visitas,

por qué bajas hasta mí, que estoy tan necesitado,

y por qué te separas sin decirme tu nombre,

Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú.

Ahora que siento mi corazón como un árbol derribado en el
y aun el hacha clavada en él siento, [bosque,
aun el hacha y el golpe en mi alma,
y la savia cortada en mi alma,
Tú que andas sobre la nieve.
Ahora que alzo mi corazón, y lo alzo
vuelto hacia Ti mi amor,
y lo alzo
como arrancando todas mis raíces,
donde aun el peso de tu cruz se siente.
Ahora que el estupor me levanta desde las plantas de los pies,
y alzo hacia Ti mis ojos,
Señor,
dime quién eres,
ilumina quién eres,
dime quién soy también,
y por qué la tristeza de ser hombre, Tú que andas sobre la
[nieve.
Tú que al tocar las estrellas las haces palidecer de hermosura;
Tú que mueves el mundo tan suavemente que parece que se
[me va a derramar el corazón;
Tú que habitas en una pequeña choza del bosque donde crece
[*tu cruz;*
Tú que vives en esa soledad que se escucha en el alma
ahora que la noche es tan pura, [como un vuelo diáfano;
y que no hay nadie más que Tú,
dime quién eres.
Ahora que siento mi memoria como un espejo roto y mi boca
Ahora que se me pone en pie, [llena de alas.
sin oírlo,
el corazón.
Ahora que sin oírlo me levanta y tiembla mi ser en libertad,
y que la angustia me oscurece los párpados,
y que brota mi vida, y que Te llamo como nunca,
sosténme entre tus manos,
sosténme en la tiniebla de tu nombre,
sosténme en mi tristeza y en mi alma. Tú que andas sobre la
[nieve...

No sé de dónde brota la tristeza que tengo.
Mi dolor se arrodilla, como el tronco de un sauce,
sobre el agua del tiempo, por donde voy y vengo,
casi fuera de madre, derramado en el cauce.
Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú sabes
cómo soy. Tú levantas esta carne que es mía.
Tú esta luz que sonrosa las alas de las aves.
Tú esta noble tristeza que llaman alegría.
Tú me diste la gracia para vivir contigo.
Tú me diste las nubes como el amor humano.
Y al principio del tiempo, Tú me ofreciste el trigo,
con la primera alondra que nació de tu mano.
¡Como el último rezo de un niño que se duerme,
y con la voz nublada de sueño y de pureza
se vuelve hacia el silencio, yo quisiera volverme
hacia Ti, y en tus manos desmayar mi cabeza!
Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú hiciste
de la nada el silencio y el camino del beso,
y la espuma en el agua para la tierra triste,
y en el aire la nieve donde duerme tu peso.
¡Señor, Señor! Yo he hecho mi voluntad. Yo he hecho
una ley de mi orgullo, pero ya estoy vencido.
Como una madre humilde que me acuna en su pecho
mi espíritu se acuesta sobre el dolor vivido.
Sobre la carne triste, ¡sobre la silenciosa
ignorancia del alma como un templo vacío!
¡Sobre el ave cansada del corazón que posa
su vuelo entre mis manos para cantar, Dios mío!
Soy el huésped del tiempo, soy, Señor, caminante
que se borra en el bosque y en la sombra tropieza,
tapado por la nieve lenta de cada instante,
mientras busco el camino que no acaba ni empieza.
Soy el hombre desnudo. Soy el que nada tiene.
Soy siempre el arrojado del propio paraíso.
Soy el que tiene frío de sí mismo. El que viene
cargado con el peso de todo lo que quiso.
Lo mejor de mi vida es el dolor. ¡Oh lumbre
seca de la materia! ¡Oh racimo estrujado!
Haz de mi pecho un lago de clara mansedumbre.
¡Señor, Señor! desata mi cuerpo maniatado.

Como rotos de Ti tengo mis huesos.
Tengo mi corazón como en baldío
de Ti; y estoy de Ti como sombrío
en la luz de mis bosques más espesos.

Mis altas horas arden, y mis besos
arden, queman de Ti: queman de frío,
de ausencia, como caen desde el vacío
las estrellas, la noche tras los tesos.

¡Oh tesos que se alhajan con mi pena!
Como rota de Ti, mi pesadumbre
siento en el corazón y entre las manos.

Como rota, Señor, mi sangre suena
en soledad de Ti, de Ti en costumbre:
llenos de Ti mis huesos, pero humanos.

El grano limpio

A Manuel Contreras

Déjame, Señor, así;
déjame que en Ti me muera
mientras la brisa en la era
dora el tamo que yo fui.

Déjame que dé de mí
el grano limpio, y que fuera,
en un montón, toda entera,
caiga el alma para Ti.

Déjame cristal, infancia,
tarde seca, sol violento,
crujir de trigo en sazón;

coge, Señor, mi abundancia,
mientras se queda en el viento
el olor del corazón.

Llevas más que mi muerte, cuerpo mío:
no te puedo perder... Mi vida llevas,
y no es sólo una sombra la que elevas
dibujada en la sombra, ni es rocío

lo que hay en mi mirada más sombrío,
sino virgen presencia de alas nuevas:
gotas de amanecer para que bebas
mi corazón, Señor, cual largo río

que llega ondeante, a ti; que pedregoso,
sonando, llega, llegará algún día
con mis pies y mis manos en su lecho.

Libre más que mi cuerpo, y más hermoso,
llevas mi entero ser para que ría:
para que en vid y pan yo esté en tu pecho.

Canción del agua nocturna

Tiembla el frío de los astros,
y el silencio de los montes
duerme sin fin. (Sólo el agua
de mi corazón se oye).

Su dulce latir, ¡tan dentro!,
calladamente responde
a la soledad inmensa
de algo que late en la noche.

Somos tuyos, tuyos, tuyos.
Somos, Señor, ese insomne
temblor del agua nocturna
que silencio, golpe a golpe,

la piedra del Guadarrama;
piedra y eco igual que entonces,
y agua en reposo que queda
más limpia después que corre.

¡Agua en reposo viviente
que vuelve a ser pura y joven
con una esperanza! (Sólo
en mi alma sonar se oye).

Escrito a cada instante

Para inventar a Dios, nuestra palabra
busca, dentro del pecho,
su propia semejanza y no la encuentra,
como las olas de la mar tranquila,
una tras otra, iguales,
quieren la exactitud de lo infinito
medir, al par que cantan...
Y su nombre sin letras,
escrito a cada instante por la espuma,
se borra a cada instante
mecido por la música del agua;
y un eco queda sólo en las orillas.
¿Qué número infinito
nos cuenta el corazón?

Cada latido,
otra vez más dulce, y otra y otra;
otra vez ciegamente desde dentro
va a pronunciar su nombre.
Y otra vez se ensombrece el pensamiento,
y la voz no le encuentra.
Dentro del pecho está.

Tus hijos somos,
aunque jamás sepamos
decirte la palabra exacta y tuya,
que repita en el alma el dulce y fijo
girar de las estrellas.

Como la hiedra

Por el dolor creyente que brota del pecado.
Por haberte querido de todo corazón.
Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.

Por haberte perdido; por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración.
¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado
el recuerdo que brota cargado de ilusión!

Porque es como la hiedra, déjame que Te abrace,
primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,

y que mi vieja sombra se derrame a tus pies;
¡porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves!

Hacia la primavera

Bañado por el cielo y por el trigo
ligero en la ebriedad que me ilumina,
el pie, llevado por la luz, camina;
y girando la esfera va conmigo.

Como dentro del agua siento amigo
el cuerpo en el espacio que adivina
la piel porosamente matutina;
suelto mi corazón, como un mendigo.

Voy nadando, flotando en la cadencia
del pie que avanza, en libertad errante,
por el campo profundo; y levemente,

mientras todo el planeta se silencia
hacia la primavera, en lo distante,
con los ojos cerrados, Dios se siente.

Fragmento

Estoy solo y me oculto en mi inocencia.
Dios ha pasado por mi vida. Tengo
como un espejo roto entre las manos
el sereno prodigio de mi infancia.
Mis padres, mis hermanos, todos juntos
como al borde del mar. Los surcos ávidos
se borran en la arena. Estoy yo solo.
Estoy solo, Señor, en la ribera
reverberante de dolor. Las nubes
se espacian, vastas, grises, mar adentro.
Entre el salado vaho de los pinos
la luz en estupor de la distancia,
lo mismo que un barranco. Estoy yo solo.
Estoy solo, Señor. Respiro a ciegas
el olor virginal de Tu palabra.
Y empiezo a comprender mi propia muerte;
mi angustia original, mi dios salobre.
Crédulamente miro cada día
crecer la soledad tras las montañas:
Y mientras juego en los desnudos patios
es como un peso enorme Tu silencio.
Tu silencio, Señor. Camino a oscuras
a través de mi alma. Estoy yo solo.
Estoy solo, Señor, en Tu mirada.
Y conozco la sed que Te adivina
lleno de limpidez sobre la cumbre.

"...una no usada luz"
Fray Luis de León

Todo amor es Tu sombra, Dios viviente,
silenciado fluir que en sueños mana,
perpetuamente, bajo el alma humana,
como pasan las aguas por el puente.

Así mi corazón en la corriente,
siente Tu oscuridad, Tu fe devana,
y recibe el latir de Tu lejana
fuente de vida, cristalina fuente.

Y así en mi soledad de Ti soy parte,
que suena silenciada en Tu armonía
mientras con valles y montañas giro,

y casi desprendido al contemplarte
en mi íntima visión de lejanía,
piadosamente, las estrellas miro.

Autor de nuestro límite, Dios santo.

Lope de Vega

¡Oh, fluye tú feliz, ola tranquila
del corazón de Dios, dando a mis pulsos
tanta viviente paz, sobre esta cumbre
—delgada ya—, donde mi voz resuena,
con el rumor de Su presencia sola,
en la vencida luz que deja agosto,
tras el verdor de los viñedos áurea!
¡Oh, fluye en El, feliz, ola poniente,
ola que empuja al mundo con su soplo
de hierba derramada por el valle!
¡Ola de plenitud que nos envía
el silencio movable de las aguas
y el recostado aroma del recuerdo!
¡Ola que vuelve hacia nosotros árboles,
y entreteje las ramas silenciosas,
y suspende su juego verdeante,
mientras el corazón recibe alegre,
la luz y fresca sombra del olvido!
¡Oh, fluye, fluye en mí, total marea
que moja cuanto soy de amor supremo!
¡Oh mosto tenebroso reposando!
del corazón de Dios, y dora el dulce
sabor de Sus entrañas, jugo vivo
de infancia, en donde pican los gorriones...!

Nació en Granada en 1910 y murió en Madrid en 1992. Miembro de la Real Academia Española. Poeta y crítico, perteneciente a la Generación del 36. Tras los poemarios Abril (1935) y Retablo sacro del Nacimiento del Señor (1940), aparecen La casa encendida (1949) —su libro fundamental—, Rimas (1951), los poemas en prosa de El contenido del corazón (1969), Segundo Abril (1972), Canciones (1973), Como el corte hace sangre (1974), Diario de una resurrección (1979). Este último libro tiene contenidos existenciales en medio de una estructura de experimentación para conjugar clasicismo y vanguardias. La soledad, el dolor, la muerte, la desolación, la incomunicación tiñen la existencia del hombre que vivió una guerra dramática y una posguerra no menos dramática. Los últimos libros publicados por el poeta fueron una especie de testamento poético: La carta entera (1980), Un rostro en cada ola (1982) y Oigo el silencio universal del miedo (1984).

De cómo el hombre que se pierde llega siempre a Belén

De noche, cuando la sombra
de todo el mundo se junta,
de noche, cuando el camino
huele a romero y a juncia,

de noche iremos, de noche,
sin luna iremos, sin luna,
que para encontrar la fuente
sólo la sed nos alumbra.

Misericordia

Misericordia quiero y no sacrificio.

San Mateo, XII.V

Señor, Señor,
gravitación de horizontes en sereno equilibrio,
playa de soledades donde el cielo y el mar fueran estatuas,
mansedumbre sin voz, hierba de siempre, sosiego de mis ojos,
escúchame:

tú sabes que yo nunca he negado el presente
y el presente eras tú cuando yo te buscaba
por los rincones de mis ojos heridos,
por la corriente viva de las aguas empapadas de cielo,
y en la nieve,

a ti, Señor,
amor sin determinaciones,
presencia sin instante
a ti, Señor, en la nieve absoluta;
nunca en el mar

porque el mar nos lleva lejos de ti,
nos aísla, nos hace dioses sobre la arena de la playa,
por su oculto brillar de premura en acopio,
por la ciega oración de los sentidos;
nunca en el mar

donde nacen las olas con los labios cerrados,
porque el mar quiebra su línea para no espejar el cielo,
y yo te busco, Señor, Dios de misericordia,
con los ojos anegados en llanto,
sin saber nada, sin desear nada,

pero también sin olvidar nada para entregarme a ti.
Suprime mi sonrisa, cámbiala por el gozo:

esa sobria y precisa alegría que no turba ni ofende,
suprime mi sonrisa, Señor, hoy que comienza
esta ascensión callada por la fiebre del pasmo;
dime, dime, Señor, ¿qué es este gozo mío?,
¿por qué sabe a madera mi voz cuando te nombro?

¿por qué un cuerpo de hombre se desdobra en la sombra?;
dime tú, luz rendida, advenir sosegado,
¿a qué suerte de visión encendida le llamamos amor?,
¿no ha llegado la noche donde todo se junta?,
cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

He aquí que fue el silencio el primero de tus dones,
era el silencio:

tierra sin hierba en noche estremecida,
después sólo tus ojos entre el ser y la nada;
¿qué evidencia de amor movió tu lengua?;
era el silencio,
toda la tierra en éxtasis como un mar asombrado;
fue cántico la vida porque el silencio era
sobre el haz de las aguas la unidad de las cosas.
Comprended

que el silencio es como una oración inmóvil,
como el desangrarse de un corazón;

oíd, montes, mares, islas:
he aquí que el silencio es amor;
yo lo pongo a tus plantas y con él la norma,
la intención de perseverar en el instante puro;
no lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.

He aquí que ahora tengo un amor abandonado a ser puro
[instante supremo,

un amor cuya sola presencia era ya una oración;
fue tránsito en sus ojos la ceguera del agua,
y vibraba en su piel
el vaho manso y caliente que desprenden los lirios;
todo por ti, Señor, pura brisa sin norma,
porque el amor es como un gran desierto lleno de tu presencia,
cielo postrado, mar sin orillas, alba,
su soledad fue abriendo una puerta en el viento;
todo por ti, Señor, total forma gozosa,
vivido, dulce, grave, transparente y herido:
hay que ordenar la espuma y dejar correr el agua;
oíd, montes, mares, islas:
era el amor,
sin nada,
el milagro sin límites de su ensimismamiento;

yo lo entrego en tus manos de nieve y llanto míos,
con él te ofrezco el universo entero;
no lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.

Aún me brindaste el don del llanto,
fue impotencia de ser como Tú deseabas,
cristiana certidumbre de sentirse incompleto;
fue vanidad de perfección, decía:
Yo no burlaré el dolor;
y era el llanto, Señor, la oración de la carne,
Tú tan sólo comprendes esta impureza mía
porque nada me ha engañado tanto como mi sinceridad;
no lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.

He aquí que aún me queda el dolor,
ese dolor conmovido y callado que tienen los puertos
y las manos de los locos;
mis oídos y mi lengua olvidan las palabras,
gasta el dolor mi cuerpo como un leño encendido,
y yo pregunto, yo, hombre tan sin consuelo,
nacido de mujer, nacido para siempre,
para siempre, Señor, por la iluminación de tu misericordia;
yo pregunto: ¿qué es el dolor?;
oíd, montes, mares, islas:
yo no he de hablar con amargura de mi alma,
porque el dolor no es la sombra de tu cuerpo
sino tu cuerpo mismo,
tu cuerpo de cristal encendido tan claro:
el dolor es la llama de tu visitación.
Yo lo pongo a tus plantas y con él la soledad
donde mi propia carne se desposó conmigo;
soledad de la infancia que me hizo pecar tanto,
y que hoy vuelvo a sentir
como el descendimiento de la cruz donde estuve,
como el desprendimiento del peso de su cuerpo para el hombre
[crucificado.

Y he aquí que era la soledad mi última tentación;
Tú me escuchas, Señor, número tan divino,
total forma gozosa, presencia sin instante,
Tú haces rodar el sol por la pendiente del día
y has visto las estrellas abriéndose en el cielo,

Tú que afirmas mis pies en la tierra que pasa,
Tú que has puesto en la angustia de mis labios de hombre
una sola palabra de temblor aterido;
todo te lo devuelvo para quedar desnudo
y ya, sin voz, ante ti, te pido que no apagues
la hora mansa y la paz de mi entrega absoluta;
no lloro lo perdido, Señor, nada se pierde;
oíd, montes, mares, islas:
gracias, Señor, por esta total nada serena que a mi inquietud le
[brindas,

sin un temblor,
humanamente solo,
misericordia pido, Señor, misericordia.

El pozo ciego

Bien sé la tristeza no es cristiana,
que ayer siempre es domingo y que te has ido;
ahora debo reunir cuanto he perdido,
nieve niña eras tú, nieve temprana

jugando con el sol de la mañana,
nieve, Señor, y por la nieve herido
vuelve a sentir mi sangre su latido,
su pozo ciego de esperanza humana.

¿No era la voz del trigo mi locura?
ya estoy solo, Señor, y ahora quisiera
ser de nieve también y amanecerte;

hombre de llanto y de tiniebla oscura
que espera su deshielo en primavera
y esta locura exacta de la muerte.

Dios está cerca, el trigo
se dobla como un ángel
anunciador que siente
la bendición del aire;
los chopos encendidos
de amor en el paisaje,
la aves que mantienen
su vuelo penetrante,
la nieve peregrina
del arroyo en el valle:
siento un gozo tranquilo
que destierra mi carne,
puede ser la vez última
que recuerdo tu imagen.
Cándidamente ilesa
se restaura la tarde
que el poniente ha dorado,
y en el silencio grave,
un viento sin sonido
pero glorioso y ágil
decora alegremente
los grises olivares
al contraluz de plata
campesina y afable,
y pienso que la muerte
tendrá sobre mi carne
la clara valentía
del viento entre los árboles.

A Luis Felipe Vivanco

Yo te alumbraré la fuente
del corazón que tenía
entre tu sangre y la mía
repartida su corriente,
y ya, cuando humanamente
Te adentres en la mirada,
yo arregazaré en la entrada
de mis ojos noche y nieve
plena de sentirse leve
sosteniendo Tu pisada.

Todo en el mundo ha cesado,
todo, y el mar tembloroso
es ya un espejo en reposo
de Tu semblante nevado;
ya el silencio, abandonado
de sí, memoria de plata
del corazón, se desata
hacia Ti con insistencia,
sin comprender Tu presencia,
ya, por sencilla, inmediata.

La soledad: Todo abierto,
¡qué silenciosa eficacia!
el mundo solo; la gracia
puebla y despuebla el desierto
del existir, y es tan cierto
mirar como ser herido,
y sé que el dolor ha sido
llama y que Dios es su centro
y al pensar en Ti me encuentro
desclavado y desprendido.

Un nuevo origen me espera,
colmo de sombra nevada,
agua en la noche imantada,
nieve absoluta y primera;
¡qué decidida ceguera
el sí como nieve al fuego!
necio por Ti, por Ti ciego!,
si es cal la nieve en Tu albura,
guarda mi humana locura,
Señor, cuando a Ti me entrego.

Rafael de Balbín Lucas

Nació en Alcañices (Zamora) en 1910. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras y catedrático de la Universidad de Madrid. Perteneció al grupo fundador de la revista Arbor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Autor de libros de poemas como Romances de Cruzada (1941), Dios con Dios (1951) y En busca de la mañana (1964). Autor también de estudios sobre Bécquer, la poesía contemporánea y la rítmica castellana.

Canto a la tierra

Aquí, sobre estos libros y papeles
varados en la noche silenciosa,
me ha llamado mi Dios. Su voz gozosa
baja de los callados anaqueles.

Horas oscuras goteando fieles,
la madrugada suben fatigosa
y encienden mi trabajo con la rosa
de luz que planta el día en sus cancelas.

En ti, materna tierra desvelada,
siente de mi amor veré nacida
y vivirá a mi Cristo en mi jornada.*

¡Campo de mi esperanza estremecida,
ventana de mi Dios a la alborada!
¡Tierra, escalón abierto hacia la Vida!

En el fondo del día muerto
queda como rescoldo frío y blando,
el silencio salino de la ría
y el húmedo rocío de los prados.

La tarde se me escapa por los cielos,
como encendido pájaro
que rompe, con su vuelo libre,
la cárcel entreabierta de mis manos.

El sol, como ternero rubio
que trisca y vive por el campo,
saltó los montes de oro,
y huye ligero y alto.

La marea, de plata soleada,
huye a la mar, como los bandos
de las gaviotas grises y veloces
al áspero sonar de los disparos.

Y el viento del noreste vespertino,
fugaz se aleja por los álamos,
con el correr tendido
de los sedientos, ágiles venados.

¿Y yo me quedo al borde de la noche,
en la sombra sentado?

¿Dónde va el sol, en su marchar constante?
Y el agua, ¿dónde en sus caminos anchos?
¿Y por qué con la luz, y el mar y el viento,
hacia las fuentes de mi Dios no escapo?

Nació en San Juan de las Abadesas (Gerona) en 1911. Estudió Clásicas y Filosofía en Italia. Jesuita, ejerció la docencia en diversos países. Murió en 1985. Su obra poética está dotada de una sensorial transparencia, con un aire "franciscano" por su ternura, alegría y limpieza. De entre sus muchos títulos destacan: Arca de fe (1946), Madrigales del nacimiento del Señor (1948), Del ángel y el ciprés (1950) La hora de los ángeles (1952), Viento y estrellas (1963), Me acercaré a su fuego (1966), Hay un valle en mi infancia (1969), El pan mío de cada día (1976).

Oración de una tarde de otoño

Todo en estado de oración parece:
el camino, los álamos, el río,
en este atardecer iluminado
de serena ardentía del otoño.
La santidad que empapa todo el aire
rebose de los cielos como de ánfora,
y se filtra en las venas del deseo.
Todo sube en afán contemplativo
como a través de transparencia angélica,
y lo más puro que hay en mí despierta
sorbido por vorágine de altura.
Tiene alas la tarde, unción y llama.
Todo yo en la plegaria he naufragado,
se levantan mis manos como lámparas,

frota mis labios un celeste fuego,
por el silencio el corazón respira.
Se ha encendido el crepúsculo en mi frente
y la lumbre de Dios transe mi carne.

Oración desde una azotea ciudadana

Amanecer de otoño. Paz de fiesta.
El tránsito aún no asorda.
La vida empieza algo más tarde. Duerme.
Es grato el paladeo del silencio
donde imperaba el tráfago.
Parece otra ciudad, desconocida.
La madrugada pura del otoño
como en esfera de cristal la envuelve.
El mar es claro, palpitante el cielo,
limpio el perfil del monte.
Parece una conciencia liberada
de adherencias de estío.
Chimeneas, depósitos, antenas
—alcándara de cita de palomas—,
asfaltos relucientes, solitarios;
cual párpado de sueño, las ventanas
y balcones cerrados.
Descanso de los hombres, del trasiego
de nuestra vida de hoy, agotadora.
Este vértigo exige su reposo.
Duerme el cansancio, la bondad, la vida.
Duerme la lucha, la maldad, el dolo.
Duerme el hombre y su afán y su miseria.
Ten compasión, Señor, de la aventura
de cada uno con su vida a cuestas.

A modo de soliloquios atendidos

1

Puede que de arco en flor o espina en seto
sea mi entrada a Ti, Señor. No importa,
con tal de penetrar en tu misterio.
Atraes, exigente. Más, seduces.
Y son extrañas luego tus veredas:
hermosuras de aurora, de recodos,
grutas adivinadas que iluminan
sol interior iris, indefinibles,
sendas claras de espigas y amapolas,
setos de lirios, brisas para el sueño
donde los serafines tienden alas.
Y caminos al Huerto del Olivo
del desolado mineral y polvo,
o subidas al monte del vacío,
o remates de cruz en que los leños
son sangre, soledad y desamparo,
y el clamor un sollozo en el desierto.

No me importa, Señor,
con tal de penetrar en tu misterio
de Dios inabarcable,
el que no deja en paz y sacia siempre.

2

Sabor de Ti, Señor. Sabor interno
como aquel que quería San Ignacio,
mi padre,
tan poco conocido,
tan mal interpretado.
Rendirse como esponja al filtro lento
de comunicación, la tuya, que entra
como insensiblemente y que trasmina

tu sentido de Dios. El que hace luego,
desde su brasa y su rescoldo vivo,
transver el mundo, sus locuras y hechos,
su dramático absurdo
que a tantos... desconcierta,
con esa luz de largos horizontes
que atraviesan el tiempo.

Y me siento sereno en tu silencio,
ese callar de Dios, tan misterioso,
ante el delirio y estallar demente
de humana insensatez y fuerzas ciegas
de un cosmos desbridado.

Desde un hondón, ve mi alma, recogida,
entre la inmensa sombra que nos cerca
una clara certeza y esperanza.

3

Se enfureció la selva,
se enredan los caminos,
arranca el ventarrón en su vorágine
las hojas y destronca hasta a los robles.
Es niebla el sol, el río y puerta, muro.

Pero queda, allá arriba, a una asequible altura,
una esfera de azul, para el vuelo, segura.
Y abajo, allá en un soto recogido,
lanillas donde puede un zorzal hacer nido.

4

De lo fugaz soy invencible obseso.
¡Con qué vértigo el tiempo y todo pasa!
Y el remonte de vida lo acelera.
Y mi instinto se engarfia, irresistible,
al ansia perdurable.

Oh rosas, deshacéos.
Aventa, primavera, tus frondajes.
Verano, suelta tu riqueza.
De frutos y cansancios
despoja, otoño, tus ramajes.

Ven, oh desnudo invierno,
lleguen las desnudeces de la esencia.
Esos despojos me hablarán de eterno.

5

Tengo días, Señor, en que se encrespa
mi porfiado pensar ante la niebla
del mal del mundo y de misterio tanto
que no consigue perforar la mente.
¡Cuánta pregunta se me eriza y hiere
hasta la sangre a veces...! Solamente
cuando en amor y fe cae mi frente,
rendida en humildad y en esperanza,
y dice el corazón: — "Señor yo creo",
y en tu mar de bondad, ciego, se lanza,
aquietado el pensar, sosiego alcanza.

6

Tú eres el siempre abierto.
Nada es monotonía en lo divino.
Andar por tu vereda es la sorpresa.
Eres paso y morada,
eres gozo de andar, paz de reposo
y perpetua ilusión de la promesa.

7

Señor, esta mañana, aquí me llegan,
mañanita de mayo, abierta apenas,
aquí, en la alta capilla de la casa,

el despertar de la ciudad, su ruido
—trepidación, motores, prisa urgente—
pero atenuada por la altura;
y el matinal chirrido de vencejos
que ovillan sus aéreas alegrías
en la luz del espacio.

Dos sones bien distintos que atraviesan
mi oración mañanera en tu silencio:
el de humana inquietud, de vida en lucha,
y el del vuelo sonriente de tu obra,
presencia de hermosura renovada.
Uno y otro, Señor, como dos voces
de estímulo diverso
que se funden en una en mi plegaria.

8

Cuando, desde el altar de celebrante
y desde el barro mío, quebradizo,
idéntico al de todos,
les digo a mis hermanos que me envuelven:
“El Señor con vosotros”, bien abiertos
en ademán de dádiva los brazos,
salta de mi pobreza la divina
omnipotencia que mi barro enciende.
¡Siento que eternidad de mí fulmina!

9

*“Breu és la mort, no solament les roses,
i amor, inextingible flama”.*

Josep M^a Boix Selva

Que sí, que son efímeras las rosas.
Y, por ello, tan bellas.
Supremo encanto de la vida breve
de las cosas hermosas.
Un destino de muerte y de hermosura:

un fugaz diluirse de la nieve,
un perderse en la hondura,
voraz y azul, de errátiles estrellas.
¡Efímeras las rosas!

Y la muerte también es, Señor, breve.
Es brevedad de rosa,
si sabe del amor con que se inflama
un poder de ternura que se atreve,
¡sola ella!, ternura poderosa,
a volver lo fugaz inextinguible llama.

10

También en la ciudad la tarde muere
más sin la placidez de campo y pueblo.
El ocaso del sol es arañado,
Señor, por los rastrillos
de tanta antena,
y sus matices de color, tan bellos,
remendados de cubos de cemento.

Y no se extingue poco a poco el día
relajando el trabajo y vuelta a casa,
al calor del hogar, a lo sencillo
de una dicha serena,
de unos afectos puros.

Se enfebrecer el ruido de la tarde,
fosforecen “nigh clubs”, turbias promesas,
vociñeras películas audaces,
y prosigue el trasiego de las ruedas
en entrecruce loco. No se escucha
sobre una paz irregular de tejas
el recogido toque de los “Angelus”
que da sosiego de alas a los labios
y vertical de llama a nuestro espíritu.

En la calma de luz desfalleciente,
una luz de otro mundo en valle rosa,

y en un trípode sumo de tercetos,
Dante elevó hasta el cielo con el coro
de almas selectas suplicante canto.
¡Qué dulce gravedad esta plegaria,
su oración del crepúsculo!

11

Tengo necesidad de comentarlos
contigo estos silencios diferentes
que ha vivido mi vida.

Señor, hay un silencio
de timidez de niño
que torturó mi infancia: aquel silencio
de pequeña injusticia
y el de descubrimientos misteriosos;
silencio de añoranza
a la primera salida de mi casa;
silencio de las tardes de domingo;
de las afueras solas del poblado;
del patio de la escuela
después del alboroto de los juegos;
de la nave, tan grande, de la iglesia;
silencio arrepentido
después de regañina de mi madre.
Aquel silencio casi de éxtasis,
tan denso, al darme cuenta —vez primera—
de la hermosura,
un extraño silencio, un dulce llanto.

El silencio solemne, ya más tarde,
de cumbres del Pirene y de los Alpes
con sus moles inmensas y sus hielos,
sin sonidos de pájaros
ni rumoreo de hojas;
silencio de aguas quietas de los lagos;
silencio de los prados con esquilas;
silencio del hayedo que agudiza
desde abajo la nota repetida

de las voces del cuco;
silencio del crepúsculo con “Angelus”;
silencio del invierno y de la nieve.

Silencio de aquel sótano oloroso,
tan lejano del mundo;
silencio de la noche que un ladrido
o un grito inesperado agranda tanto.

Silencio seco de aquel claustro inmenso
en soledad del Sur de horas solares;
el cálido silencio de las siestas
de mis tardes del trópico;
silencio de la inercia y la indolencia;
silencio de la playa
después de una tormenta.

Silencio tenso de la culpa vista;
silencio de ilusión y de la espera;
silencio inquieto del enfermo solo;
silencio del cansancio y la impotencia,
silencio del abrazo del encuentro.
Pavoroso silencio
ante el primer cadáver, muy querido...

Rico silencio de la frente en búsqueda;
del hallazgo gozoso de la idea.

Y estos otros silencios interiores
—gracias, Señor, por ellos—
de dolorosa aceptación, de entrega
a unas disposiciones que no entiende
mi limitada inteligencia humana;
silencios indecibles
de experiencias de Dios, de tu grandeza,
de tu ternura y del saboreo
de posesión y de adivinaciones
de tus supremas esperanzas.

12

¿Qué remedio, Señor, puedo llevarles
al fraterno dolor y a la miseria
que a mí se acogen?
¡Qué pena mi impotencia!
Conviértela, Señor,
en fruto de plegaria.
Puedan sentir por ella estos hermanos
el calor dilatado de tus alas.

13

Si un imposible atroz me comprobara,
Jesús, que tu existencia es de quien sueña;
para aplastar mi infinitud pequeña...
el desplome del cosmos no bastara.

14

Lo olvidaba. La cruz, sea cual fuere
su leño es, Señor, dura.
Pero al que, generoso, a ella se adhiere,
le empuja en vuelo de águila a la altura.

15

A Jesucristo en cruz

La herida de tu pecho se ha alargado
con longitud de Dios... Tal es su entrada.
Dale indulgencia al débil, remisión al malvado.
Tan ancha es la acogida, Señor, de tu enseñada.

16

Muchos de mis amigos van llamando
ya, Señor, a tu puerta.

Vida, Perdón, Verdad, por Ti esperamos
en tu palabra cierta.

Como tus brazos de entrañable padre,
que la encuentren abierta.

17

Con cada amigo que se muere, muere
también algo de mí; trozo de vida
que para siempre se quedó perdida.

Nos poda la existencia y nos requiere
este expolio exterior, mientras nos deja
más marcada en el alma punta y reja.

Pero siento más lámpara encendida
aquí y Allí, con los amigos muertos.
Aquí y Allí, por los efectos, ciertos
ya por encuentro vivo en nueva vida.

Vida, Señor, a Ti debida.

18

Ya han muerto todos los de mi familia:
mi padre y madre y mis cuatro hermanos.

Unas veces me siento
flotando en un extraño desamparo,
otras, Señor, en cambio,
desde Arriba arropado.

Este sueño, tan sueño, que es la vida,
y esta verdad, tan real, que es la existencia,
¿cómo tan hondos logran ensamblarse
que a par, Señor, me siento
un irreal sonámbulo
y un latir comprobado y verdadero?

20

Ya se alargan las sombras de mi tarde,
advierdo ya cómo mi luz declina.
Yo creo en Tí, Señor, y sé y espero
que mi ocaso amanezca en tu gran día.

21

*Del sacramento de la Unción de los
enfermos.*

Que la última tarde de mi vida
quede de tu perdón, Señor, ungida.

22

Mi bautismo, Señor, fue abrir tus brazos.
Y mi muerte, Jesús, así lo espero,
será un cerrarlos en abrazo.

*"...jusqu'à ce que les ombres s'étant
évanouies, je puisse vous redire mon
amour dans un face à face éternel!"*

Santa Teresa de Jesús Niño

Se desvanecerán, Señor, las sombras.
Me parece imposible.
¡Vivimos entre tantas!
Del despertar de la razón, palpamos
el enigma del mundo, los enigmas,
mejor. ¡Y son tan densos! Solamente
cuando tu fe, como una aguda punta
nos atraviesa, vislumbramos
la aurora. Adivinamos algo nuevo
que no sea tiniebla. Presentimos
la gloria, la hermosura
del sol.
De un sol distinto, fulgurante y pleno.
Pero, mientras andamos por el mundo,
es peregrina nuestra vista,
no descansa en la luz como en su puerto.
Que no es aún la hora de llegada.
De aquí que cuando esta hora llegue
sabré del estallido de delicia
de luz total, desvanecidas todas
las sombras que me envuelven,
¡oh luz de Dios, oh bienaventurada!

Entonces rendirá todas sus velas
mi amor en un eterno cara a cara.

Bendición nupcial

Dios, Padre del Amor, os ha juntado
fundiendo en uno vuestro amor diverso.
Que Él os dé a comprender —raíz divina—
que cabe en el amor el universo.

Al príncipe Próspero Colonna

Solamente mirando, Señor, desde
tu luz que ha penetrado en mis entrañas,
luz de Belén y del Calvario, puedo
meditar sobre el tiempo, sin hundirme.
¡El tiempo! ¡Qué palabra aterradora
para el que piensa, siente o ama! Cuánto,
niño aún, me imponía su grandeza
—aquel muerto que pasa, conocido...—
Ahora que mi tarde ya declina
y advierte no lejana ya la noche,
se me hinca más el pensamiento suyo.
¿Qué es el alinearse, desolado,
de momento y momento cual falange
transitoria que pasa y se disuelve,
más que pompa en el aire, en el vacío?
Momentos temporales, homicidas
cada uno del otro y en cadena:
 el precedente
para volver pasado al que le sigue,
 y luego éste, pasando,
también hundirse, para dejar sitio
 al inmediato que urge
y que ya llega mortalmente herido.
Anunciarse, fluir, desvanecerse,
¡y mi vida en su urdimbre, inexorable!
Qué rápido el ayer, el hoy, mañana,
 los meses y los años.
Son ríos nuestras vidas que discurren,
lamentaba, dolido, aquel poeta,
y van a dar al mar... La imagen líquida
de su fluir constante, gota y gota,
lenta o veloz, mas siempre inevitable,
traduce esta verdad que nos aflige.

Veo el oro, alba y rosa, de mi infancia,
los años que esperaba el mediodía
de plenitud solar, cuando la cima
de vida humana alarga el horizonte
en circular visión, cenit maduro.
Y luego la pendiente se hace rápida
como el sol que tramonta sin apenas
crepúsculo en el trópico. El otoño
veloz en entregar sus hojas de oro
al viento y a la nieve y al silencio.
¡Cómo, Señor, al avanzar, se entiende
la fluencia desolada del filósofo,
y el lamento de Job de vida breve!
Llegar, pasar, partir, ¡qué fiel emblema,
 real de la existencia!
El gozo ilusionado de una fecha,
 de un viaje a tierra ignota,
de algo que sueña el corazón, iluso,
tiene paso de flor en rauda instante.
Cuanto puede medirse con el tiempo
es suspiro en el viento, un soplo, nada...
Y con todo, Señor, cómo se aferra
mi ser a esta existencia. No tengo otra.
Y considero un don haber entrado
en la pista del tiempo. Me permite
conocer la grandeza de este mundo
y su limitación, que, al aterrarme,
me da vislumbre y hambre, hambre insaciable,
de lo que no perece, de una vida
 sin fin, con otro canon,
 y en plenitud completa.
Me hace soñar lo eterno.
A la hondura y temura
de mis grandes afectos ¿solamente
puede seguir la crueldad de un corte?
Mi avidéz de hermosura ¿ha de quedarse
 en hambre insatisfecha?
y la de la verdad y de la vida,
¡oh anhelos afilados, entrañados
en mi médula de hombre, indeclinable!,

¿han de ser una burla,
y frustración de hiel, de hielo y sangre?

Resortes de mi fe, ¡cómo me empujan!
Solamente mirando, Señor, desde
tu luz, la de Belén y del Calvario,
el misterio del tiempo se me aclara.
Por Belén Tú has entrado en la medida
temporal, y el Calvario te abre otra
que es para mí también. Dios en el tiempo.
¡Dios medido entre fechas como el hombre!
Su eternidad en lo fugaz se injerta
para hacer lo fugaz inacabable.
Pasado y porvenir con el presente
ensamblados en uno, contagiados
de tu eterno presente, Dios eterno.
El tiempo mismo queda redimido,
disparándose, vivo, hacia un futuro
de eternidad presente, que es la tuya,
Dios inmutable.

En mi ritmo doliente de bajada
continua, temporal, crece en secreto
ya una vida muy bella
que ignorará la muerte.

Que, por mi fe, en mí vive, y no conoce
linde final ni ocaso doloroso.
Dios de bondad, mi Redentor amable,
que el corazón del tiempo has abrazado
sumergiéndolo en Ti y comunicándole
tu vida incomparable. Señor, ¡gracias!
Mi angustia ante lo efímero se encalma.
Agua del pozo de Jacob que brota
en chorro inextinguible y no permite
que más sed me torture.
Ya, tú, tiempo fugaz, no me desgarras
el corazón, que inclino
calladamente en oración de gracias
en la luz de Belén y del Calvario,
mi Jesucristo Dios,
mi Jesucristo hombre,
el de ayer y el de hoy, el mismo siempre,
inmutable en los siglos.

Con este seudónimo publicó sus obras el escritor Miguel Alonso Calvo. Nació en Humanes de Mohernando (Guadalajara) en 1913 y murió en 1994 en Madrid. Procedía de una familia de origen humilde y estuvo encarcelado al final de la Guerra Civil. Su poesía tiene reminiscencias del existencialismo quevedesco y unamuniano y manifiesta una gran preocupación por la ética. Obras suyas son: Defensa del hombre (1950), Palabras mayores (1952), Canciones (1952), Tierras de España (1955), Del amor de cada día (1956), La madre (1958), Poemas de andar España (1962), Fuente serena (1965), Herido ver (1966), Apelación del tiempo (1968), Los que viven por sus manos (1970), Libro de Tobía (1976), Decidido vivir (1976), Memoria amarga de la paz de España (1978).

Hombre en soledad

Contigo vengo, Dios, porque estás solo
en soledad de soledades prieta.
Conmigo vengo a Ti, porque estoy solo,
sintiendo por el pecho un mar de pena.
Qué tristeza me das, Dios, Dios, sin nadie
que te descanse, Dios, de tu grandeza,
que te descanse de ser Dios, sin nada
que te pueda inquietar o te comprenda.
Qué tristeza me doy, perdido en todo,
y todo mudo, tan lejano y cerca,
cada vez más presente ante mis ojos

en un mutismo que no se revela,
con el corazón loco por saberte,
preguntando en la noche que se adensa.
Con voz de espadas clamo por mi sangre,
rebusco con mis manos en la tierra
y escarbo en mi cerebro con mis ansias.
Y silencio, silencio, mudez tensa.
Dios, pobre mío, todo lo conoces.
Para Ti todo ha sido: nada esperas.
Hasta lo que me duele y no me encuentro
Tú lo conoces ya, porque en mí piensas.
Yo no conozco nada, Dios, y tengo
socavones de amor llenos de inquietas,
oscuras criaturas que me gritan
palabras, no sé donde, que me queman,
preguntas que me tuercen y retuercen,
sábana viva chorreando estrellas.
Qué compasión me tengo, Dios, pequeño
llamando siempre a la inmutable puerta
con las palmas sangrando, a la intemperie
de mis luces y dudas y tormentas.
Qué compasión te tengo, Dios, tan solo,
siempre despierto, siempre Dios, alerta,
sin un pecho bastante, Dios, Dios mío,
que ofrezca su descanso a tu cabeza.
Cómo me dueles, Dios. Cómo me dueles,
herido por la angustia que te llena,
sin poder descansar, sin caberte
en mis entrañas ni aun en mis ideas.
No puedo más Contigo, que me rompes
creciendo por mi dentro y por mi fuera,
cercándome, estrechándome, ahogándome,
dejando, sin saberlo, en mí tu huella.
Y soy hombre, Señor. Soy todo caspa
de angustiosa esperanza contrapuesta,
arcilla informe de reseco olvido,
quizá, capricho de tu indiferencia.
Señor, qué solo estás. Cómo estoy solo,
yo con mi carga insoportable a cuestas.

Tú, con todo y sin nada —¡todo, nada!—
más que Tú, Dios perdido en tu grandeza,
muerto de sed de amor de algo supremo,
Dios, algo que te alegre y que te encienda.
Sin nada superior a Ti creado,
mi voz alzada al límite no llega
a rumor que resbale por tus sienas,
a brisa en tus oídos, que se secan
de no oír desde nunca una palabra
que antes de estar en hombre no supieras,
pobre Creador, Dios mío sin sosiego,
preso en tu creación, en diferencia.
A Ti vengo, Señor, porque estoy solo,
a veces aun sin mí. Pero no temas,
Señor que has puesto en mí necesidades
sin darme el modo de satisfacerlas.
Perplejo, recomido de inquietudes,
de Ti tengo dolor; de mí, conciencia
de ser como no quiero: ser inútil,
vana palabra, humana ventolera
con sabor de cenizas y de ortigas
clavándome alfileres en la lengua,
y un huracán de vida por la carne
que no ha encontrado carne que florezca.
Versos, versos, más versos, siempre versos,
¿y para qué, Dios mío? Dentro queda
una fuente de llanto sofocado
minándome la hirviente calavera,
sin encontrar salida a la congoja
cada vez más patente. Y todo niebla.
Contigo vengo, Dios, porque estoy solo;
me huyes cada vez, más te me alejas.
¿No tienes qué decirme, Dios, qué darme?
¿No ves, Señor, no ves, Dios, cómo tiembla
este vaho que se alza de mi vida,
hierbecilla perdida que se hiela?
Encallece mi alma, Dios. Haz dura
la mano y la mirada: hazme de piedra.
Quitame el sentimiento que me escuece.

Borra, Señor, con sol, mi inteligencia.
Déjame en paz, en flor, en roca, en árbol,
en muda, resignada, dulce bestia
caminante con ritmo y sin sentido
por un mundo de instintos e inocencia,
o dame con la luz aquel sosiego
original del prado que apacientas.

Tránsito

Yo soy aquel que un día
cantó al amor llorando de alegría.
Hoy, si canto, no lloro,
que la tristeza no le va al decoro.

Bajo un agua serena
fluye la llama viva de esta pena
donde en ansias me muero
de esperar sin querer lo que no quiero.

Fui canción sin sentido,
y alcancé a lo más alto a que he subido,
y más allá del fuego
miré pasar a Dios, y quedé ciego;
que la razón se alcanza
cuando hay que abandonar toda esperanza.
Después caí del cielo
con rocío en las alas ya sin vuelo
a noche asoladora,
yo que empecé a volar con el aurora.

Y aquí estoy, mientras llega
el final de mi vida, y se me siega
hecho espiga madura
de luz que hizo canción de su negrura.

José García Nieto

Nació en Oviedo en 1914. Es miembro de la Real Academia Española. Fundó la revista *Garcilaso* en 1943. Es uno de los poetas representativos de la corriente neoclásica de posguerra. Su primer libro de poesía es *Vispera hacia ti* (1940). Otros poemarios suyos son *Del campo y soledad* (1946), Primer libro de poemas (1951), Segundo libro de poemas (1951), *Tregua* (1951), *Sonetos para mi hija* (1953), *La red* (1955), *La hora undécima* (1963), *Memorias y compromisos* (1966), *Hablando solo* (1968), *Los cristales fingidos* (1978), *El arrabal* (1980), *Galiana* (1986), *Carta a la madre* (1988). Su poesía tiene una gran perfección formal, con vetas de neorromanticismo y de preocupación estética. Y sirve adecuadamente para expresar la serenidad, la fe viva, una fe que da paz y esperanza. Dios, el mundo y el hombre aparecen en una religación constante.

Porque voy hacia la belleza...

Porque voy hacia la belleza
y no sé desde dónde canto,
y un solo nombre me sostiene
y una sangre riega mi mano,
se ciega a veces mi sonrisa
y ante un oscuro abismo hablo.
Señor, la forma de mi palabra,
la delgadez con que mi labio
roza las cosas de la tierra,
dime ¿qué son bajo tus astros?

Este mismo cielo de ahora
me ha cubierto de amor. Un árbol
fui, con ramas llenas de vida
entre las alas de los pájaros.
No te miraba, Señor; yo era
como una piedra de tu gran lago.
Tú me arrojaste —¿desde dónde?—
y yo caí entre los milagros.
Limpias miradas de muchachas,
sol renaciente de los campos,
amistad de las criaturas,
todo fue para mi regalo.
Y dije. Sí. No me preguntes.
Hablé a los hombres y me hablaron,
y conocí el dolor del mundo
y una tarde miré a lo alto.
Y no te vi, Señor, y estabas,
y conducías tus rebaños
donde yo iba confundido,
pero ya por Ti señalado.
Empezaban a ver los ojos,
y a ensayarse en el trigo el brazo,
y a caminar el pie con rumbo,
y a conocer la sal del llanto.
Y la carne de las muchachas,
y la cizaña del sembrado,
las vecindades de los hombres
en sus fauces me aprisionaron.
Canté y te hablé, pero raíces
de la tierra, potentes lazos,
me tenían, me sujetaban
a su tristísimo reinado.
Y aparecieron torpes ruinas
allí donde los frescos álamos
ponían sombra al dulce río
tan insistente y entregado.
Es tarde ya para el silencio,
tarde para volver. Te llamo,
grito, Señor, y te pregunto:
¿en qué hondo valle me has dejado?
¿a qué noches de olvido llevas
mi palabra de desterrado?

Nacimiento de Dios

Y Tú, Señor, naciendo, inesperado,
en esta soledad del pecho mío.
Señor, mi corazón, lleno de frío,
¿en qué tibio rincón lo has transformado?

¡Qué de repente, Dios, entró tu arado
a romper el terrón de mi baldío!
Pude vivir estando tan vacío,
¡cómo no muero al verme tan colmado!

Lleno de Ti, Señor; aquí tu fuente
que vuelve a mí sus múltiples espejos
y abrillanta mis límites de hombre.

Y yo a tus pies, dejando humildemente
tres palabras traídas de muy lejos:
el oro, incienso y mirra de mi nombre.

La partida

Contigo, mano a mano. Y no retiro
la postura, Señor. Jugamos fuerte.
Empeñada partida en que la muerte
será baza final. Apuesto. Miro

tus cartas, y me ganas siempre. Tiro
las mías. Das de nuevo. Quiero hacerte
trampas. Y no es posible. Clara suerte
tienes, contrario en el que tanto admiro.

Pierdo mucho, Señor. Y apenas queda
tiempo para el desquite. Haz Tú que pueda
igualar todavía. Si mi parte

no basta ya por pobre y mal jugada,
si de tanto caudal no queda nada,
ámame más, Señor, para ganarte.

Eres, Señor. Y estás. Y así te vivo
cuando tu nombre hasta mi verso llega.
Entonces soy la tierra que se anega,
y tiemblo bajo el agua que recibo.

Como una miel que tercamente libo,
rebrilla tu palabra entre mi siega
de palabras... Ya sé; la cárcel ciega
de mi mano no es digna del cautivo.

Pero yo te convoco y Tú descienes;
toco la luz y el corazón me enciendes.
Luego te entrego a los demás, Dios mío.

Puente soy que a tu paso me resiento;
hambre tengo y te doy por alimento,
y abajo, con la muerte, suena el río.

La red

II

Se puede andar, y respirar, y, un poco
más difícil, pero también yo puedo
sentir como una sombra y como un miedo
por esa misma sombra. Y la provoco

cuando no acude. Oh, Dios; el hilo toco
de tu trama. Bien sabes que me enredo
si trato de escapar. Y con el dedo
me sigues... ¿O no hay nadie?... Gira loco

mi corazón sin norte. ¿Qué oscurece
tu presencia?... Yo puedo andar. Parece
que respirar también. Pero, la parte

de la sombra... Ilumíname. Descubre
tu tejido final... La tela cubre
mis ojos. Y estoy ciego por amarte.

III

Tú y tu red, envolviéndome. ¿Tenía
yo un ciego mar de libertad, acaso,
donde evadirme? ¿O era breve el vaso,
y más corto mi trago todavía...?

No podía ser otro; no podía,
siendo tuyo, escapar. Tu cielo, raso,
sin ventana posible. Y, paso a paso,
yo midiendo mi celda cada día.

Y, sin embargo, libre, ¡oh, Dios! Qué oscuro
mi pecho está junto a tu claro muro,
contándote las penas y las horas,

sabiéndose en tu mano. ¡Red, aprieta!
Que sienta más tu yugo esta secreta
libertad que yo gasto y Tú atesoras.

Olvidada entre tantas azucenas...

"Entre las azucenas olvidado"

San Juan de la Cruz

Olvidada entre tantas azucenas
dejé mi voluntad. Y Tú sabías
que todos los minutos de mis días
cerraban sucesiones de cadenas.

El forzado lloraba por sus penas,
y yo creía en Ti porque me herías;
tus manos se apretaban a las mías,
tus mares inundaban mis arenas.

Después pensé ser libre sin mirarte;
volví los ojos, ciego, a cualquier parte,
y en la distancia me encontré más vivo.

Haz Tú que el heridor vuelva a la herida,
que el mar vuelva a la playa oscurecida,
y a tu temida cárcel, el cautivo.

A José Luis Prado Nogueira,
cuarenta años después

"...por qué en la altura, en los
lejanos sembradíos, en una encrucijada
de estrellas y silencios no ha de esperarme Dios?"

J.L.P.N.

¿Por qué ha de ser en una encrucijada
de estrellas o silencios donde espere,
y no ha de estar aquí en la misma nada
que con su soledad nos cerca y hiere?

¿Te acuerdas? Nos llamaba diariamente;
puntual venía con la primavera.
Nos hemos hecho hombres torpemente;
pálida asoma ya la calavera.

Sentíamos su mano en nuestra mano
y a veces en la piel nos conmovía.
Era más cierto cuanto más lejano,
y el corazón, sin dudas, lo sabía.

Hay luz en una puerta que se cierra,
que cerramos muriendo en un deseo.
Vivimos, sin saberlo, en una tierra
de nadie. No; no hay nadie. A nadie veo.

En el bosque siguen creciendo ramos
que no nos cubren ya del mismo modo.
Tú y yo también nos vemos y no hablamos
creyendo que nos hemos dicho todo.

Cuanto más duro el arrabal, más lejos
parece que está Él, cuando se aloja
en la imagen final de los espejos,
cómplices de otro sueño, otra congoja.

¿Por qué en la altura?, ¿o es a ras del suelo
donde van indolentes nuestros pasos?

El mismo cielo ¿no será este cielo
de la tierra que tiembla en los ocasos?

Por la manera como el pan partía,
ellos reconocieron al Maestro.
¿No tendremos nosotros todavía
su mano entre la harina del pan nuestro?

¿Qué fue de aquellos ojos que miraron
una Cruz, y bastaba, un agua muda
y veían su rostro? ¿Dónde hallaron
la estrella de Rubén, alta y desnuda?

Estamos locos de inquietud y hastío,
sin encontrar una palabra nueva;
perseguiamos el agua por un río
y no pensamos que hacia el mar nos lleva.

El mar es Él, sereno e infinito,
asombro mantenido en las esferas.
No contesta jamás a nuestro grito,
pero nos precipita a sus fronteras;

al mar, al mar... ¡Qué trago indescifrable,
qué cárcel desatada y tenebrosa,
qué antiguo edén, terrible y habitable,
qué incomprensible y angustiosa rosa!

Caminamos —¿a dónde?— desunidos
por el bosque de lentas cicatrices;
estamos más arriba de los nidos,
más abajo de todas las raíces.

Porque apenas nos queda la fragancia
de la vida, tan dulce y despiadada,
pidamos, si es posible, la ignorancia
para empezar a amar desde la nada.

Si Él nos espera, lo hace oscuramente,
poniendo miedo donde amor ponemos.

Que nos lleve del todo y de repente
a ver si con la muerte lo entendemos.

En la sombra sin nadie de la plaza...

En la sombra sin nadie de la plaza,
la espalda de la armada y su silencio;
en la sombra sin nadie de la plaza,
aquel niño de Batres, mudo y quieto;
en la sombra sin nadie de la plaza,
mis hijos, solos, vadeando el sueño...
Y han pasado las horas, y las luces
distintas; los videntes y los ciegos
han pasado —la plaza está vacía—;
los torpes han pasado, y los despiertos,
y los del pie descalzo y la sandalia
rota; los de la cera, los del fuego,
los de la miel, los del dolor pasaron...
La plaza, sola. Un hombre, solo, en medio.
Del señor que llamaba, apenas queda
una huella levisima en el suelo.

Se detuvo en la arena como si algo
le faltara. Miró a su espalda. Luego
llamó otra vez. Y otra. Y todavía
otra. Pero ya nadie oía; pero
nadie abrió los balcones, las ventanas,
las torpes barricadas de su encierro.

El hombre, el hombre, qué delgada ruina,
qué abdicación, qué torre sin cimiento,
qué nube hacia otras nubes deshilándose,
qué carbón imposible hacia otro fuego.
El hombre, el hombre, el hombre, el hombre, el hombre,
qué redoble de letras en un cuero
rajado, qué bandera mancillada,
qué cristal defendiéndose en el cieno,
qué fuerza para nada, contra nada,

qué rama malherida por el viento,
qué triste perdidizo en la tristeza,
qué soledad en soledad naciendo...
El hombre, el hombre, todavía el hombre;
yo, el hombre, ya lo he dicho; yo, en el miedo
de un bosque, en las fronteras de una isla
—el agua junto al pie, y el alma al cuello—;
yo, el hombre, sí, yo mismo, yo, más solo
que tú, hombre como yo; tanto o más lejos
de la verdad que tú; más horas, años
esperando que tú, o acaso menos,
o acaso más...

Oh, qué torpeza el hombre;
oh, qué locura el hombre; oh, qué destierro,
qué cueva sin salida, qué raíces
sucias de tierra, qué turbión, qué dédalo,
qué picador en lo hondo de una mina
sin la luz encendida del minero...

El hombre, yo, lo he dicho ya, creía
que siempre habría más, que habría tiempo
para más... ¿Para qué, niño de Batres?
¿Para qué que no sea tu silencio
junto al pan en la tarde; con tus ojos
volcados en la nada, en Dios inmersos?...
El hombre, yo, junto al girar del cántaro,
que busca sin descanso, aquí, en el centro
de la plaza, a la orilla del arado,
o en el arado mismo, junto al hierro
resplandeciente de la vertedera,
¿está definitivamente ciego?...

Vas a pasar, Señor, ya sé quién eres;
tócame por si no estoy bien despierto.
Soy el hombre, ¿me ves?, soy todo el hombre.
Mirame Tú, Señor, si no te veo.
No hay horas, no hay reloj, ni hay otra fuerza
que la que Tú me des, ni hay otro empleo
mejor que el de tu viña...

Pasa...

Llama...

Vuelve a llamarme...

¿Qué hora es? No cuento
ya bien. ¿Es la sexta?, ¿la de nona?,
¿la undécima? ¿O ya es tarde?

Pasa...

Quiero

seguir, seguirte...

Llama. Estoy perdido;
estoy cansado; estoy amando, abriendo
mi corazón a todo todavía...

Dime que estás ahí, Señor; que dentro
de mi amor a las cosas Tú te escondes,
y que aparecerás un día lleno
de ese amor mismo ya transfigurado
en amor para Ti, ya tuyo...

El ciego,

el sordo, anda, tropieza, vacilante,
por la plaza vacía.

Ya no siento

quién soy. No me conozco...

¡Grita! ¡Nómbrame,

para saber que todavía es tiempo!...

Hace frío...

¿Será que la hora undécima
ha sonado en la nada?...

Avanzo, muerto
de impaciencia de estar en Ti, temblando
de Ti, muerto de Dios, muerto de miedo.

Yo soy el hombre, el hombre, tu esperanza,
el barro que dejaste en el misterio.

Porque eres Tú el amor. Y nadie ayuda
a librar la batalla. Surge, muda,
ciega, una sombra cerca... ¿Es el amante?

¿O es el mar del amor, donde se acaba
todo el caudal que la pasión llevaba,
bebiendo eternidad en un instante?

María Elvira Lacaci

Nació en El Ferrol (La Coruña) en 1915 y murió en Madrid en 1997. Ha publicado tres libros de poesía en los que destaca su adscripción social y religiosa al mismo tiempo: Humana voz (1957), Sonido de Dios (1962) y Al este de la ciudad (1963). Con un fondo de fe y de ternura canta de modo sencillo y coloquial aquellas cosas que no podrían ser cantadas sin Dios. Es autora también de poemas para niños (Molinillo) y de cuentos (Pequeño bazar).

A brazo partido

Sintiendo tu calor, tiemblo de frío.
No sangre, sí tu amor, giran mis venas.
Teniendo tanta Luz no son serenas
las horas que transcurren. No eres mío.

Yo soy del todo tuya. Mi desvío
trazado por la Vida sobre arenas
de un desierto, sin Ti, me causa penas
largas y oscuras como sucio río.

Tengo el brazo partido en esta lucha
de querer lo que tengo. Pero adentro.
De esta lucha tenaz, mas sin espada.

Mi canto gritador atiende, escucha.
Tú que eres eje de mi pecho y centro
de un alma que te busca acorralada.

Nos vamos arrastrando
penosamente. Mudos. Sobre el Tiempo.
Nunca como los ríos. Jamás como serpientes.
Nos pesa acaso el cuerpo. El barro endurecido.
La gravedad que gira
por sobre el corazón. En sus arterias.
Unos
tenemos un momento de desgarrar
en que clamamos, en que confiamos,
en que intentamos, aunque torpemente,
enderezar
la desviada sombra proyectada.
Acaso el viento se levanta
huracanadamente. Nos derriba
de nuevo. Nuestro llanto
ya es el eco sonoro de su vuelo nocturno
que levemente, temeroso,
va rozando o se posa
sobre la vaguedad de ciertos signos:
—la fe, la propia estimación, o el amor verdadero—.
Es entonces
cuando a nosotros llegan. Afiladas
palabras que agudizan nuestra bruma
—porque el temor confunde, pero jamás conmueve—,
palabras que se clavan en las fibras
de la carne vencida.
Palabras
de justicia divina, que se yerguen
implacablemente
frente a nosotros. Derribados. Mínimos.
Yo prefiero soñarte más humano,
con un trozo de barro —nuestra carne podrida— entre tus
y escuchar tus palabras. Las tuyas de verdad, [manos
—las que a mí me dirías si me tropezaras—:
“Es que acaso, con esto, puede hacerse otra cosa”,
mientras se va posando
la ternura infinita de tus ojos
sobre tanta miseria.

Dime que no te hago
a la medida
de mi desolación sin horizonte.
Dime que mi agonía
no te inventa,
cuando en su ahogo lento, pronunciado,
te siente por las venas
respirándote.
Dime que yo no sueño. Que es tu mano
la que temblando aprieto
entre las mías,
cuando la noche en mis pupilas crece.
Dime que cuando hablo —que sólo a Ti te hablo—
vas recogiendo mis palabras leves. Apretándolas
sobre tu corazón. Como presiento.
Dime que cuando lloro
alargas tu sonrisa —la que veo—
hasta lo más mojado de mi cara.

Sin la mano de Dios

Señor,
no he perdido la fe.
Creo en Ti. Existes.
Has hecho el Universo. Lo conservas.
Has creado a los hombres
y alientas su vivir. Desalentado.
Puedes aniquilarlos. Eres justo.
Y sé que nos aguardas
tras el vaho más último que se desprenda
de nuestros pechos.
Es tu mano lo que no sé sentir entre las mías.
Tu mano que a diario
apretaba,
temblorosamente. Desgarradamente. Apasionadamente.

No digo que fue alucinación esa tu entrega
palpitante y sensible —oh, aún conservo
unas sutiles rayas en la palma de mis manos—.
Pero hoy... no sé pedirte nada. Ni siquiera mi aliento
fluye desesperado hacia tu pecho. Porque hoy
tiene forma de niebla
estancada —es de noche—
en la vasija de este pecho mío.

Nació en 1916 en Bilbao y murió en Madrid en 1979. La expresividad y la concisión del lenguaje, ajustada a formas poéticas también de gran concisión, le convierten en heredero de los clásicos que conecta con el quehacer literario de poetas políticamente muy comprometidos en los duros tiempos de la Guerra Civil. Los tanteos de su poesía religiosa aparecen ya en su primer libro titulado, al modo sanjuanista, *Cántico espiritual* (1942); en él se expresa una fe sin fisuras. Blas de Otero inaugura una carrera en pos de la fe, en la que a veces ha de luchar con Dios, si bien esta lucha oculta un vehemente deseo de encontrarlo. Más tarde conmovió al mundo literario con la aparición del libro *Ángel fieramente humano* (1950), de un gran estremecimiento por el conflicto religioso del autor, que se mueve entre la súplica dolorida a Dios y el nihilismo más oscuro. La religiosidad de Blas de Otero tiene unas peculiaridades significativas; diríase a la manera unamuniana, rondando la blasfemia y a veces declaradamente blasfema. Hay una frase muy esclarecedora de Blas de Otero: "En el ámbito de lo religioso puede ocurrir que nos encontremos con poemas que se mueven "dentro" de la religión o "fuera" o "contra" ella. En mi obra creo que se dan todas estas facetas". *Redoble de conciencia* (1951), *Pido la paz y la palabra* (1955), *En castellano* (1960) son los libros siguientes, en los que la angustia metafísica ha sido desplazada por la preocupación social. La fe en la solidaridad humana diluye el nihilismo anterior para hacerle anhelar una esperanza de salvación. Otras obras suyas son: *Hacia la inmensa mayoría* (1962), *Esto no es un libro* (1963), *Que trata de España* (1964), *Mientras* (1970), *Historias fingidas y verdaderas* (1970), *Poesía con nombres* (1977). Su poesía completa se encuentra en el volumen *Expresión y reunión* (1981).

Arrebatadamente te persigo.
Arrebatadamente, desgarrando
fui soledad mortal, te voy llamando
a golpes de silencio. Ven, te digo

como un muerto furioso. Ven. Conmigo
has de morir. Contigo estoy creando
mi eternidad. (De qué. De quién.) De cuando
arrebatadamente esté contigo.

Y sigo, muerto, en pie. Pero te llamo
a golpes de agonía. Ven. No quieres.
Y sigo, muerto, en pie. Pero te amo

a besos de ansiedad y de agonía.
No quieres. Tú, que vives. Tú, que hieres
arrebatadamente el ansia mía.

Poderoso silencio

Oh, cállate, Señor, calla tu boca
cerrada, no me digas tu palabra
de silencio; oh Señor, tu voz se abra,
estalle como un mar, como una roca

gigante. Ay, tu silencio vuelve loca
al alma: ella ve el mar, mas nunca el abra
abierta; ve el cantil, y allí se labra
una espuma de fe que no se toca.

¡Poderoso silencio, poderoso
silencio! Sube el mar hasta ya ahogarnos
en su terrible estruendo silencioso.

¡Poderoso silencio con quien lucho
a voz en grito: grita hasta arrancarnos
la lengua, mudo Dios al que yo escucho!

Imagine mi horror por un momento
que Dios, el solo vivo, no existiera,
o que, existiendo, sólo consistiera
en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento.

Y que la muerte, oh estremecimiento,
fuese el hueco sin luz de una escalera,
un colosal vacío que se hundiera
en un silencio desolado, hiento.

Entonces ¡para qué vivir, oh hijos
de madre, a qué vidrieras, crucifijos
y todo lo demás? Basta la muerte.

Basta. Termina, oh Dios, de malmatarnos.
O si no, déjanos precipitarnos
sobre Ti —ronco río que revierte.

Cara a cara

Enormemente herido, desangrándome,
pisando los talones a la muerte,
vengo, Dios, a decirte —si no a verte—
mi inmensa sed, mi sed de ti: ahogándome,

me arrojé en tu silencio, a tientas ando... Me
apartas, pegas con tu brazo fuerte
contra mi fe. No finjas defenderte:
¿no ves que tanta fiebre está enfermándome?

Enormemente terco, insisto, grito
contra tu noche: no sé ya qué hacer,
abro, cierro los ojos; pongo, quito

trabas al sueño. Oh Dios, si aún no estoy muerto,
mátame con tu luz: ¡te quiero ver,
necesito dormir —morir— despierto!

Sumida sed

Cuando te vi, oh cuerpo en flor desnudo,
creí ya verle a Dios en carne viva.
No sé que luz, de dentro, de quién, iba
naciendo, iba envolviendo tu desnudo

amoroso, oh aire, oh mar desnudo.
Una brisa vibrante, fugitiva,
ibas fluyendo, un agua compasiva,
tierna, tomada entre un frondor desnudo.

Te veía, sentía y te bebía,
solo, sediento, con palpar de ciego,
hambriento, sí, ¿de quién?, de Dios sería.

Hambre mortal de Dios, hambriento hasta
la saciedad, bebiendo sed, y, luego,
sintiendo, ¡por qué, oh Dios!, que eso no basta.

Ciegamente

Porque quiero tu cuerpo ciegamente.
Porque deseo tu belleza plena.
Porque busco ese horror, esa cadena
mortal, que arrastra inconsolablemente.

Inconsolablemente. Diente a diente,
voy bebiendo tu amor, tu noche llena.
Diente a diente, Señor, y vena a vena
vas sorbiendo mi muerte. Lentamente.

Porque quiero tu cuerpo y lo persigo
a través de la sangre y de la nada.
Porque busco tu noche toda entera.

Porque quiero morir, vivir contigo
esta horrible tristeza enamorada
que abrazarás, oh Dios, cuando yo muera.

No

No se sabe qué voz o qué latido,
qué corazón sembrado de amargura,
rompe en el centro de la sombra pura
mi deseo de Dios eternecido.

Pero mortal, mortal, rayo partido
yo soy, me siento, me compruebo. Dura
lo que el rayo mi luz. Mi sed, mi hondura
rasgo. Señor: la vida es ese ruido

del rayo al crepitar. Así, repite
el corazón, furioso, su chasquido,
se revuelve en tu sombra, te flagela

tu silencio inmortal; quiere que grite
a plena noche..., y luego, consumido,
no queda ni el desastre de su estela.

Hombre

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

"... en alto silencio sepultados"

Rodrigo Caro

De tanto hablarle a Dios, se ha vuelto mudo
mi corazón. Con gritos sobrehumanos
le llamé: ahora le hablo con las manos,
como atándome a Él... Solo y desnudo,

clamoreando amor, tiendo, sacudo
los brazos bajo el sol: signos lejanos
que nadie —el sordo mar, los vientos vanos—
descifra... ¡Ah, nadie nunca anclarme pudo

al cielo! Mudo soy. Pero mis brazos
me alzan, vivo, hacia Dios. Y si no entiende
mi voz, tendrá que oír mis manotazos.

Abro y cierro mi cruz. El aire extiende
—como rayos al bies— mis ramalazos.
Ácida espuma de mi labio pende..

Nació en 1916 en Palma de Teror (Gran Canaria). Estudió música y se graduó en la Escuela de Bellas Artes de Las Palmas. Fundó y dirigió la revista de poesía *Alisio*. Como pintora ha expuesto en las principales capitales europeas. Autora de los libros *Niebla del sueño* (1948), *Como el fruto en el árbol* (1954), *La piedra* (1964), *Sobre la colina* (1964), *El alba en la espalda* (1987) y *El salmo del rocío* (1993).

Me dueles dentro

Me duele la carne
allí donde tú dueles.
Me aflige tu mutismo
en el sol que me das
cada mañana.
Donde tú te pronuncias
por amarme
en el borde del alma,
en la tersa epidermis
de la brisa
que despliegas gozoso
al abrazarme.
Tan adentro me dueles
que en las insomnes noches
aguardo entre lo oscuro
tu última llamada.

Aquí me tienes fija en tu mirada
como un paisaje inmóvil,
seducido,
con su brisa y su nube
anclada en el milagro.
Aquí enmudece todo
lo que miras.
En cada cosa dejas
el color primigenio
de los mejores días,
cuando el amor se puso
en pie y vistió de fiesta
y fue cambiando el mundo.

Nació en Puente Genil (Córdoba) en 1917 y murió en Córdoba en 1969. Pertenece al grupo de poetas que fundó la revista Cántico en 1947. Entre los motivos recurrentes de su poesía están los sentimientos religiosos, como ocurre en sus libros El río de los ángeles (1945), Elegías de Sandua (1948), Corimbo (1949) y Elegía de Medina Azahara (1957).

Elegía XXXIII

¿Quién sabe si ese pájaro canta o llora, Dios mío?
Pero ya cante o llore su voz es siempre bella.
Un día todas nuestras alegrías sollozan
como el sol cuando hace más profunda la sombra.
Borrad toda inquietud de mi alma, Dios mío,
y que, atento no más a la belleza,
alegría y dolor sean para mí lo mismo.

¿No soy acaso hermano de ese pájaro oculto
que en su canción suspende los árboles del bosque?
¿No es mi vida una voz más allá de mi vida,
una música pura, un fuego armonioso?
¡Con qué silbos, gorjeos y cánticos sin nombre
arrebata el silencio de la selva escondida!
¡Qué ajeno a todo excepto a su canto dichoso
y qué hermosa, Dios mío, qué profunda su vida!

Dejad que pueda al fin cantar igual que el pájaro,
olvidado de mí, olvidado, olvidado,
atento solamente a vuestra complacencia
que quiso rodearme de tantas maravillas
como las nubes blancas y los cielos nublados,
las hierbas sacudidas por el viento que pasa,
los árboles, las yuntas y los niños del campo.

Oh, dejadme cantar esta vida sencilla
en la que vuestra gracia persiste todavía
en verdor, en perfume, en azul, en rocío,
dejadme que la cante olvidado de todo
lo mismo que ese pájaro que ahora canta, Dios mío.

Ya puedo abandonar en el primer sendero
mis recuerdos igual que la sombra de un muerto
y ponerme a decir lo que callan las cosas
pues en la voz del pájaro no hay sonrisas ni llanto
sino la simple música de cuanto está callado
y en su dulce armonía se exhala interminable
el alma misteriosa y fragante del campo.

Y yo quiero, Dios mío, en mitad de los hombres
ser lo mismo que el pájaro una voz que acaricie,
que calme, que consuele y llene de esperanza,
una voz que penetre de claridad los bosques
y diga en frescas notas cuanto calla en las almas
y que la reconozcan como suya los hombres.

Ganymedes

III

Por la altura secreta de Dios no tiene fin
la idílica ascensión del alma con su Amado
y en la clarividencia de los sacros dominios
la criatura a los brazos de su Dios entregada
repara en su blancura y sombra le parece,
repara en su belleza y fealdad la nombra
pues para tal Amante, ay ¿qué ser será bello,
qué alma será blanca, qué amor será perfecto?

Pero el dios siempre atento a la pena exquisita
como el goce del alma, se adelanta amoroso:
"No insistas en ti mismo porque te amo.
Así, mortal; así, criatura tímida,
joven desnudo, ternura confusa,
balbuceante amor; así, sin velos,
abandonado a mi pasión te amo.
Así, mortal, herido, insatisfecho
saciado un punto, luego insatisfecho;
así, humano, terrestre, con esos bucles de oro
y esa cintura virginal, oh, dulce
y virginal como nunca las fuentes
besaran, ni los vientos perfumados
de la suave primavera".

Entonces Ganymedes: "Amante
y amado se confunden en mi alma.
Si amante, me ilumina el éxtasis lo mismo
que una aurora de miel. Si amado, desfallezco
al elevar mis ojos a tu rostro divino,
¿pues cómo yo entre todas las criaturas
del cielo y de la tierra te podré retener?"
—"Olvidate, criatura bienamada!
—murmuraba a su oído el dios— ¿no nos confunde
un fuego invisible? ¿No te enciende
en triple llama el Amor Todopoderoso?"

Pero la resistencia de humildad disfrazada
interponía su final obstáculo.

—"Tuyo soy, Señor; mas, ¿tú cómo eres mío?
¿Cómo el Señor será de su criatura?"

Y con la posesión creciente aumentaba el olvido de sí mismo.
Y la capacidad amorosa dilatábase
alcanzando al instante su plenitud celeste
y la hoguera en que ardía, un momento después parecía
un estanque de hielo,
y los soles ardientes que extasiaban sus ojos
un momento después parecían
tenebrosas antorchas
y la ternura, indiferencia,
y la aurora, noche profunda,
y vacío terrible la anterior plenitud.
¡Y así subía las gradas infinitas en delectable tormento
sin llegar nunca a los místicos confines del Amor!

Y el grito de los Ángeles, borrasca de blancura
decía: "más hermoso es que nosotros
porque nuestra belleza es fácil y perfecta,
pero la suya es una belleza aquilatada
cuyo sino amoroso arranca de la tierra
y llega al mismo Trono que adoramos".

Y el himno de los rubios Arcángeles —tempestuoso hosanna—
se hizo más intenso: "¡Oh Dios incomprensible,
si de la araña el sol, si de la noche el mundo,
he aquí un milagro más impenetrable:
del hombre —hecho de barro—; de Adán —de roja tierra—
tu Vaso de elección, el Vaso de tu Sangre!"

Y los Querubes suspensos como extáticas lámparas,
como incensarios vivos, meditaban al verlos:
"¡Qué hermoso es el destino del hombre, bienamado
del Señor! ¡Oh mirad, mirad, van tan unidos
que diríase sólo una llama triunfante!"

Y los Serafines desgarrados de Amor
como por Tres flamígeras Espadas
cantaban en las cimas de sus beatitudes:
"¡Oh Dios Tres veces Santo! ¡Cómo amas tus criaturas!
¡Qué alabanza estremece los senos de la Gloria!
¡Hosanna! Más aún que nosotros el hombre
resplandece en tus brazos, ¡oh Santo de los Santos!"

Y Ganymedes ya sin ecos de sí mismo
como vara de nardo florecida en Su pecho:
"¡Basta! ¡Basta!, Señor, que la felicidad mata también
y como flor de mieles saturada
no puedo contener toda mi dicha!"

Y al punto: "Amarte quiero más aún si es posible,
que ante tu infinitud siento mi alma vacía".

Y ya nuevas dulzuras le ofrecían su cielo
y el pastorcillo hundido en el presentimiento
de tantas insondables maravillas:
"¿Aún guardas más amor? ¿aún me espera más dicha?"

Y el Dios le susurraba: "¡Siempre más! ¡Más amor!"
y todo el Paraíso brillaba y se encendía
en el rubor angélico de sus tiernas mejillas...

Respuesta

Sentarme al lado tuyo
es como al junco verde el frescor del arroyo,
como la rama al ave en el azul flotante.

Y mirarte es igual que morir y vivir al mismo tiempo
llevado en una ola dulce-amarga
que a la vez llora y canta.

¿Te miraré, amor mío,
volveré a mirarte como tú quieres?
Te miraré otra vez,
no lleno de un amor semejante a la jara,
ni como las aguas que pasan
mas con mirada de hombre enamorado.

Te miraré otra vez con mirada de hombre
y sentado a tu lado volveré a estar triste
porque no se abren en nosotros dichosamente las rosas que
[duermen soñando con besos,
porque se ahoga nuestra primavera,
porque somos como tierra estéril donde no hay jara y junco
porque la mirada no calma, sino enciende, [entrelazados,
porque el don del cuerpo cuando el alma se ha dado
es el encuentro de dos ríos de ternura.
porque el Amor es un dios que no aplacan ofrendas de amistad,
porque el cielo está azul y en las montañas cantan los pájaros
[y el viento,
porque estamos tan lejos cuando nuestras vidas debieran
[fundirse
como dos antorchas de cedro que se consumen en una sola
en la llama del cuerpo y del alma, [llama,
del hombre de tierra y de cielo,
de este ser nuestro virginal y terrestre
celestial y culpable y sin embargo bello.

Por eso
te miraré otra vez mas no como tú quieres
porque yo no soy un ser como esos que pasan
y se desvanecen en las páginas de un sueño
sino un hombre que se alza desnudo de la tierra,
dorado por el sol, enrojecido y violento,
un hombre que se yergue frente al mundo, de pie,
y te elige entre todos y te llama su amor.

Por eso
te miraré mas no como un espíritu
sino con mirada de hombre que aún tiene en sus manos el barro
te miraré, mas no como al arroyo [de la tierra,
sino como se mira a quien se ama.
(Los arroyos no fueron amados todavía por nadie.
Narciso no adoró nunca sus aguas.
Era su propia imagen la que en ellas veía,
y era a ella, a su propia figura, a la que amaba).

Por eso
yo no te miraré como a la jara
pues la jara, ¿para qué serviría en este bello mundo
sino para aromar el fresco lecho de los amores?
Así yo te amo con amor de hombre.
No se puede esquivar este cuerpo de tierra
tan bello,
los ojos y los labios,
el cuello, las mejillas y los brazos y el pecho
y los pies y las piernas, la cintura y los hombros
y el alma que es en ellos
una segunda piel más sutil y brillante,
el alma que es como un perfume límpido
que delicadamente nos baña todo el cuerpo.

¡Nde-hayhul! R. Coeur.

Gracias, Señor, por este oficio en que trabajo
traficando recuerdos de libros en los cuales
aprendí en otro tiempo la ciencia de las palabras.
Gracias por esta casa humilde y vieja
que es, sin embargo, suficiente para nosotros,
por esta sala transparente en la que escribo
viendo la lluvia, el sol, los carros, los mendigos.
Gracias, Señor, por la escalera angosta
que nos conduce al sueño,
por el estrecho patio y sus macetas
de rosas y geranios.
Gracias, Señor, por nuestro dormitorio
cuyos balcones se abren al vasto plenilunio;
por el tierno jirón de azul en la calleja
cuyo muro resuena de palomas al despuntar el alba
para que desde el principio del día todo os alabe.
Gracias por este hogar y por sus noches,
por los largos rosarios, en que la voz entre todas amada,
la de mi madre, canta
las letanías a la vuestra, Dios mío,
mientras que todo el cielo de la noche estrellado
rodea nuestra casa pequeña inmensamente.

Con este seudónimo publica sus obras el escritor Leopoldo Urrutia de Luis. Nació en Córdoba en 1918. Crítico y antólogo sobre temas sociales y religiosos. Autor de libros de poesía como Alba del hijo (1946), Huésped de un tiempo sombrío (1948), Los imposibles pájaros (1949), El extraño (1955), Teatro real (1957), Juego limpio (1961), La luz a nuestro lado (1964), Con los cinco sentidos (1970), Igual que guantes grises (1979), Entre cañones me miro (1981), Una muchacha mueve la cortina (1984), La sencillez de las fábulas (1989).

*Homenaje a D. Miguel de Unamuno
(1936-1986)*

La vida es sueño

Calderón

La muerte es sueño

Unamuno

Nos soñamos la vida o nos soñamos
la muerte. En todo caso, el hombre sueña.
Y, calderones y unamunos, vamos
haciendo al tiempo parecida seña.

¿Nacer es el delito? Muerte, acaso,
es la pena implacable y que redime.
Soñar la eternidad es el fracaso.
Tú la soñabas. ¿La alcanzaste? Dime.

Paradoja mortal: o muerte o vida.
Jugabas incansable la partida.
La vida cada día más avara,

la muerte cada noche más oscura.
Y tú cogido en la genial locura
de verle un día a Dios por fin la cara.

Dos orillas

La muerte es como un río: dos orillas limitan
el discurrir continuo de su espejo.
En aquélla invisibles, como en la sombra el llanto,
como brisa perdida, cual apagados besos,
en carne inaprensible, sin dolor ni memoria,
sin peso ya y sin sombra, habitan los que fueron.

Desconocida margen que la muerte acaricia
con su gélida lengua de silencio,
con sus manos desnudas de esperanza,
con sus ojos eternos.
Ignota tierra o paraíso.
Inacabable mundo de los muertos.
Enfrente, en esta margen,
los hombres, altos cedros
proyectando sus sombras de amargura
como escolta de oscuro llanto espeso
sobre unos campos de pasión, de odio,
sobre una tierra de destierro.

Entre las dos orillas va la muerte
como un río o espada de silencio
que suerte de los ojos de Dios mismo
y va a morir de Dios al vasto pecho.

Pura Vázquez

Nació en Orense en 1918. Maestra nacional. Autora de libros de versos como Peregrino de amor (1943), En torno a la voz (1948), Madrugada fronda (1951), Los sueños desandados (1974), donde encontramos una nostalgia de Dios, con acento grave, lleno unas veces de angustia y otras de esperanza.

Dios

Detrás estabas Tú, alzándote en la niebla
del mundo anonadado. Como una certidumbre
que muriese a su orilla, entre dos tempestades.
Detrás, con tu misterio, halo recio del aire
metiéndote en mis huesos, calándome, crujiéndome.
Yo te sentía ardiendo sobre mis laberintos,
atada al yugo duro de los días, mordientes,
con nostalgia de Ti, tan hondas traspasándome,
que azul el corazón, como Tú, se me abría.
¡Oh Dios, qué horas oscuras sin Ti, desconociéndote,
sin luz, sin horizontes, nadando entre dos olas,
inmensa entre la nada huérfana de tu nombre...!
Pero Tú estabas siempre detrás, entre la niebla,
más allá de la furia crecida de los hombres.
Tan sobre la hermosura encendida del mundo,
que te grababas sólo en tu órbita infinita.

¿Por qué, Señor, me duele este acabado mundo
donde toda presencia de belleza se vende
y es como un reino turbio de incoloras arenas
donde cunde el desánimo o reluce la ira?
Un tiempo acorralado nos cerca en certidumbres
de costumbres y sombras en sucesivas olas;
nada queda en la orilla de los hondos caminos,
sólo una leve huella que va apagando el polvo.
¿Perdurarán los gritos? ¿O se ahondarán las patrias
en la cumbre bruñida de cielos implacables?
¿Se mantendrá en latido sobre el rumor y el llanto
de esto tan frágil, vano, a que llamamos Vida?
Porque me duele todo, Señor, dame tu nombre
para sentir su rosa renacida en las manos,
para que el pan se alegre, y se encienda la entraña
en otra intacta sangre más honda y más reciente.
Apágame los mitos, las fábulas radiantes
que te velan y atan tu esencial armonía.
Abrete en mil vertientes que aneguen con su espuma
este metal caduco que cada día muere.
Porque me duele todo con cansancio de herida,
y crujo en cien mil muertes oscuras y diarias;
porque nada responde cuando llamo y pregunto,
porque nada contiene tu verdad, te la roban,
y me asomo a un vacío que llaman Paz y es guerra
solapada y latente que en dolor se resume.
Porque todo se pierde en destinos de sombra
y nos manchan el barro y la flor y la brisa,
y todo son pañuelos de naufragos temblando
entre una inmensa ciénaga que nos cubren con ramas.
Apágame el tumulto de mi pecho que clama
por la dulce belleza, por la inocente sangre,
por la verdad tan alta que la crueldad nos ciega;
por un más justo ensueño y un símbolo más puro,
sin engaños, mintiendo sustanciales conceptos.

I

Yo sostenida en Ti por el arrimo
de tu luz, como nube, tallo o rama.
Yo, caliente bullir; Tú, suave llama,
donde me abraso y muero y me redimo.

Yo torrente del ansia me aproximo,
alborotada voz que ruga y clama,
pecho desierto, sed que me derrama
segura por el cauce donde gimo.

Tú encendiendo la aurora con la estrella,
y el júbilo del aire, y la centella
y el polvo que nos diste, y el estruendo

de este turbión rotundo y encrespado.
Yo asida a Ti, infinito Dios, tremendo
y oculto Dios, Dios dulce, inalcanzado.

II

Tú me quieres vencida, desgarrada,
sin vida y sin palabra. Tan vencida,
que sólo a Ti me enlazará la vida,
y a toda humana flor seré cerrada.

Abatida por Ti y arrebatada
el alma, el cuerpo. Víctima suicida
sin lucha ya, sin grito, sin partida
para ganar, exhausta, limitada.

Tú me quieres arcángel, llama viva
para tu amor, transiéndome cautiva
en tu cárcel, trasunto de tu cielo.

Tú me quieres divina... ¿Por qué humana
me has sacado del barro, sombra vana,
sólo mujer, sin alas, sobre el suelo?

¿De qué rastros o signos, de qué leves,
heridas voces, sigilosa nueva?
¿De qué dulce latido se renueva
ese rumor que a su candor le llueves?

Arremete la voz con que le mueves,
¡oh Dios!, y el claro viento le releva.
Es un blando gemir entre la gleba,
un remover sin tino entre las nieves.

La fuente mana y mana. Y no sabía
sentir que su rumor me requería
el corazón, rondándome, seguro.

Yo ardiéndome rondaba, sostenida
en mi porfía humana... Allí escondida
—Amor—, junto a mi pecho, allí en lo oscuro.

Nació en 1918 en Madrid. Su poesía está vinculada a los movimientos postistas y surrealistas de posguerra; de ahí su tendencia al humor, que suena a prosaísmo, y a los toques sociales y autobiográficos de gran originalidad. Sus obras son: Aconsejo beber hilo (1954), Ni tiro, ni veneno, ni navaja (1966), Poeta de guardia (1968), Historia de Gloria (1980).

Oración

Que estás en la tierra, Padre nuestro,
que te siento en la púa del pino,
en el torso azul del obrero,
en la niña que borda curvada
la espalda mezclando el hilo en el dedo.
Padre nuestro que estás en la tierra,
en el surco,
en el huerto,
en la mina,
en el puerto,
en el cine,
en el vino,
en la casa del médico.
Padre nuestro que estás en la tierra,
donde tienes tu gloria y tu infierno
y tu limbo que está en los cafés
donde los pudientes beben su refresco.

Padre nuestro que estás en la escuela gratis
y en el verdulero,
y en el que pasa hambre,
y en el poeta, ¡nunca en el usurero!
Padre nuestro que estás en la tierra,
en un banco del Prado leyendo,
eres ese Viejo que da migas de pan a los pájaros del paseo.
Padre nuestro que estás en la tierra,
en el cigarro, en el beso,
en la espiga, en el pecho,
en todos los que son buenos.
Padre que habitas en cualquier sitio.
Dios que penetras en cualquier hueco.
Tú que quitas la angustia, que estás en la tierra;
Padre nuestro que sé que te vemos,
los que luego te hemos de ver,
donde sea, o ahí en el cielo.

Nació en Torres (Santander) en 1919 y murió en Madrid en 1947. Simultaneó su vocación de poeta con la de pintor. Sus libros de poemas son Raíz (1944), Los animales (1945) y el más importante Los muertos (1947). En éste, que apareció días después de la muerte del autor, se contiene una de las más estremecedoras reflexiones existencialistas con los temas de la duda, del silencio de Dios, de la lucha y del ansia de eternidad.

Esta noche

Si en la noche de Dios yo me muriera
y el mundo de los vivos yo dejase,
qué triste sonaría entre los hombres
el ruido de mi alma al derrumbarse.

En la noche desnuda se alzarían
los pájaros divinos y en el aire
sus alas romperían el durísimo
silencio de los siglos que en él yace.

Sólo un viento furtivo cruzaría
el aliento de un niño cuando nace.
Niña el alma elevándose, muriendo
al encontrarse viva sin su carne.

Y la noche, la noche, las estrellas
impasibles brotando eternidades,
y la mano de Dios inmensamente
abierta, temblorosa y esperándome.

Cuando los ojos de Dios se abren
amaneciendo por la tierra
y sobre el mundo de los vivos
se derrama su transparencia,
yo abro los míos para todo
y en todo veo su belleza
y comprendo que si he nacido
es porque Él quiere que así sea.
Mi alma entera se desnuda
de la materia en que está presa
y una luz pura me traspasa
y como un agua azul me anega.
Agua de siglos, me has llegado
del fondo ciego de su alberca.
Luz incesante que de Él brotas
para los hombres, agua eterna,
ya me ha mojado y he bebido
hasta saciar mi sed inmensa.
Pero velaba Dios desde la altura.

Mano de Dios

La noche era tan larga que todos la olvidaron,
y de pronto en el cielo brilló tu mano ardiendo
como una luna roja que hasta la tierra baja
y nos toca la frente hundida en el silencio.

Desde entonces te siento, Señor, ya tan lejano,
que no sé si es que existes o fuiste sólo un sueño;
porque quise saberte, Señor, quise tocarte,
al ver sobre mi vida toda tu luz cayendo.

Señor: ¿por qué encendiste con tu fulgor terrible
la pura noche negra que oculta mis secretos?
¿Por qué no me dejaste como la piedra, inerte,
eternamente blanco, eternamente muerto?

Señor: si Tú me dejas me moriré contigo
pisando largamente la tierra en que te aguardo.
Me iré entre los jirones de esa divina herida
por la que, a borbotones, nos vamos desangrando.

Nada, nada me queda. Apenas sobre el cuerpo
tengo un poco de vida, si es que el vivir es algo,
y mis ojos se abren a tu celeste brillo
donde, como en un agua, te siento reflejado.

¡Qué rojo estás, Dios mío! Dentro de mí te siento
como una savia ardiente, como un inmenso pájaro;
como si atardeciere por Ti voy hacia todo,
me pierdo en esa sangre celeste de tu ocaso.

Morir, morir... Acércate. La noche nos apresa
con su espesa dulzura tendida sobre el campo.
Señor: nos hemos muerto sobre la tierra negra.
Señor: ya eternamente nos hemos acabado.

Pregunta

Señor: si no eres carne, ¿qué te has hecho,
para que yo creciera en tus entrañas
igual que un hijo tuyo, padre y madre
de este barro mortal que hacia Ti clama?

Y si Tú eres, Señor, tan sólo un sueño
que de mi ser humano se levanta,
¿por qué ahora la triste carne mía
no es el Dios infinito que soñara?

Señor, lo tienes todo: una zona sombría
y otra de luz, celeste y clara.
Mas, dime Tú, Señor, ¿los que se han muerto,
es la noche o el día lo que alcanzan?

Somos tus hijos, sí, los que naciste,
los que, desnudos en su carne humana,
nos ofrecemos, como tristes campos,
al odio o al amor de tus dos garras.

Un terrible fragor de lucha, siempre
nos suena oscuramente en las entrañas,
porque en ellas Tú luchas sin vencerte,
dejándonos su tierra ensangrentada.

Dime, dime, Señor: ¿por qué a nosotros
nos elegiste para tu batalla?
Y después, con la muerte, ¿qué ganamos,
la eterna paz o la eterna borrasca?

Dios en la primavera

Limpio, limpio de amor, limpio de odio,
es como yo quisiera poseerte.
Lejos de la sombría pesadumbre
de este humano vivir ardiendo siempre.

Lejos, lejos de mí, que no estoy limpio
porque te odio y amo sin tenerte.
Como ese tronco puro y esa rama
dentro del corazón hoy te florecen.

Sin la materia ciega que transcurre
y hacia Ti se dirige sin saberte.
Con el espíritu solo, desnudo,
más allá de mí mismo comprendiéndote.

Déjame que, tendido en esta noche,
avance, como un río entre la niebla,
hasta llegar a Ti, Dios de los hombres,
donde las almas de los muertos velan.

Los cuerpos de los tristes que cayeron,
helados y terribles, me rodean;
como muros, encauzan mis orillas,
pero tengo desiertas mis riberas.

Yo no sé dónde estás, pero te busco;
en la noche te busco y mi alma sueña.
Por los que ya no están, sé que Tú existes
y por ellos mis aguas te desean.

Y sé que, como un mar, a todos bañas;
que las almas de todos Tú reflejas,
y que a Ti llegaré cuando mis aguas
den al mar tus aguas verdaderas.

Yo quiero ser el árbol

Siniestra es la raíz del Luzbel de mi carne
y sombría la estrella de tu sabiduría.
Ocultos son los fuegos. Señor, donde consumes
este tallo desnudo que es apenas mi vida.

Negra luz de la tierra, roja luz de tus ojos,
iguales son las llamas por tu mano blandidas,
fulgiendo en este páramo donde habitamos tristes,
soplados por el viento de tu luz ofendida.

Restitúyeme puro a esta tierra que piso
o dame la luz alta que en las estrellas brilla.
Yo quiero ser el Árbol, quiero tener mis frutos:
la tierra, el mar, el cielo, la eternidad perdida.

Oración en silencio

Cuando estoy preguntando y, de repente,
levanto a Ti los ojos y me callo,
entonces es, Señor, que Tú me escuchas
y te hablo.

La luz crece en mi alma dulcemente
y en ella está mi cuerpo iluminado
como muerto ya en Ti, cuando me tengas
puro y blanco.

El silencio es, Señor, como la muerte
y sólo muerto has de escuchar mi llanto.
Escucha mi silencio: aún estoy vivo
y preguntando.

Manos que te buscan

Como dos ciegos pájaros
que no te conocieran,
mis manos se levantan
sobre toda la tierra
y en lo oscuro te buscan
creciendo a las estrellas.

Toda la noche está
cerrándome la puerta.
Toda la noche, toda
como una duda, alerta,
pesándome en las alas
con una sombra negra.

¿He de morir, Señor,
para encontrar la brecha
por donde derramarme
en tu luz verdadera?

Dios en la piedra

Cuando mis manos tocan
la roca dura y ciega,
te siento en mí, Señor,
toco tu permanencia
y ya no dudo más
de que en el mundo seas.

Más que palpar, me mojo
la mano en una brecha
de tu carne, en tu fría
presencia verdadera...

Pero ¿te tengo, Dios?
¿Eres sólo materia?
¿Será tu cuerpo eterno
esta livida piedra?...

Ha llegado un temblor
sin luz, como la niebla.
Siento que vibras, hondas
ráfagas me golpean...

¡El Tiempo! Es lo que late,
rompe la permanencia
y todo se encamina
a su forma perfecta.

Señor: ahora te toco,
te toco, sí. Me quemas.

Murió en el aire cuando estaba Dios
más cerca de su ser, cuando la tierra
no sentía su peso y le llamaba
con su mano rugosa entre la niebla.

Venció el Señor. Murió en la zona pura
donde el odio es amor y la tristeza
parece azul, porque los hombres, lejos,
dejan sola la luz de las estrellas.

Alta tumba, sin música ni roces,
donde el silencio nace y sólo tiembla
cuando el latir de un corazón se para
y a su eterno vivir el alma vuela.

Murió en el aire, cuando estaba Dios
más cerca de su ser, cuando la tierra
no sentía su peso y le llamaba
con su mano rugosa entre la niebla...

Nació en Talavera de la Reina (Toledo) en 1919. Profesor de la Universidad Complutense de Madrid. Su primer libro de poesía, Poemas del toro (1943), ya dio la medida de sus calidades técnicas y de su compromiso existencial en los años de la posguerra; enlazaba con el neorromanticismo y la visión cósmica de la vida, al modo de Miguel Hernández y cuando aún no se había oído la voz del Dámaso Alonso de Hijos de la ira y de los poetas de la revista Espadaña. Luego publicó El corazón y la tierra (1946), Los desterrados (1947), Canción sobre el asfalto (1954), La máscara y los dientes (1962), La rueda y el viento (1971), Prado de serpientes (1982), libros de una gran preocupación social.

Gato negro en el Paseo de las Delicias

Es hermoso este gato de color de paraguas
mojado por la lluvia.
Miro su desamparo en medio de la calle,
miro la indiferencia de la gente,
miro su isleta negra de terror y de asombro.

Podría tocar la noche y su silencio
si acercase mi mano a su congoja,
sentir entre mis dedos la esperanza de alguien
o quizás a Dios mismo
clamando en este gato,
en este miedo oscuro,
en este gran olvido de los hombres.

Danos tu luz, Señor, para esta pena,
corta de tu jardín tanta agonía,
tanto oscuro dolor, la sombra fría
que al corazón del hombre ciega y llena.

Aniquila, Señor, corta, cercena
esta angustia del hombre, esta porfía;
danos, Señor, tu corazón por guía,
tu sangre que enamora y enajena.

Mas si el sufrir, Señor, es merecido,
no nos quites ni el llanto ni el lamento,
ni el amoroso corazón herido.

Pero danos también como sustento
tu corazón, tu vida, tu latido,
tu divino calor por alimento.

Deseo

Eres como la luz, muchacha mía,
dulcemente templada y transparente;
caricia toda tú, la piel te siente
con plenitud frutal de mediodía.

Eres la gloria tú que tienes el día,
el día tú creciéndome inocente
por este pecho, amor, por esta frente,
por esta sangre que la tuya guía.

Ay, terca luz, abrásame en tu cielo,
donde la maravilla me convoca
el gozo fugitivo de tu vuelo.

No me des tu calor como a la roca;
dame mi vida en él, que sólo anhele
hallar a Dios en tu abrasada boca.

Nació en Valencia en 1919 y murió en 1980. Prestigioso profesor y crítico literario, así como traductor de poetas como Rimbaud, Shelley, Elliot. Poeta de contenidos existenciales, entre el neorromanticismo y el pesimismo unamuniano con algunos remansos de esperanzas. Sus libros de poesía son: Arcángel de mi noche (1944), Sobre la tierra (1945), Luz desde el sueño (1947), Profecía del recuerdo (1956), Concierto en mí y en vosotros (1965), Ultima Thule (1980).

Dios mío

No te pido luego,
no, no quiero luego,
para verte aún más,
una luz sin sombras,
una luz total.
Me basta con esta
dulce claridad
con que te revelas
en el mundo ya.
Entre luz y sombra
te evidencias más.
Amo tu sombría
y humana mitad.
Te quiero en lo oscuro.
Así, tu verdad
es más honda y buena
que de par en par.

Más íntima. Te amo
en la soledad
de mi pecho vivo,
en mi sangre estás,
por mis venas corres
ciego de ebriedad.
Dios en mis entrañas,
qué interioridad
plena de luz sorda.
Canta, canta ya,
corazón, que eres
vagamente igual
a un pájaro, ebrio
por la luz solar.
No sé si en el cielo
que nos has de dar,
no habrá ya misterio,
si al fin te verán
los ojos mortales
todo luz y paz.
Mas yo te prefiero
así, así sin más,
razón de mi entraña,
raíz de mi mal,
todo sombra y sueño,
nocturna verdad.
¡Ciégame del todo
en la eternidad!

Más que eterno

¡Ansia de eternidad! Señor, ¿acaso
no es suficiente ya con esta vida,
con esta hermosa noche concedida,
límite entre tu aurora y nuestro ocaso?

¿Si la luz de esta noche en que me abraso,
si el fuego en que mi sangre está encendida
no colman mi ambición en su medida,
dime qué tierra medirá mi paso?

¿Qué cielo exigiré para mi frente,
qué luz para mis ojos y qué fuego
para este corazón tan vehemente?

Será inmortal. ¿Y alcanzaré el sosiego?
¿La eternidad será, al fin, suficiente?
No, siempre, siempre pediré más, luego.

Mi creación

¡Ay, ambiciosa lengua que quisiste
dar luz, con tu palabra creadora
a la entraña del mundo abrasadora!
¡Ay, qué poco, qué poco conseguiste!

Quisiste darle luz, sólo le diste
leve penumbra que tu luz ignora.
¡Oh mundo no alcanzado y pobre aurora,
y empeño en que, tenaz, te destruiste!

Cosa imposible fue, rebelión mía,
intento de negar a Dios y al mundo,
relámpago infeliz, ángel caído.

Yo no sabía, no, yo no sabía
que sólo Tú, con tu callar profundo,
dabas al universo su sentido.

¡Oh bienestar en el poniente!
¡Qué cerca estamos del secreto
velar de Dios, vivo y despierto!
¡Qué cerca estamos de la muerte!
¡Qué abandono dulce, qué triste
júbilo ver cómo las cosas
en el trasluz se hacen más hondas,
y la benigna noche aflige
el corazón. Sazón de siglos
que se dispersan en lo oscuro,
porque la noche es su fin último
y en ella encuentran su destino!
¡Paz infinita! ¿Nos dormimos
en Dios, despierto? Sí, atardece.
¡Oh Dios inmenso, gran Dios íntimo,
tan hondamente transparente!
¡Qué cerca estamos de la muerte!

Nació en Ceuta en 1919. Militar de carrera. Dominador de las formas clásicas, entre las que destaca el soneto, es autor de varios libros de poesías, entre otros de Indicios de la rosa (1945), Continuo mensaje (1949), La vida conquistada (1952), Dorada canción (1954), Contemplación de España (1961), Los amantes (1962), Padre del mar (1988). Pero es quizá La distancia del sábado (1992) el que más nos interesa para el trabajo que nos ocupa.

Himno en el Cenáculo

*"Se produjo de repente un ruido proveniente
del cielo como el de un viento
que sopla impetuosamente, que invadió
la casa en que residían..."*

(Hech 2,2-4)

"¿Por qué no te he de amar, cuerpo en que vivo...?"

Domingo Rivero

Vino como una invasión de alas que batieron la casa,
como palabras que vibraban poderosas y atronaban la estancia.
Luz vivísima, himnos, coronación del alma.
Acorde de una orquesta infinita que hizo templo la morada.

Medrosos nos mirábamos unos a otros. Éramos
humildes peregrinos, nada más; extranjeros,
enemigos acaso de lo que no aprendimos ni entendemos.
Casas de soledad, vacíos vegetales andariegos.

Ardieron las paredes de la casa, se hacían pavesas los cimientos, los más firmes ceniza.
¡Oh, Tú que así me abrasas, Tú que así me dominas,
Viento de Dios que invade el alma mía!

Era antigua la casa, ya casi dolorosa,
los podridos pecados, las dolientes alcobas,
los pasillos recorridos tantas veces, las horas
de los viejos relojes, lentas y fatigosas.

Aquí tuvimos hambre. —¿Dónde está el alimento
que permanece?— Tuvimos frío. Tuvimos miedo.
Amamos nuestra casa como mendigos. Luego
nos faltó el vino. Se hizo blanco de pena el pelo.

De súbito, la ardiente sorpresa. ¡Oh, Dios! El fuerte
vendaval encendido: — ¡Venid, Tomad, Comed, Mi cuerpo es
Este mi fuego irresistible, ardiente [éste!
necesidad de Dios, espíritu celeste.

¡Oh, madre, madre, madre! ¿Quién te ha visto
aquí, infinita dolorosa, el hijo
saliendo de tus lágrimas en busca del castigo?
¿Cómo pudo quedar la casa en pie, Dios mío?

¡Oh, viento más que el alba luminoso! ¡Oh, las lenguas
de fuego resumiendo el amor! ¡Oh, las eternas
llamadas, las dulcísimas, amorosas respuestas!
¡Oh, viento que así invades la casa y la renuevas!

Hermanos, ya no sirvo sino para buscarle.
Cantemos, levantemos el corazón. No hay nadie
más fuerte, más poderoso, ni más grande.
¡Ven, Espíritu Santo! ¡Mi casa está esperándote!

Poema de amor en el mar de Galilea

*"Pero la fe absoluta necesita una mano
que nos mantenga, ayude nuestro impulso..."*

Gerardo Diego

Si ella no hubiera estado conmigo habría yo escrito
otra vez aquel verso de los años dorados:
"Quiero escribirte en verso y junto al río...",
porque todo en la orilla invitaba al ensueño
y el amor gravitaba sobre el azul del agua.

Pero, dichosamente,
ella me acompañaba y, los dos, compartíamos
el callado sosiego, la sonora delicia
de las olas del lago, su música acordada
y la paz que bajaba del cielo y se vertía
adentro de las almas como un bálsamo.

¡Qué propicios los sitios del Señor para amarnos!
¡Qué confiada ternura la de la mano alzada
para entrar en la incierta barca, pidiendo ayuda
como el que ya conoce la respuesta!
Íbamos sobre el mar de Galilea
como los que comparten un milagro. Sobre el agua batía
el viento. Turbulentas las olas nos hacían
recordar a san Lucas:

— "Señor, ¿que perecemos!"

Pero no, allí no había
otro peligro que el de que olvidásemos
lo fugaz de la brisa, lo aprisa que transcurren
los dichosos instantes. Si miraba a sus ojos
los veía tendidos sobre el agua, buscando
la figura, el fantasma celeste, el caminante
al que las olas sostenían. Era
un solo pensamiento para los dos, un mismo
dulcísimo deseo de llorar.

—*Son las gotas
que el viento trae hasta los ojos.*

Una

disculpa de hombre. Pero ya sabía
bien ella que eran lágrimas, no como las que a veces
la vida arranca de los ojos, llanto
que desgarrar la súplica de los desesperados,
sino de enamorado desahogo.

¡Llanto de grato amor era el del lago
que alguna vez lavó los pies blanquísimos
del Nazareno!, orilla
para las mansas horas de las predicaciones,
ocasión de la pesca milagrosa, bordadas
del remo hacia el amor.

Cuando salimos
de la barca —otra vez la ayuda firme
de la mano al saltar —, nada decíamos.

Ahora, pasado el tiempo, cuando el azul del lago
ilumina el recuerdo y nos sabemos
a distancia de sábado del puerto
final, si nos asimos
las manos, comprendemos que Él nos está esperando,
acaso con un pez en el fuego,
y será quien nos tienda la mano a la llegada.

Jorge Blajot

Nació en Barcelona en 1921 y murió en 1992. Sacerdote jesuita, estuvo dedicado a los medios de comunicación social. Fue director de programas de Radio Vaticana, director general de COPE y director de la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española. Aparte de traducciones y obras teológicas dejó escritos poemarios como Veruela. Juventud en el claustro (1947), Hombre interior (1952) y La hora sin tiempo (1958).

Voveo paupertatem

Te la ofrezco, Señor, porque Tú fuiste pobre.
Pobre sin el retiro del ave en su nidal.
Pobre sin madriguera de entraña cavernosa.
Pobre y pobre, Maestro, como la soledad.

La ofrezco sonriente porque Tú sonreías
en tu taller secreto cuando faltaba el pan.
Porque una sola túnica fue tu gala inconsútil.
Porque en una Cruz pobre tu victoria total.

Te la ofrezco, Señor, en un siglo de carne,
de lodo que salpica la inercia espiritual.
Ante el pasmo del mundo este martirio blanco
que hace del hombre un ángel y le invita a volar.

Mi corazón sensible ya para siempre tuyo,
mi cuerpo como el mármol, la frente de cristal.
Seré una flor abierta de suavísimo aroma
y un cirio que se enciende delante de tu altar.

Et obedientiam

Te la ofrezco, Señor, rigurosa y perfecta,
como a mi Padre Ignacio se la dictaste ayer.
Renuncia de mi forma para eternos destinos.
Blanca piedra escultórica ansiosa de cincel.

Ser bastón en tu mano por lejanas estepas.
Aterido en la tundra o agostado de sed.
Ser otro Tú —cruz viva— y sentir hervorosa
la lluvia de tus venas correr bajo tu piel.

Mi Cristo: Tú no tienes
la lóbrega mirada de la muerte.
Tus ojos no se cierran
Son agua limpia donde puedo verme.

Mi Cristo: Tú no puedes
cicatrizarse la Llagas del Costado.
Un Corazón tras ella
noches y días me estará esperando.

Mi Cristo: Tú conoces
la intimidad oculta de mi vida.
Tu sabes mis secretos.
Te los voy confesando día a día.

Mi Cristo: Tú aleteas
con los brazos unidos al madero.
¡Oh, valor que convida
a levantarse, puro, sobre el suelo!

Mi Cristo: Tú descansas
en mi mesa tu sombra estilizada.
Que mi pluma amorosa
sepa fijarte en la cuartilla blanca.

Mi Cristo: Tú sonríes
cuando te hieren, sordas, las espinas.
Si mi cabeza hierve,
haz, Señor, que te mire... y que sonría.

Mi Cristo: Tú que esperas
mi último besarte ante la tumba.
También mi beso joven
descansa en Ti de la incesante lucha.

Frente al mirar opaco de ese hombre
que cubre vergonzoso su vacío
y vuelve hambriento del amor, cansado,
tu angélica pupila, Hombre Interior,
adivina una mágica plenitud intangible
saturando la Nada.

La nada no es la Nada.
Se ha impregnado del SER. Toda es Presencia.

Hombre interior, ¡qué júbilo al sentirte
sin un apoyo táctil en torno de ti mismo!
Viajero irremediable de los aires,
pero no del vacío.
El vacío no existe. Dios lo colma.

Sin pedestal tangible,
te hallas sobre la Roca que dura eternidades.

Ya todo el oleaje de tu inquietud —tu esencia—
tiene un inmenso Océano en que dance.

Aún pendulan tus brazos de marioneta feble,
pero hoy con ritmo cierto,
dirigiendo el policromo orfeón de los aires,
la selvática orquesta
acorde en la alabanza del SER omnipresente,
Que está Dios en tus brazos
y en el pico cantante y el arpegio de palmas.

Nació en Moguer (Huelva) en 1921. Estudió Magisterio, Filosofía y Letras y Periodismo. Autor de ensayos sobre arte y literatura, destaca también como creador. Poemarios suyos, en los que destacan sus inquietudes humanitarias y religiosas, son: Caminos interiores (1942), El horizonte recogido (1949), Magnificat (1951), Ciudad mía (1961), Cerro del Tío Pio (1964), Aunque es de noche (1969), La duda (1971), Escribo soledad (1974), Doble elegía (1980), Desde entonces (Cartas inacabadas) (1982), Jazmín inacabado (1986), Pájaros de la cañada (1989).

La duda

¿Dije cáncer o lava? Añadiré
que era también rumor, luz sutilísima,
compasión, paz, amor, Dios accesible,
palpable, que se hacía, poco a poco,
carne por el dolor y la injusticia.

Sin dejar de ser llama, volcán álgido,
era también Eucaristía.
Y así, por esta vía turbadora
de la fe enamorada, discutíamos,
polemizábamos, ¡ay!, en un trastrueque
de inocencia y verdad.

Aquel viento supremo
dábale vibración al mundo. Todo,
vivo y feliz, ardía. Fascinado,
ya no tuve futuro. Era lo mismo
ayer como mañana o todavía.

Sólo contaba la efusión, el roce
instantáneo, lo eterno del segundo.
Sin conciencia del tiempo, la razón
andaba suelta y libre a la esperanza.

Hasta en la sombra cabe Dios. Es cierto.
Pero es un Dios cerrado, sin historia.
Un Dios amordazante y yo era un grito
himenístico y frutal.

En este no gritar, en esta dura
ataraxia, la duda puso el nido
contra un muro caliente y aljamiado.
Y fue surgiendo, lenta y dolorosa,
la sangre acuosa y fría, la terrible
sangre de mi tibieza. La marea
de los días, los años,
el trabajo, los sueños,
me precipita a este silencio rudo
donde la libertad es una mueca,
donde el rostro de Dios no se adivina.
¿Y cómo sujetar los horizontes
o detener la luz de los crepúsculos?

Una palabra clave circuló
dentro de mi oquedad: abatimiento.
Y aferrado al vocablo aparecía,
a contramar, un rostro nebuloso
casi irreconocible.

*Nació en Madrid en 1922, aunque se considera santanderino de adopción. Obtuvo el primer premio Adonais en 1947 con *Alegría*. De ese mismo año es *Tierra sin nosotros*. Otros libros poéticos son: *Con las piedras*, con *el viento* (1950), *Quinta del 42* (1953), *Estatuas yacentes* (1955), *Cuanto sé de mí* (1957), *Libro de las alucinaciones* (1964), *Agenda* (1991). Su poesía tiene una gran variedad de ritmos y un fuerte peso conceptual. Durante la Guerra Civil compuso poemas para las publicaciones del frente republicano. Un gran poso autobiográfico está presente en sus versos, sobre todo en los comienzos, y apuesta por la solidaridad con los que sufren y por la alegría de vivir aun en medio de tanta destrucción y tanta muerte.*

Viento de invierno

Si me hiciste, Señor, de barro tierno,
de húmedas albas silenciosas,
¿cómo no dar, por mi terrestre invierno,
la más perfecta de tus rosas?

Si me hiciste de musgo y llamas locas,
de arena y agua y vientos fríos,
¿no he de buscar mi ser entre las rocas,
en las arenas y en los ríos?

¿No he de sentirme enriquecido al verlos
en olorosa y cruda guerra,
si me diste dos pies, para tenerlos
siempre en contacto con la tierra?

Aquel que ha sentido una vez en sus manos temblar la alegría
no podrá morir nunca.

Yo lo veo muy claro en mi noche completa.
Me costó muchos siglos de muerte poder comprenderlo,
muchos siglos de olvido y de sombra constante,
muchos siglos de darle mi cuerpo extinguido
a la yerba que encima de mí balancea su fresca verdura.
Ahora el aire, allá arriba, más alto que el suelo que pisan los
será azul. Temblará estremecido, rompiéndose, [vivos.
desgarrado su vidrio oloroso por claras campanas,
por el curvo volar de gorriones,
por las flores doradas y blancas de esencias frutales.
(Yo una vez hice un ramo con ellas.
Puede ser que después arrojara las flores al agua,
puede ser que diera las flores a un niño pequeño,
que llenara de flores alguna cabeza que ya no recuerdo,
que a mi madre llevara las flores:
yo querría poner primavera en sus manos).
¡Será ya primavera allá arriba!

Pero yo que he sentido una vez en mis manos temblar la alegría
no podré morir nunca.
Pero yo que he tocado una vez las agudas agujas del pino
no podré morir nunca.
Morirán los que nunca jamás sorprendieron
aquel vago pasar de la loca alegría.
Pero yo que he tenido su tibia hermosura en mis manos
no podré morir nunca.

Aunque muera mi cuerpo, y no quede memoria de mí.

No sé por qué fatal llamada,
por qué secreto y ciego impulso
me siento al borde del camino,
me acerco al agua y la pregunto.
Hoy la mañana se descíñe
y me siento más sueño suyo,
más empapado de su sangre
toda de savias y de zumos,
vegetalmente modelado
en las entrañas de sus surcos.

Hoy la mañana es sólo mía
y quiero ser su hijo desnudo;
tocarla, a ver si se deshace
igual que un álamo de humo,
arrancarme mis propios ojos
para mirarla con los suyos.

Tenía ganas de cantar
y estoy parado, y solo, y mudo
esperando a que me pregunte
qué ha sido de ellos, vagabundos
por otras tierras, solitarios
por otro tiempo triste y turbio.

No es posible cantar a solas.
Ya todo se ha tornado oscuro
y hemos de orar por ellos, tierra,
de rodillas ante tu muro.
Hemos de orar por todos ellos,
desencantados y difuntos,
locos y tristes y cobardes,
ciegos, perdido ya su rumbo.

Todas las cosas me comprenden
aunque sus labios estén mudos:

el agua, el árbol, el silencio,
la nube, el vino, el campo húmedo.
Son afluentes que van a Dios
y Dios escucha en cada uno.

Y que Él recoja la palabra
y la dé su destino justo.

Llanura

Este llano de muerte, esta tierra maldita,
este otero desnudo de costados reseco,
este páramo triste, donde el hombre que grita
no encuentra un solo monte que devuelva sus ecos,
este desierto mudo, esta monotonía,
esta soledad ocre como una calavera,
no nos desesperanzan: sabemos todavía
que después del estío, otoño nos espera.

(¡Tener alas de pájaro, Dios mío, tener alas
de pájaro!... ¡Volar hasta la mansedumbre
del mar!... ¡Llegar a Ti por sus blancas escalas
a quemarnos los ojos con tu divina lumbre!)

Sabemos que defiendes con tu dorado escudo
los trópicos dorados, los solitarios polos.
Míranos, desterrados, sobre el suelo desnudo.
¡Señor, Señor, por qué nos has dejado solos!

Canción

¿Por qué te extraña que cantemos,
mi buen amigo?

¿Porque volvemos a la tierra
tan desnudos como salimos
una mañana ya lejana,
un día ya desvanecido?
¿Acaso sólo canta el ave?
¿Acaso sólo canta el río?
¿Acaso sólo canta el viento
entre las copas de los pinos?

¿Por qué te extraña que cantemos,
mi buen amigo?

Ella es el fin que nos espera,
ella nos llama y acudimos,
ella nos da su pecho, ella
muere un poco cuando morimos;
ella nos canta, nos acuna
y nos hace su sueño vivo.

¿Por qué te extraña que cantemos,
mi buen amigo?

¿Porque volvemos a la tierra
tan desnudos como salimos
una mañana ya lejana,
un día ya desvanecido?
¿Porque volvemos fatigados,
llenos del polvo del camino,
en la cabeza la ceniza
desoladora del olvido?

¿Por qué te extraña que cantemos,
mi buen amigo,

si somos algo más que humo,
más que recuerdo desvaído,
más que el perfume de una vida
quieta en la estela de los siglos,

si aún el placer, si aún el dolor
nos dan su mano, si sentimos
el aire cálido del llano,
el viento frío de los picos,
la piedra dura bajo el pie,
los arañazos del espino
en la carne?

¿Por qué te extraña que cantemos,
mi buen amigo?

Siento una gran melancolía
cuando recuerdas lo que fuimos.
Eso es agua pasada, y agua
pasada no mueve molino.
Mas si aún podemos acostarnos
sobre la hierba, en el estío;
si sabemos cada mañana
que gozamos y que sufrimos,
si sabemos hallar un día
sabe Dios qué extraños caminos,
si sabemos que no es mentira
que existe vida, y la vivimos,
¿por qué te extraña que cantemos,
mi buen amigo?

*Nació en Catarroja (Valencia) en 1922 y murió también allí en 1946. Autor del poemario *Secreta fuente* (1947).*

Noche

Mi antiguo corazón, sin voz ni vida,
¡con cuánta noche y soledad pelea!
Un viento misterioso de ala herida
besando gime el corazón que orea.

Oculto sangre del amor, huida,
por mis venas levanta la marea.
Hondo rumor de muerte enloquecida,
de vida oscura, que mi amor desea...

Allá en la lejanía canta el cielo,
la montaña se yergue noble y pura,
la luz se eleva en un sereno vuelo...

Alzo mis tristes ojos a la altura
y te ofrezco, Señor, mi desconsuelo
desde esta noche de mi vida oscura.

Pecado y resurrección

¡Qué inmensa, negra noche desolada,
sus tinieblas de espanto y amargura,
su frío desamor, su sombra impura,
descendió sobre mi alma abandonada!

¡Qué triste corazón sin tu mirada,
sin tu luz, mi Señor, sin tu ventura!
¡Qué muerte sin tu amor! ¡Qué desventura
sentir mi sequedad, mi amarga nada!

Es la Noche, es la Sombra, es el no verte,
Señor, en la ceguera del pecado
la más amarga, cruel, trágica muerte...

Te tuve en mis entrañas sepultado
tanto tiempo, Señor, sin conocerte...
¡Mas nuevamente en mí has resucitado!

Amor de la tierra

Reposa horizontal mi carne alerta
a la mansa llamada que amorosa
solicita la tierra poderosa
con un aliento extraño en su alma abierta.

Un hondo corazón se me despierta
para darse a este amor que no reposa;
¡ay amor de la tierra!, ¡ay clara rosa
en que revive mi esperanza muerta!

Horizontal mi carne, mi entrañable
humanidad de barro dominado;
mientras, un grito surca lo impalpable.

Mis ojos al azul se han levantado.
¡Tengo amor a la tierra deleznable
y estoy también del cielo enamorado!

Amor de Dios

He aquí la paz. El dulce claro viento,
el manso fluir del agua rumorosa,
la límpida armonía venturosa
del cielo azul, del huerto del convento.

Pájaros cantan, sí; su tierno acento
encanta al sueño que en la paz reposa.
Y en mí canta tu esencia milagrosa
en el silencio del recogimiento.

He acallado mis gritos y mis voces
y escucho allá en el fondo la voz tuya
mansa y dulce, Señor, amor cantando.

¡Qué nueva vida! ¡Qué secretos goces!
Ten cuidado, Señor, no me destruya
esta caricia, Amor, que me estás dando...

Presencia del Señor

Siento la voz divina de tu boca,
acariciar mi oído tiernamente,
tu aliento embriagarme, y en mí frente
la mano que ilumina cuanto toca.

Mi antiguo corazón de amarga roca
ha brotado divina, oculta fuente,
y una armonía dulce y sorprendente
a su celeste amor, fiel me convoca.

La soledad, la noche en que vivía,
el hondo desamparo y desconsuelo,
la triste esclavitud que me perdía,

son ahora, presencia, luz sin velo,
son amor, son verdad, son alegría,
¡son libertad en Ti, Señor, son cielo!

Primavera nueva

Como el almendro, en cuya seca rama
que pareció al invierno ya sin vida
deja la primavera florecida
su nueva savia que en la flor se inflama,

así mi alma también se me derrama
en una nueva primavera henchida
y de su amarga sequedad se olvida
floreciendo al Amor que me reclama ...

Como el almendro de este santo huerto
esperaba con fe la primavera
que le ha dejado de alba flor cubierto,

así mi alma también, también espera
poder cantar la fe que nunca ha muerto,
¡el cielo Tuyo que un instante viera!

Canción del agua viva

"...aquella eterna fonte..."
San Juan de la Cruz

Mi amor se desnudaba
a la orilla del agua,
a la orilla del cielo,
junto a la fuente clara.
¡La fuente de agua viva
secreta en la montaña!

—Mi amor se desnudaba
a la orilla del agua.

Dejó las limpias prendas
sobre las verdes ramas
y deshojó las flores
que tejiera en guiraldas.
Se olvidó de los pájaros
que en la umbría cantaban,
del rumor de las frondas,
del beso de las auras,
y en su puro desnudo
se contempló en las aguas.

—En su desnudo puro
junto a la fuente clara.

Su imagen intangible
de luminosa gracia,
vio esfumarse, fundirse
entre la viva plata
de aquella eterna fuente
secreta en la montaña.

—Mi amor se reflejaba
en las ondas de plata.

Dejó mi amor la orilla
y se perdió en las aguas.
En su eterna corriente
murmura, fluye, canta,
onda entre vivas ondas,
luz entre luces altas,
cielo mismo en el cielo
que las aguas arrastran.

—Dejó mi amor la orilla
y en la corriente canta.

¡Oh fuente de agua viva
que en lo escondido mana!

—No volvió a la ribera
que su amor era el agua.

Carlos Bousoño

Nació en Boal (Asturias) en 1923. Miembro de la Real Academia Española. Su labor como crítico es quizá la más importante y original de todo el presente siglo, con libros como Teoría de la expresión poética (1952), El irracionalismo poético (1978). De entre sus libros de poesía hay que destacar Subida al amor (1945), Primavera de la muerte (1946), Noche del sentido (1957), Invasión de la realidad (1962), Oda en la ceniza (1967), Las monedas contra la losa (1973) y Metáfora del desafuero (1988). Las inquietudes existencialistas de la inmediata posguerra aparecen en sus primeros libros, pero teñidas de sincera y profunda religiosidad. En Primavera de la muerte trata de sublimar de modo místico la conciencia del acabamiento humano. Sus dos primeros poemarios fueron editados posteriormente, en 1950, de modo conjunto con el título de Hacia otra luz. Así quedaría cerrado un ciclo de poesía religiosa y daría comienzo otro de crispaciones y escepticismos.

La luz de Dios

Dios está entre los aires vivo y puro,
pero durante el día
su presencia de luz se desvanece
ante la claridad que dulce gira.

Cuando llega el crepúsculo,
lenta aparece en la vibrante cima
de los aires su forma en resplandores,
su presencia purísima.

Hace falta la noche para verte
entero, oh Dios. Entre la noche viva
quiero tenerte, ver tus ojos puros
que lucientes ~~me~~ miran.

Mucha noche hace falta en las estrellas
pero más en el alma se precisa.
Mucha noche hace falta
que caiga grave en su honda mina.

Tu aparición entonces sobre el cielo
del alma en vasta noche oscurecida,
allá, en el más profundo firmamento,
luce hondamente y sin medida.

Tu luz descende clara,
trémula, pura: el aire se ilumina.
Toda mi alma en el amor se empapa,
y tiembla, y brilla.

Oh alma traspasada,
bebes luz que descende, luz divina,
y te levantas sosegadamente
y oreas a Dios como una brisa.

Dios en la brisa. Puros cielos limpios.
No existe el mundo. Espacio sólo brilla.
El alma llega, toca, pasa, gime
de amor, y se retira.

Dios hecho luz cubre los cielos.
Tú ya no existes, alma mía.
Sólo el espacio iluminado.
Sólo la luz se extiende límpida.

Decidme

Dime que es cierto mi vivir. Decidme,
ayudadme a pasar por este río,
por este largo río. En esta niebla
helada, hundido, te pregunto
a Ti, Señor, pregunto si existimos.
Y si en la larga noche, donde nadie
se detiene, decidme, si en la larga
noche existe alguien que respira
al otro lado, si del otro lado
alguien respira hondo, si respira
despacio, vida plena, a bocanadas.
Y yo que paso como cualquier otro,
aunque apenas me atrevo a pronunciarlo;
y yo que paso, yo que detenido
quisiera estar, decidme, yo que nada
sé, nada sé de todo esto, yo que toco un libro,
que escribo una palabra lentamente...
Y más allá hay la luna, las estrellas.
Como diamantes en la noche triste
nos acompañan; hay luceros grandes...
La vida es breve y grandes nos contemplan.
Nadie sabría. Todo lo ignoramos.
Nadie puede escuchar otra palabra
que la que nace viva allá en su pecho.
Y Tú, Señor, Señor de mi destino...
Quisiera pronunciar te lentamente,
creerte hondamente luminoso,
creer en Ti, detrás de la penumbra;
creer que estás oyendo mis palabras,
aplicando tu oído tercamente
y tercamente y delicadamente
ayudando hacia Ti mis pasos tristes.
Sin que nadie lo sepa, ni yo mismo,
que estabas Tú al fondo del pecado
manchándote por todos los sitios, escondido,
respirando despacio, pronunciando
mi nombre (¡yo que te negaba!),
¡mi nombre con amor entre tus labios!

Mi compañero fuiste, Tú silbabas
mi nombre apenas, leve en la penumbra,
en el fondo más negro, resoplado
acaso con fatiga...

Dime, dime...

En un día sin nubes

Cuando decimos, Dios, que somos sombra
apenas si acertamos.

Es una cosa lo que el labio suena
y otra la realidad.

Y Tú, Señor, lo sabes; Tú lo sabes,
y Tú nos compadeces de tenernos
así; fatalmente inclinados
a interrogar, humano, nuestro sino,
y mirarnos las manos, piel, cabellos,
rodillas tercas, huesos más tenaces,
con la piedad humana que adivina
lo que está más allá de la penumbra,
y de saber que todo es sólo cuerpo,
aquello que ante Ti nos representa.

Hay otra realidad, la presentimos
cuando la noche cierra nuestros ojos
y nos permite, ya que no mirarte,
adivinar sumo, o sea lleno
de Ti, ligero en las alturas,
no advenido, total, y no en la orilla
del ser, sino en la ola
o cúspide primera en que Tú eres,
más virginal que aurora o mediodía
sin término, más claro
que la luz que te finge inútilmente
cuando miramos con nostalgia y pena
brillar la claridad de un día sin nubes.

La primavera viene, y ya nosotros
nos sentimos inmersos en tu esencia,
pero es engaño, y pronto lo sabemos
como el toro que mira el trapo rojo
ondear, tras el cual pronto reconoce el bulto
misterioso, el humano ser que, oculto
sólo un instante brilla ante sus ojos.

Así nosotros, en los días primeros
de mayo, o en las anchas tardes
de un otoño brillante y amarillo,
escuchamos tal vez allá en el fondo

del cielo azul
el hondo mar remoto que nos suena
ya muy lejano, y luego desvanece
todo rumor, y ante el silencio sacro
quedamos mudos, permanentes, hondos,
mirando
el cielo que sin fondo se retira.

Como el despojo que en la playa deja
la alta marea, flota entre los aires
la primavera dulce, el áureo otoño,
y nosotros miramos la rosada
luz, con la nostalgia con que vemos, triste,
el résto de un naufragio esplendoroso.

Salmo desesperado

Como el león llama a su hembra, y cálido
al aire da su ardiente dentellada,
yo te llamo, Señor. Ven a mis dientes
como una dura fruta amarga.
Mírame aquí sin paz y sin consuelo.
Ven a mi boca seca y apagada.
He devorado el árbol de la tierra

con estos labios que te aman.
Venga tu boca como luz hambrienta,
como una sima donde el sol estalla.
Venga tu boca de dureza y dientes
contra esta boca que me abrasa.
Tengo amargura, y brillo como fiera
de amor espesa y de desesperanza.
Soy animal sin luz y sin camino
y voy llamándola y buscándola.
Voy oliendo las piedras y las hierbas,
voy oliendo los troncos y las ramas.
Voy ebrio, mi Señor, buscando el agrio
olor que dejas donde pasas.
Dime la cueva donde te alojaste,
donde tu olor silvestre allí dejaras.
Queriendo olerte, Dios, desesperado
voy por los valles y montañas.

Buscando luz

¡Ser un instante luz, sólo un instante!
Sopla y enciéndeme, Señor, cual árbol
resplandeciente entre la noche oscura.
Mira mis verdes que se extienden largos,
mira mis ramas de quejidos: crecen
en la noche, tu fresca luz buscando.

Baja, Señor, y sopla entre mis frondas.
Tóquete yo con mi pequeña mano,
con mi pequeña sombra triste. Soy
un niño sin descanso.

Mi corazón golpea contra el tuyo.
Un débil junco puede ilusionado
golpear un gran sol, un mar de tierras:
¡heme aquí golpeando!

¿Y no responderás a un niño? Mira
cómo hasta ti levanto mis dos brazos
queriendo reposar sobre la hierba
de luz de tu regazo.

Baja, Señor, y posa tu caricia
en mis cabellos de la tierra, amargos,
y deja un surco luminoso en ellos,
un reguero de cielo dulce y largo.

Plegaria a Dios por la realidad

Dame el amanecer con su corola,
la fresca tierra con sus frescos ríos
y la montaña con su larga cola
de desafíos.

Dame la piedra y su contorno duro.
Dame la libertad con su albedrío.
El fondo inmenso y el fragor maduro
del mar bravío.

Dame los cielos con su nombre hermoso.
Dame su anchura donde yo te sienta,
donde estar vivo puede ser reposo
que no se aumenta.

Dámela Tú. ¡Que pueda yo tocarte,
meter mi mano en los espesos cielos,
y tropezarte vivo y arrancarte
vivo y sin velos!

El viento

Gimiente y dulce, el viento, venturoso
viene de Dios y puro en Dios termina.
Lleno de cielo va. Miradle hermoso,
de luz cargado y esencia divina.

Gozo arranca de todo en lo profundo.
Largo de dicha su quejido suena.
Cielo total bajo su soplo el mundo
aparece. Luz trémula le llena.

¡El viento, el viento! Loco, trastornado,
"soy la luz", digo. "Nunca el viento cese".
El viento besa, pasa, y olvidado
canto feliz como si el viento fuese.

Vas hacia Dios. ¡Oh, no, nunca te paras!
Mi palabra de amor llévale entera;
llévale rosas, frescas rosas claras
y los perfumes de la primavera.

Subida al amor

Mira los aires, alma solitaria,
alma triste, que sola vas gimiendo.
Asciende, sube. Amor te espera.
Dios te espera en la cima de tu vuelo.

Aleteante, temblorosa y blanca
te veo subir entera entre los vientos.
Te vas dorando. Solar eres,
clara y solar sobre los cielos.

Alma sola de Dios junto a su rostro,
rostro de luz que cubre el firmamento.
Inmensa estás tocada en luz naciente.
Inmensa estás la luz de Dios bebiendo.

Cara con cara junto a Dios, contemplas.
Cara con cara yo te veo.
Vida con vida, luz con luz,
cielo con cielo.

Luz de amor, luz de vida
lenta en los aires bajar siento.
Fundida luz de Dios con luz del alma.
¡Oh claridad en el silencio!

Oda en la ceniza

Una vez más. Las olas, los sucesos,
la menuda porfía que horada
la granítica realidad, el inmóvil
bloque como un águila
aciaga.

Cada minuto el mundo es otro,
otra la muerte,
otro el desdén, la diurna aparición del entusiasmo,
el radical sentido.

Perdemos suelo,
firme contacto, asidero de sombras. Dame
la mano, álzame, tocaría
acaso la sublime
agarradera sin ceniza, la elevada
roca, el alto asiento
del resplandor, la puerta que no gira
ni se abre, ni cierra, el último
fundamento del agua, de la sed, de los aires
diáfanos,
del barro mísero donde el ardor se quema
como un ascua. ¡Oh tentación de ser
en la portentosa verdad,
en el irradiante espacio, estallido de veneración
más allá del respeto
sombrió! ¡Oh calcinante
idealidad sagrada que no arde ni quema
en la deslumbradora invisibilidad, en la increíble

fuerza del mundo! ¡Oh ténpano de oceánico ardor
donde el cansancio
puede brillar y la queja
abrasar y ser otra, y el hombre apetecer y saciarse
en el alimento continuo!

¡Oh desaliento
del desconocer, hambrear, consumirse,
centro del hombre!

Tú, mi compañero,
triste de acontecer;
tú, que como yo mismo ansías lo que ignoras y tienes
lo que acaso no sabes,
dame la mano en la desolación,
dame la mano en la incredulidad y en el viento,
dame la mano en el arruinado sollozo, en el lóbrego cántico.
Dame la mano para creer, puesto que tú no sabes;
dame la mano para existir, puesto que sombra eres y ceniza;
dame la mano hacia arriba, hacia el vertical puerto, hacia la
[cresta súbita.

Ayúdame a subir, puesto que no es posible la llegada, el arribo,
[el encuentro.

Ayúdame a subir, puesto que caes, puesto que acaso
todo es posible en la imposibilidad,
puesto que tal vez falta muy poco para alcanzar la sed,
muy poco para coronar el abismo,
el talud hacia el trueno,
la pared vertical de la duda,
el terraplén del miedo.

¡Oh, dame
la mano!, porque falta muy poco
para saltar al regocijo,
muy poco para el absoluto reír y el descanso,
muy poco para la amistad sempiterna.

Dame la mano
Tú que como yo mismo ansías lo que ignoras y tienes lo que
[acaso no sabes,
dame la mano hacia la inmensa flor que gira en la felicidad,
dame la mano hacia la felicidad olorosa que embriaga,
dame la mano y no me dejes caer
como Tú mismo,
como yo mismo,
en el hueco atroz de las sombras.

Nació en Valdepeñas (Ciudad Real) en 1923. Su primer libro es de 1968 y se titula Catorce bocas me alimentan. Luego siguen Hormigón traslúcido (1970), Carta a Dios (1971), Esta espina dorsal estremecida (1973), Los ojos nunca crecen (1975), Regreso al corazón (1981). Poesía de carácter existencial, de búsqueda constante del sentido de la vida, de acercamiento a lo esencial, sobre todo en Carta a Dios, donde la autora, desde su condición de criatura, anhela saciar sus deseos sólo en el Creador.

Necesidad de ti

Necesidad de ti. Total. Aspiro
a que tu fuego de una vez me abrase.
Mi corazón sediento de trasvase
se eleva a la medida de tu giro.

Hacia tu vertical el cuerpo estiro.
Por tanto miedo a que mi sed fracase,
muere en los labios la encendida frase
y apenas si te llamo, si respiro.

En mi almohada te busco, todo entero,
cuando vuelvo sin ti, y anohecida,
con una palmatoria porque veas

mi cárdena tristeza, el sumidero
salobre de mis pómulos, la herida
por la que dulcemente me golpeas.

Me obsesionas, Señor.

¿Qué singular motivo
a mí te acerca?

¿Por qué esta terca
conquista
sobre mi corazón esquivo?

¿Qué buscas siempre en mí?

¿Qué quieres darme?

Dominas mi silenciosa casa.
Te colocas detrás de cada puerta.
Tras los goznes atisbas.
Por los cristales me vigilas.

En las noches sin luna,
un halo de paloma
se espesa en mi ventana.
¡Y eres tú que me acechas
y te asomas!

Por mi alcoba andas siempre.
Antes
de que mis pies la pisen
ya estás tú en ella
y apenas si me atrevo a desnudarme.
Años atrás, frente al espejo,
contemplaba mi carne.
Mas entonces no estaba
insistiendo
en mi rostro tu mirada.

En las noches que no puedo dormir
tú pisas las baldosas,
las bordeas
hasta alcanzar mi cabecera;

cuando sabes
que está vivo el aliento
de mi boca febril.
Y si en la mano
brinca el lapicero,
tú miras por encima de mi hombro
para ver lo que escribo
y lo que nombro.

Tú estás alerta entre mi sueño.
Tú me robas
extingues
aminoras
con empeño
mi llamada, mi palpito;
me robas
el nombre de otro dueño.

¿Por qué te veo, Señor?
¿Por qué casi me tocas
y mi mano
contiene tu caricia?
¿Por qué esta lucha contra ti
si eres mi olfato
mi visión y mi tacto,
tú los rumores
que mi oído escucha?

¿Por qué nunca me dejas
y tus ojos, Señor,
¡siempre tus ojos!
me miran
sin reproche y sin queja?

Cuando viva a tu lado,
¿cómo seré, Señor?
¿En qué estaré cambiada?
¿Qué edad he de tener?
¿La de mi floración
bellamente asustada,
la de mi vientre
en sangre embarazada,
la de mi nacimiento
o madurez?

¿Tendré estos mismos ojos,
este perfil agudo
que esculpió tu cincel,
estos labios carnosos?
¿La misma inquieta
delgadez me alentará?

¿Qué condición excelsa
yo tendré a tu servicio?
¿A qué arte
o a qué oficio
tú me dedicarás?

Señor:
Cuando viva a tu lado
no me des esa gracia
de ser para tu corte
estrella, chispa, flor.
No me des esa gracia.
No la quiero.

En tu regazo
yo quiero ser tan sólo
como un doblado lazo,
rescoldo en pebetero,

temblor humano todavía.
Arrobo. Bisbiseo. Letanía.

¿Mi vidrio en tu joyero?
¿Yo engastada
en tu divina pedrería?
Dame, Señor, la gracia
de ser
un derretido acero,
como tú me quisiste:
no virgen, impregnada,
en dolores crecida,
pasada
polvo a polvo
por tu criba.

Que crezcan, vuelen
y te aromen
en halo celestial
arriba de tu frente
las flores invioladas,
mas yo, que fui tocada,
más cerca de tus pies:
como una fuente,
como aquel manantial
que enamorado
desbordó las paredes
de su pozo,
y como él en su fluir
te cante:

¡Gracias, Señor,
por este gozo
de tu designación
sobre mi carne!

¿Cómo será tu voz?

¿Cómo será tu voz?
Yo conozco tus manos
que transforman mi cuerpo
en una puerta
en una gran rendija
en una grieta
que entornas
alargas
o sujetas
con esos dedos tuyos
que suavemente me abren
resbalan o me aprietan.

Pero tu voz, ¿cómo será tu voz?

Te tengo
más que si recibiera
tu cuerpo en mi saliva
y en mi lengua;
más dentro aún:
por todo cuanto vienes
a entregarme
en palpito
de senos y de sienas.

Pero tu voz, ¿cómo será tu voz?

Yo conozco el sigilo
de tu paso,
ese rayo de luz
que va dejando estelas
desde las cumbres
a los mares,
y en su gozo
las nieves azulean,
palidecen corales
se sonrojan las perlas.

Pero tu voz, ¿cómo será tu voz?

Tu forma;
y tu postura inalterable
conozco;
tu imagen de colores sin fin
que prenden en mis ojos
cuando vienes a mí,
cuando me cercan tus destellos.
Tus ojos y tu boca
yo conozco.
Tus hombros y tus pies.
Tu cabello impenable.
Las hilaturas que te cubren
jamás entretrejidas.
Tu cuello indibujable.

Pero tu voz, ¿cómo será tu voz?

¡Tu voz, Señor!
¡Una sola palabra!
¡Un murmullo!
¡Una sílaba!
¡Un ligero chitar!
¡Un eco al menos
al que yo quede uncida
por ti arrastrada
suavemente movida!

Para poder vivir
yo necesito tu llamada.

Señor:
Por esta ambición suma
de eternizar en tu infinito
mi latido terreno,
mi lírico ideal,
yo te pido
con acento pueril
que cuando esté en tu gloria
quieras darme un espacio
recortado
como la piel de un toro;
un regato chiquito
donde pueda mojar
mi pluma de oro,
y una frágil piragua
para que desde mi ribera
hacia la tuya
te lleve día a día
las hojas esmaltadas
con mi nueva poesía.

Nació en Córdoba en 1923. Pertenece al grupo de poetas que fundó en 1947 la revista Cántico. Intimismo, sensorialidad, metáforas y ritmos sirven para entroncar con el pansensualismo y el barroquismo andaluz. Así ocurre en su libros Rumor oculto (1946), Mientras cantan los pájaros (1948), Antiguo muchacho (1950) y Julio (1957). Pero desde Oleo (1958) se produce una crisis existencial que le lleva al autor a una profunda reflexión religiosa y que se continúa en Antes que el tiempo acabe (1978).

Ceniza

Otra vez tu ceniza, Señor, sobre mi frente...
Polvo soy que algún día volverá hasta tus plantas.
Polvo en la muerte y polvo ahora que aún vivo
perdido entre la arcilla blanda de tu universo.
Otra vez la ceniza ardiente como ascua
que estalla en el volcán de tu amor implacable,
lucha por derribar, por abatir en Vida
la altiva barbacoa que levanta sus muros
en la ciudad confusa de mi alma.
Otra vez tu ceniza llamando está en la puerta de mi frente
con arrullo o con látigo,
ahora que el deseo me asfixiaba en la sombra de su gran lirio
[negro,
ahora que en mi tacto se disipaba un mundo como un vaso
[quebrado,

un mundo donde abren sus corolas violetas los senos de las
un mundo que no cree en los antiguos dioses, [vírgenes,
pero adorna su ara con verbena olorosa
y se engaña pensando que el viento entre la hierba
es la pezuña ágil del sátiro que baila.

Pero has llegado Tú, y aunque es primavera he de cerrar los
No podré recordar ni siquiera estos días [ojos.
tibios y embriagadores como un vino vertido de turbadoras
[ánforas

y de todo mi cuerpo ahuyentaré aquel vaho que me ahoga,
el humo sofocante de una mirada
que arde con la llama azul de los espinos quemados en la sierra,
cuando el pastor descansa su cabeza en el báculo.

Y mis manos, que se placían en el halago dulce de los azahares,
que se ataban a otras manos
como se atan en la canastilla de la Purificación la paloma o la
podrán sólo enlazarse a la espina, a la llaga, [tortola,
acariciar la moneda que se da a los mendigos cuando nadie nos
crispase sobre la madera del confesonario [mira,
cuando, rodilla en tierra, los labios van alzando las cortinas del
o subir como llamas implorantes hasta tu cielo, [alma;

como lenguas rosadas de aquellos animales
que en el circo lamían la sandalia del mártir.
Subirán a tu cielo como el perro que teme
y confía y se arrastra delante de su amo,
subirán a tu cielo suplicando que anegues
en tu ceniza viva todo incendio que se levante en mí
y que tu lava arrase mis mármoles paganos,
la púrpura soberbia de mis templos,
los plintos florecidos de mis deseos,
aun cuando en las almenas de las torres
haya arqueros que apresten contra Ti sus aljabas
y la sangre hierva por mi cuerpo
como un hormiguero aplastado en el camino.

Nació en Coria (Cáceres) en 1924. Murió en 1973. Sus poemarios más significativos son Desde la lejanía (1949), Umbral de armonía (1952), El friso (1965) y Sonetos de la sed y otros poemas (1979). Hombre de fe profunda, que encuentra en Dios toda su razón de ser. Con un sentimiento de la fragilidad de la condición humana se acerca a Dios para descubrir la veta luminosa de la existencia. Fue profesor de periodismo y autor de varias novelas en torno a la Guerra Civil: El secuestro (1968), Los días del odio (1969) y El fuego (1979).

Tacto de Dios

Tu abandonada luz, continuamente,
sobre mis hombros cae como un ala:
ebrio, Señor, de luz, en mi antesala
tu luz me aloca y toca tibiamente.

Tacto de Dios apenas, blandamente
cala mi mocedad, como una gala
de domingo con lluvia, y me regala
este gustarme Dios calladamente.

Hacia tu ciega boca mi mejilla,
y Dios, calladamente, hacia mi espera,
y esta luz en mis hombros, mi gavilla

de abandonada luz, ancha frontera,
ausencia apenas, luminosa quilla
continuamente hiriendo Tu ribera.

*"Laudato sie mio signore,
persona nostra morte corporale..."*

S. Francisco

Como la espuma en la cresta de las olas,
desde Tus aguas, este cuerpo:
surgió mi cuerpo de la nada,
y ya siempre, que dejaste en mi entraña Tu huella
para vestirla un día de Tu tiempo.

No dejarás de estar, mi carne:
como la higuera que se desnuda de sus hojas
siempre que se enmudece la voz de los pájaros;
igual que el árbol centenario cae su corteza,
me dejará la carne esto de Dios,
se dejará su polvo entre cipreses,
y volverá en un luego a darme forma,
como al agua del río las riberas.

¿Quedaré sorprendido ante la muerte?
Es otro el miedo de las cosas:
yo he de vestirme de Su tiempo
cuando me desnude este miedo,
este mi miedo a la otra muerte,
que mi muerte, la hermana, corporal,
sólo me cambiará de sitio,
como un mueble que se hace viejo
de tanto soportar polvo en la sala.

Cuando un luego nos vuelva,
la arena de la playa perderá su humedad.
Será un primer otoño
en los olivos, para entonces...
Para entonces, ¿habré conocido a los ángeles?

Te doy gracias, Señor, por la palabra:
con ella, el alma sigue siendo mía;
me diste Tu palabra, poco a poco,
mientras te daba yo mi última lágrima.

¿Poesía es la palabra? ¿Señalar
la huella de Dios sobre las cosas?
¿Poesía es el llanto de los hombres,
mientras la muerte viene a la antesala?

...Te doy gracias, Señor, por la palabra:
Tú me la has dado para seguir siendo,
para que sean también los demás hombres,
y sea el paisaje y la mujer amada.

Es el perfil de Tu obra, la palabra:
las cosas nos la ofrecen, como mano
izada, para señalarnos sólo
su presencia. Ahí están, bajo hondos siglos.

Quizá el tacto de Dios tenga sus nombres.
Así, cuando al hogar, tras larga ausencia,
vuelve la madre. La palabra, acaso,
sea Tu larga mano entre las cosas.

Ella, como una esposa joven, viene
de vez en cuando hasta mis galerías,
lo pone todo en orden, y abre luego,
a la hora del sosiego, sus ventanas.

Ahora cae Tu chorro tibio al alma:
—ella, la muerte, mi esperanza, un verso—
se ordena este dolor, y pasa luego
como un río que vuelve a hallar su cauce.

Después te quedas Tú, como el rocío
cuando nace la luz detrás del bosque...
Tal vez estés Tú mismo en la palabra.
¿Por qué mueren los hombres y ella queda?

Sumiso a tu palabra

Llamado estoy, Señor, a la armonía,
desde este barro Alfonso, sumidero
de mi afanoso izar, en tu madero,
mi corazón altivo, todavía.

Morder siempre tu Verbo, con mi encía,
desde el principio ya, con mi asidero,
desde la tierra madre hacia tu alero,
a comulgar tu voz en romería.

Comulgar de tu pan y de tu vino,
ser yo tu vino y pan, mi Dios lejano,
ser mástil de tu sed, y, de camino,

comulgar la canción de aquella mano
donde Tu tacto empieza, donde el lino
de tu vellón me llaga, Cristo hermano.

Nació en Valencia de Alcántara (Cáceres) en 1926 y murió en Barcelona en 1996. Catedrático de Estética en la Universidad de Barcelona; renunció a la cátedra en solidaridad con otros profesores desposeídos de las suyas por motivos políticos en los años 50. Su actividad docente la desarrolló también en Estados Unidos y en Canadá. Traductor y crítico. Pero aquí nos interesa su obra poética. Su primer libro de poemas es Hombre de Dios (1945). Luego siguieron La espera (1949), Versos del domingo (1954), Voces y acompañamientos para san Mateo (1959), La conquista de este mundo (1960), Años inciertos (1970). Con el título de Enseñanzas de la edad (1971) reunió toda su poesía y la sometió a revisión, como abjurando, hasta cierto punto, de la religiosidad de sus años juveniles. Tras la publicación de Ser de palabra (1977), una especie de reflexión metapoética, aparecieron sus Poesías reunidas en 1990.

Oración por nosotros los poetas

Señor, ¿qué nos darás en premio a los poetas?
Mira, nada tenemos, ni aun nuestra propia vida;
somos los mensajeros de algo que no entendemos.
Nuestro cuerpo lo quema una llama celeste;
si miramos, es sólo para verterlo en voz.

No podemos coger ni la flor de un vallado
para que sea nuestra y nada más que nuestra,
ni tendernos tranquilos en medio de las cosas,

sin pensar, a gozarlas en su presencia sólo.
Nunca sabremos cómo son de verdad las tardes,
libre de nuestra angustia su desnuda belleza;
jamás conoceremos lo que es una mujer
en sus profundos bosques donde hay que entrar callado.
Tú no nos das el mundo para que lo gocemos,
Tú nos lo entregas para que lo hagamos palabra.
Y después que la tierra tiene voz por nosotros
nos quedamos sin ella con sólo el alma grande...

Ya ves que por nosotros es sonora la vida,
igual que por las piedras lo es el cristal del río.
Tú no has hecho tu obra para hundirla en silencio,
en el silencio huyente de la gente afanosa;
para vivirla sólo, sin pararse a mirarla...
Por eso nos has puesto a un lado del camino
con el único oficio de gritar asombrados.
En nosotros descansa la prisa de los hombres.
Porque, si no existiéramos, ¿para qué tantas cosas
inútiles y bellas como Dios ha creado,
tantos ocasos rojos, y tanto árbol sin fruta,
y tanta flor, y tanto pájaro vagabundo?
Solamente nosotros sentimos tu regalo
y te lo agradecemos en éxtasis de gritos.
Tú sonríes, Señor, sintiéndote pagado
con nuestro aplastamiento de asombro y maravilla.

Esto que nos exalta sólo puede ser tuyo.
Sólo quien nos ha hecho puede así destruirnos
en brazos de una llama tan cruel y magnífica.

...Tú que cuidas los pájaros que dicen tu mensaje,
guarda en la muerte nuestros cansados corazones;
dales paz, esa paz que en vida les negaste,
bórrales el doliente pensamiento sin tregua.
Tú nos darás en Ti el Todo que buscamos;
nos darás a nosotros mismos, pues te tendremos
para nosotros solos, y no para cantarte.

Salmo inicial

Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre.
Estás allá, entre nubes, donde mi voz no alcanza,
y si a veces resurges, como el sol tras la lluvia,
hay noches en que apenas logro pensar que existes.
Eres una ciudad detrás de las montañas.
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco
devorando mi entraña, como una hambrienta boca.

Y por eso te nombro, Señor, constantemente,
y por eso refiero las cosas a tu nombre,
dándoles latitud y longitud de Ti.
Si estuvieras conmigo yo hablaría de cosas,
de cosas nada más, sencillas y desnudas,
del cielo, de la brisa, del amor y la pena.
Como un feliz amante que dice sólo: "Mira
qué pájaro, qué rosa, qué sol, qué tarde clara",
y vierte así en la luz de los hombres su amor.
Pero no. Tú me faltas. Y te nombro por eso.
Te persigo en el bosque detrás de cada tronco.
Te busco por el fondo de las aguas sin luz.
¡Oh cosas, apartaos, dadme ya su presencia,
que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!
Marcado por tu hierro vago por las llanuras,
abandonado, inútil como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy.

Es el banco de piedra
—los pies lejos del suelo todavía—
del parque de mis sueños infantiles
donde el sol era amigo
y la arena tomaba
tacto de conocida madre vieja.

...Guardo la imagen turbia
de un niño que, de pronto, se distrae
en medio de los juegos
y al ocaso se queda pensativo
escuchando el rumor lejano de las calles...

El mundo iba naciendo poco a poco
para mí solamente.
La tierra era una alegre manzana de merienda,
un balón de colores no esperado.
Los pájaros cantaban porque yo estaba oyéndoles,
los árboles nacían cuando abría los ojos.

Y los miedos, después...
Todo podía ser en lo oscuro del cuarto.
Al fondo del pasillo
latía todo el negro de este mundo,
todas las vagas fuerzas enemigas,
todas las negaciones...

¡Ay alma de mi infancia!
Sólo vivo del todo cuando vuelvo a ser niño.
¿Qué otra revelación mayor que aquélla
del mundo y de la vida entre las manos?
(...cuando todas las cosas eran como palabras...)
¿Qué ensueño como aquél
de presentir desde el umbral del alma
los días esperándome?

¡Oh Señor, aquel niño que yo era
quiere pedirte, muerto,
que le dejes vivir en mi presente un poco!
Que siga en mí, Dios mío —como tú nos decías—,
y viviré del todo,
y sentiré la vida plenamente,
y tú serás mi asombro virgen cada mañana...

Salmo de las rosas

Oh rosas, fieles rosas de mi jardín en mayo;
ya venís, como siempre, a reposar mi angustia
con vuestro testimonio de que Dios no me olvida.

Hubo un tiempo en que yo creí perdido todo.
Pero vuestra constancia no se enteró siquiera
y seguisteis viniendo a acariciar mi frente
y a decirme que el mundo seguía estando intacto.
Surgís difícilmente lentas, de dentro a fuera,
como torres de nubes que, imitando dragones,
se alzan en el ocaso, saliendo de sí mismas;
o como un sentimiento, tan nuestro y tan profundo,
que al subirlo a la boca va espeso del esfuerzo,
arrastrando en su parto los más hondos aromas.
¿Qué decís, qué decís, bocas de Dios infantiles?
¡Cuánto trabajo os cuesta pronunciar la palabra
oliente y no entendida! Os morís, fatigadas,
cuando acaba, al decirla, vuestro oficio en la tierra.

Vuestra belleza es eso: morir, pasar al vuelo.
Vuestro aroma es la muerte. Y por eso enloquece.
Mas ¡qué importa morir cuando se ha sido, y tanto!
Yo os doy la eternidad que os quitaba el ser bellas.
Os tengo en mi recuerdo lo mismo que en un libro,
evocándome mayos, muchachas y ciudades,
al hallaros de pronto, cuando paso las hojas.

Voy contando mis años por relevos de rosas.
De rosas repetidas, de eternidad de rosas
que me animan, diciéndome que el Señor sigue en pie.

¡Oh Señor!, Tú sostienes con tu mano
todos nuestros momentos, sin cansancio ni olvido;
cada instante nos sacas de la nada,
nos haces nuevamente,
concitando las mil casualidades
que hacen que un cuerpo vivo pueda seguirlo siendo.
...Y todo, ¿para qué? Para poder seguir
gastando vida y vida inútilmente,
para dar pasos vanos,
para volvernos contra la mano que nos alza,
para, lo que es peor, olvidarte, y sentados
en tu mano creer que no lo somos todo,
Mas Tú no te fatigas
y a tus hijos mimados sigues soplando el fuego
sin dormir ni olvidarte del más bajo,
como todos de Ti...
Y eso no solamente es a nosotros,
en quienes te contemplas y quizá un día te amen.
Tú sostienes las miles de flores no miradas,
los ríos, aves y árboles; las olas y los vientos.
¡Oh cómo te desvelas atizando la lumbre
de un insecto que pudo lo mismo no haber sido!
Acudes de uno en otro:
de la piedra ignorada en el fondo del agua
al gusano que roe su madera,
como si eso pudiera serle contado un día.
Pienso el viento en el mar,
clamando en soledad siglos y siglos
—para dejarlo todo lo mismo que al principio—
desde el día que hablaste hasta el que calles.
¡Oh!, ¿cómo no te olvidas siquiera un solo instante,
pues que nadie te mira y nada ha de quedar?
Si yo toco una piedra,
Tú me la has sostenido durante miles de años,
velando cada día para que hoy estuviese.

¡Y tantas, tantas cosas,
tantos ríos corriendo sin descanso,
sin pararse a tomar aliento nunca,
tantos bosques y pájaros sin cesar floreciendo
por si algún día un hombre los mirase al pasar!
Sí; las cosas renacen de nuevo en cada instante
y ese bullir divino nos las hace ver vivas.
Vivas: o sea, alzadas
en vilo por la mano del Señor,
con temblor de su sangre.
Vivas: o sea, al borde de la muerte,
que se intuye debajo de esa mano,
si se apartara un día.
(En el fondo de vuestro corazón,
¿no teméis de las cosas
que puedan sepultarse de repente en la nada?)
Y la mano de Dios también está en la muerte.
Sabedlo bien: la muerte no es el olvido súbito
de la mano de Dios, por negligencia
que nos deja caer en los abismos
al quedar separados de su fuente de ser.
Eso no está en su amor.
Ved la muerte; mirad cómo Dios nos la endulza
y nos lleva hacia ella de la mano,
cómo nos la prepara antes, igual que un lecho...
Ni aun esos que tropiezan con la muerte fuera
estaban ese instante dejados de su mano...

Bendición de la lluvia

*... pues el Señor Dios todavía
no había llovido sobre la tierra.*

Génesis, 2,5

En el Edén no había lluvia.
Inmóvil, puro estaba el cielo
No se sabía qué eran lágrimas.
Dios respiraba en su azul quieto.

La lluvia ha sido dada al hombre
para consuelo en el destierro;
como el amor y la belleza,
como el recuerdo, como el sueño.

Es la lluvia una de esas pocas
verdades que Dios nos ha puesto
a nuestro lado; madre vieja
que en su canción guarda lo eterno.

Viene a lamernos, fiel, las manos
como un mojado, inmenso perro;
como un gran ángel compasivo,
llanto y abrazos todo vuelto.

Su rumor ancho y sostenido
es un rumor de versos viejos,
que en otros días aprendimos
y en los que hoy sólo se oye el tiempo.

Como la música, desciende
desde los siglos que ya fueron,
igual que de una cordillera
los incesantes arroyuelos.

Lo mismo que la poesía
es la voz junta de los muertos
que, confundiendo sus palabras,
dejan oír dolor, misterio.

Nos viene a hablar de otros países
en que hay también dolor y miedo;
madre de huérfanos, que junta
todos los hombres en un beso.

En las ciudades más extrañas
perdidos, es un gran consuelo
verla, dando a lo nunca visto
una luz vaga de recuerdo.

Siempre a las grises, diarias calles
un alma dulce ha descubierto;
mojando el invernal asfalto
y los cristales hogareños.

En los balcones de mi infancia
me iba contando un largo cuento.
Si tanto sé que nunca he visto,
es que en su luz lo he descubierto.

...Es lo propicio y lo sabido
entre lo raro, es lo primero;
es el testigo que repite
que todo aquello no era sueño.

Dios es también lo conocido,
la luz natal, perdida en medio
de la extrañeza de los días,
el aire amigo en cuanto vemos...

Y dice de Él la lluvia, y cuenta
que sigue vivo en su silencio,
como al nacer ella en sus manos;
que todo lo narrado es cierto...

En la mañana, en su fino y mojado
aire, subes y vuelves a la casa,
con el latir de gente, y los trabajos;
te corona el rumor del mercadillo,
y el carpintero habrá sacado el pote
pegajoso a la puerta, y dará golpes,
y el triciclo de carga va llevando
la buena nueva, porque tú me llegas
con tu cesto, cargada de milagros;
te acompaña la leche, como un niño
que anda mal, que se tiende y que se mancha,
el queso, denso espacio de pureza
concretada y punzante, y el fulgor
antiguo del aceite, la verdura
aún viva, sorprendida mientras duerme,
las patatas mineras y pesadas
de querencia de suelo, los tomates
con fresco escalofrío; los pedazos
cruales de la carne, y un aroma
noble de pan por todo, y su contacto
rugoso de herramienta. Ya se inunda
mi faro pensativo de riquezas,
de materias preciosas; considero
la textura del vino y de la fruta,
estudio mi lección de olores: noto
que todo se hace yo porque lo traes
a entrar en mí, y estamos en la mesa
elevados, las cosas y nosotros,
en el nombre del mundo, como pobre
desayuno de Dios, a que nos coma.

Nació en Córdoba en 1926. Narrador y ensayista, director de la colección Adonais de poesía, es también poeta. Obras narrativas suyas son: Histona de Juan Opositor (1956). Tientos (1969), Leyendas andaluzas (1974). Ensayos: Poetas del Sur (1964), Informe sobre la poesía española del siglo XX (1975), Tientos de la pluma y el plumero (1976), Villaespesa (1977) y Quevedo: poesía de España, la muerte y Dios (1980). Poemarios: Por distinta luz (1963), Encuentro con Ulises (1969), Con los ojos distantes (1970), Los pasos litorales (1970), Madre de mi ceniza (1982), Molino de Martos (1986).

Acercado al altar de la alegría...

Acercado al altar de la alegría,
pido la comunión con su blancura.
Un niño por los ojos me perdura.
Ya derribé la sombra que me hería.

Pero en mi cuerpo queda todavía
tristeza, arrodillada moderdura
pronta a sonar si llega la ventura
de recibir a lo que ayer huía.

Algo me dice que la tierra es vuelo
y crece trigo ahora en mi verano.
Pasa el gozo la raya del consuelo.

Mañana no me importa tan siquiera.
Sobre el pulso de Dios pone su mano
el hombre que es el ansia del que era.

Plegaria donde se pide tiempo libre

Te pedimos, Señor, el tiempo libre
entre paredes, prisas y ciudades
de músculos rozados y de ahogos
sin flores en la boca. Te pedimos,
entre los mares muertos del papel,
con el alma debajo de la mesa
como objeto olvidado diariamente.
Te preguntamos la salida rápida
para los ojos que nos encadenan.
Cardinalmente somos divididos
y rotos por las puntas, no giramos
con el vivir en orden, a pequeños
montones de las horas para todos,
crucificando corazón, caminos,
y poniendo a la sombra nuestro nombre.
Concédenos valor para la entrega
a lo que no se paga, bosques súbitos
como a tus animales, mucho aire,
la risa, el golpetazo al reloj triste
aunque no sea ni fiesta ni domingo.
Te pedimos, Señor, el tiempo libre
para ocuparnos de verdad la vida.

Nació en Ciudad Rodrigo (Salamanca) en 1927. Vivió en varias ciudades castellanas. Ingresó en la Congregación Claretiana en 1940 y fue ordenado sacerdote en 1953. Profesor en varios colegios españoles e hispanoamericanos. Es autor de poemarios como Mientras amanece Dios (1955), Hijo de esta tierra (1958), Senda del hombre (1959), Traigo esta tristeza (1960), Poemas para un exilio (1976), La ciudad (1978), Veinte poemas desesperados y una canción de amor (1981).

"Carmelo" arriba

Yo no tengo una luz, y voy andando
detrás de mucha sombra, que me guía,
mientras llevan mis pies un peso ajeno,
hacia toda la tarde, monte arriba.

Se hace opaca la luz del sol, y el aire
tiene un olor a lluvia presentida,
ya casi puesta en orden de batalla
sobre la mansa cumbre que se inclina
para verter su niebla sobre el valle
donde el futuro río se desliza.

Y están brotando ahora, casi a ciegas,
no sé qué destrozadas melodías
como tiernos cristales que se rompen
detrás de mucho ruido: la llovizna
se tiende monte abajo, entumeciendo
la carne de los brezos que vacilan.

Repasa un viento frío el alma toda
y espolvorea mi ceniza,
desnudando el rescoldo
de un antiguo dolor en carne viva.

Yo no tengo una luz. Y, sin embargo,
ya me llegan las aguas, ya crepitan
las brasas dolorosas, mientras hierven
los repechos. La niebla humedecida
me ha vendado el dolor tan suavemente
como una gasa que me cauteriza.
Asciendo alucinado entre la lluvia.
Las aguas en los párpados gravitan
haciéndome cegar y ver tan sólo
cuál se van apagando mis heridas.

Está lloviendo Dios, está lloviendo
y humedeciendo las raíces íntimas,
empujando, despacio, por mis venas
el alma de las nubes exprimidas
que va destituyéndome la sangre
triste y enajenándola en sí misma,
despejando mil cosas que en el alma
como un dolor en punta me dolían...

¡Qué lenidad las aguas resbaladas
sobre la piel del alma! ¡Qué caricia
su roce al desprenderse y al prenderse
de nuevo, sin tensión, escurridizas!
Ya me siento reír a borbotones
por todas las heridas,
por este cardenal que golpe a golpe,
han hecho de mi espíritu los días...
Ya me siento reír...

Me va invadiendo
el gozo de encontrarme ya en la cima
con todas las tristezas apagadas,
empapado de Dios y de alegría...

Ya no acierto a decir lo que me duele
cuando me duele el alma:
son mil cosas que no me pertenecen,
en una ajena historia dislocada.

Todo el dolor del mundo ha desbocado
sobre mi ser sus puntiagudas aguas
—cristales carne adentro, hasta la pulpa—,
donde el dolor se hace sustancia.

Los ojos sin remedio franqueados
van sorbiendo un espanto sin palabras;
porque suenan dolores no sé dónde,
pero en todos los senos de mi alma.

La tierra es un bordón bajo los cascos
hinchados que machacan
alegrías que nunca han existido
pero que fueron siempre una esperanza...
¡La esperanza es de ayer! Hoy sólo quedan
unas manos que exprimen a la nada...

Me duele un corazón que no es el mío,
que no sé de quién es, aunque es de todos:
acerico sangrante donde clavan
sus deseos de rabia los enconos
de todo lo posible que me obliga,
solo y sin fuerzas, a llevar los ojos
abiertos para siempre a lo terrible
que puede verse de un momento a otro.

Pero empiezo a sentir cauterizadas
esas heridas que presiento en torno,
como luces ajenas, en la noche
de este dolor sin nombre que yo nombro...
...porque siento que Dios, como una mano,
me ha puesto su Ternura sobre el hombro...

Contemplo cada cosa y digo: Dios

Contemplo cada cosa y digo: Dios.
No porque sea Dios. Pero las cosas
tienen un corazón donde Tú habitas,
un corazón de sombra y de silencio:
(Donde acaba la nada Dios empieza).
Y las cosas se quedan de rodillas
con sus manos de espera levantadas
rezando oscuramente y sin sonido.
Se dicen simplemente. Su plegaria
consiste en ser ahí y estar dichosas.
Y yo no me resigno. Ni siquiera
ser silenciosa piedra que no sabe
sino decirse a solas simplemente.

Por tabernas de llanto persistimos...

Por tabernas de llanto persistimos
bebiendo a trago y sed en la belleza
mientras detrás de un vaso de tristeza
otra mayor tristeza redimimos.

Nos redimimos, ¿sabes? Nos latimos
puros en el silencio que nos reza;
si saben las plegarias a cerveza
que amarga y quita sed, ¿qué más pedimos?

Y así vamos. Iremos. Paso a paso
de soledad en soledad cayendo,
si cautivos de amor, de Dios cautivos;

sintiendo que si, al fondo de este vaso,
el vino a muerte nos está sabiendo,
porque nos mira Dios estamos vivos.

*(A José Antonio Novais Tomé,
en su "Cristo - Federico")*

Si no viviera triste moriría

(Nostalgia de Dios)

Defiende su derecho a la tristeza.
"Si no viviera triste moriría".
A fuerza de tristeza queda ileso
de su amarga acritud.

En cales vivas
tapiado su rencor, perdona al mundo
y puede soportar tanta mentira.

(Si sólo la ternura es lo que salva,
la ternura es tristeza que adivina...).

¿Dónde tiene los ojos su tristeza?
Siempre mira detrás de lo que mira.

Allí el amor existe. Y se confirma,
diciendo, la esperanza.

La tristeza.
Lo que de Dios nos queda todavía.

Siempre estamos de vuelta

Siempre estamos de vuelta, y regresamos
tristes, como si nadie
nos esperara en el umbral del sueño.

Es destino del hombre: —caminante
que viene de una soledad y, a solas,
camina hacia otra soledad más grande.

Sólo Dios nos espera. Él sólo puede
saciar la sed de un corazón sin nadie.

Manuel Alcántara

Nació en Málaga en 1928. Aunque es mucho más conocido por sus trabajos periodísticos, es un poeta hondo que se mueve en la cuerda frágil del misterio y elabora una poesía de existencialismo cristiano, como se ve en sus poemarios Manera de silencio (1955), El embarcadero (1958), Ciudad de entonces (1962), y Este verano en Málaga (1985).

La palabra de Dios

La palabra de Dios suena en el tiempo.

La palabra de Dios
resbala por las piedras y me llega
a través de los hombres,
acomodada por sus manos, fría,
extrañamente turbia, inexplicable.

La palabra de Dios suena en el viento.

Tu palabra, Señor, como una lágrima
que suspende tu mano sobre mí,
se queda por el aire
a mis alzados brazos imposible.

Desde el barro, mi solo consejero,
levanto una columna de preguntas
sosegadas y oscuras como un humo
que hasta Ti asciende ingrave
manchando la pared de la mañana.

Tú tenías la voz innumerable
lo mismo que la lluvia
y oficio de la tierra era mojarse.
Tú tenías la voz alegre y blanca
de la lluvia tendida por las piedras.

¿Qué ha pasado, Señor, después de aquello?

¿Qué me ha pasado a mí que no te entiendo?
¿Y a Ti qué te ha pasado?

¿Qué ríos o qué espadas se han alzado
cortándome, ahogándome tu lluvia?

¿Por qué dejaste tu palabra oscura?

Remotamente duro es tu silencio,
callas como una estrella.

(Dios sigue estando claro, pero arriba.)

Señor, yo no tengo más que miedo.

Necesito que grites,
quiero tu resplandor sobre mi frente
o en el hombro tu mano azul y eterna.

Quiero vestirme de palabra tuya
para andar abrigado hasta tu tiempo.

Cuando Dios nada dice es que algo pasa.

¡Con silencio de nieve sobre nieve,
la palabra de Dios está cayendo!

Compréndeme, Señor,
te ando buscando a ciegas
y hasta mis labios viene
tu ruidoso silencio inmerecido.

En esta oscura búsqueda no encuentro
ni manos que me lleven
ni viejas catedrales que me sirvan.
Contra esto nada sirve,
quizá el camino andando de quererte...

Y en mi insignificante trascendencia,
levanto un haz de sangre o de preguntas
y un eco de silencio me responde.

La inextinguible duda se me ha vuelto
incertidumbre crónica y dormida.

Testimonio de Ti son estos gritos
y esta terca esperanza que sostengo
en la aplazada tierra de mis brazos.

Latente, inexorable,
¿acaso miro a Dios pensando al Tiempo?

Me surgen las preguntas exentas de reproche
porque, después de todo,
Tú me diste esta voz con que te llamo.

Alguna vez, Señor, ¡gracias a Dios!,
todo se olvida y crezco en el presente.
Roja paz de la tierra con destino de nada
y el alma candidata a permanencia.

Entonces me dan ganas de hablarte de mis cosas.
De nimios pormenores de mi vida
de criatura de Dios, contigo a cuestras;
de la pequeña historia de mi sangre,
de la territorial desesperanza

de este desconocido en el que habito,
de mi roja alegría inconsecuente,
de todo lo que pienso.

Porque es mucho misterio para un hombre
este que transportamos por la frente.

Exilados de Ti, siempre ignorantes,
sintiendo tu inminente lejanía,
ni las cosas del mundo conocemos.

La sed, ¿es un silencio propagado
que convierte los pájaros en tierra?
y el agua, ¿es un milagro demasiado
visible y repetido?

Porque uno sabe menos cada día.

Y tú estás a lo tuyo:
organizando estrellas,
decretando la lluvia,
ordenando crecer a tantos árboles,
como si nada...

De todo quiero hablarte,
incluso del cristal de mi «Dios mío»
siempre en los labios frágil y purísimo.

(Tú no puedes decir nunca «Dios mío».)

Antes que vuelva al barro y me transforme
en tierra oscura y patria,
antes que se conviertan estos huesos
en minería de la muerte,
ya próxima materia de la gleba,
quiero saber de Ti por tu palabra.

Cuando Tú me inaugures
una inmortal costumbre decisiva,
cuando la sangre cese
y te entregue esta muerte hereditaria,
me enteraré de todo.

Mientras, aquí me tienes,
ocupado yo solo en mi consuelo,
equivocándome, intentando nada,
atareado con esto de vivir...

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz) en 1929. Es autor de poemarios como *Navidad* (1952), *El pueblo* (1955), *Amor es la palabra* (1955), *La semilla* (1958), *De la piedra a la estrella* (1960), *Los días íntimos* (1962), *Perfil del cante* (1966), *Canción mía* (1966), *Fe de vida* (1969), *Libro de horas* (1975), *Concierto en mí* (1982).

A solas con mi alma

Hoy me siento otro hombre. Me parece
que yo he cambiado y no ha cambiado nada:
el árbol sigue allí, bajo las aves,
y a horcajadas el puente sobre el agua.
Hoy es un día, un miércoles cualquiera,
un día más de viento por las parvas,
de sol doblado contra el horizonte,
de estarme solo a solas con mi alma.
Hoy sí que siento a Dios. Me va subiendo
por el pecho un ola de esperanza,
que sube de los labios a la frente
y de la frente a las estrellas altas.
¡Otro día perdido!... La conciencia,
con su voz de metal, me lo gritaba.
Con esto de soñar, como yo digo,
tengo en la tierra, a medio hacer, mi casa.
Pero hoy no sueño. (O sí.) Me va creciendo
por el pecho la limpia luz del alba.
Creerse junto a Dios ¿no es ya bastante
para justificar una jornada?

Dar fe de vida quiero, de la mía,
dar fe de que nací, de que estoy vivo,
de que soy libre, de que estoy cautivo,
de que tiene tristeza mi alegría.

Testimonio la noche con el día,
la presa con el corzo fugitivo,
la guerra con la paz. Y lo que escribo
es la sencilla historia de mi hombría.

Soy hombre y lucho y, porque lucho, existo.
Soy hombre y quemo y es amor mi llama.
Mi hombría es una forma de milicia.

Soy uno más que canta lo que ha visto
y mira al porvenir de frente; insisto
en que esta hora del mundo es la propicia.

*Soy uno más que cree, que espera y que ama
y que defiende a todo el que reclama
su pedazo de pan y de justicia.*

Nació en Madridejos (Toledo) en 1930 y murió en Madrid en 1991. Sacerdote, estudió Teología e Historia de la Iglesia en Roma y Periodismo en Madrid. Como periodista destacó por sus crónicas del Concilio Vaticano II en La Gaceta del Norte y, posteriormente, como director del semanario Blanco y Negro y como redactor de ABC, así como director del programa Pueblo de Dios en TVE. Prolífico autor que abarcó todos los géneros literarios, tiene publicadas más de una treintena de obras, entre las que cabe citar: Novelas: La frontera de Dios (1956), El hombre que no sabía pecar (1961), Lobos, perros y corderos (1978); Teatro: La hoguera feliz (1962), A dos barajas (1972), Las prostitutas os precederán en el reino de los cielos (1983); Ensayo: Un cura se confiesa (1955), Un periodista en el Concilio (1965), El Concilio de Juan y de Pablo (1967), Tarancón, el cardenal del cambio (1982), Vida y misterio de Jesús de Nazaret (1987). Pero aquí nos interesa citar sus libros de poesía: Fábulas con Dios al fondo (1957), Camino de la cruz (1957), Querido mundo terrible (1970), Apócrifo (1975), Apócrifo del domingo (1983), El joven Dios (1986), Apócrifo de María (1990), Diálogos de Pasión (1991) y el libro que escribió al final de su días, donde —aunque toda su poesía es religiosa— alcanza cimas místicas de la mano de San Juan de la Cruz, Testamento del pájaro solitario (1991).

I

"...La primera, que se va a lo más alto".

Si fuera yo, si fuera yo, si fuera
un pájaro de llama enamorado,
un pájaro de luz tan incendiado
que en el silencio de tu noche ardiera;

si pudiera subirme, si pudiera
muy más allá de todo lo creado
y en la última rama de mi Amado
pusiera el corazón y el alma entera;

si aún más alto, más alto, y más volara,
allí donde no hay aire ya, ni vuelo,
allí donde tu mano es agua clara
y no es preciso mendigar consuelo,
allí —¡qué soledad!— yo me dejara
dulcemente morir de tanto cielo.

II

*"...la segunda, que no sufre compañía,
aunque sea de su naturaleza".*

¿Y qué has hecho de mí, pues a desierto
me sabe todo amor cuando te has ido?
Tú lo sabes muy bien: yo siempre he sido
un mendigo de amor en cada puerto.

Tendí mi mano en el camino incierto
de la belleza humana: cualquier nido
podía ser mi casa; y he pedido
tantos besos que tengo el labio muerto.

Y ahora todo es sal. Me sabe a tierra
el pobre corazón. Estoy vacío.
El calor de un abrazo es calor frío.
Pues tu amor me redime y me destierra
y sé que mientras Tú no seas mío
hasta la paz va a parecerme guerra.

III

...la tercera, que tiene el pico al aire".

Al aire de tu vuelo está mi vida.
Perdido en el silencio más delgado,
despojado de mí, deshabitado,
abierto estoy como se abre una herida.

Abierto a Ti, mi corazón se olvida
de respirar, y, estando tan callado,
escucha los latidos del Amado,
la voz de amor que a más amor convida.

El pico al aire, el viento de tu viento
respirará gozoso en la arboleda,
porque tu voz es todo mi alimento.
Y, mientras a tus pies mi canto queda,
en el silencio dormiré contento.
Lejos el mundo rueda, rueda y rueda.

IV

"... la cuarta, que no tiene determinado color".

Al acercarme al agua de tu río
lo que yo fui se fue desvaneciendo,
lo mucho que soñé se fue perdiendo
y de cuanto yo soy ya nada es mío.

Ya sólo en Ti y en tu hermosura fío,
soy lo que eres, acabaré siendo
rastros de Ti, y triunfaré perdiendo
en combate de amor mi desafío.

Ya de hoy no más me saciaré con nada;
sólo Tú satisfaces con tu todo.
Un espejo seré de tu mirada,
esposados los dos, codo con codo.
Y, cuando pongas fin a mi jornada,
yo seré Tú, viviendo de otro modo.

V

"... la quinta, que canta suavemente".

Yo que hablé tanto, tanto, tanto y tanto,
que siempre fui un charlatán del viento,
un mayorista de palabras, siento
que no me queda voz para tu canto.

Y hoy que, temblando, mi canción levanto,
se quiebra en mi garganta el sentimiento
y ya más que canción es un lamento,
y ya más que lamento es sólo un llanto.

Adelgázame, Amor, mi voz ahora,
déjala ser silencio, llama pura,
río de monte, soledad sonora,
álamo respirando en la espesura.
Déjame ser un pájaro que llora
por no saber cantar tanta hermosura.

Nació en El Cañavate (Cuenca) en 1930. Profesor de Literatura española y de Filosofía en América. Sacerdote salesiano. Es autor de una docena de libros de poesía, en los que late una profunda religiosidad, traspasada por el canto entusiasmado ante la creación, en medio de la cual se peregrina hacia la ciudad que no se acaba. Destacan sus libros Voz interior (1972), Objeto de contemplación (1978), Tal vez mañana (1978), Música callada (1981), La otra claridad (1979), Tierra enamorada (1986), Poemas para una exposición (1991), Salmos desde la noche (1993), Dios del venir (1994).

Aunque es de noche

Por más que abras los ojos, no hay más luz
que ésta que, hermosa, brota de la tierra.
Por más que alces las manos, no hay más luz
que ésta que llega al tacto de la tierra.

Miras, tocas: te ciegas y te quemas.
Arden incandescentes tus pupilas.
Gimen y buscan más y más tus yemas.
Sombra en sombra da el péndulo en que oscilas.

Mas en el corazón arde una estrella.
Y ves sin ver. Y tocas sin tocar:
con su rejón de luz tu carne sella.

No ves su brillo, sí su quemadura.
Su silencio es ya un modo de alumbrar.
Y hace una noche clara, aunque es oscura.

Adoro tu silencio
más bello que las cosas
dormidas en mi cuarto con los ojos
abiertos. Velaré
tu silencio escondido en el silencio,
y quedaré a tu lado sin palabras
hasta que vengas de puntillas,
como te gusta, sin romper
la caña herida,
sin apagar la mecha vacilante,
y me entomes los párpados,
y brote como un hilo ese silencio
del corazón dormido,
que no tendrá más cosas que decir
que no tendrá más cosas que callar.

Y así me quedaré
palpando tu silencio,
metiéndolo en la médula
de mis huesos, oyéndole sus mínimas
insinuaciones,
adorando su palpito infinito.

(San Juan de la Cruz)

¡Oh, inefable espesura de este bosque
por donde el corazón va descubriendo,
adorando la huella iluminada
que florece en la piel de su hermosura!

Aquí puso su mano, en la mejilla
de la dorada tarde; aquí sus labios,
en el agua que aún habla con su voz;
aquí puso su pie, por este ledo
soto florido: ¡oh, tierra enamorada!

Y arriba se adivinan encendidos
los ojos de los astros, como si Alguien
contemplara detrás de este silencio.

Cruza un mirlo: ¿será una esquirra fúlgida
de sus negras pupilas? Canta un dulce
ruiseñor en la sombra: ¿será un eco
de su palabra, a tientas por las ramas?
Se oye el recio trotar de unos caballos:
¿como si un corazón acelerase
sus latidos...? ¡Oh, bosque clamoroso!
¡Oh, lejana presencia!

...Y el temblor
de las hojas... Y el alma de la calma
elevan la pureza de las cosas
a la escondida luz de ese semblante
latente en su sencilla hegemonía.

Hoy tengo ya mi lámpara encendida,
ceñida la cintura, y la alianza
en mi dedo vigía; y la esperanza
centinela del alba prometida.

Y arde en mi corazón la dolorida
llaga de soledad: ¡lenta es la danza
de las horas y lenta tu tardanza!
Dios del venir: ¡Ardiendo está mi vida!

Y me digo: la noche anuncia al día;
las estrellas al Sol; el suelo al Cielo.
¿A quién anunciará el alma vacía?

Aprenda el Ángel ya su "avemaría"
y encienda el aire blanco de su vuelo.
Dios del venir, ¡mi corazón te ansía!

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz) en 1931. Entre sus libros de poesía cabe citar El alma repartida (1954), Viento en la carne (1956), Ángeles de siempre (1958), Cuando da el corazón la medianoche (1958), Tiempo de ceniza (1961), Desde la carne al alma (1963), Libro de epitafios (1967), Este claro silencio (1970), Yerba y olvido (1977), Meditación en Socar (1982), Historias de otra edad (1984).

Dios encontrado

Dios está aquí, sobre esta mesa mía
tan revuelta de sueños y papeles;
en esta vieja, azul fotografía
de Grindelwald cuajada de claveles.

Dios está aquí o allí: sobre la alfombra,
en el hueco sencillo de la almohada;
y lo grande es que apenas si me asombra
mirarle compartir mi madrugada.

Doy a la luz y Dios se enciende; toco
la silla y toco a Dios; mi diccionario
se abre de golpe en "Dios"; si callo un poco
oigo jugar a Dios en el armario.

Abro la puerta, y entra Dios —¡Si estaba ya dentro!...—; cierro, y sale, mas se queda; voy a lavar mi cara y Dios se lava también, y el agua vuélvese de seda.

Dios está aquí: lo palpo en mi bolsillo, lo siento en mi reloj y, aunque me empeño, ni me sorprende ni me maravillo de verte tan enorme y tan pequeño.

Me lo dobla el cristal, me lo devuelve hecho yo mismo —Dios, perdón— su frío, y no intento explicarme por qué envuelve su cuerpo en este pobre traje mío.

Hoy he encontrado a Dios en esta estancia alta y antigua donde vivo. Hacía por salvar, escribiendo, la distancia y se me desbordó en lo que escribía.

Y aquí sigue: tan cerca, que me quemo, que me mojo las manos con su espuma; tan cerca, que termino, porque temo estarle haciendo daño con la pluma.

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | XI |
| Antología de Poesía Mística | 1 |
| Ramón Llull | 3 |
| <i>Cántico del amigo y del Amado</i> | 4 |
| Ambrosio de Montesino | 21 |
| <i>In nativitate Christi</i> | 21 |
| <i>Romance del nacimiento de nuestro Salvador</i> | 27 |
| <i>Cantilena que hizo fray Ambrosio de Montesino para cantar en la misa en devoción de la Santa Hostia</i> | 30 |
| Santa Teresa de Jesús | 31 |
| <i>Muero porque no muero</i> | 32 |
| <i>Vuestra soy</i> | 35 |
| <i>Corazón feliz</i> | 37 |
| <i>Loas a la cruz</i> | 38 |
| <i>Buena ventura</i> | 38 |
| <i>Ayes del destierro</i> | 39 |
| <i>Búscate en Mí</i> | 42 |
| <i>Nada te turbe</i> | 43 |

| | |
|--------------------------------------|----|
| <i>Traspasada</i> | 44 |
| <i>En una profesión</i> | 45 |
| <i>El velo</i> | 46 |
| <i>Hermosura de Dios</i> | 47 |
| <i>A la gala gala</i> | 48 |
| <i>La cruz</i> | 49 |
| <i>Coloquio de amor</i> | 50 |
| <i>Decid, cielos y tierras</i> | 51 |
| <i>Aspiraciones</i> | 52 |
| <i>Mi Amado para mí</i> | 54 |

| | |
|-------------------------|----|
| Fray Luis de León | 55 |
|-------------------------|----|

| | |
|--|----|
| <i>Noche serena</i> | 56 |
| <i>A nuestra Señora</i> | 59 |
| <i>En la Ascensión</i> | 62 |
| <i>A Francisco Salinas</i> | 63 |
| <i>Al salir de la cárcel</i> | 64 |
| <i>Vida retirada</i> | 65 |
| <i>Morada del cielo</i> | 68 |
| <i>A Felipe Ruíz (cuándo será que pueda)</i> | 69 |

| | |
|-----------------------------|----|
| Pedro Malón de Chaide | 71 |
|-----------------------------|----|

| | |
|-------------------------------------|----|
| <i>Quejas de amor místico</i> | 71 |
| <i>Poesías</i> | 75 |

| | |
|---------------------------|----|
| Francisco de Aldana | 79 |
|---------------------------|----|

| | |
|--|----|
| <i>Epístola para Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos della</i> | 80 |
|--|----|

| | |
|---------------------------|----|
| San Juan de la Cruz | 95 |
|---------------------------|----|

| | |
|--|-----|
| <i>Cántico espiritual</i> | 96 |
| <i>Noche oscura</i> | 103 |
| <i>Llama de amor viva</i> | 104 |
| <i>Coplas del alma que pena por ver a Dios</i> | 105 |
| <i>Coplas sobre un éxtasis de harta contemplación</i> | 107 |
| <i>Otras coplas "a lo divino"</i> | 109 |
| <i>Glosa "a lo divino" (Sin arrimo y con arrimo)</i> | 110 |
| <i>Glosa "a lo divino" (Por toda la hermosura)</i> | 111 |
| <i>Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe</i> | 113 |

| | |
|---------------|-----|
| Anónimo | 115 |
|---------------|-----|

| | |
|--|-----|
| <i>Soneto a Cristo crucificado</i> | 115 |
|--|-----|

| | |
|---------------------------|-----|
| José de Valdivielso | 117 |
|---------------------------|-----|

| | |
|--|-----|
| <i>Letra al Santísimo Sacramento (Venga con el día)</i> | 117 |
| <i>Seguidilla</i> | 119 |
| <i>Canción</i> | 121 |
| <i>Ensaladilla del Esposo y esposa</i> | 122 |
| <i>Letra al Santísimo Sacramento (Aunque más te disfraces)</i> | 126 |
| <i>El mismo asunto</i> | 127 |
| <i>Cántico de Simeón. Acción de gracias</i> | 128 |

| | |
|--------------------------|-----|
| Félix Lope de Vega | 129 |
|--------------------------|-----|

| | |
|---|-----|
| <i>Hoy, para rondar la puerta</i> | 130 |
| <i>¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?</i> | 133 |
| <i>Pastor, que con tus silbos amorosos</i> | 133 |
| <i>Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro</i> | 134 |
| <i>Con ánimo de hablarle en confianza</i> | 134 |
| <i>¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado</i> | 135 |
| <i>No sabe qué es amor quien no te ama</i> | 135 |

| | |
|--|-----|
| <i>En señal de la paz que Dios hacía</i> | 136 |
| <i>Muere la Vida y vivo yo sin vida</i> | 136 |
| <i>¿Qué ceguera me trujo a tantos daños?</i> | 137 |
| <i>Cuando me paro a contemplar mi estado</i> | 137 |
| <i>Luz de mis ojos, yo juré que había</i> | 138 |
| <i>Yo me muero de amor, que no sabía</i> | 138 |
| <i>En mi alma el desengaño</i> | 139 |
| | |
| Bartolomé Leonardo de Argensola | 141 |
| | |
| <i>Dime, Padre común, pues eres justo</i> | 141 |
| | |
| Alberto Lista | 143 |
| | |
| <i>La muerte de Jesús</i> | 143 |
| | |
| Gabriel García Tassara | 147 |
| | |
| <i>Himno al Mesías</i> | 147 |
| | |
| Jacinto Verdaguer | 151 |
| | |
| <i>Pan del cielo</i> | 152 |
| <i>La cena</i> | 153 |
| | |
| Miguel de Unamuno | 155 |
| | |
| <i>Salmo I</i> | 156 |
| <i>La oración del ateo</i> | 160 |
| <i>Hermosura</i> | 161 |
| <i>Libértate, Señor</i> | 163 |
| <i>Eucaristía</i> | 166 |
| <i>A una pajarita de papel</i> | 167 |
| <i>Morir soñando, sí</i> | 168 |

| | |
|---|-----|
| Antonio Machado | 169 |
| | |
| <i>Llamó a mi corazón, un claro día</i> | 169 |
| <i>Anoche cuando dormía</i> | 170 |
| | |
| Juan Ramón Jiménez | 171 |
| | |
| <i>Amaneceres</i> | 172 |
| <i>Lo que Vos queráis, Señor</i> | 172 |
| <i>La transparencia, Dios, la transparencia</i> | 173 |
| <i>Esa órbita abierta</i> | 174 |
| | |
| León Felipe | 175 |
| | |
| <i>Oraciones</i> | 175 |
| | |
| Adriano del Valle | 177 |
| | |
| <i>La Anunciación</i> | 177 |
| | |
| Gerardo Diego | 181 |
| | |
| <i>Salmo de la transfiguración</i> | 182 |
| <i>Adoración al Santísimo Sacramento</i> | 185 |
| <i>Creer</i> | 188 |
| | |
| Felix García | 189 |
| | |
| <i>La tarde se ha desangrado</i> | 189 |
| <i>La samaritana</i> | 190 |

| | |
|---|-----|
| José María Pemán | 191 |
| <i>Señor, yo sé de la belleza</i> | 191 |
| <i>Cuatro canciones místicas</i> | 192 |
| <i>La llamada</i> | 194 |
| <i>Salvación</i> | 195 |
| <i>Presencia de Dios</i> | 196 |
| <i>Canto a la Eucaristía</i> | 197 |
| <i>Oración</i> | 201 |
| <i>Dialoguillo y cantar de las bodas místicas</i> | 202 |
| | |
| Juan José Domenchina | 203 |
| | |
| <i>Venimos de la noche, de la sombra</i> | 203 |
| <i>Estás solo, sin Dios</i> | 204 |
| <i>Mañana será Dios</i> | 204 |
| <i>Te busco desde siempre</i> | 205 |
| <i>Dolor humano</i> | 205 |
| <i>Aquí tienes la vida que me diste.</i> | 206 |
| <i>Yo sé que tu silencio</i> | 206 |
| <i>Te devuelvo mi voz</i> | 207 |
| <i>Los labios tiemblan</i> | 207 |
| | |
| Dámaso Alonso | 209 |
| | |
| <i>Hombre y Dios</i> | 209 |
| <i>Y yo, en la creación</i> | 210 |
| <i>En la sombra</i> | 211 |
| <i>La isla</i> | 212 |
| <i>Creación tiene un polo: hombre se llama</i> | 213 |
| <i>Dedicatoria final (Las alas)</i> | 215 |
| <i>Antes de la gran invención</i> | 220 |
| | |
| Emilio Prados | 223 |
| | |
| <i>Abril de Dios</i> | 223 |
| <i>Sangre de Abel</i> | 225 |

| | |
|---|-----|
| Angel Martínez Baigorri | 227 |
| | |
| <i>En gozos de presencia</i> | 227 |
| <i>Cayendo en tu presencia</i> | 228 |
| <i>Coloquio en voz de canto y llanto</i> | 229 |
| <i>Por la iluminación de aquel instante</i> | 231 |
| <i>Pero escondido</i> | 231 |
| <i>Ser más</i> | 232 |
| | |
| Luis Cernuda | 233 |
| | |
| <i>La visita de Dios</i> | 234 |
| | |
| Cristina de Arteaga | 237 |
| | |
| <i>Amor contra Amor</i> | 237 |
| <i>Entrega total</i> | 238 |
| <i>Coronas</i> | 238 |
| | |
| Ernestina de Champourcin | 239 |
| | |
| <i>Poemas del ser y del estar</i> | 239 |
| <i>Y terminan muy pronto</i> | 241 |
| <i>Si derribas el muro</i> | 241 |
| <i>Lugares del encuentro</i> | 242 |
| | |
| Manuel Altolaguirre | 243 |
| | |
| <i>Centro del alma</i> | 243 |
| <i>Soneto a un cántico espiritual</i> | 244 |
| | |
| Luis Felipe Vivanco | 245 |
| | |
| <i>Salmo de elevación</i> | 245 |
| <i>El descampado</i> | 247 |

| | |
|---|-----|
| <i>Salmo improvisado de mis cuarenta años</i> | 248 |
| <i>Arte poética</i> | 249 |
| | |
| Carmen Conde | 251 |
| | |
| <i>Éxtasis</i> | 252 |
| <i>Arrebato</i> | 253 |
| <i>Plegaria</i> | 254 |
| <i>Dios y mar</i> | 255 |
| <i>Ante Dios</i> | 256 |
| <i>Este antiguo sabor en la boca</i> .. | 257 |
| <i>Ya a los pies de Jesús</i> | 258 |
| | |
| Arturo Serrano-Plaja | 259 |
| | |
| <i>Este perro de Dios habla solo</i> | 259 |
| <i>Ese perro tiene gracia</i> | 262 |
| <i>Perro encendido</i> | 264 |
| <i>Confesión de perro sabe latín</i> | 265 |
| <i>Dentro de la gravedad</i> | 268 |
| | |
| Leopoldo Panero | 273 |
| | |
| <i>Tú que andas sobre la nieve</i> | 273 |
| <i>El templo vacío</i> | 275 |
| <i>Casi roto de Ti</i> | 276 |
| <i>El grano limpio</i> | 276 |
| <i>Libre más que mi cuerpo</i> | 277 |
| <i>Canción del agua nocturna</i> | 278 |
| <i>Escrito a cada instante</i> | 278 |
| <i>Como la hierba</i> | 279 |
| <i>Hacia la primavera</i> | 279 |
| <i>La estancia vacía</i> | 280 |
| <i>Piadosamente, las estrellas</i> | 281 |
| <i>Invocación</i> | 282 |

| | |
|---|-----|
| Luis Rosales | 283 |
| | |
| <i>De cómo el hombre que se pierde llega siempre a Belén</i> .. | 283 |
| <i>Misericordia</i> | 284 |
| <i>El pozo ciego</i> | 287 |
| <i>Viento en la carne</i> | 288 |
| <i>Callando hacia la nieve</i> | 289 |
| | |
| Rafael de Balbín Lucas | 291 |
| | |
| <i>Canto a la tierra</i> | 291 |
| <i>Con la tarde que huye</i> | 292 |
| | |
| Juan Bautista Bertrán | 293 |
| | |
| <i>Oración de una tarde de otoño</i> | 293 |
| <i>Oración desde una azotea ciudadana</i> | 294 |
| <i>A modo de soliloquios atendidos</i> | 295 |
| <i>Bendición nupcial</i> | 305 |
| <i>Meditación del tiempo</i> | 306 |
| | |
| Ramón de Garciasol | 309 |
| | |
| <i>Hombre en soledad</i> | 309 |
| <i>Tránsito</i> | 312 |
| | |
| José García Nieto | 313 |
| | |
| <i>Porque voy hacia la belleza</i> .. | 313 |
| <i>Nacimiento de Dios</i> | 315 |
| <i>La partida</i> | 315 |
| <i>El oficiante</i> | 316 |
| <i>La red</i> | 316 |
| <i>Olvidada entre tantas azucenas</i> | 317 |
| <i>A José Luis Prado Nogueira, cuarenta años después</i> | 319 |
| <i>En la sombra sin nadie de la plaza</i> | 320 |

| | |
|--|-----|
| María Elvira Lacaci | 323 |
| <i>A brazo partido</i> | 323 |
| <i>Dios soñado</i> | 324 |
| <i>Dime</i> | 325 |
| <i>Sin la mano de Dios</i> | 325 |
| | |
| Blas de Otero | 327 |
| | |
| <i>Tú, que hieres</i> | 328 |
| <i>Poderoso silencio</i> | 328 |
| <i>Basta</i> | 329 |
| <i>Cara a cara</i> | 329 |
| <i>Sumida sed</i> | 330 |
| <i>Ciegamente</i> | 330 |
| <i>No</i> | 331 |
| <i>Hombre</i> | 331 |
| <i>Mudos</i> | 332 |
| | |
| Pino Ojeda | 333 |
| | |
| <i>Me dueles dentro</i> | 333 |
| <i>El gran seductor</i> | 334 |
| | |
| Ricardo Molina | 335 |
| | |
| <i>Elegía XXXIII</i> | 335 |
| <i>Ganymedes</i> | 337 |
| <i>Respuesta</i> | 340 |
| <i>Salmo XXXVI</i> | 342 |
| | |
| Leopoldo de Luis | 343 |
| | |
| <i>Homenaje a D. Miguel de Unamuno (1936-1986)</i> | 343 |
| <i>Dos orillas</i> | 334 |

| | |
|---|-----|
| Pura Vázquez | 345 |
| | |
| <i>Dios</i> | 345 |
| <i>Prisión total</i> | 346 |
| <i>Distante plenitud</i> | 347 |
| | |
| Gloria Fuertes | 349 |
| | |
| <i>Oración</i> | 349 |
| | |
| José Luis Hidalgo | 351 |
| | |
| <i>Esta noche</i> | 351 |
| <i>Amanecer</i> | 352 |
| <i>Mano de Dios</i> | 352 |
| <i>Llega la noche</i> | 353 |
| <i>Pregunta</i> | 353 |
| <i>Muerte</i> | 354 |
| <i>Dios en la primavera</i> | 354 |
| <i>Te busco</i> | 355 |
| <i>Yo quiero ser el árbol</i> | 355 |
| <i>Oración en silencio</i> | 356 |
| <i>Manos que te buscan</i> | 356 |
| <i>Dios en la piedra</i> | 357 |
| <i>Muerto en el aire</i> | 358 |
| | |
| Rafael Morales | 359 |
| | |
| <i>Gato negro en el Paseo de las Delicias</i> | 359 |
| <i>Invocación al Señor</i> | 360 |
| <i>Deseo</i> | 360 |
| | |
| Vicente Gaos | 361 |
| | |
| <i>Dios mío</i> | 361 |
| <i>Más que eterno</i> | 363 |

| | |
|---|-----|
| <i>Mi creación</i> | 363 |
| <i>Atardecer</i> | 364 |
| | |
| Luis López Anglada | 365 |
| <i>Himno en el Cenáculo</i> | 365 |
| <i>Poema de amor en el mar de Galilea</i> | 367 |
| | |
| Jorge Blajot | 369 |
| <i>Voveo paupertatem, castitatem et obedientiam</i> | 369 |
| <i>Confidencia a mi Cristo</i> | 371 |
| <i>Frente al mirar opaco de ese hombre</i> | 372 |
| | |
| Francisco Garfias | 373 |
| <i>La duda</i> | 373 |
| | |
| José Hierro | 375 |
| <i>Viento de invierno</i> | 375 |
| <i>El muerto</i> | 376 |
| <i>Oración primera</i> | 377 |
| <i>Llanura</i> | 378 |
| <i>Canción</i> | 379 |
| | |
| Bartolomé Llorens | 381 |
| <i>Noche</i> | 381 |
| <i>Pecado y resurrección</i> | 382 |
| <i>Amor de la tierra</i> | 382 |
| <i>Amor de Dios</i> | 383 |
| <i>Presencia del Señor</i> | 383 |
| <i>Primavera nueva</i> | 384 |
| <i>Canción del agua viva</i> | 384 |

| | |
|--|-----|
| Carlos Bousoño | 387 |
| <i>La luz de Dios</i> | 387 |
| <i>Decidme</i> | 389 |
| <i>En un día sin nubes</i> | 390 |
| <i>Salmo desesperado</i> | 391 |
| <i>Buscando luz</i> | 392 |
| <i>Plegaria a Dios por la realidad</i> | 393 |
| <i>El viento</i> | 394 |
| <i>Subida al amor</i> | 394 |
| <i>Oda en la ceniza</i> | 395 |
| | |
| Sagrario Torres | 397 |
| <i>Necesidad de ti</i> | 397 |
| <i>Me obsesionas, Señor</i> | 398 |
| <i>Cuando viva a tu lado</i> | 400 |
| <i>¿Cómo será tu voz?</i> | 402 |
| <i>Señor</i> | 404 |
| | |
| Pablo García Baena | 405 |
| <i>Ceniza</i> | 405 |
| | |
| Alfonso Albalá | 407 |
| <i>Tacto de Dios</i> | 407 |
| <i>Estar siempre</i> | 408 |
| <i>Te doy gracias, Señor, por la palabra</i> | 409 |
| <i>Sumiso a tu palabra</i> | 410 |
| | |
| José María Valverde | 411 |
| <i>Oración por nosotros los poetas</i> | 411 |
| <i>Salmo inicial</i> | 413 |
| <i>Salmo de las rosas</i> | 415 |

| | |
|---|-----|
| ✓ Salmo de la mano de Dios | 416 |
| Bendición de la lluvia | 418 |
| La mañana | 420 |
| | |
| Luis Jiménez Martos | 421 |
| | |
| Acercado al altar de la alegría | 421 |
| Plegaria donde se pide tiempo libre | 422 |
| | |
| Jesús Tomé | 423 |
| | |
| "Carmelo" arriba | 423 |
| Dolor ajeno | 425 |
| Contemplo cada cosa y digo: Dios | 426 |
| Por tabernas de llanto persistimos | 426 |
| Si no viviera triste moriría | 427 |
| Siempre estamos de vuelta | 428 |
| | |
| Manuel Alcántara | 429 |
| | |
| La palabra de Dios | 429 |
| | |
| Antonio Murciano | 435 |
| | |
| ✓ A solas con mi alma | 435 |
| ✎ Fe de vida | 436 |
| | |
| José Luis Martín Descalzo | 437 |
| | |
| De las condiciones del pájaro solitario | 438 |
| | |
| Rafael Alfaro | 441 |
| | |
| Aunque es de noche | 441 |
| Adoro tu silencio | 442 |

| | |
|---|-----|
| ✓ Mi Amado, las montañas | 443 |
| ✓ Hoy tengo ya mi lámpara encendida | 444 |
| | |
| Carlos Murciano | 445 |
| | |
| Dios encontrado | 445 |